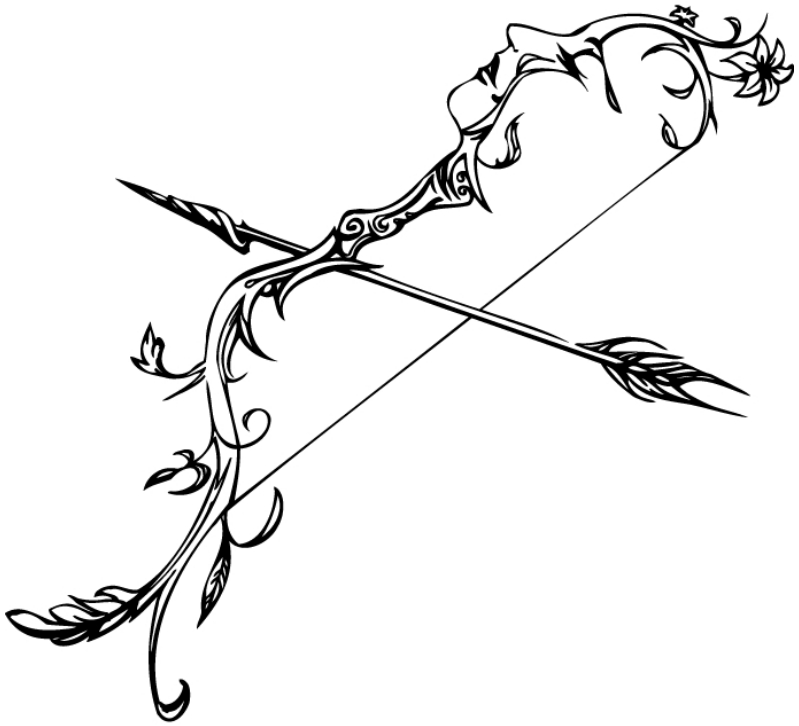

Hermanos
MacGregor IV
ROMPERÉ su
CORAZÓN
Emma G. Fraser

ROMPERÉ SU CORAZÓN



EMMA G. FRASER

© Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del C*opyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ni su incorporación a un sistema informático, sea esta electrónica, mecánico, por fotocopias, por grabación y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público sin el permiso previo del autor.

Título: Romperé su corazón.

©Emma G. Fraser, 2025.

PRÓLOGO

Palacio Ferguson, año 1230

El amanecer de ese aciago día había teñido de rojo no solo el cielo, sino también la tierra alrededor del palacio de uno de los señores más importantes del clan Ferguson, Conrad. No sabía en qué momento había comenzado el ataque, ni quién lo estaba perpetrando, tampoco cómo iban a salir indemnes de él con los escasos hombres con los que contaba, pero lo que tenía claro era que sus enemigos ya habían encontrado la forma de penetrar en su palacio mientras él intentaba luchar como podía. Su familia siempre lo había instruido en las letras, no en el arte de la guerra, por lo que apenas sabía cómo manejar una espada. No obstante, la treintena de hombres que estaba a su cargo hacía lo que podía, por lo que habían acabado ya con la vida de muchos enemigos.

Desconocía quiénes eran, pues no llevaban distintivo de algún clan, y, por sus acentos, estaba seguro de que no eran ni tan siquiera escoceses. Vivían en la frontera con Inglaterra y, aunque siempre le había parecido un lugar peligroso para formar una familia, nunca habían tenido problemas, hasta ese día. Y, para colmo, justo en el peor día en el que podían atacarle.

Desde la noche anterior, su esposa, Martha, se había puesto de parto antes de tiempo. Faltaban aún tres semanas para llegar a término de ese embarazo tan deseado por todos, pero se había visto empañado por el ataque a primera hora de la mañana. Después de toda una noche escuchando los gritos de dolor de su esposa, ahora tenía que escuchar los de sus hombres, que claramente acallaban los de Martha. Hacía ya un par de horas que no sabía nada de ella, pues se había afanado en contener a los atacantes y en dar las órdenes pertinentes para proteger su hogar de esa gente.

Desde la ventana en la que se encontraba, Conrad observaba a esos hombres. Sus ropas, su forma de moverse y todo en ellos le recordaba a los ingleses, pues había viajado a ese país en numerosas ocasiones en busca de clientes. ¿Y así se lo pagaban? No podía creerlo. A pesar de sus gritos para intentar asustarlos, nada pudo con ellos y estaban dispuestos a acabar con la gente de ese palacio o a robarles todo el oro que había logrado conseguir gracias a su esfuerzo y trabajo a lo largo de esos años. Pero no iba a dejarlos.

Conrad salió de esa habitación, dispuesto a correr hacia la puerta principal para luchar, pero un grito estremecedor sacudió los cimientos del palacio, dejándolo completamente parado en el sitio. Sus manos temblaron y su corazón pareció pararse en ese instante. El hombre miró hacia las escaleras, que estaban al otro lado de ese pasillo y las cuales no podría alcanzar con facilidad. Las vio totalmente ardiendo, por lo que tendría que ir hacia el otro lado del palacio para subir al primer piso, donde estaba su esposa dando a luz, junto con las sirvientas que la acompañaban. Y fue precisamente ese grito de su esposa el que le hizo sospechar lo peor.

Conrad miró a un lado y a otro, desesperado, hasta que uno de sus hombres lo llamó desde el otro extremo contrario a las escaleras.

—¡Están en el piso superior!

Y Conrad supo que, en ese instante, toda su vida se caería en pedazos.

Martha Ferguson estaba a punto de dejarse llevar por el cansancio y la muerte, que llamaba con insistencia a su vida. Llevaba toda la noche de parto. Los dolores estaban siendo cada vez más fuertes, pero el bebé que esperaba no parecía querer salir de su cuerpo. En medio de toda esa niebla que había a su alrededor, veía los rostros preocupados de sus sirvientas y la partera que había acudido a ayudarla a medianoche. Sin embargo, su intuición le decía que no solo estaban preocupadas por la tardanza de su bebé para nacer. Desde allí había escuchado demasiado jaleo, ruido de vidrios rotos y gritos que, a pesar de que las sirvientas intentaban tapar con sus propias voces, Martha podía escucharlos.

En varias ocasiones, les había preguntado qué pasaba, pero le respondían con evasivas. En otro momento, habría puesto el grito en el cielo, pues era una mujer de carácter, pero estaba tan cansada y dolorida que apenas podía rebatir las palabras de las sirvientas.

Un nuevo dolor le sobrevino, haciéndole sentir que su cuerpo se partía en dos y que no podría resistir por mucho más tiempo.

—¡Está cerca, mi señora! —vociferó la partera al mismo tiempo que un intenso olor a quemado se colaba entre los goznes de la puerta del dormitorio.

Giró la cabeza hacia una ventana y vio la preocupación en el rostro de

una sirvienta, a la que no pudo evitar preguntar:

—¿Qué demonios está pasando ahí fuera?

Vio cómo la muchacha dudaba y recibía las miradas furibundas de las demás. Sin embargo, su terror pudo con ella.

—Están atacando el palacio, mi señora.

—¡Sarah! —vociferó la partera.

Pero la aludida la miró de nuevo con lágrimas en los ojos.

—¡No podemos ocultárselo! ¡El olor a quemado ya llega aquí!

Y era cierto. Al cabo de unos segundos, el humo comenzó a entrar por debajo de la puerta. Al instante, abrieron las ventanas para ventilar, pero entonces los gritos de los guerreros llegaron a ellos, alertando a Martha sobre lo que estaba ocurriendo.

—¿Conrad está ahí fuera? —preguntó haciendo caso omiso a su dolor.

—No, mi señora.

Martha asintió y, tras un gemido de dolor, señaló hacia la puerta.

—Atrancadla con esa cómoda, que no pase nadie.

Un grito rasgó su garganta cuando sintió que su cuerpo se partía en dos y se rajaba para darle la bienvenida a su bebé. Sintió la sangre correr entre sus piernas y el dolor que había experimentado durante la noche desapareció de golpe.

—¡Ya está, mi señora! ¡Su hija ha nacido!

Los ojos de Martha se abrieron desmesuradamente.

—¿Una niña?

En sus labios se dibujó una sonrisa. Había rezado tanto para que fuera una niña que ahora que la tenía no pudo evitar sonreír a pesar de la situación en el palacio fuera de su dormitorio.

Cerca de allí escuchó un sonido extraño, como un fuerte golpe, y el humo entró con más fuerza.

La debilidad que tenía en su cuerpo le impedía levantarse, pero no pensar con rapidez. No tenían una vía de escape de allí y estaba segura de que todo el palacio estaba en llamas. Su vida se apagaba, y no por el parto, sino por

ese ataque. Lo sintió en lo más profundo de su corazón. Sabía que no habría escapatoria para ella y para esas pobres mujeres que la acompañaban, por lo que recibió a su hija ensangrentada en brazos por primera y última vez. Lo sabía. Lo sentía.

No pudo evitar emocionarse y sonreír aún más al ver el parecido que la niña tenía con ella. Había nacido con el pelo tan rubio como ella, casi blanco, y unos ojos ligeramente violetas que llamarían la atención de todo el mundo por su rareza. Lo sabía porque ella misma lo había sentido a lo largo de toda su vida. Las miradas de los demás siempre se centraban en sus ojos violetas y, los que se atrevían a comentar algo sobre ellos, siempre se llevaban una explicación casi demoníaca de su parte, haciéndola sonreír al verlos alejarse con el rostro temeroso de que pudiera embrujarlos.

—Es igualita a usted, mi señora —dijo la partera después de limpiar sus piernas.

Martha asintió y levantó la mirada para responder, pero justo en ese momento, el filo de un hacha rompió la puerta, sobresaltándolas a todas. Las cuatro sirvientas que había con ella lanzaron un grito. Martha apretó los labios. El tiempo que pasaría con su hija se estaba acabando, y lo peor de todo era que estaba segura de que la vida de ese pequeño bebé también estaba pronta a llegar a su fin. Ni una hora de vida tendría…

Martha se incorporó en la cama y clavó la mirada en la puerta al tiempo que apretaba a su hija contra ella. Las demás gritaban, pero ella no estaba dispuesta a mostrarse débil. Había sido criada con valores de valentía y sin miedo a la muerte. Durante toda su vida había sido una guerrera atrapada en el cuerpo de una señorita, por ello, si debía morir, sería con dignidad.

—No tengas miedo, hija mía —susurró—. Nos veremos al otro lado…

El hacha de los enemigos volvió a golpear la puerta, y todas las sirvientas, incluida la partera, se arrebujaron contra la pared contraria para evitar ser las primeras en caer.

El humo entró con más fuerza en el dormitorio, provocando un ataque de tos a la recién estrenada madre, que miraba con firmeza al frente. Al otro lado, varios hombres con aspecto y vestimentas inglesas las miraron con odio. Pero el peor de todos, el que sostenía el hacha a pesar de su incipiente barriga, la miró con una sonrisa.

—Hoy no solo nos llevaremos el oro de los Ferguson, también la vida de la esposa del señor.

Con firmeza, tiraron al suelo la cómoda con la que atrancaron la puerta y todos entraron. Las sirvientas lanzaron un grito cuando se lanzaron contra ellas con los puñales en alto, mientras que el líder miraba fijamente a Martha.

—Veo que acabas de tener un bebé…

—¿Por qué hacéis esto?

—Por el oro, y porque los escoceses no merecéis tenerlo.

Martha apretó a la niña contra ella, haciendo sonreír al hombre, que no parecía ser un guerrero normal, sino un hombre con suerte que había logrado sobrevivir al ataque con la ayuda de los demás.

—¿Quién eres? —preguntó Martha mientras los gritos agónicos de sus sirvientas rompían el silencio del dormitorio—. No eres soldado…

El hombre sonrió.

—Vaya, una pena que me hayas descubierto. No soy un soldado del rey, pero sí uno de sus señores más cercanos. Y hoy, vas a morir.

El hombre levantó el hacha, aprovechando la debilidad de Martha, que sonrió de lado y recibió un corte en la garganta que la mató en cuestión de segundos, pero lo hizo sosteniendo aún esa sonrisa valiente y rodeando a su hija con sus brazos.

Al instante, el atacante rodeó la cama y miró al bebé con el hacha dispuesto para atacar. Vio que era una niña y que aún conservaba la sangre del nacimiento. Pero lo más llamativo fueron sus ojos de color violeta y su pelo casi blanco. Era un bebé peculiar. Jamás había visto nada igual. Y a pesar de que sus compañeros estaban esperando que acabara con ella, se echó hacia atrás y negó con la cabeza.

—Este bebé morirá en unas horas. Prefiero que su muerte sea agónica… —dijo con una sonrisa.

Y, al instante, se marcharon de allí, dejando a la recién nacida llorando en brazos de su madre muerta. La sangre corrió por el dormitorio como si de un río se tratara. Todas habían muerto, excepto la hija de Martha y Conrad Ferguson, que pareció aferrarse a la vida con insistencia.

El humo penetró en la estancia con rapidez, comenzando a llenar el espacio desde arriba. El fuego también se acercó hasta la puerta, que comenzó a quemarla con rapidez, como si todo el dinero que habían empleado en la construcción de ese enorme palacio no valiera nada. Todo se estaba reduciendo a cenizas, pero los sueños del mismo sabían que todo el dinero y el oro que poseían estaba muy bien escondido y los atacantes no lograrían encontrarlo.

Por ello, Conrad corrió hacia el piso superior sin saber que los atacantes estaban comenzando a retirarse ante la llegada de refuerzos del pueblo cercano. El dueño del palacio sorteó piezas rotas, cortinas tiradas por el suelo y fuego hasta llegar al pasillo donde estaba su esposa. Había escuchado su último grito hacía rato. Era un grito agónico que sonó casi a estertor, pero la esperanza de que siguiera viva aún latía en su pecho.

Al torcer en la esquina y comprobar que el fuego estaba en la puerta de su dormitorio, todo su mundo se vino abajo. Su corazón pareció partirse en dos, pero corrió hacia allí con la esperanza de encontrarla viva.

La estampa que vio desde la puerta le dejó el alma helada. No solo a él, sino también a su hombre de confianza, que lo acompañaba. Las sirvientas que habían atendido a su esposa y su bebé durante la noche, incluida la partera, estaban muertas en el suelo con el cuello cortado. La sangre pululaba de un lado a otro mientras el humo y el fuego hacían de las suyas.

Tosiendo, Conrad se dirigió directamente a la cama. Lo hizo despacio, temeroso, como si aquellos ojos abiertos de su esposa no quisieran mostrarle que estaban carentes de vida. Pues así era. Las sábanas manchadas de sangre por el parto y su torso de la misma manera le indicaban que el horror de esa mañana había logrado alcanzar esa estancia de la casa.

Apretando los labios con fuerza, Conrad se acercó más a Martha y le cerró los ojos.

—Malditos sean… —murmuró.

—A ella la han dejado con vida —dijo su hombre de confianza.

Conrad lo miró, pues apenas había reparado en el pequeño bulto que había sobre las piernas de su esposa. Parecía haber estado sosteniéndola durante unos instantes, hasta que la vida le fue arrebatada y sus brazos

cayeron a un lado. El pequeño bebé, que aún tenía la sangre del nacimiento, mezclada con la de su madre, parecía mirarlo desde su posición. Comenzó a quejarse y a ponerse nervioso. Bajó la mirada y comprobó que se trataba de una niña, lo que su esposa deseaba.

Conrad no pudo evitar sonreír amargamente. Aquella niña era la viva imagen de su esposa: ojos violetas y pelo casi blanco. Era tan pálida que estaba seguro de que no iba a sobrevivir a ese día. Sin embargo, en su interior nació un sentimiento muy diferente al que esperaba. Si su esposa no se hubiera puesto de parto antes de tiempo, habría podido salir del palacio y escapar con vida de allí. Aquella niña era la culpable de la muerte de Martha y, en lugar de sentir amor por ella, la odió. En su pecho tenía la certeza de que jamás lograría sentir por ella un ápice de cariño. Nada.

Conrad miró a su hombre de confianza. A pesar de todo, sabía que a esa niña no podía dejarla allí.

—Cógela tú. Yo no puedo…

Y cuando se giró, el hombre que había a su lado no pudo evitar mirarlo con estupefacción. Conrad había esperado durante mucho tiempo la llegada de su bebé, y que ahora se mostrara tan frío mientras todo se derrumbaba a su alrededor le hizo fruncir el ceño. Con cuidado, como si temiera hacerle daño no solo a la hija de su amigo, sino también a su esposa muerta, agarró a ese bebé y la sostuvo en sus brazos. Y antes de que Conrad saliera del dormitorio, le dijo:

—Habría que ponerle un nombre.

El dueño del palacio se giró hacia él. El fuego estaba comenzando a hacer crujir las vigas del palacio, así que debían salir de allí cuanto antes.

—¿Cómo querrías llamarla? —preguntó al recibir únicamente su silencio.

Conrad frunció el ceño y miró a su alrededor.

—Esa niña ha nacido entre el fuego de este ataque —comenzó diciendo Conrad—. La llamaremos Kenna.

Castillo MacLaren, año 1236

El hijo pequeño del laird MacLaren se encontraba en uno de los pequeños salones del castillo. Pasaba gran parte del día completamente solo, pues,

aunque tenía amigos con los que jugar en el patio, se había acostumbrado a la soledad desde una edad muy temprana.

Y cuando lograba encontrar un salón vacío, se encerraba allí para tallar madera. Era algo que le gustaba desde que tenía uso de razón, pero sabía que su vida estaría dedicada al clan y a su hermana. La adoraba y admiraba tanto que si Ruby supiera cuánto la amaba le ensalzaría el ego. Y no lo deseaba. Para Magnus, su hermana Ruby era su vida entera. Era la única de su familia que lograba dedicarle momentos del día para escucharlo y admirar sus creaciones.

Desde que tenía uso de razón, todo a su alrededor estaba manchado por la sangre de la guerra. Su clan y los MacGregor estaban enzarzados en una guerra que no lograba comprender a sus siete años de edad. Todos parecían estar pendientes de lo que sucedía a su alrededor por temor a ser alcanzados por la furia de los MacGregor. Y su padre estaba tan obsesionado con ellos que en su vida no había un pequeño hueco para su hijo menor. Y Magnus lo sabía.

Sumamente concentrado, el menor de los MacLaren terminó de tallar un pequeño carruaje con caballos en el que llevaba varios días enfrascado. Lo había hecho poco a poco y apenas era un poco más grande que la mano de un adulto, pero se sentía tan orgulloso de sí mismo que la felicidad se reflejaba en su rostro, pero, sobre todo, en sus ojos color esmeralda.

Sin poder aguantar más los nervios por enseñar su creación, Magnus salió del pequeño salón rumbo al despacho de su padre para enseñárselo. A pesar de que este nunca tenía tiempo para él, Magnus lo amaba y siempre tenía la imperiosa necesidad de mostrarle su valía. Él sabía que su padre era un buen hombre, pero estaba ciego con los MacGregor. Por ello, corrió por el pasillo, sorteó a varios sirvientes y llamó insistentemente a la puerta del despacho.

Sin esperar a que su padre le diera paso, Magnus entró en el despacho y levantó la mano para enseñarle su creación. Su sonrisa se ensanchó en sus labios, mostrando una dentadura a la que le faltaban dos dientes de leche, que se le habían caído semanas atrás. Y esa falta, provocó que su rostro se viera pícaro y rebelde.

—¡Padre, mire lo que he estado creando estos días!

Pero el laird MacLaren solo levantó la mirada de los papeles que le estaba

mostrando a su hija mayor, Ruby, para que aprendiera todos los pormenores del clan, pues era su sucesora y deseaba que aprendiera no solo a luchar, sino también el papeleo que conllevaba ser laird de un clan.

Ruby sonrió ampliamente, prometiéndole con la mirada hablar con él más tarde, pero su padre se limitó a encogerse de hombros y restarle importancia a lo que había creado.

—Ahora no puedo hablar contigo, Magnus. Estoy enseñando a tu hermana todo el trabajo del clan.

El niño no pudo evitar un gesto de decepción en su rostro.

—Nunca tiene tiempo para mí, padre.

El aludido dio un manotazo en la mesa.

—¿Acaso no eres consciente de la guerra que tenemos? Ayer hubo un ataque en…

—De acuerdo, padre —lo cortó Magnus con tristeza—. No lo molestaré más.

Ruby, que estaba sentada al lado de su padre, fue consciente del gesto triste de su hermano y apretó los labios, deseando correr tras él cuando lo vio marcharse.

Con lágrimas en los ojos, que se obligó a no derramar, Magnus recorrió el pasillo lentamente. Apretó contra sí lo que había tallado, hasta conseguir romperlo en varios trozos, pero no le importó hacerlo. Cuando las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas por la soledad que sentía en su vida, Magnus las limpió con rabia, y en el momento en el que se cruzó con un guerrero del clan, el niño esbozó una sonrisa, que borró en cuanto supo que nadie más lo miraba.

Y mientras se dirigía hacia su dormitorio para dejarse llevar por el llanto, Magnus volvió a sonreír a una sirvienta y después a otra, dándose cuenta de que esa sonrisa conseguía alejar el sentimiento de soledad de su corazón. No se sentía amado ni escuchado en su hogar. De hecho, tenía la impresión de que a veces era invisible, pero a su corta edad sabía que tenía que obligarse a sonreír cuando más falta hacía a su alrededor, sin darse cuenta de que ese día comenzó a forjar al hombre que sería en un futuro.

Cuando Magnus llegó a su dormitorio, borró la sonrisa de su rostro y

comenzó a llorar desesperadamente. Tenía tal vacío en su pecho que no estaba seguro de poder arrancarse con facilidad ese sentimiento. Entre lágrimas, miró su pequeña escultura destruida, y no le importó. Lo único que deseaba era sentirse amado, que su padre lograra verlo en algún momento y que todos a su alrededor notaran su presencia. No quería ser laird, ni tener un cargo importante, tan solo deseaba sentir que su vida era importante para alguien y que había algo más que la guerra contra los MacGregor.

Magnus se tumbó en su cama y lloró sin darse cuenta de que la puerta de su dormitorio se abría para dar paso a la cabellera roja de su hermana. Esta cerró la puerta tras ella y chasqueó la lengua al ver la escultura de su hermano tirada en el suelo, completamente rota.

—Vete, quiero estar solo, como siempre.

La aniñada voz de Magnus logró romperle el corazón a Ruby. A pesar de su juventud, ella también sufría por los estragos de la guerra contra los MacGregor, pero sabía que su papel en el clan era importante, pues era la sucesora de su padre y tenía que aprender todo. Pero también sabía de la importancia del papel de su hermano pequeño en su vida, pues no podía imaginar a Magnus lejos de ella.

Se sentó a su lado y puso una mano en su espalda.

—Mag, lamento lo que ha pasado con padre en el despacho. No tiene derecho a ser tan frío.

Magnus levantó la mirada hacia ella, mostrando sus lágrimas.

—Estoy cansado de buscarlo y que siempre me evite. No existe otra cosa aparte de los MacGregor. ¿Tan importante es que apenas mira a su hijo? Solo deseo existir para él, Ruby.

—Lo sé, Mag. A mí también me gustaría que te incluyera en mis aprendizajes, pero no sé cómo hacerlo.

El niño resopló.

—Da igual. Estoy acostumbrado a no existir en este castillo.

—Para mí sí existes, Mag. Eres mi hermano y mi mayor apoyo.

—Pero para padre no existo. No me quiere.

Ruby intentó sonreír.

—Yo siempre voy a estar ahí y te voy a proteger, Mag.

El niño observó los ojos de su hermana, tan esmeraldas como los suyos, y supo que decía la verdad.

—¿Por qué lo has roto?

—Porque siento que no vale nada.

—A mí me gustaría que me hicieras un collar —le pidió Ruby.

Magnus sonrió ligeramente, mostrando de nuevo los dientes que le faltaban.

—¿De verdad te gusta lo que hago?

Ruby asintió.

—Claro que sí.

Su hermana le tendió la mano.

—¿Siempre juntos?

Magnus terminó sonriendo finalmente y aceptó su mano.

—Siempre juntos.

CAPÍTULO 1

Carlisle (Inglaterra), año 1251

El viento hacía ondear la larga y casi blanca cabellera de Kenna mientras ella se cruzaba de brazos con la intención de impedir que el frío de la cercana noche siguiera penetrando entre sus ropas. Odiaba Inglaterra. No podía evitarlo. Hacía más de cinco años que habían llegado a ese país y aún no se había acostumbrado a él, a sus tradiciones y a la finura de su gente. A pesar de que habían vivido en la frontera con Inglaterra desde que ella tenía uso de razón, y había visto a varios ingleses a lo largo de su corta vida, no los soportaba. Ella era escocesa y prefería la compañía de su gente, su costumbrismo y cercanía antes que lo que tenía ahora.

Kenna suspiró y miró al horizonte. El día estaba a punto de llegar a su fin y, antes de cenar, decidió salir y alejarse del pueblo. Echaba terriblemente de menos el pequeño palacio donde había vivido gran parte de su vida. Ahora vivían en uno más grande, y había hecho amistad con varios sirvientes, pero seguía deseando regresar a Escocia. Allí no era más que una extranjera a la que miraban por encima del hombro cuando se cruzaban con ella, pero sabía que su regreso era prácticamente imposible, al menos por ahora.

Después de vivir muchos años viudo, su padre había conocido a una mujer inglesa, que también tenía un hijo de la edad de Kenna, y se había casado con ella. Por ese motivo, habían tenido que marcharse a vivir a Inglaterra, abandonando su sueño de vivir en tierras salvajes, a pesar de la negativa de la joven.

Desde que su padre le había comunicado que abandonaban Escocia para irse al país vecino, Kenna había intentado explicarle los motivos para quedarse allí, pero su padre la había desoído, como siempre. A veces tenía la impresión de que era invisible para Conrad Ferguson. Según le comentaba la gente que conocía a su padre desde antes de nacer ella, Conrad era un hombre amable, que amaba por encima de todo a su esposa. Y Kenna estaba segura de que precisamente eso era lo que hacía que apenas la mirara a los ojos. Según le habían contado, ella era la viva imagen de su madre: tenía el mismo color de pelo y de ojos, la misma estatura media, nariz recta y labios gruesos. Era delgada, aunque había desarrollado sus

pechos desde temprana edad, siendo estos más llamativos que los de otras mujeres. Y por esto, por su pelo casi blanco y sus ojos violetas había causado sensación en Inglaterra a su llegada, logrando ganarse la admiración de muchos jóvenes. Pero eso no era importante para Kenna, que prefería la soledad como compañera.

Durante toda su vida se había sentido sola, y tal vez se debía a la falta de una figura materna con la que compartir sus cuitas y sus problemas de mujer, ya que su padre nunca la escuchaba. Y lo peor de todo era ver cómo este había cambiado por Eleanor Spencer, su nueva esposa, a la que le dedicaba sonrisas que a ella jamás le quiso mostrar. Y aunque Kenna siempre había sido una joven solitaria e independiente, a veces le habría gustado ver cómo su padre se mostraba orgulloso de ella.

Volvió a suspirar y miró al cielo. La noche estaba a punto de cernirse sobre Carlisle, pero a ella le habría gustado quedarse allí toda la noche, pues no soportaba la presencia de su hermanastro junto a ella. Oliver Spencer era tan inglés que odiaba el simple hecho de que la mirara. No tenía nada que ver con los jóvenes que ella había conocido en Escocia, ni siquiera con el resto de jóvenes de Carlisle. Oliver era delicado, vestía elegante y jamás se manchaba la ropa. Siempre exigía que todo estuviera en orden y que nadie tocara sus pertenencias. Siempre sonreía frente a su madre y Conrad, pero cuando estos no estaban presentes, era tan tirano que nadie la creería si contaba toda la verdad sobre él, ya que era completamente diferente. Y eso hacía que la convivencia en ese palacio, aunque era grande, fuera insoportable.

—Sabía que te encontraría aquí, Kenna —dijo una voz a su espalda.

La joven se sobresaltó, pero al instante reconoció esa voz. Con una media sonrisa, se giró y vio llegar a Rick. Él era uno de los jóvenes que había conocido al llegar a Carlisle y al que su padre contrató para que trabajara en los establos. Puesto que a ella le gustaban los caballos, habían hecho una bonita amistad que no solo se quedaba en las caballerizas. Tras descubrir que Rick había aprendido a luchar con varios amigos de la ciudad, Kenna le pidió que le enseñara lo que sabía. La joven había pedido que le forjaran una espada que escondía muy bien en lo más profundo de sus baúles, y cuando podían, salían a la campiña a luchar, llegando a convertir esos momentos en los mejores de toda su vida.

Rick puso una mano en su hombro y lo apretó suavemente.

—¿Cómo te sientes?

Kenna se encogió de hombros y suspiró.

—He vuelto a discutir con mi querido hermanastro… ¿Tú qué crees?

Rick lanzó una carcajada.

—Te confieso que yo también. Justo antes de terminar mi trabajo ha llegado a los establos para que le limpiara las botas. Le he dicho que no era mi trabajo, pero se ha puesto agresivo y, para no perder mi trabajo, he acabado limpiándoselas. Oliver es detestable…

Kenna asintió.

—Ojalá desapareciera y no volviéramos a verlo.

Rick se carcajeó.

—Tiene usted unos pensamientos muy oscuros, señorita Ferguson.

La joven lo miró con una sonrisa ladina.

—Así es, pero es que echo tanto de menos Escocia que se me hace imposible vivir aquí. Y no lo digo por ti, ya lo sabes.

Rick le guiñó un ojo.

—Lo sé. A mí también me gustaría marcharme de aquí. Vivir en la frontera es un problema. Los del sur te consideran casi escocés, pero en Escocia eres un maldito inglés. Es como si no perteneciéramos a ningún lado.

Kenna le dio la razón y volvió a mirar al cielo. Quedaba apenas una hora de luz en el cielo y ya sentía que la noche la ahogaba. Pero al lado de Rick se sentía mucho mejor. Cuando había salido para despejarse estaba tan enfadada que pensaba que no iba a desaparecer, pero finalmente había conseguido que ese sentimiento desapareciera. Y ahora junto a Rick ni se acordaba de eso.

—Pero, aparte de Oliver, hay algo que te preocupa…

Kenna torció la cabeza. La conocía muy bien. Desvió sus ojos violetas hacia el frente y chasqueó la lengua.

—Mi padre lleva un par de semanas enfermo.

Rick frunció el ceño.

—¿Enfermo? Lo vi esta tarde y parecía estar bien.

—Son las comidas. Justo después de comer siempre se pone enfermo. Es como si la comida tuviera algo que lo hace enfermar. Y aunque parece que se recupera pronto, no está tan bien como solía estar.

—Creo que es la primera vez que te veo preocupada por él.

Kenna suspiró y se encogió de hombros.

—Sigue siendo mi padre. Nunca me ha hecho caso y a veces creo que me culpa de la muerte de mi madre, pero solo tengo un padre. Si él muriera, todo pasaría a manos de Eleanor, y me expulsarían del palacio antes de que el cuerpo de mi padre se enfriara. Me quedaría sin casa, sin pertenencias y en un país que no es el mío. Pero también sin posibilidad de regresar a Escocia porque no tendría dinero. No tengo nada, Rick, salvo mis vestidos y esta espada.

—Y también posees un coraje que las mujeres inglesas no tienen. Eres valiente, rebelde, audaz e intrépida. Nada te pararía para regresar a Escocia. Pero si te pasara eso, yo te acogería en mi casa. No es un palacio, pero se vive bien.

Kenna sonrió y lo abrazó.

—Eres el único inglés que me cae bien.

—¿Solo bien? —fingió sorprenderse—. Algo estoy haciendo mal… Debería caerte mejor…

Kenna se carcajeó al tiempo que Rick señalaba la espada de la joven.

—Amiga, me tienes a mí y también a esa que cuelga de tu cadera. Con eso y tu valor eres capaz de hacer lo que sea. Así que, venga, es hora de sacar todo eso de ti.

Rick desenvainó su espada y la levantó, disponiéndose para luchar. Al instante, el gesto de Kenna cambió por completo. Pasó de mostrarse elegante y distinguido a salvaje y concentrado. Parecía ser una mujer completamente diferente. Rick lo sabía desde el momento en que la vio. Sabía que ella podía dar mucho de sí misma, y por ello, desde entonces quería hacerla brillar.

Kenna se preparó también con la espada en alto y, enseguida, su amigo se

lanzó contra ella describiendo un arco perfecto con su espada. El filo de esta logró chocar contra el de Kenna, que paró su estocada magistralmente. Muy pronto, ambos se enzarzaron en una lucha como las que solían hacer casi a diario y en las que la joven había aprendido mucho. Demostró ser una perfecta alumna y cada día se superaba a sí misma. Aquellas clases de Rick se habían extendido en el tiempo durante esos cinco años que ella llevaba en Inglaterra.

Ambos estaban seguros de que más de uno pondría el grito en el cielo al ver cómo la hija de un lord escocés muy importante luchaba con una espada en la mano como si de una guerrera se tratara, pero eso era ella: una guerrera. En lo más profundo de su corazón, Kenna sentía su propia fuerza, que manaba a diario. Por eso, necesitaba más. Siempre buscaba aumentar los entrenamientos para ser una guerrera. Hacía tiempo descubrió que su madre poseía un carácter parecido al suyo, pero nunca logró tener la valentía suficiente para enfrentarse a las convenciones y así convertirse en una guerrera. Ella sí la tenía, y pensaba demostrárselo al mundo. Kenna no era una mujer de vestidos elegantes, finura y buenos modales. Más de una vez se había llevado una buena tunda de su padre por parecer una salvaje en medio del palacio. Pero ya no le importaba. Había logrado encontrar el equilibrio entre lo que esperaba su padre y lo que ella era. Había aprendido a convivir con ambas facetas de su vida, pero quería regresar a tierras escocesas para dar rienda suelta a su parte salvaje.

Rick lanzó una carcajada cuando Kenna lo golpeó con la espada en el trasero. Tras girar sobre sí misma, había logrado ponerse detrás de él y lo golpeó con suavidad para no hacerle daño. Ambos sudaban copiosamente y sonreían como nunca. Se lo pasaban bien juntos y, por ello, cuando el filo de la espada de Kenna arañó la camisa de Rick en el momento en el que este no se apartó a tiempo, la joven dio un paso atrás y bajó su espada.

—Creo que está bien por hoy.

Rick asintió. Su respiración era acelerada, pero el brillo de sus ojos no podía ocultarse.

—Lo haces bien, amiga.

Kenna se encogió de hombros y envainó su espada.

—Lo hago como tú me enseñaste.

—Espero que nunca tengas que usarla en un ataque de verdad.

—Y si tengo que usarla, lo haré con valor.

Rick le dio una palmada en la espalda.

—Debes regresar. Es tarde. Yo esperaré unos momentos más y te seguiré. No quiero que nos vean juntos. Podría traerte problemas.

Kenna asintió y se despidió de él con un abrazo. Se encaminó hacia el pueblo y hacia el enorme palacio de su padre. Sorteó algunas de las enormes casas de los señores que también vivían en Carlisle y torció el gesto. Cuando vivían en Escocia, lo hacían solos. No había nadie más alrededor, tan solo un pequeño pueblo cerca de su palacio. No debía soportar la ostentación de los demás, pues era algo que no aguantaba.

Caminó deprisa hasta llegar a su palacio. Las enormes tierras que poseía su padre rodeaban el palacio, haciendo que este no estuviera cerca de ningún otro, así que no escuchaba a nadie cuando paseaba por el pequeño bosque que había a un lado del mismo. No obstante, se sentía más encerrada que en su casa de Escocia.

Caminó rápidamente hacia la casa cuando apenas podía verse ya nada en el horizonte. Entró por la puerta de la cocina. Estaba segura de que ya habrían cenado, pero no la habrían echado de menos, pues estaban acostumbrados a sus faltas a la hora de la comida o cena. Siempre evitaba tener que cruzarse con Eleanor y Oliver, aunque a veces su padre la obligaba a compartir mesa con ellos.

Esbozó una sonrisa cuando descubrió que no había nadie en la cocina, pero aún había un pequeño perol en el que humeaba la cena. Casi salivando, Kenna se aproximó y se sirvió un plato. Cogió una cuchara y se sentó en la destartalada mesa que había cerca de la puerta. Pero cuando estaba a punto de terminar su plato se dio cuenta de que no le había devuelto a su amigo una pequeña daga que le había prestado el día anterior y que pensaba entregársela ese mismo día.

Por ello, terminó su plato y lo dejó a un lado. Se asomó por la puerta y al descubrir que no había nadie, se encaminó hacia las caballerizas para devolvérsela. Estaba segura de que aún no había llegado o que tal vez se iba directamente a dormir y no pasaba por allí, pero no quería quedársela por más tiempo.

Mientras se aproximaba a los establos, Kenna desanudó su propio cinto y agarró su espada con la mano. Si se cruzaba con alguien no quería que la vieran con la espada colgando de su cadera, por lo que entró en las caballerizas con la daga de Rick y su espada en la mano derecha. Todo estaba en silencio y casi a oscuras. Tan solo la luz de una pequeña antorcha iluminaba cada establo. Dejó su espada y la daga en el suelo y se acercó a su caballo. Hacía días que no montaba, así que al día siguiente saldría a cabalgar.

Con una sonrisa, acarició su caballo y acercó su rostro al del animal. Este, al reconocerla, también unió su cabeza a la suya con cariño. Pero ese momento mágico duró tan solo unos segundos, ya que, al instante, tanto el animal como ella sintieron que las caballerizas se llenaban de frialdad.

—¿Sabe tu padre que escapas del castillo a Dios sabe dónde?

Kenna se separó de su caballo y endureció su rostro. Se giró para ver llegar a Oliver donde estaba ella. Lo hizo lentamente, como si todo eso fuera suyo y no de su padrastro. El orgullo y la soberbia con la que caminaba el joven casi le provocaron arcadas a Kenna, que logró mantenerse quieta y fría.

Tenía muchos insultos en la punta de la lengua, esperando a ser soltados, pero la joven logró contenerse e intentó marcharse, como solía hacer cada vez que Oliver buscaba problemas con ella, ya que siempre se las arreglaba para echarle la culpa de todo. Sin embargo, justo cuando pasaba por el lado de su hermanastro, este la aferró del brazo y la acorraló contra una de las cuadras. Y en lugar de mostrarse asustada, Kenna elevó el mentón con orgullo y lo atravesó con la mirada, dispuesta a enfrentarse a él.

—Que sea la última vez que intentas dejarme con la palabra en la boca, Kenna —la amenazó.

La joven entornó los ojos.

—¿Y si lo vuelvo a hacer?

—Tendrás que atenerte a las consecuencias.

—¿Y cuáles serán? ¿Vas a correr junto a tu mamá para pedirle ayuda como buen cobarde que eres?

—Maldita escocesa desgraciada… —siseó agarrándola de la barbilla—.

Tu padre debería echarte de aquí.

—Tú lo has dicho: mi padre. Todo esto es de mi padre, no tuyo ni de tu madre.

Oliver dejó escapar un resoplo.

—¿Aún no te has dado cuenta de que sobras aquí?

—¿Y tú no, Oliver?

El aludido sonrió de lado.

—No, yo me quedaré con lo tuyo.

—Para ello, primero deberías quitarme del medio…

Oliver sonrió de lado nuevamente, mostrando un brillo extraño en sus ojos. Y, en ese momento, Kenna aprovechó para empujarlo lejos de ella. Sin dirigirle ni una sola mirada más, la joven se marchó de las caballerizas, torciendo ligeramente el rostro al ver su espada en el suelo justo a la entrada. Pero no quiso agacharse para cogerla, pues Oliver estaría al tanto de que tenía un arma. Y era lo que menos deseaba.

Siguió su camino como si nada y regresó a la cocina, donde se apoyó contra la puerta y lanzó un largo suspiro. Las manos le temblaban. Había visto algo demasiado extraño en los ojos de su hermanastro, y temía que este hiciera algo para, efectivamente, quitársela del medio. Tragó saliva con dificultad y miró hacia un lado. La chimenea seguía encendida y todo a su alrededor estaba realmente silencioso. Por ese motivo, se dijo que para intentar calmarse lo mejor era tomar un baño caliente.

Solía hacerlo en su dormitorio, pero como los sirvientes se habrían ido ya a descansar, decidió preparárselo ella. Fue hasta una pequeña salita al lado de las cocinas donde sabía que guardaban varias bañeras. Agarró una y tiró de ella hasta colocarla al lado de la chimenea. Después, comenzó a llenarla y cuando por fin estuvo lista, se desnudó y metió en ella.

Suspiró cuando sintió que el agua cubría su cuerpo y se dejó caer contra la bañera para relajarse. Había llegado tan nerviosa de su encuentro con Oliver en las caballerizas que solo deseaba gritar, ensillar su caballo y marcharse de allí para no regresar jamás. Lo odiaba con todas sus fuerzas. A él, a su madre y, especialmente, a ese maldito carácter soberbio que ambos poseían. ¿Qué había visto su padre en una mujer como Eleanor? No lo

entendía. Era bonita, sí, pero tenía un carácter de mil demonios, era falsa, aduladora y carente de humildad. Desconocía cómo fue su madre antes de morir, pero todo el mundo hablaba maravillas de ella.

Ojalá la hubiera conocido. Solo le habían dicho que la encontraron junto a su cuerpo en medio de las llamas mientras su palacio era atacado, pero de ese día no le habían contado nada más. Nadie supo quién había ordenado ese ataque, qué pretendían o qué había hecho su padre para ganarse algo así. Lo que sí sabía era que Conrad Ferguson había cambiado para siempre. Y ella sufría las consecuencias.

Kenna pasó las manos por su cuerpo, borrando cualquier rastro de sudor tras su pelea contra Rick. Lavó su cabello, y cuando se sintió limpia de nuevo, se inclinó para levantarse de la tina. Sin embargo, de soslayo vio una sombra moverse dentro de las cocinas, provocando que se sobresaltara. Kenna miró hacia atrás y vio de nuevo a Oliver, que se acercaba a ella.

—Pero ¿qué demonios haces aquí?

Su hermanastro sonrió y se apoyó en la encimera, mirando fijamente la espalda de la joven, que rápidamente cogió la toalla y se envolvió con ella para salir del agua.

—Vaya, parece que te has puesto un poco nerviosa, Kenna. ¿Te sientes inferior al estar desnuda?

—Yo jamás me he sentido inferior, Oliver —le espetó agarrando su ropa y poniéndola también por delante de ella—. Aunque, claro, tú no puedes decir lo mismo, ¿verdad? Si tu madre muriera, llorarías igual que un bebé por quedarte solo, cobarde.

Oliver lanzó un rugido y la acorraló contra la pared, poniendo las manos a ambos lados de su cabeza. La miró de arriba abajo con asco, pero en sus ojos también podía leerse el deseo por hacerla suya y pararle los pies. Por ello, intentó tirar de la toalla, sin éxito.

—Vas a recibir tu merecido, asquerosa escocesa.

Oliver intentó besarla, pero Kenna levantó la pierna y lo golpeó con fuerza, provocando que este gimiera de dolor y se doblara sobre sí mismo. Enseguida, la joven se apartó.

—Pagarás por esto, Kenna. Te lo juro por mi vida.

—¿Y por qué no ahora, Oliver? ¿No puedes atacar? ¿Te duele?

Doblado sobre sí mismo, el joven la miró con odio, y ella le dedicó una sonrisa.

—Vete al infierno, Kenna.

—Ahí es donde tú acabarás.

Cinco días después, Conrad Ferguson parecía empeorar de esa extraña enfermedad de estómago. Apenas podía comer y lo poco que comía lo hacía debilitarse aún más y vomitar. Pero, a pesar de todo eso, Conrad siguió trabajando. Por ello, se encontraba en su despacho cuando Eleanor entró en este para hablar con él. Conrad levantó la cabeza y sonrió al verla llegar.

Eleanor le devolvió la sonrisa y cerró tras ella. Su porte elegante, su estatura media, delgadez, su pelo rubio y ojos azules la hacían llenar el despacho tan solo con su presencia. Era hermosa. Se había enamorado de ella desde el primer momento en que la vio y no descansó hasta conseguir que se casara con él.

—¿Deseas algo, Eleanor?

—Sí, que descanses un rato, querido.

Conrad sonrió y se dejó caer contra el respaldo de la silla.

—Ya lo he dejado…

Eleanor sonrió y se atusó el cabello, sentándose en la mesa, junto a él.

—He tenido una idea que me parece acertada.

—Dime.

Eleanor asintió y tomó aire antes de hablar.

—Tu hija Kenna ya tiene edad casadera. Tiene más de veinte años y creo que deberíamos buscarle a un buen hombre con el que poder casarse.

Conrad torció el gesto.

—A veces lo he pensado también, pero siempre he querido que sea ella quien decida.

—Pero ya ves que no decide nunca, querido. Y no parece querer a nadie. Hace poco recibí la carta de mi primo Arthur Hamilton y creo que es el

ideal para tu hija. Es educado, atento y tiene mucho dinero. Eso sin contar con que es uno de los amigos personales del rey de Inglaterra.

Conrad arqueó una ceja.

—¿Has tenido en cuenta que tiene más edad que yo?

Eleanor puso los ojos en blanco.

—Querido, la edad nunca ha sido un impedimento para hacer crecer las familias. Sí, los separan casi treinta años, pero es un gran hombre que lograría acercarte al rey. Podrías hacer tratos con él…

Lo meditó largamente.

—No sé… La verdad es que Kenna me recuerda a cada momento lo que sucedió aquel día del ataque, pero deshacerme de ella para entregársela a un hombre tan mayor…

—Un hombre extremadamente rico y amigo personal del rey —le recordó —. Creo que es la mejor opción. No querrás casarla con un salvaje de las tierras altas de Escocia…

Conrad negó.

—Nunca me ha gustado la gente de las Highlands. Siempre he sido más cercano a la frontera con Inglaterra. Me gusta más ese estilo de vida…

—Pues no hay más que hablar. Lo invitaremos a cenar para que se conozcan. Ya verás qué bien se van a llevar. Es la mejor decisión que puedes tomar.

Conrad asintió y le sonrió a Eleanor, que se la devolvió y se agachó para besarlo.

—Y descansa del trabajo por hoy. Eso va a acabar matándote…

CAPÍTULO 2

Al día siguiente, Kenna se levantó ligeramente nerviosa. Aún tenía en su estómago el sentimiento de repugnancia que su hermanastro había provocado en ella días atrás. A pesar de que lo había intentado evitar a toda costa, se cruzaban por los pasillos y se veían a la hora de las comidas, por lo que el recuerdo de su mirada recorriendo su cuerpo tras su baño seguía estando en su recuerdo.

Rick le había devuelto su espada, sorprendido de verla en las caballerizas, y le transmitió la preocupación que había sentido al verla allí, pues pensaba que le había sucedido algo a su vuelta. Y cuando Kenna le contó lo que había pasado con Oliver, Rick no pudo evitar mostrar su contrariedad por ese comportamiento. Y desde entonces, habían quedado en verse un poco menos que antes para evitar sospechas sobre su amistad y para evitar meter al joven en un lío y que fuera expulsado del palacio.

No obstante, esa mañana se levantó con ansias por hablar con él nuevamente. Esos días le habían resultado demoledores y necesitaba salir de allí, escapar y experimentar cosas nuevas. Por ello, se decidió bajar a desayunar con la intención de salir después hacia las caballerizas para buscar a su amigo. Sin embargo, su ánimo quedó por el suelo al ver a Oliver sentado a la mesa en el pequeño salón donde solían desayunar. Pero no solo estaba él, sino también su padre, tal y como esperaba, y Eleanor, que dibujaba una extraña y amplia sonrisa que le heló hasta el alma.

Con paso lento, pero firme, Kenna se dirigió hacia la mesa y se sentó junto a su padre.

—Bueno días, hija —dijo este.

Arqueando una ceja, sorprendida, Kenna levantó la mirada hacia él, pues era realmente extraño que su padre la saludara, sobre todo, con ese tono amistoso. Tragó saliva y carraspeó.

—Buenos días… —respondió en apenas un murmullo.

De reojo, vio cómo Oliver sonreía ampliamente y se llevaba, con prepotencia, un trozo de queso a la boca. Desde su asiento, Kenna tenía la impresión de que estaba sucediendo algo que se le escapaba, pues todos se comportaban de forma extraña. Aquel no era un desayuno normal, sino algo

más. Su intuición se lo decía y le pedía a gritos que se marchara de allí, pero se dio cuenta de que era demasiado tarde cuando Eleanor comenzó a hablar.

—Querida, tu padre y yo hemos pensado algo que te compete…

Kenna sintió que todo su cuerpo se ponía en alerta. Aquella amabilidad de Eleanor no era normal, así que podía esperarse lo peor, especialmente por la sonrisa que mostraba Oliver, que parecía disfrutar.

—¿Qué pasa?

Conrad carraspeó y echó su cuerpo hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—Hija, hemos pensado que ya tienes edad casadera.

El corazón de Kenna se sobresaltó, pero la joven se obligó a mantener una pose relajada a pesar de que su nerviosismo había saltado por los aires.

—Tengo edad casadera desde hace tiempo y nunca ha parecido importar.

—Ahora sí, pues hemos encontrado al candidato perfecto para ello.

Kenna arqueó una ceja y apretó los nudillos contra los brazos de la silla sobre la que estaba sentada.

—Me gustaría casarme con quien yo quiera, si es que me caso…

Conrad asintió.

—Sí, pero desde que tienes edad casadera, como tú bien dices, no has dado el paso. Así que lo hemos dado nosotros.

Kenna miró de reojo a Eleanor, que mantenía su fría sonrisa, carente de sentimiento alguno. ¿Cómo era posible que su padre jamás se hubiera dado cuenta de que esa mujer solo deseaba su dinero? Se notaba a leguas que no lo quería, pero su padre parecía estar ciego.

—¿Quién es? —preguntó de mala manera.

Conrad carraspeó de nuevo.

—Se trata de Arthur Hamilton, el primo de Eleanor y un hombre muy bien posicionado en la corte del rey inglés. Estoy seguro de que lo recuerdas.

Kenna estuvo a punto de arrancar de cuajo los brazos de la silla. Claro que lo recordaba. Hacía tiempo que no lo había visto, pero jamás le había

gustado ese hombre. Era pedante, orgulloso, vanidoso, demasiado mayor y feo. Recordaba que tenía unos ojos azules demasiado pequeños para la amplitud de su rostro, un bigote que no le quedaba bien y una barriga que parecía ser cada vez más grande debido a la cantidad de comida y bebida que ingería. Sin embargo, lo peor de todo era su edad.

—Ese hombre es mayor que usted, padre —dijo con aparente tranquilidad, aunque en su interior bullía de auténtica rabia.

—Es uno de los hombres más influyentes de Inglaterra. La edad no es un problema ni impedimento. Jamás lo ha sido en los matrimonios concertados.

La respiración de Kenna se aceleró e intentó no mirar hacia Oliver, que sonreía ampliamente.

—Mi primo es una persona excepcional —terció Eleanor.

Kenna frunció el ceño.

—Pues haberte casado tú con él en lugar de hacerlo con mi padre —le espetó la joven sin poder contenerse.

—¡Kenna! —exclamó su padre—. Esas no son formas para dirigirte a tu madrastra.

—No es nada mío —respondió.

Conrad dio un manotazo en la mesa.

—¡Ya está bien! —exclamó—. No voy a tolerar este comportamiento. Espero que Arthur Hamilton pueda educarte.

Kenna apretó los puños.

—No voy a casarme con él.

—Ya está decidido, querida —respondió Eleanor—. Estará aquí en tres días.

Kenna dedicó una mirada cargada de odio a las tres personas que había delante de ella y, después, se levantó, tirando la mesa a sus pies y dirigiéndose hacia la puerta con intención de marcharse a pesar de los gritos de su padre para que regresara a la mesa y se disculpara. Pero Kenna no estaba dispuesta a ceder.

Salió del salón echa un basilisco y con lágrimas en los ojos. Atrás

quedaron los gritos de su padre para que regresara al salón, pero no pensaba hacerlo. Era la primera vez que desobedecía una orden de su progenitor, pero ya no aguantaba más. Durante toda su vida había hecho lo que su padre deseaba con la esperanza de que la amase un poco más, pero jamás lo había conseguido, y ya no pensaba intentarlo de nuevo.

La había traicionado. Así lo sentía ella. Su padre, que siempre la había culpado de la muerte de su madre, la odiaba. Lo sabía. Nunca había podido perdonarle algo que ella no había hecho a propósito. Y ahora se lo hacía pagar.

Los ojos de Kenna suplicaban para soltar las lágrimas. Hacía demasiado tiempo que no lloraba. Siempre se obligaba a mostrarse fría y despreocupada de lo que sucedía a su alrededor, pero ya no podía más. Había aguantado veinte años de desprecios y el peso de la muerte de su madre sobre su espalda, pero no podía soportarlo por más tiempo. Ella no había hecho nada, no era la culpable del ataque en el que murió, ni fue la que empuñó el arma que le segó la vida. Ella era su hija, que cometió el error de nacer precisamente ese día.

Corrió hacia el bosque, pasando primero por las caballerizas, donde se cruzó con Rick en la puerta y, tras una sola mirada, este comprendió lo que deseaba, así que dejó lo que estaba haciendo, esperó unos segundos y la siguió.

El bosque parecía haberse oscurecido de golpe; daba la sensación de que los pájaros habían desaparecido y todo había quedado en silencio cuando Kenna desapareció de las miradas del palacio. Limpió con rabia sus lágrimas y paró junto a un árbol, contra el que se apoyó para respirar hondo e intentar calmarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rick cuando llegó junto a ella.

Kenna se giró hacia él llorando y lo abrazó con fuerza. Este la rodeó con sus brazos y la estrechó en silencio, hasta que la joven se serenó y se apartó de él para mirarlo a los ojos.

—Mi padre va a casarme con Arthur Hamilton.

Rick frunció el ceño.

—¿Ese señor que ha venido a veces, amigo del rey?

Kenna asintió.

—Y primo de Eleanor… Qué bien le vendría deshacerse de mí para tener el control de todo…

—¿Y por qué querría tu padre casarte con ese hombre? ¿Quiere acercarse al rey?

—Simplemente dice que tengo edad casadera y que es el hombre ideal para mí. Estoy segura de que esa maldita idea la ha tenido Eleanor para que Oliver tenga más acceso a lo que me pertenece.

Rick resopló y se paseó de un lado a otro con las manos en el rostro mientras pensaba una solución, hasta que, pasados unos minutos de silencio, creyó encontrarla.

—A ver, tu padre es un lord importante en Escocia, ¿no?

Kenna asintió sin comprender.

—Entonces, a quien le debe lealtad es al rey de Escocia, no al inglés.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—A que puedes proponerle ir a Escocia para que vuestro rey dé su visto bueno a vuestro matrimonio. Convéncelo. Los reinos de un país y otro tienen tiranteces. Seguramente, se negará a ese matrimonio.

Un rayo de esperanza surgió en los ojos de Kenna, que sonrió y se lanzó a sus brazos.

—Es que eres el mejor amigo del mundo, Rick.

El joven rio contra su cuello.

—Lo sé…

Se separaron y la joven le dio un beso en la mejilla. Tras eso, hablaron de otros temas para intentar olvidar las recientes preocupaciones y, al cabo de un par de horas, regresaron al palacio en diferentes tiempos para evitar que los vieran juntos.

Kenna entró por la puerta de la cocina y, en lugar de encontrarse con las sirvientas, se sorprendió al ver a Oliver mordiendo una manzana. Este tenía la mirada fija sobre ella y sonrió cuando Kenna intentó sobrepasarlo sin dirigirle la palabra.

—¿No quieres casarte con Hamilton porque estás con el mozo de cuadras?

Los pasos de Kenna se quedaron quietos justo a su lado.

—¿Perdón? ¿Qué dices?

—Que te he visto abrazar a Rick, el mozo de cuadras. ¿Estás con él?

—Eso no te incumbe, desgraciado.

Oliver sonrió ampliamente.

—Es una información bastante jugosa como para callármela.

—No estoy con él, así que no tienes nada —respondió para evitarle problemas a su amigo.

—Todas las escocesas sois unas zorras… ¿Lo eres también en la cama o solo te gusta calentar la entrepierna de un hombre?

Kenna levantó la mano para abofetearlo, pero Oliver fue más rápido y logró apretar su muñeca a tiempo, arrancándole un gemido de dolor.

—Eres un desgraciado, y tu madre una maldita cazafortunas.

Oliver sonrió y tiró de su muñeca para atraerla a él.

—Pues esa cazafortunas y yo vamos a aplastarte como si fueras una mísera cucaracha.

Tres días después, el tiempo y la vida parecían haberse coloreado de color gris para Kenna. La alegría que siempre mostraba cuando estaba fuera de los muros de su palacio se había esfumado, cambiando el rictus de su cara por uno más serio y disgustado. Y a pesar de los intentos de Rick para que cambiara durante esas jornadas, estos fueron infructuosos, hasta que llegó el gran día.

Kenna apenas había podido comer nada debido a los nervios. Por su mente habían pasado infinidad de ideas para escapar de allí y llegar a Escocia, pero estaba segura de que su padre la encontraría con facilidad, pues no mucha gente poseía el color de ojos que ella tenía y, unido a su color de pelo, estaría de vuelta a su casa en cuestión de días.

Kenna suspiró y se cruzó de brazos mientras esperaba junto a su familia a que Arthur Hamilton fuera llevado al gran salón donde lo esperaban. Desde allí había podido escuchar el sonido de los cascos de muchos caballos, así que supuso que el amigo íntimo del rey inglés llevaba consigo a varios

guerreros para protegerlo, y la joven no pudo evitar torcer la cabeza. Estaba claro que este no pensaba dejarla escapar con facilidad.

Kenna se había visto obligada a ponerse el mejor de sus vestidos. Había intentado hacer lo contrario, pero cuando Eleanor la vio salir de su cuarto con un vestido ligeramente raído y viejo, la obligó a volver al interior para cambiarse y ponerse el mejor que tenía en su baúl.

Se había dejado el cabello suelto, haciendo que varios mechones de este cayeran rebeldes sobre su rostro, y ocultando ligeramente sus ojos tras ellos como muestra de rebelión ante lo que estaba a punto de suceder.

Se cruzó de brazos y caminó de un lado a otro del salón. Eleanor así lo había decidido a pesar de que en Escocia eran los anfitriones quienes salían a la puerta a recibir a sus invitados. Y cuando el sonido de unos pasos se acercó al salón donde se encontraban, Kenna hizo todo lo posible para no vomitar allí mismo. Sentía sobre ella el peso de la mirada de Oliver, con quien había vuelto a discutir el día anterior. Lo odiaba. No podía evitarlo. Y la relación iba a peor.

Eleanor agarró del brazo a Kenna y la empujó hacia adelante a pesar de que esta intentó soltarse con rabia. Pero su madrastra hizo caso omiso a sus quejas y la colocó a su lado justo en el momento en el que la puerta del salón se abría para dar paso a un sirviente, seguido de Arthur Hamilton.

Kenna tragó saliva y recorrió con su mirada el cuerpo del inglés. Tal y como lo recordaba, era mayor que su padre y no guardaba precisamente la belleza de la juventud. Su pelo ligeramente canoso y las arrugas que surcaban su rostro le indicaban que era mayor que ella. No recordaba haberle visto la cicatriz en su ceja derecha y ese bigote, perfectamente cortado, le daba un aspecto dictatorial que no le gustaba.

Al instante, el hombre sonrió y se acercó primero a su prima, a quien le dio un abrazo. Al igual que a Oliver, cuya mano estrechó con familiaridad y cercanía. Tras esto, Arthur Hamilton se dirigió hacia Conrad, a quien también saludó con amabilidad. Y cuando solo quedaba ella, Kenna deseó desaparecer de repente de ese salón.

—¿Recuerdas a mi hija Kenna?

Arthur sonrió aún más y la recorrió con la mirada, haciéndola sentir como un trozo de carne que estaba en el mercado y al que dudaban si comprar o

no.

—¿Cómo iba a olvidar a la preciosidad que tienes por hija, Conrad? Un placer volver a verla señorita Ferguson.

Su voz ligeramente aflautada le resultaba insoportable. ¿Cómo demonios iba a aguantarlo durante el resto de su vida? Kenna tragó saliva sin saber qué decir. La verdad era que no deseaba hablar absolutamente nada, tan solo marcharse de allí. Sin embargo, Eleanor volvió a agarrarla del brazo y clavó sus dedos en su carne, obligándola a dar un paso hacia adelante.

—Igualmente, señor Hamilton.

—Tú puedes llamarme Arthur.

—Prefiero señor Hamilton —rebatió la joven mirándolo a los ojos.

Aquellos ojos azules la observaron atentamente, como si quisieran descifrar sus secretos, pero Kenna no se dejó. Elevó el mentón con orgullo, haciendo sonreír aún más al recién llegado.

—Bueno, creo que es la hora perfecta para ir a cenar y hablar de los pormenores de la boda… —dijo Eleanor con tono alegre y amable.

En silencio, se dirigieron hacia el salón donde solían cenar. Kenna arrastraba los pies por el pasillo. Sentía sobre su espalda la mirada de Hamilton. Sabía que este no le quitaba el ojo de encima porque lo había mirado de reojo antes de salir y este la miraba con tanto deseo que parecía estar a punto de comenzar a babear. Kenna torció el gesto, asqueada, pero intentó mantener la calma.

Durante esos días no había tenido la oportunidad de hablar con su padre sobre la idea que Rick le dio días atrás, pero estaba segura de que en cualquier momento podría hacerlo, así que quería comportarse hasta conseguir lo que deseaba.

Se sentaron de forma diferente a como solían hacerlo, provocando que Hamilton se quedara justo a su lado, incentivando así la conversación entre ellos. Cuando los sirvientes dejaron la cena justo en el centro de la mesa, Kenna sentía que iba a vomitar sobre ella. Estaba tan nerviosa y asqueada por tenerlo tan cerca que no podía contenerse. Y que la mirada de Oliver estuviera puesta sobre ella, orgulloso, no ayudaba en absoluto.

—Me alegra saber que habéis pensado en mí para casarme con Kenna.

Me parece que tu hija se ha convertido en una mujer excepcional.

La joven enarcó una ceja.

—¿Excepcional? No puede decir eso, señor Hamilton. No me conoce.

Este sonrió.

—Mi querida prima se deshizo en elogios hacia usted en su carta, así que la conozco un poco.

Kenna miró de reojo a Eleanor. ¿Esta había hablado bien de ella? ¿Había perdido el juicio? Tal vez.

—Además, usted se ha convertido en una mujer muy hermosa. ¿Quién no querría casarse con usted?

—Cierto, muchos jóvenes de mi edad lo desean —dijo Kenna haciendo hincapié en la edad.

—Y, sin embargo, habéis acabado prometida a uno mayor… —la cortó Hamilton con una sonrisa.

—Y, dígame, señor Hamilton, ¿no hay señora de su edad en la corte para casarse con ella?

Conrad dio un manotazo en la mesa.

—Kenna… —le advirtió—. Disculpad a mi hija, Hamilton. Últimamente, está demasiado rebelde.

El aludido se encogió de hombros.

—Eso se puede corregir. Tranquilo.

Kenna apretó los cubiertos con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos ante aquella clara amenaza. El hombre la miraba fijamente. Era una mirada tan parecida a la de Eleanor y la de Oliver que Kenna sintió escalofríos. Estaba claro que Hamilton haría lo posible para cortar de raíz su carácter, y eso que aún no estaban casados, pero su intención estaba clara.

—Podríamos oficiar la boda en un mes, más o menos —sugirió Eleanor —. Creo que es tiempo más que suficiente para los preparativos, especialmente el vestido de la novia.

Hamilton asintió y miró a Conrad, al tiempo que Kenna miraba fijamente el cuchillo que sostenía entre sus manos y dudaba sobre si clavárselo a sí misma o a su prometido, que estaba demasiado cerca como para no fallar.

—Conrad, amigo, ¿a ti qué te parece?

El padre de Kenna comenzó a toser con fuerza, como solía hacer cada vez que comía algo. En su rostro se dibujó una expresión de dolor y llevó la mano a su estómago.

—¿Se encuentra bien, padre?

Conrad asintió y se dedicó unos segundos antes de responder con palabras.

—Las comidas… no me sientan bien. Pero, bueno, no estamos aquí para hablar de mí —siguió cuando recuperó la voz—, sino de vuestra boda. Claro que me parece bien la fecha. Cuanto antes, mejor.

Kenna frunció el ceño y dejó los cubiertos sobre el plato de mala manera antes de dirigirse de nuevo a su progenitor.

—Yo no estoy de acuerdo, padre. No me quiero casar con este señor.

Hamilton esbozó media sonrisa bajo el bigote y recorrió la espalda de Kenna con la mirada mientras esta se dirigía a su padre.

—Kenna, ya está todo hablado. Se lo sugerimos a Arthur y aceptó casarse contigo.

—¡Claro, cómo no! Alguien como él ya no aspira a casarse ni con una rata.

Eleanor se sonrojó ante el insulto hacia su primo estando él delante.

—¡Niña, compórtate!

Kenna dio un manotazo aún más fuerte.

—¡No! Comportaos vosotros, que parece que lo único que os importa es el dinero de mi padre, no su felicidad o su salud. No me quiero casar con tu primo. ¿Por qué no puede ser con alguien a quien yo quiera?

—Porque no tienes la potestad para hacerlo —respondió su padre—. Las hijas siempre han sido una moneda de cambio para usarlas en aumentar relaciones.

Kenna resopló.

—¿Eso soy yo, padre, una moneda? ¿Qué diría madre al respecto?

Conrad dio un manotazo en la mesa.

—¡Ya basta, Kenna! No nombres a tu madre.

—La nombraré las veces que haga falta, padre, porque era mi madre. Y está muerta, pero no fui yo quien empuñó el arma, que es algo que jamás ha entendido.

Conrad agarró la muñeca de su hija y la apretó con tanta fuerza que todo el mundo pudo escuchar el crujido de sus huesos. Kenna gimió de dolor.

—Te casarás con Arthur Hamilton y espero que sepas cómo comportarte porque a partir del momento en el que seas suya, tendrá la potestad suficiente para domarte a su manera.

El aludido carraspeó e intentó sonreír de nuevo, aferrando con suavidad la otra mano de Kenna, que sintió frialdad y asco al tener los largos dedos del hombre sobre su piel.

—En parte la entiendo, señorita Ferguson, pero creo que siente ese rechazo por mí porque apenas me conoce. Hace años que no nos vemos y no sabe cómo soy en realidad. Por ello, me gustaría pedirle a su padre que nos dé unos minutos para conocernos a solas mientras damos un paseo por el precioso jardín que tiene este palacio.

Kenna intentó retirar su mano suavemente, pero Hamilton la retuvo.

—Es de noche y no es de recibo que nos veamos a solas.

—Es tu prometido, Kenna, podéis salir al jardín —respondió Conrad, secundado por Eleanor.

La joven respiró hondo para intentar calmarse, pues estaba a punto de levantarse de la silla con rabia y marcharse de allí sin mirar atrás. Sin embargo, estaba segura de que, si hacía eso, jamás conseguiría que su padre quisiera ir a Escocia a hablar con el rey para que diera su visto bueno sobre ese maldito matrimonio.

Por ello, cuando Hamilton se levantó de la silla y le tendió la mano para que lo acompañara fuera de ese salón, Kenna se levantó. Estaba tan tensa que su espalda parecía una tabla. Bajo la atenta mirada de un Oliver que no dejaba de sonreír, la joven caminó hacia el exterior del salón. Odiaba tener que obedecer de esa manera. Su prometido, a pesar de que acababan de conocerse, estaba comenzando a manejar su vida. Y eso no le gustaba.

Caminaron en silencio por los pasillos. La luz de las antorchas iluminaba

su camino, pero las sombras que dibujaba en el suelo y las paredes parecían seres fantasmales, algo que lograba ponerla aún más nerviosa a pesar de que era algo que había visto a lo largo de años. Pero ese día cobraban un sentido especial. Estar al lado de Arthur Hamilton le provocaba escalofríos, como si ese hombre no tuviera un corazón limpio, al contrario, tenía la impresión de que sus sentimientos eran demasiado oscuros hacia ella. Y eso le preocupaba.

Los pasos del hombre los llevaron fuera del palacio, donde la luz de la luna brillaba en el firmamento e iluminaba el sendero que llevaba hacia el bosque. Hamilton tomó ese pequeño camino y ella lo siguió, totalmente incómoda. Kenna se cruzó de brazos y caminó lentamente. Sentía sobre ella la mirada del hombre, pero no se atrevió a abrir la boca para decir nada.

—Tu padre quiere que nos casemos para estrechar lazos con Inglaterra.

Kenna arqueó una ceja.

—Con quien tiene que estrechar lazos es con Escocia, no con Inglaterra. Nosotros somos escoceses.

Hamilton sonrió y giró la cabeza hacia ella.

—Eres una muchacha inteligente.

—Me está tuteando, señor Hamilton.

—Estamos prometidos, podemos hacerlo.

—Me gustaría que no lo hiciera.

Su interlocutor sonrió aún más, haciendo que la luz de la luna, junto con ese gesto, dibujara una expresión totalmente aterradora en su rostro. Kenna tragó saliva y siguió hacia adelante, sin mirarlo.

—Yo pienso que a tu padre le puede venir bien acercarse más al rey de Inglaterra. No sé si sabes que soy amigo íntimo suyo.

La joven se encogió de hombros.

—Podría ser amigo de la rata más asquerosa de este país y a mí me seguiría dando igual.

Hamilton apretó los puños.

—No estás colaborando nada, muchacha.

—He dicho que no me tutee, señor Hamilton. Y no, no pienso colaborar

en este casamiento.

Kenna paró sus pasos y se giró hacia él para enfrentarlo.

—Dígame, señor Hamilton, ¿no le da vergüenza aceptar un matrimonio con una mujer que podría ser su hija?

—¿No te parece excitante, muchacha?

—Me da asco —respondió rápidamente la joven.

Para su sorpresa, Hamilton se acercó lentamente a ella. Aquella mirada azul parecía volverse negra en medio de la noche. Ni siquiera la luz de la luna lograba aclararla, y Kenna sintió verdadero miedo.

Dio un paso atrás, pero la mano del hombre fue más rápida y atrapó su cintura, atrayéndola hacia él. Kenna abrió la boca para gritar, pero la mano libre de Hamilton se dirigió directamente hacia ella para acallarla. Los ojos de la joven se abrieron desmesuradamente e intentó soltarse de su asquerosa mano.

—No te imaginas lo que voy a disfrutar domándote, muchacha. Pienso hacer lo que sea para apagar ese fuego que tienes en los ojos. Serás tan dócil y obediente que ni siquiera tú te reconocerás en el espejo.

La joven le dio una patada en la espinilla, provocando que el lord inglés la soltara y, sin mirar atrás, regresó al palacio corriendo. Las manos le temblaban tras encerrarse en su dormitorio. Había recorrido el tramo del palacio sin hacer ruido para evitar alertar a alguien más, pero necesitaba quedarse sola para serenarse. Aún podía sentir las manos de Hamilton en su cintura, por lo que sus ojos se llenaron de lágrimas.

Kenna se dejó caer hasta el suelo mientras apoyaba la espalda en la puerta de su dormitorio. Sentía asco, desesperación, rabia, frustración y miedo. ¿Cómo era posible que su vida hubiera cambiado tanto en tan pocos días? Estaba segura de que todo ese plan de la boda lo habían inventado Eleanor y Oliver para quitarla del medio y hacerse con su parte de la herencia. Cada instante lo tenía más claro. Aquello no le parecía normal, y casarla precisamente con el primo de su madrastra era la jugada perfecta, pues incluso así seguirían teniendo cierto poder sobre ella.

Kenna suspiró largamente y se limpió las lágrimas con furia. Su cuerpo temblaba como una hoja movida por el viento. Tenía que controlarse o sería capaz de coger su espada e ir a buscar a Hamilton para atravesarlo con ella.

Pero no podía.

Al día siguiente iría a hablar con su padre para pedirle ir a hablar con el rey de Escocia y, si no conseguía convencerlo, se escaparía de casa, se cortaría el pelo o haría lo que fuera para huir de ese matrimonio concertado y del demonio vestido de lord inglés con el que la habían prometido.

Tras pasar toda la noche en vela mirando hacia la puerta por temor a que alguien entrara en mitad de la noche, sobre todo Hamilton, Kenna se levantó de la cama cuando la primera luz del alba despuntaba en el horizonte.

A lo largo de la noche había logrado que su cuerpo dejara de temblar y el miedo desapareciera, aunque aún seguía teniendo un ligero mal sabor de boca debido al paseo que dio con Hamilton la noche anterior. Sentía que el suelo bajo sus pies había comenzado a temblar y ella se tambaleaba sin poder hacer nada. Todo comenzaba a desmoronarse por primera vez en su vida. Había aceptado la ausencia de su madre desde pequeña, pero esto era incapaz de aceptarlo. Y por su libertad era capaz de hacer lo que fuera.

Se vistió con un vestido oscuro que no resaltaba su atractivo, dejó su cabello suelto y salió de su dormitorio para dar un paseo antes de que el palacio comenzara a tener la vida que solía tener. Deseó con todas sus fuerzas no volver a cruzarse con Hamilton, pero sabía que era imposible, puesto que este se encontraba en el palacio hasta Dios sabía cuándo.

Kenna suspiró con alivio cuando cruzó el umbral de la puerta principal, ya que no se había cruzado con nadie. El frío de la mañana penetró por su ropa, pero estaba tan alterada que apenas lograba sentirlo. Y cuando su cuerpo se sacudía con un escalofrío, Kenna lo recibía casi con alivio, ya que suponía que sus sentimientos se disipaban un poco.

Kenna caminó lentamente hacia el bosque. Necesitaba poner sus pensamientos en orden antes de hablar con su padre sobre la idea que le dio Rick. Quería serenarse para encontrar las palabras correctas y no perder las formas. Y tenía que hacerlo antes de que todo el mundo se despertara y comenzara el día, especialmente Eleanor y Hamilton, pues eran quienes parecían tener más influencia en los pensamientos de su padre.

La joven suspiró y cerró los ojos un instante mientras caminaba

lentamente entre los árboles y arbustos, hasta que se alejó lo suficiente y escuchó un murmullo cerca de allí. Intentando no hacer ruido, Kenna se acercó y escondió entre los arbustos. Cuando las voces por fin se aclararon, sus uñas se clavaron en la palma de su mano al reconocerlas. Los dos primos, Eleanor y Hamilton, se encontraban hablando tranquilamente en medio del bosque.

Kenna frunció el ceño. No entendía qué podían hacer los dos tan temprano, hasta que la conversación llegó a sus oídos.

—Esa muchacha necesita muchos azotes para ser domada —terció Hamilton—, pero poco a poco lo conseguiré hasta que no quede nada de su maldito orgullo escocés.

Eleanor rio y acarició el brazo de su primo.

—No sabes lo que me alegra ver que Conrad haya aceptado este matrimonio. Es perfecto para deshacernos de esa muchacha, que no hace más que molestar en nuestros planes. Siempre ha sido una odiosa. Nunca se ha molestado en aceptarnos a Oliver y a mí.

—Tranquila, romperé su corazón de tal manera que no dejaré nada del recuerdo de esa muchacha. Y jamás interferirá en vuestros planes.

Kenna estuvo a punto de salir de su escondite y lanzarse sobre ellos, pero sabía que serían capaces de encerrarla para no escapar jamás, así que debía actuar con inteligencia. ¿Cuáles serían esos malditos planes en los que ella no tenía cabida? Estaba segura de que querían que su padre la desheredara y quedarse con su herencia.

—¿Y si adelantamos la boda?

Eleanor negó con la cabeza.

—No porque podrían sospechar. Un mes es el tiempo justo para preparar todo, incluido un vestido de novia. No pasa nada, Arthur. Todo está bien.

El aludido se mordió el labio inferior.

—Es que no te imaginas lo que deseo a esa maldita furcia escocesa. Su negativa de ayer, esa rebeldía y orgullo han llamado mi atención. Y tampoco la recordaba tan bella. La quiero para mí cuanto antes.

Eleanor rio.

—Siempre puedes forzarla… Es tu prometida, nadie diría nada.

Kenna tuvo que taparse la boca para evitar lanzar una exclamación horrorizada. ¿Estaban hablando en serio? Su relación con la esposa de su padre jamás había sido buena, pero nunca pensó que fuera capaz de incitar a una persona para que abusara de ella. Con manos temblorosas, Kenna estuvo a punto de dar marcha atrás para regresar al palacio y hablar con su padre. No de eso, pues jamás la creería. Sin embargo, lo que vio a continuación la dejó petrificada en el sitio.

Hamilton se acercó a Eleanor y la besó con auténtica pasión. La agarró de la cintura mientras esta se dejaba besar, llevando las manos al cuello de su primo, al que parecía entregarse con confianza, como si no fuera la primera vez que lo hacía. Y mientras estos se besaban, Kenna se obligó a reaccionar y regresar al palacio.

Las piernas le temblaban aún cuando salió de entre los últimos arbustos y corrió por el jardín hasta la puerta de la cocina. Allí se encontró con una sirvienta, que ya preparaba el desayuno. La saludó deprisa y salió de las cocinas en busca de su padre. Si los sirvientes ya estaban trabajando, seguramente su padre estaría en el despacho ultimando algunas cosas antes de desayunar.

Los pasos de Kenna resonaban por todo el pasillo y cuando por fin estuvo frente a la puerta del despacho, llamó con insistencia. No quería que Eleanor u Oliver la descubrieran allí, así que tenía que convencerlo cuanto antes. Jamás le contaría lo que acababa de ver, pero no podía permitir que esa gente se aprovechara de su familia.

Cuando su padre dio permiso para entrar desde el otro lado de la puerta, Kenna la abrió y entró. Clavó la mirada en su padre y sonrió tímidamente. A pesar de que siempre habían estado juntos, Kenna siempre lo había sentido como a un extraño, o tal vez la extraña fuera ella, pero, incluso así, nunca sabía cómo comportarse con él.

—¿Qué necesitas, Kenna? No voy a cancelar la boda.

La joven tragó saliva y negó con la cabeza.

—No venía a eso, padre, sino a recordarle que somos escoceses y que usted es un hombre importante en nuestro país.

Conrad frunció el ceño y se levantó de la silla para acercarse a ella.

—¿Qué quieres decir?

—Que le debemos lealtad a nuestro rey y, puesto que usted es alguien importante, debería pedirle permiso para mi enlace con… el señor Hamilton. Creo que lo más leal es ir a la corte escocesa y contarle nuestros planes.

—Yo no soy el laird de nuestro clan, Kenna. No tengo por qué hacer eso.

La joven sintió que su última oportunidad se esfumaba, pero no se dio por vencida.

—Lo sé, pero los señores importantes de los clanes también han pedido consejo y el visto bueno del rey en innumerables ocasiones. Creo que, aunque vivamos en Inglaterra, debemos seguir teniendo contacto y buena relación con nuestros vecinos.

Su padre sopesó su idea mientras caminaba de un lado a otro del despacho. Kenna estaba tan tensa que su espalda estaba completamente tiesa. Temía que su última oportunidad para escapar de ese matrimonio se echara a perder, así que se mantuvo quieta y sin añadir nada más por temor a equivocarse y conseguir el efecto contrario.

Al cabo de unos minutos, Conrad volvió a mirar a Kenna y se quedó quieto con los ojos clavados en ella. La joven no se movió y dejó que su padre la mirara fijamente por primera vez en mucho tiempo. Se preguntó si la reconocía como suya, si alguna vez la había amado, si de verdad le echaba la culpa de la muerte de su madre y de que sus antiguos hombres decidieran quedarse en Escocia en lugar de acompañarlo.

—Te lo concedo, hija, porque sé que es lo que habría querido tu madre.

Kenna intentó que el alivio no se reflejara en su rostro por temor a que su padre cambiara de opinión. Era la primera vez que le hablaba de su madre con esa tranquilidad y, aunque deseaba por encima de todo preguntarle sobre ella, se quedó callada y asintió.

—Gracias, padre.

—Eres igual que ella. Exactamente igual…

La voz de su padre se apagó a medida que hablaba, haciendo que Kenna tragara saliva sin saber qué decir.

—No lo sé…

—Te miro y es como si estuviera ante ella de nuevo. Por eso no quiero

tenerte cerca… porque me recuerdas que no fui capaz de protegerla.

Kenna apretó los puños. No estaba segura de si eso se lo decía como algo bueno o malo. Podía interpretarlo de ambas maneras, pues podía pensar que la amaba, pero la odiaba al mismo tiempo. Por ello, carraspeó y asintió en silencio.

—Lo dejo solo, padre.

—Mañana a primera hora partiremos hacia Edimburgo. Hamilton también nos acompañará y, si el rey da su visto bueno, en unas semanas serás su esposa.

Kenna asintió y abandonó el despacho con las manos temblorosas. Había conseguido lo que deseaba, pero a un precio que no esperaba. Jamás pensó que su propio padre le diría a la cara que la amaba, pero la odiaba por ello, y habría preferido que este se mantuviera en silencio para siempre.

Esa misma tarde, Kenna se encontraba preparando sus petates para marchar a Escocia. Y aunque fuera un viaje casi fugaz a su tierra, nadie podía imaginar lo bien que se sentía al regresar. Amaba Escocia por encima de todo y volver a ver sus costumbres y sus gentes era algo que le llenaba el corazón.

Sin embargo, esa felicidad se vio empañada cuando la puerta de su dormitorio se abrió de golpe cuando estaba a punto de agarrar su espada del fondo del baúl. Kenna se incorporó de golpe y se puso frente al baúl para que no vieran lo que había en su interior, y al darse cuenta de que se trataba de Oliver, estuvo a punto de sacarla y matarlo por entrar así en su dormitorio.

—¿No te han enseñado a llamar a la puerta?

Oliver resopló.

—¿Se puede saber qué demonios has hecho?

Kenna frunció el ceño, sin comprender.

—No he hecho nada.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué mañana a primera hora marchamos para Escocia?

—Porque olvidáis que mi padre y yo somos escoceses y le debemos lealtad a nuestro rey.

Oliver se acercó a ella, enfurecido.

—No debéis nada a ese rey. Vivís en Inglaterra.

—Mi padre es un importante señor del clan Ferguson, así que sí le debemos lealtad.

Oliver resopló.

—Eso es una tontería.

—Pues quédate aquí.

—Ni hablar…

Kenna sonrió de lado.

—¿Estás seguro, querido hermanastro? Los salvajes escoceses son demasiado hombres para alguien tan delicado como tú.

Oliver levantó su puño para golpearla, pero se contuvo a tiempo y se marchó de allí sin mirar atrás.

Cuando volvió a estar sola de nuevo, Kenna dejó escapar el aire contenido y necesitó apoyarse en el dosel de su cama para evitar caer de rodillas. Su destino estaba en manos del rey de Escocia, y, si este lo decidía, podría hacer de su vida un infierno.

CAPÍTULO 3

Magnus MacLaren se encontraba sentado en el sillón del despacho de su hermana mientras pensaba qué iba a poner en la carta que les iba a enviar antes de partir hacia tierras MacGregor para visitarlos. Hacía varios meses que no veía a su hermana y cuñado, pero, sobre todo, deseaba conocer al nuevo miembro de la familia, el hijo que habían tenido Ruby y Kieran tan solo un par de meses antes. Además, quería saber también si el hermano de su cuñado, Logan, seguía casado o se había marchado de este mundo por voluntad propia al no poder aguantar a su esposa.

Aunque su hermana seguía siendo la jefa del clan MacLaren, era Magnus quien llevaba todas las cuentas y ejercía como laird en ausencia de su hermana. Por ello, muchas horas del día las pasaba en ese despacho.

Magnus suspiró. Desde que la guerra contra los MacGregor había acabado sentía tal alivio y tranquilidad que a veces pensaba que la vida era aburrida. Dibujó una sonrisa en los labios y repasó de nuevo todo lo ocurrido durante la guerra contra los MacGregor, especialmente, al final, cuando lograron descubrir lo que realmente había sucedido. En lo anterior, mientras su padre seguía vivo, prefería no pensar.

Desde que tenía uso de razón hasta que su padre murió, Magnus tenía la impresión de que había vivido en una burbuja que lo hacía ser invisible para su progenitor. Jamás quería ser algo más de lo que era, pero solo deseaba ser visto por él, que de verdad reconociera sus logros y virtudes, pero estaba tan obsesionado con aquella maldita guerra que a Magnus le habría gustado saber qué opinaba su padre desde el más allá ahora que todo estaba tranquilo en el clan MacLaren.

Magnus agarró un papel y una pluma con una sonrisa en los labios. Le escribiría una carta a su hermana y otra a Logan. Nada en el mundo le gustaría más que pasar más tiempo con este último para burlarse de él por haber caído en las garras del amor, y por Dios que lo haría en cuanto lo tuviera delante, aunque sabía que se ganaría un puñetazo por su parte. No obstante, no le importaba si así sacaba de quicio al hermano de su cuñado.

Y cuando acababa de mojar la pluma en la tinta para comenzar a escribir, Magnus escuchó los pasos de alguien en medio del pasillo acercándose deprisa al despacho. Dejó la pluma a un lado y miró a través de la ventana.

Nada podía verse más allá, pues era de noche cerrada y tan solo deseaba escribir esas cartas y marchar a su dormitorio a descansar. Sin embargo, unos nudillos llamaron con insistencia a la puerta.

—Adelante.

Tavish, guerrero de su cuñado, al que habían enviado a ese castillo para ayudar a protegerlo, junto con otros guerreros del clan MacGregor, entró con una carta entre sus manos. Se acercó hasta la mesa de Magnus y se la tendió.

—Ha llegado esta misiva del rey para ti.

Magnus tragó saliva y miró la carta antes de levantar la mirada para Tavish.

—¿Estás seguro de que es para mí y no para mi hermana? Yo no soy el laird…

Tavish, que siempre había destacado por su ironía y sus constantes mofas a los MacLaren, le espetó:

—A menos que tu hermana haya pasado a llamarse Magnus, entonces sí, será para ella.

El aludido sonrió de lado y se reclinó hacia atrás en la silla.

—Últimamente, te veo muy cascarrabias, Tavish. ¿Acaso los MacLaren te tratamos mal?

El guerrero MacGregor torció la cabeza y chasqueó la lengua con un deje de diversión dibujado en sus ojos.

—Preferiría estar en mi clan, rodeado de mi gente, en lugar de estar aquí con la obligación de aguantarte y servirte. Es humillante.

—¿Humillante? Pensaba que habíamos conseguido ser amigos… —Magnus fingió molestarse, llevándose una mano al pecho.

Tavish sonrió de lado.

—¿Amigo yo de un MacLaren? Prefiero ir al infierno y que todas las almas del purgatorio me sigan con sus llantos lastimeros antes que ser amigo de un MacLaren.

—Eso que dices es muy feo, Tavish. Tendré que ponerlo en conocimiento de Kieran. Si yo acabara molesto, podríamos iniciar otra guerra contra tu

clan.

—Hazlo. Será un placer clavarte mi espada.

Ambos se miraron en silencio y comenzaron a reír a carcajadas.

—Te dejo solo con tu preciada carta, Mag —le dijo el guerrero MacGregor—. Te veo mañana…

—Descansa.

Tavish asintió y cuando cerró la puerta tras él y Magnus volvió a quedarse solo, este miró la carta largamente antes de tomarla entre sus manos. Con el ceño frunció y serio, el guerrero la sopesó y se preguntó qué querría Alejandro III nuevamente de él. Desde los juegos de las Highlands no había vuelto a comunicarse con el rey y temía que los MacLaren hubieran hecho algo que los llevara a un peligro desconocido.

Y sin poder aguantarse más, Magnus rompió el lacre del rey escocés y abrió la carta. Descubrió que esta no era muy extensa, y le dejó más dudas que respuestas. Por eso, la releyó una vez más para intentar adivinar qué pretendía el rey con su petición:

"Señor Magnus MacLaren,

Espero que se encuentre bien desde la última vez que nos vimos el año pasado en los Juegos que organicé. Desde entonces, y tras descubrir su valía como guerrero y como persona leal a su clan y a sus amigos, me gustaría ofrecerle algo a cambio por lo bien que actuó en su momento.

Me gustaría que viniera a la corte lo antes posible. De esta forma, podré comentarle qué es lo que he pensado para usted. Así que espero su llegada en los próximos días.

Su majestad,

Alejandro III."

Magnus suspiró y se preguntó qué querría de él el rey. En su carta fue muy escueto y discreto con su petición. Y renegó entre dientes al no saber a qué atenerse hasta llegar a la corte y que este le contara.

Chasqueó la lengua, contrariado, pues lo que más deseaba en el mundo era salir de allí para conocer a su nuevo sobrino y charlar con su familia. No quería ir a la corte. No aguantaba esa vida de excesos que nada tenía que ver con su visión del mundo. Sin embargo, sabía que no podía rechazar la

petición del rey. Por ello, comenzó a escribir una carta para su hermana, muy diferente a la que había pensado en un primer momento.

"Querida Ruby,

Intenta no matarme por lo que voy a decirte, pero me temo que voy a tener que posponer mi visita para más tarde. Me acaba de llegar una misiva del rey en la que me pide que vaya a la corte lo antes posible. Tranquila, supongo que no será nada. Al parecer, quiere premiarme por mi labor en los Juegos de las Highlands del año pasado, así que no tardaré mucho en regresar para ir a veros.

Espero que todos estéis bien, hermana. Sabéis que os amo con todo mi corazón. A todos. Menos a Logan (esto puedes decírselo), porque no me ha escrito ni una sola carta desde que se ha casado. Me evita para que no me burle de él, pero en cuanto vaya a veros, pienso hacer de su vida un infierno. Dile que me reiré tanto de él que no habrá piedra en Escocia que no se ría también. Y espero que tú también estés dándole tormento…

Sin más que añadir, voy a preparar mis alforjas para el viaje.

Un abrazo, Ruby.

Magnus MacLaren."

El guerrero dejó la pluma en su lugar con una sonrisa en el rostro. A pesar de que la carta del rey le había dejado mal sabor de boca, el recuerdo de su hermana, sus sobrinos y su cuñado hizo que dibujara ese gesto. Estaba feliz por su hermana. Había sufrido mucho por el peso del clan sobre sus hombros. Y que compartiera ese peso con una persona que también había sufrido mucho la ayudaba a sanar.

Magnus se levantó de la silla y miró la oscuridad de la noche a través de la ventana. Y a pesar de la felicidad por su hermana, por él mismo no podía sentir lo mismo. La herida que aún guardaba en su corazón por lo que había sufrido desde pequeño seguía abierta y sangrante. A pesar de que tenía un gran hueco en el castillo y en el clan, y aunque era querido y amado por los suyos, a veces seguía sintiéndose invisible. No obstante, siempre se acordaba de sonreír, incluso en los momentos más difíciles. La risa lo había salvado de la locura, pero no había logrado curar su alma. A veces deseaba desaparecer de allí y marcharse a un lugar nuevo, pero sabía que huir no era la mejor solución para sanar.

Con un suspiro, Magnus apagó la luz del candil y se marchó del despacho. Tenía que preparar todo para el viaje, que pensaba iniciar a la mañana siguiente. Las palabras del rey le habían generado duda, así que necesitaba resolverlo cuanto antes.

Caminó hacia la salida del castillo y buscó a Tavish. No estaba seguro de que siguiera por allí o tal vez se habría marchado ya a descansar, pero cuando lo vio en medio del patio mirando hacia las estrellas en completa soledad, sonrió y se aproximó a él.

—No me digas que hablas con las estrellas cuando estás a solas. Te he descubierto.

El guerrero MacGregor se sobresaltó al escuchar su voz y se giró hacia él con una sonrisa en los labios.

—Jamás descubrirás mis secretos, MacLaren.

Magnus le devolvió la sonrisa y le mostró la carta que le había escrito a su hermana.

—Intuyo que deseas ver a tu gente una vez más, así que me gustaría que le llevaras esta carta a mi hermana.

Tavish le tomó entre sus manos y la guardó.

—¿Sabes que para un MacGregor es irritante que un MacLaren le dé órdenes?

—Si quieres, puedo enviar a uno de los míos. Ruby estará encantado de verlo antes que a ti.

Tavish torció el gesto.

—Aún no se me ha olvidado su insulto.

Magnus puso los ojos en blanco.

—Tienes razón. Insultar tu inexistente belleza debería tener el peor de los castigos.

Tavish sonrió y fingió darle un puñetazo en el estómago.

—Saldré a primera hora.

Magnus asintió.

—Entonces, nos veremos antes de que partas porque yo también debo

irme a la corte. Alejandro me reclama.

Tavish frunció el ceño.

—¿Para qué?

Magnus se encogió de hombros.

—No lo sé. No lo decía en su carta, pero quiere premiarme por mi labor en los Juegos del año pasado.

—Ten cuidado por el camino —le advirtió Tavish—. Dicen que podría haber saqueadores antes de llegar a la corte. Al parecer, han atacado a varios comerciantes.

—¿Estás preocupado por mí?

Tavish fingió sopesarlo.

—No tanto, pero si te matan, no tendría a nadie a quien amargar la vida en este castillo. Los demás me caen demasiado bien.

Magnus sonrió y le dio una palmada en la espalda antes de regresar al castillo. Tenía por delante varios días de camino, y quería estar descansado antes de enfrentarse a lo que el rey le tuviera preparado.

El castillo del monarca se dibujó frente a ellos tras varios días de viaje. Kenna y los demás había pasado varios días a la intemperie y, a pesar de la incomodidad del momento, no pudo evitar sonreír al escuchar el suspiro de alivio de Eleanor. Esta no había hecho más que quejarse del viaje, pues había llovido y hecho frío durante todo el tiempo, y no estaba acostumbrada al traqueteo de la carreta.

Ascendieron por la colina sobre la que estaba erigido el castillo y cuando estuvieron frente a las puertas del mismo, desmontaron.

Kenna sonrió hasta que fijó su mirada en Arthur Hamilton y descubrió que la observaba con ojos feroces. Entonces, su sonrisa se desvaneció y volvió a mostrarse asqueada. Se había tenido que guardar para sí lo que había descubierto de ambos primos, y aunque deseaba contárselo a su padre, sabía que no podía hacerlo. Tan solo le quedaba la esperanza de hablar con el rey escocés para que este se negara a que una escocesa se casara con un inglés.

Los guerreros del rey los invitaron a pasar y toda la familia al completo lo

hizo. Pero no solo ellos, los hombres de Hamilton también los habían acompañado hasta allí, algo que le sorprendió a Kenna, pues no tendría escapatoria si así deseaba.

El viaje hasta allí había sido tan incómodo y silencioso que hubo momentos en los que Kenna se preguntaba si estaba viajando sola o se habían quedado todos muertos sobre los caballos y la carreta. Pero no. Cuando dirigía su mirada hacia ellos, y estos le devolvían esa mirada, Kenna podía sentir su rabia y frustración al tener que viajar a Escocia por una petición suya, retrasando la boda de forma más que evidente. Pero a ella no le importaba. Tan solo quería conseguir que Alejandro III pusiera el grito en el cielo ante semejante despropósito.

—Cuando me dijeron que Conrad Ferguson deseaba hablar conmigo, pensé que se trataba de una broma… —fue lo primero que dijo el rey al ver entrar al susodicho con su familia y Arthur Hamilton al salón donde los recibió el monarca.

Conrad sonrió y le estrechó la mano con aprecio.

—La verdad es que hacía demasiado tiempo que no me pasaba por estas tierras, majestad.

—Me dijeron que te habías instalado definitivamente en Inglaterra —dijo torciendo el gesto, aunque lo recompuso pronto por la presencia de Arthur —. Y ya me han dicho también que mi castillo se ha llenado de guerreros ingleses. Espero no tener problemas con ellos…

Arthur sonrió amablemente a pesar de que tenía los puños completamente blancos por la rabia.

—Claro que no, señor. Venimos en son de paz.

Alejandro asintió.

—A Conrad y a su hija los conozco, pero a los demás no.

El aludido señaló a su mujer.

—Ella es mi esposa, Eleanor Spencer, y su hijo, Oliver.

—¿Spencer? Tu esposa también es inglesa… —terció mientras la madrastra de Kenna hacía una reverencia.

La joven ocultó una sonrisa por la incomodidad de la mujer, al igual que Oliver, cuya reverencia fue casi inexistente debido a la tensión de su

espalda, que lo obligaba a estar recto.

—Y él es Arthur Hamilton, el primo de mi esposa y uno de los motivos por los que estamos aquí en el día de hoy.

Alejandro los miró uno por uno, hasta posar su mirada en Kenna, que se la devolvió casi con desesperación.

—Supongo que otro de los motivos por los que estáis aquí es tu hija, Ferguson.

Conrad asintió mirando de reojo a Kenna, que se aferraba las manos por delante del cuerpo. Esta apenas podía mantenerse quieta, ya que su nerviosismo estaba aumentando por momentos. El hecho de haberlos llevado directamente desde que habían llegado había hecho que respirara aliviada, pues necesitaba saber cuanto antes si su futuro ya estaba sellado o no.

Y ahora que se encontraban frente al rey solo quería que su padre le contara por qué estaban allí y lo solucionaran enseguida.

—Exacto. Tanto mi esposa como yo pensamos que mi hija ya está en edad casadera, así que creemos que el mejor esposo que podría tener es el señor Hamilton. No solo es primo de mi esposa, sino que es amigo íntimo del rey de Inglaterra, por lo que sus contactos son extensos y muy poderosos. Creemos que una boda entre una escocesa y un inglés podría aliviar, en cierta manera, la tensión entre ambos países.

Alejandro asintió y miró nuevamente a Kenna y Arthur.

—¿Y los futuros contrayentes qué tienen que decir?

La joven abrió la boca para responder, pero fue Arthur quien habló no solo por él, sino también por ella.

—Estamos muy contentos.

Alejandro arqueó una ceja.

—¿La señorita Ferguson también?

—La verdad es que no, majestad.

Kenna hizo caso omiso al crujido de los dedos de Arthur cuando la escuchó responder.

—Considero que mi prometido es demasiado mayor para mí, además de

que tiene ciertos planes con la esposa de mi padre que no han revelado. Eso sin contar con que me gustaría casarme con un escocés, no un inglés.

La seguridad en las palabras de Kenna era tan evidente que hasta los propios guerreros del rey se miraron entre sí con una sonrisa. Ellos tampoco deseaban tener a guerreros ingleses entre sus muros, pues la tensión con ese país era demasiado fuerte.

Alejandro carraspeó y dirigió su mirada a unos y a otros. Se encontraba en una encrucijada, pues, por una parte, veía claramente un interés del futuro esposo en controlar parte del capital de Conrad Ferguson, pero, por otra, tenía frente a sí a la oportunidad que esperaba para calmar los ánimos con sus vecinos ingleses. Durante los últimos meses habían crecido esas tensiones con el rey inglés, pero no deseaba llevar a su gente a la guerra. Por ello, debía actuar de la mejor manera posible para proteger al resto del país. Y si ese hombre era íntimo amigo del monarca inglés podrían llevarle un mensaje de paz entre ambas naciones.

Por eso, mirando a Kenna y disculpándose con ella con la mirada, dirigió sus ojos hacia Conrad.

—Me parece que este matrimonio podría traer no solo dicha a vuestra familia, sino también a ambas naciones. Si este hombre es amigo de su majestad y se casa con una escocesa, podría calmar los ánimos entre nosotros.

—Pero, majestad… —comenzó a quejarse Kenna, que veía cómo su mundo se derrumbaba a sus pies.

—Lo siento, muchacha. Es lo que pienso. Jamás aceptaría que una escocesa se casara con un inglés, pero este inglés no es uno cualquiera. Es amigo del rey, y podríamos frenar una guerra que a veces parece inminente.

En los ojos de la joven se reflejó una decepción que no pasó desapercibida para el monarca, que llevó su mirada hacia Arthur.

—Tan solo espero que el señor Hamilton sea capaz de cuidar, proteger y respetar como debe a una escocesa.

El aludido sonrió y asintió.

—Lo haré como debo…

—Con devoción y modales… —le advirtió Alejandro.

—Exacto —aseguró Arthur.

Kenna apretó los puños, sobre todo, al ver que Oliver giraba la cabeza en su dirección y le sonreía de forma imperceptible. Sintió que habían ganado la guerra. Ahora serían libres para hacer con su capital lo que desearan mientras ella estaría en manos de un señor mayor que, estaba claro, iba a hacer con ella lo que deseara. Y nada bueno.

—He ordenado que los sirvientes os preparen unas habitaciones para que paséis aquí unos días y descanséis del viaje. ¿Tenéis algo más que comunicarme?

Conrad negó con la cabeza.

—La verdad es que no, majestad.

—Entonces, marchad a descansar.

Todos asintieron, excepto Kenna que se quedó parada en el sitio cuando todos se giraron y comenzaron a caminar hacia la puerta. Alejandro, al ver la duda en sus ojos, miró a Conrad.

—Me gustaría hablar a solas con tu hija, Ferguson.

El aludido cedió.

—Claro que sí. Después, descansa, hija.

Kenna asintió de forma imperceptible. Y solo cuando se quedaron solos, con los guerreros del rey alrededor, la joven lanzó un suspiro.

—Majestad, yo no soy nadie para pedirle un favor, pero no quiero que esa boda se lleve a cabo.

—¿Por qué?

—Porque es un inglés al que no quiero; porque es demasiado mayor para mí; porque no tiene buenas intenciones y porque tiene una relación íntima con su propia prima.

Alejandro arqueó una ceja.

—¿A qué te refieres, muchacha?

—A que vi a Eleanor y a Arthur besarse en medio del bosque. Los escuché hablar de un plan. Sé que quieren quedarse con mi parte de la herencia, y qué mejor forma de hacerlo que enviándome lejos de allí y casándome con alguien que está de su parte. Solo así podrán manejarme,

majestad. Ya sabe que los ingleses son traidores, y yo lo he comprobado con mis propios ojos. Eleanor y su hijo me hacen la vida imposible desde que ella se casó con mi padre. Sé que soy un estorbo para ellos y no me quieren allí. Por favor, majestad, detened esta boda. Solo usted tiene esa potestad. Es por ello por lo que insistí a mi padre para que viniéramos aquí, porque estaba segura de que el rey de Escocia no querría saber nada de un inglés.

Alejandro suspiró y asintió.

—Y así es, muchacha. Los ingleses no son objeto de mi devoción. Pero ¿tu padre sabe lo que me acabas de contar?

—No. Mi padre no es el mismo desde que murió mi madre y a mí nunca me escucha, pero sé que a vos sí lo escucharía.

—Lo que he dicho respecto a que veía una buena unión entre ambos países era cierta. No deseo llevar a los míos a una guerra en la que ambos países perderíamos. No obstante, esto que me cuentas es demasiado grave. ¿Estás segura de lo que viste? No quiero que un inglés merme las arcas de un escocés noble.

Kenna asintió.

—Os lo juro por mi vida, majestad. A mí misma me costó creer lo que veía, pero Eleanor y Hamilton se besaron en medio del bosque. Todo esto es un plan de ellos para hacerse con el dinero de mi padre. Él no lo reconocerá, pero lleva un tiempo enfermo. Las comidas no le sientan bien y parece ir a peor. Incluso he llegado a pensar que le están administrando algo para que muera poco a poco. Yo no quiero nada de mi padre, así que no hago esto por el dinero. La verdad es que me da igual. Preferiría vivir en la calle, pero teniendo un padre que me ame.

—¿Acaso Conrad no es un buen padre?

Kenna se encogió de hombros.

—Es buen padre. Me ha mantenido y me ha vestido durante estos veinte años, pero… sé que me culpa de la muerte de mi madre.

—Recuerdo aquel ataque. Nunca se descubrió quién había sido el culpable…

Kenna negó con la cabeza.

—No. Fueron ingleses, pero nadie ha logrado señalar a alguien en

concreto.

Alejandro suspiró y caminó de un lado a otro intentando pensar una solución.

—Ya he dado mi visto bueno para ese matrimonio y no puedo cambiar de opinión.

Los hombros de Kenna bajaron por la derrota.

—Majestad, ¿no habría una manera para que esa boda se cancele de forma inmediata?

Alejandro clavó su mirada en ella.

—A menos que alguien la descubra intimando con otro hombre, ese matrimonio se llevará a cabo, señorita Ferguson.

Kenna vio un brillo especial, casi pícaro, en los ojos del monarca. Pero ¿con quién iban a descubrirla? Ella no deseaba casarse con nadie y, si la descubrían, la casarían inmediatamente con ese hombre. Se libraría de un matrimonio para meterse en otro. Kenna suspiró y asintió de forma imperceptible. Hizo una reverencia y se marchó del salón arrastrando los pies.

Al salir al exterior y sentir en su rostro el aire fresco de la mañana, que recorría los pasillos debido al patio interior del castillo, Kenna cerró los ojos un instante. Respiró hondo y se tragó las lágrimas. Estaba en una encrucijada de la que no podía salir. Preguntó a una sirvienta cuál era su dormitorio y se marchó hacia allí con prisa. Necesitaba salir de esos muros un par de horas o se volvería loca. La vida apretaba su pecho con fuerza, arrancándole el aliento, así que necesitaba ocultarse y salir de allí.

Por ello, cuando llegó a su dormitorio y vio que el baúl ya estaba allí, sacó unos pantalones con los que solía entrenar, se colgó su capa negra a sus hombros y la espada del cinto en la cadera. Se puso la capucha y se asomó al pasillo para comprobar que nadie de su familia estuviera por allí.

Kenna casi voló por los pasillos, dirigiéndose a las caballerizas para montar en su caballo y escapar de allí un tiempo. Necesitaba pensar con claridad respecto a su futuro matrimonio con Hamilton y darle una vuelta a las palabras del monarca. Pero hiciera lo que hiciera, acabaría casada.

Después de cuatro días de viaje hasta llegar a tierras de la corte del rey Alejandro, Magnus deseaba sentir de nuevo el calor de un hogar y buena comida. Hacer un viaje que no deseaba no era precisamente algo que le gustara. Jamás lo había querido y la duda que le había dejado la carta del rey ahora parecía disiparse. Quería dar la vuelta y regresar a su hogar. No obstante, se obligó a seguir adelante. Le quedaba tan solo media hora para llegar a su destino. Y a pesar de eso, tenía la impresión de que la corte no estaba donde pensaba. Todo a su alrededor no eran más que árboles, donde todo estaba silencioso. Siempre pensó que en la corte habría más ruido, y no solo en el castillo, sino en los alrededores, pero allí no había nadie.

Desde que se había internado en el bosque no se había cruzado con nadie, ni siquiera se escuchaban los pájaros o el movimiento de las hojas cuando el viento chocaba contra ellas. Nada. Era un silencio tan abrumador que casi le provocaba escalofríos.

Sin embargo, siguió adelante. Pero en el momento en el que vello de su nuca se erizó, supo que el peligro rondaba cerca de allí. Recordó las palabras de Tavish antes de abandonar el castillo y llevó la mano a la empuñadura de la espada. Su mirada barrió el bosque de un lado a otro y sus oídos estaban más que pendientes de todo lo que ocurría a su alrededor.

Por ello, cuando cinco ladrones salieron de sus escondites y se lanzaron contra él, no se sorprendió. Bajó de un salto de su caballo y desenvainó la espada. Eran demasiados contra él, pero no estaba dispuesto a dejar que se llevaran nada de lo que tenía en las alforjas, ni mucho menos sus armas.

En cuestión de segundos, las espadas entrechocaron entre sí, pues los ladrones no se molestaron ni tan siquiera en hablar, sino que se lanzaron contra él. Magnus se movía deprisa contra ellos, elevando sus piernas para dar patadas a diestro y siniestro mientras paraba con maestría los ataques de los demás.

—¿Por qué no nos das lo que llevas en lugar de salir herido?

Magnus resopló.

—¿Herido? Así es como saldrás tú de aquí por haberte metido en el camino de un MacLaren.

Los demás rieron, provocando que Magnus lanzara un rugido de rabia. Le había prometido a su hermana que iba a ir en cuanto solucionara lo de su

viaje a la corte, así que no estaba dispuesto a dejar que lo hirieran para robarle. Pero cuando uno de ellos logró abrir una brecha en su costado y este lanzó un gruñido de dolor, volvió a sentir que estaba en clara desventaja.

Logró quitarse a dos de ellos del medio, por lo que solo quedaban tres de los atacantes, que se alejaron unos pasos para darle un respiro y jugar con él. Los miró bien y no vio distintivo alguno de clanes, por lo que seguramente eran personas a las que habían expulsado de sus clanes.

—Te daremos una última oportunidad para que salgas vivo de aquí, MacLaren. Danos todo lo que llevas encima, incluido el caballo, y vivirás. De lo contrario, acabarás muerto en medio del camino.

—Y seguro que tienes familia con la que regresar —dijo otro.

Magnus elevó una ceja y resopló.

—Claro que voy a regresar con mi familia, pero también voy a conservar todas mis cosas.

Con una sonrisa, los tres ladrones se lanzaron contra él, sin embargo, cuando uno de ellos estaba a punto de atacarlo por la espalda, alguien encapuchado saltó de entre las rocas que había a un lado del camino y lo alejó de Magnus, por lo que en ese momento tan solo luchaba contra dos oponentes. La persona que había salido a ayudarlo acabó muy pronto con el otro oponente, lanzándose contra otro con el que luchaba.

De reojo vio la destreza con la que el encapuchado luchaba contra los ladrones. Había logrado reducir a uno de ellos en cuestión de segundos, mientras que estaba a punto de acabar con el otro.

Cuando Magnus venció a su otro oponente, se giró para ver cómo la espada del encapuchado se clavaba en el vientre del último que quedaba con vida. Desde su posición, el segundo al mando del clan MacLaren vio que el encapuchado también cubría su rostro con un pañuelo, por lo que no podía verlo bien. La capa tapaba gran parte de su cuerpo, así que tampoco podía ver su ropa, tan solo un poco los pantalones y botas que asomaban por debajo de la capa.

Y cuando este envainó su espada y dio un paso atrás, Magnus no pudo evitar acercarse para hablar con él.

—Gracias por tu ayuda. La verdad es que no lo hubiera logrado yo solo.

Cuando el encapuchado se giró hacia él, Magnus se quedó impresionado con el color de ojos que poseía. Lo observaban los ojos más magnéticos, especiales y poderosos que había visto jamás. Ese color violeta no era muy común, pues era la primera vez que lo veía en toda su vida. Pero no solo eso. Ante el silencio del encapuchado, se fijó en sus pestañas, tan largas que parecían pertenecer a un ser mitológico.

—¿Podrías decirme tu nombre? Así sabré a quién tengo que agradecerle el favor que me acaba de hacer.

Lo vio parpadear y ese color violeta siguió allí. Y cuando la duda se reflejó en aquellos ojos, que siguieron sin contestar a sus palabras, Magnus acortó la poca distancia que los separaba y, con un movimiento rápido, bajó el pañuelo que cubría su rostro.

Magnus se quedó petrificado en el sitio al descubrir que bajo aquella ropa no había un joven guerrero, sino una mujer. De hecho, la mujer más hermosa que había visto jamás. El viento removió la capucha de esta y dejó al descubierto un cabello rubio, casi blanco, que envolvía un rostro redondo prácticamente perfecto. Y aquella nariz recta que se había escondido bajo el pañuelo marcaba el camino hacia unos labios gruesos y retadores que ahora se encontraban haciendo un gracioso mohín por ese movimiento que la joven no había esperado.

—¿Por qué has hecho eso? —La voz de la joven parecía el canto de una sirena en medio de ese bosque, que había vuelto a quedarse en completo silencio.

Magnus necesitó tragar saliva antes de responder, pues sintió que se le había quedado seca la garganta ante aquella increíble visión.

—Porque no me contestabas —se defendió cuando recuperó la voz—. ¿Nunca te han enseñado que, cuando te hacen una pregunta, debes responder?

Vio cómo la joven fruncía el ceño, enfadada.

—¿Y a ti no te han enseñado a no insistir si alguien no quiere responder?

Magnus no pudo evitar media sonrisa bajo la barba.

—Si no quieres que descubran tu identidad, deberías quedarte en casa.

—Hago lo que me da la gana. No eres nadie para decirme lo que debo

hacer.

—Y es un alivio no ser nadie para ti, muchacha. No me quiero imaginar lo que debe de ser aguantar tu mal carácter a diario…

La vio resoplar y dar un par de pasos hacia atrás mientras parecía contener su rabia. Tal vez ella no lo sabía, pero el color de sus ojos se tornaba aún más violeta cuando se enfadaba.

—Eres muy maleducado. ¿Así es como tratas a la persona que te ha ayudado a deshacerte de estos ladrones?

Magnus no pudo evitar sonreír ampliamente. La miró desde su altura, pues la joven era ligeramente más baja que él.

—Así es como trato a las personas que poseen un carácter de mierda, como tú.

Magnus estuvo a punto de carcajearse cuando las blancas mejillas de la joven se tornaron completamente rojas por la vergüenza.

—Yo no tengo mal carácter —se defendió—. Eres tú quien se ha sobrepasado al quitarme el pañuelo. ¿No te valía solo con saber que estabas a salvo? Podría haberme ido sin que supieras mi identidad.

Magnus chasqueó la lengua.

—Soy demasiado curioso.

—La curiosidad puede matarte.

El guerrero arqueó una ceja.

—¿Me vas a matar tú?

—Ahora mismo es lo que más desearía.

Magnus abrió los brazos en cruz y la retó.

—Pues venga, hazlo.

La joven resopló y dio un paso atrás cuando Magnus se acercó más a ella.

—Venga, sé valiente y cumple con tu palabra.

—Vete al infierno.

—¿Ahora no te atreves a cumplir con lo que deseas? Porque yo sí lo hago. Vamos, mátame.

La joven resopló y se giró para marcharse de allí sin añadir nada más. Sin

embargo, la férrea mano de Magnus la agarró con firmeza y la atrajo hacia él. Llevó su mano libre al rostro de la joven y la besó suavemente, sin prisa, pero sintiendo cada centímetro de sus labios contra los suyos. Deseaba devorarlos, chuparlos, extraer de ellos todo el orgullo que había mostrado. Esta le había cortado el aliento cuando le bajó el pañuelo, haciendo que, por primera vez en su vida, se quedara sin palabras ante una persona. Y había deseado besarla.

Magnus sintió que ella se sobresaltaba, pero no hizo movimiento alguno para apartarse o golpearlo para que la soltara. Al contrario, pareció sentirse segura y tranquila, provocando que el deseo que había despertado en él fuera en aumento. La besó con pasión y cuando logró que abriera ligeramente los labios, la penetró con su lengua, y tan solo cuando sintió que estaba a punto de perder el control, se obligó a apartarse.

Ambos se miraron a los ojos durante unos segundos. Magnus no quería apartarse de ella. No tenía ni idea de qué demonios le había pasado con esa mujer, pero en el momento en el que la vio, sintió como si todo su ser vibrara, como si el suelo empezara a temblar, como si el cielo se abriera para dar paso a una terrible tormenta a la que no lograba encontrar palabras para describirla.

Y dio un paso atrás sin apartar la mirada de la joven, que parecía haberse quedado petrificada ante su gesto. Esta lo miraba asombrada, con los labios aún entreabiertos y ligeramente hinchados por su beso. Y, sin poder evitarlo, Magnus sonrió.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó la joven con el gesto ligeramente enfadado.

—Como te he dicho, cuando yo deseo algo, lo hago. Y deseaba besarte para agradecerte que me ayudaras.

La vio tragar saliva y acercarse a él nuevamente. Su paso fue lento, pero firme. No apartaba la mirada de los ojos esmeraldas de Magnus y este creyó que ahora sería ella la que se atrevería a besarlo. Con una sonrisa pícara y de autosuficiencia, Magnus se dispuso a recibirla entre sus brazos. No obstante, lo que ella le dio no fue precisamente lo que esperaba.

Le devolvió la sonrisa y, cuando estuvo a unos centímetros de él, le propinó una patada en la entrepierna, haciendo que se doblara sobre sí mismo con un gruñido de dolor.

—¿Cómo te atreves a besarme?

—Ya te he dicho que era para agradecerte la ayuda… —gimió ligeramente mientras se incorporaba poco a poco.

Escuchó su resoplo.

—No te he pedido que me agradezcas nada —gruñó la joven—. Y menos así.

Magnus sonrió y clavó su mirada en ella.

—¿Me vas a decir ahora que no te ha gustado?

—Tú eres tonto, ¿no?

Magnus torció el gesto.

—No es lo peor que me han dicho… Voy mejorando…

La joven resopló y se giró para marcharse.

—Vete al infierno.

Magnus se incorporó del todo y miró su espalda. La vio alejarse con paso firme y decidido. Hasta entonces, no se había dado cuenta de que había llegado allí en caballo. Observó que montaba con destreza y, tras dirigirle una última mirada con odio, se fue.

Desde donde estaba, Magnus sonrió. Poco a poco, sus hombros comenzaron a sacudirse por la risa y acabó carcajeándose en medio del bosque. Aquella situación era la más extraña que había vivido nunca, pero se había convertido en la más excitante de todas.

CAPÍTULO 4

Magnus acababa de llegar al castillo del rey y esperaba en el extenso pasillo para entrar a hablar con él. A pesar de que se mostraba distraído y sonriente con todo el mundo, en su interior libraba una batalla nerviosa que le era imposible sofocar. Desde que había puesto un pie en ese lugar, tenía la impresión de que su destino estaba sellado, como un guerrero a punto de morir en batalla.

Desde su encuentro con aquella preciosa joven en medio del bosque, cuyo nombre no había podido descubrir, se había relajado ligeramente, pero ahora volvían los nervios y las ansias por regresar a su hogar. En la puerta del salón donde estaba el rey había dos hombres armados que lo miraban moverse de un lado a otro, lo escuchaban resoplar y, seguramente, también maldecir en voz baja. Llevaba más de diez minutos esperando a que el monarca terminara una importante reunión, así que aún no podía entrar.

Al cabo de cinco minutos, la puerta del salón se abrió para dar paso a una mujer rubia de aspecto inglés, cuyas mejillas iban tan rojas que parecían haberle dado un buen rapapolvo. Detrás de ella, apareció un hombre que rondaba la cincuentena de años y el mismo aspecto inglés, cuyos ojos azules se posaron sobre él, dedicándole la mayor mirada de auténtico asco que le habían dedicado jamás.

—Escoceses… —murmuró, afirmándole, con su acento inglés, de dónde procedía.

Magnus arqueó una ceja y le guiñó un ojo con media sonrisa dibujada en los labios. Le sostuvo la mirada hasta que el inglés la apartó y continuó su camino, perdiéndose en el pasillo. Y fue en ese momento, cuando posó su mirada en otra esquina del patio interior, que vio una cabellera rubia, caminando deprisa de un lado a otro del pasillo. De haberse tratado de un rubio normal, no le habría dado importancia, pero era prácticamente blanco, llevaba una capa negra y la capucha caída atrás. Y, si la vista no le había fallado, colgaba de su cadera una espada, pero había pasado tan deprisa que no logró adivinar si era el mismo rostro.

Magnus intentó caminar hacia el lugar donde la había visto, pero en ese momento, uno de los guerreros del rey salió del salón y le pidió que entrase en el mismo. Con paso firme, Magnus inició la marcha. Cerraron la puerta a

su espalda y él caminó hacia el centro del salón, donde estaba el monarca con las manos atrás, esperándolo, con gesto ligeramente agobiado.

—Gracias por acudir cuanto antes, MacLaren.

Magnus sonrió y se encogió de hombros.

—Gracias a usted, majestad, por recibirme justo después de esos dos ingleses. Jamás olvidaré la mirada que me ha dedicado.

Alejandro lo miró unos segundos en silencio, hasta que acabó riendo y relajándose.

—La verdad es que esa visita era la menos esperada en el día de hoy, y no son precisamente los más agradables. Estos ingleses no cambian.

—Al menos sabemos a qué atenernos con ellos.

Alejandro asintió.

—Cierto, MacLaren.

El rey lo observó unos segundos antes de iniciar la conversación pendiente que tenía con él.

—Supongo que mi carta le sorprendió.

—Mentiría si dijera lo contrario… —admitió Magnus—. ¿Ha hecho algo mi clan que os haya disgustado, majestad? Ya sé que es complicado que mi hermana siga siendo la jefa desde el clan MacGregor, pero todo el mundo la quiere y está haciendo bien las cosas.

Alejandro negó con la cabeza.

—No habéis hecho nada de eso, MacLaren. De hecho, si está aquí es porque quiero hablar con usted.

—¿He hecho algo que…?

—¡Tranquilo, MacLaren! —exclamó el monarca ante su ansiedad—. No ha hecho nada. No voy a detenerte, encerrarte o matarte.

La expresión de alivio que mostró Magnus hizo reír al rey, hasta que el propio guerrero sonrió.

—Lo siento, soy demasiado curioso y no dejo hablar, majestad.

Alejandro se acercó a él.

—Si le he hecho venir es porque aún recuerdo lo bien que luchó en los

torneos de los Juegos el año pasado.

Magnus sonrió.

—Gracias, majestad.

—Pero no solo eso. También recuerdo las incontables veces que ayudó a los compañeros, como a la señorita MacDonald cuando estaba encerrada en medio del fuego o al ser secuestrada. Demostró tener mucho valor y ser un hombre de honor.

—Gracias de nuevo, majestad, pero hay algo en lo que tengo que corregiros. Ya no es la señorita MacDonald; ahora es señora de MacGregor.

—¿Se ha casado finalmente con Logan MacGregor?

—Efectivamente —señaló con una sonrisa—. Pero a pesar de todo esto, majestad, no logro entender qué hago aquí. Le agradezco sus palabras, pero…

Magnus enmudeció cuando vio que Alejandro elevaba una mano para acallarlo.

—Si está aquí es para agradecerle, a mi manera, todo aquello. Un hombre de honor como usted debería casarse con una mujer acorde a su estatus y dignidad.

Magnus tragó saliva ruidosamente. De todas las cosas que había esperado escuchar por boca del monarca, jamás pensó que pudiera referirse a un matrimonio.

—En nuestro país hay muchas mujeres de honor que estarían dispuestas y felices por casarse con usted, MacLaren. Aún no me he decidido por ninguna, ya que debería hablar primero con las familias de las posibles candidatas, pero estoy seguro de que encontraremos alguna con la que unir ambas familias.

Magnus, que tenía las manos a la espalda, apretó los puños con fuerza mientras intentaba mantener la sonrisa agradable.

—Majestad, ya sé que esto lo hacéis con la mejor intención, pero no hace falta…

—Insisto. Ya tiene edad más que suficiente para casarse y formar su propia familia, MacLaren. Y estoy seguro de que los lazos que unamos serán propicios para su clan y los MacGregor. Su hermana estará orgullosa

al ver que su hermano se casará con una mujer de buena familia.

Magnus rechinó los dientes, pero acabó asintiendo. No quería meter en problemas a Ruby solo por negarse a recibir ese "premio" del rey por su buena actuación en los Juegos del año anterior. *Malditos fueran*, pensó con rabia mientras seguía callado.

—Estoy seguro de que así será, majestad. Una de las cosas que más deseo en el mundo es que mi hermana se sienta orgullosa de mí.

—Y ya lo estará, seguramente. Quédese un par de días en la corte y tal vez conocerá a algunas mujeres de la zona. En cuanto tenga a la candidata perfecta para usted, se lo comunicaré. De este palacio saldrá casado, MacLaren.

—Gracias, majestad —respondió el joven ligeramente tenso—. Me retiro a descansar.

Alejandro asintió y Magnus se giró y salió del salón con prisa. Jamás habría pensado que su vida a cambiar tras acudir a esa reunión con el rey escocés. Y hasta que no estuvo fuera del salón, no dejó escapar una exclamación de rabia, sin importarle los guerreros que había apostados en la puerta.

Estaba realmente iracundo. No podía creer que tuviera que casarse tan solo por agradecimiento del rey. ¿Es que no podría agradecerle su buen hacer con una cantidad de dinero o tierras? Incluso algún título le valdría, pero ¿una mujer? Él no deseaba casarse, al menos por el momento. No quería tener a su cargo a una mujer. Tenía más que suficiente con el trabajo que tenía en el clan, todas la cuentas, las órdenes a los guerreros, las incontables cartas que enviaba a su hermana para informarla de todo, el ganado, los problemas en el clan… Y ahora debía añadir el peso de una familia que no deseaba.

Magnus suspiró largamente y chasqueó la lengua. Caminó lentamente por el pasillo, deseando no llegar nunca a su dormitorio. La verdad era que sabía que no iba a descansar a pesar de tener el cuerpo entumecido por el frío y la lluvia del camino.

El joven se apoyó en la barandilla y miró hacia el centro del patio interior. Sus dedos se clavaron en la balaustrada y quiso arrancarla de cuajo para liberar la rabia que sentía. Tenía la impresión de que jamás había tenido

poder de decisión en su propia vida, como si todo el mundo a su alrededor tuviera la potestad sobre su camino. Y estaba comenzando a cansarse. Siempre había respondido con buenas palabras y sonrisas, pero no podía más con el peso de su propia vida.

Magnus respiró hondo y ni aun así logró serenarse. Por ello, dirigió la mirada hacia el cielo mientras veía caer la llovizna. Se mantuvo así durante varios minutos, hasta que decidió bajar la mirada, y en fue en ese momento cuando la misma cabellera que había visto con anterioridad cruzaba por el otro lado del patio. A pesar de la distancia y las prisas que parecía llevar la joven, supo que era la misma persona. Se había cambiado de ropa y recogido ligeramente el cabello, pero su rostro enfurecido y paso firme no daba lugar a dudas: era la misma mujer que lo había ayudado en el bosque cuando estaba a punto de llegar al castillo.

La vio dirigirse hacia alguno de los salones y, con el corazón exaltado, Magnus intentó seguirla. Sin embargo, cuando estaba a punto de llegar a una esquina del patio, una sirvienta lo llamó desde el otro extremo.

—Señor MacLaren, ya está listo su dormitorio y un baño caliente.

Magnus apretó los puños y miró hacia el lugar donde había desaparecido la cabellera rubia. Contrariado, asintió y siguió a la sirvienta para que le indicara dónde estaba su dormitorio.

Estaba seguro de que no se había equivocado. Allí en ese castillo se encontraba la joven guerrera a la que había besado, y en cuanto descansara un poco, iba a ir a buscarla, aunque tuviera que mirar debajo de las piedras.

Kenna se había excusado con el rey y con su familia para no cenar. No tenía el ánimo suficiente como para ver a nadie, y menos soportar a Hamilton. Durante el día tan solo lo había visto una vez, pero había sido más que suficiente, ya que este le había recordado que el rey había cedido ante su matrimonio, algo que aún no había logrado asimilar.

Kenna se sentía iracunda y frustrada. No tenía ni idea de cómo escapar de ese maldito matrimonio al que se había visto abocada, y solo deseaba desaparecer de la faz de la Tierra. Incluso se había planteado escapar con su caballo cuando salió al bosque para despejar la mente. Sin embargo, había logrado el efecto contrario.

Mientras pensaba en los pros y los contras sobre escapar con su caballo, Kenna escuchó algo extraño en el bosque y, tras colocarse la capucha y espiar, vio que un guerrero necesitaba ayuda. Sin pensárselo dos veces, Kenna se lanzó contra ellos para ayudar. Estaba segura de que con ellos podría desfogar toda la rabia que sentía en su interior. Y después de acabar con dos y mirar al guerrero que necesitaba ayuda, jamás pensó que podría lograr que sus nervios aumentaran aún más en lugar de disminuir. Ese joven, que parecía ser un par de años mayor que ella, era el hombre más atractivo que había visto jamás. Sus ojos, de color verde esmeralda, poseían un pícaro brillo especial en el que casi podías ver su alma. Su altura y la musculatura de su cuerpo llamaron poderosamente su atención. Estaba ligeramente herido y sangraba, pero, incluso así, no lograba perder esa belleza sobrenatural. Su pelo, entre castaño y pelirrojo, se mostraba rebelde, aunque la ligera llovizna lo había mojado y sus mechones caían sobre sus ojos, aportándole un aspecto salvaje y llamativo que había logrado robarle el aliento.

Su sonrisa, pícara, estaba dirigida a ella mientras intentaba recuperar el aliento. Su barba, ligeramente pelirroja, intentaba ocultar una cicatriz en la mejilla derecha. Y cuando lo vio dar un paso hacia ella, Kenna se puso en guardia. A pesar de que llevaba su rostro tapado y la capa sobre su pelo, temía que la reconociera y la metiera en problemas, pues nadie de su familia conocía su interés por las armas y su afán por escapar de ellos para internarse en los bosques.

Mientras recordaba ese momento, Kenna suspiró largamente. Sus ojos se perdían en la oscuridad de la noche, apoyada en la jamba de la ventana, pero a pesar de que su mente intentaba irse a otros pensamientos, esta regresaba una y otra vez a ese maldito momento. Lo peor no fue cuando ese guerrero le había bajado el pañuelo y el viento mostró su cabello, sino cuando intentó marcharse y ese joven la besó. Y no fue un beso cualquiera, sino uno que había logrado remover cada poro de su piel, exaltar cada sentimiento, agitar algo en su vientre que no lograba apartarlo. Ese beso había hecho que cualquier brizna de esperanza de ser feliz en la vida se esfumara de golpe. Hamilton jamás sería así con ella. De hecho, sabía que sería todo lo contrario.

Kenna tenía la certeza que nunca podría experimentar ese momento de placer junto a su esposo mientras disfrutaba de sus besos. Ella nunca podría

vivir esa vida que había leído en los libros de su biblioteca. Jamás. Lo sabía. Y todo su ser vibró ante la idea de volver a sentir eso al lado de ese maldito guerrero. Lo odiaba. ¿Cómo demonios se atrevía a poner su vida patas arriba? ¿Acaso se había puesto de acuerdo con Hamilton para hacerle la vida imposible, anhelando algo que jamás tendría? No estaba segura, pero se dijo que no debería volver a pensar en él. Y no solo por el beso, sino porque era un hombre demasiado descortés, grosero y bruto. Pero era tan tremendamente atractivo…

—Por favor, Kenna, ya basta… —renegó en voz alta, apartándose de la ventana con los brazos cruzados.

Tenía que dejar de pensar en él para centrarse en su vida y en qué hacer para escapar de ese matrimonio no deseado. No podía dejar que Hamilton, Eleanor y Oliver se salieran con la suya. No le importaba nada su propia herencia, sino que tan solo quería sobrevivir. Si querían quedarse con su dinero y con todo, que así fuera. Pero su felicidad no podía estar en manos de esa gente. Si su padre se había dejado llevar por ellos, era su problema. Ella no podía intentar hacerle ver la verdad porque jamás la vería, ni siquiera al tenerla delante de sus narices.

Kenna se miró en el espejo y recorrió su figura. Se había puesto el camisón y la bata, que había anudado fuertemente a su cuerpo. Y a pesar de que era su camisón favorito, no se reconocía a sí misma. Las ojeras de su rostro y ese guiño torcido no eran suyos. Ella no era esa mujer que le devolvía el espejo. Así que inspiró con fuerza y salió del dormitorio para intentar calmarse. No le importó ir en bata y camisón y con tan solo los mocasines para cubrir sus pies. Estaba tan frustrada que solo deseaba desaparecer. Y si enfermaba por culpa del frío y la tormenta de esa noche, no le importaba.

Kenna bajó las escaleras hacia el piso inferior. Necesitaba salir del pasillo de los dormitorios para evitar que Hamilton la viera e intentara sobrepasarse con ella como en días anteriores. Su vida iba a ser un infierno a su lado. Estaba segura de ello, pero intentó no pensar en él ese instante.

Cuando llegó al piso inferior, Kenna se dedicó a admirar el castillo en el que vivía el rey. Jamás había estado en un lugar de esas características. Era realmente precioso, y no había podido admirarlo durante el día debido al nerviosismo que habitaba en su interior. Ni siquiera ahora, en soledad y

oculta en la oscuridad de la noche, podía admirarlo como debía.

Un relámpago encendió todo a su alrededor, permitiéndole ver el resto del corredor, que rápidamente quedó sumido en la oscuridad. Un trueno rompió el silencio de la noche, pero a Kenna no le importó. Disfrutó con la tormenta que había desatada a su alrededor y se quedó apoyada contra la balaustrada mientras miraba hacia el cielo, embobada por esa oscuridad y el peligro que rezumaba la tormenta. Siempre había deseado regresar a Escocia para sentir en su cuerpo la intensidad y la vibración de ese lugar. Amaba su país y deseaba quedarse allí por encima de todo. Lo llevaba en su corazón, y ni siquiera Hamilton lograría borrar ese amor por Escocia. Allí sentía que podía ser ella, que había un lugar guardado donde sí podrían amarla, pues su padre no había logrado aprender a hacerlo durante esos veinte años.

Y mientras admiraba la tormenta y disfrutaba de la soledad de la noche, Kenna no era consciente de que había unos ojos observándola desde el otro extremo del corredor, y estaban tan asombrados que no podían apartarse de ella a pesar de que olía el peligro a cada instante.

Magnus había bajado a las cocinas para comer algo. No había bajado a cenar junto al resto, pues no podría soportar estar sentado a la mesa con un inglés a su lado. Aún recordaba la mirada que estos le habían dedicado al salir del salón del rey, y no quería problemas con nadie hasta marcharse de allí. Ya tenía más que suficiente con soportar su inminente boda con alguna mujer desconocida que el rey encontrara para él.

Y tras acabar de comerse unos trozos de queso que había descubierto en la despensa, regresó a su dormitorio mientras tocaba distraídamente el colgante de madera tallada de su cuello. Lo había hecho él mismo para regalárselo a su hermana, pero esta se lo devolvió cuando se marchó a vivir con Kieran a su castillo. Lo hizo para que siempre tuviera algo suyo con él. Y siempre que estaba nervioso, lo tocaba distraídamente, pues solo así evitaba sentirse completamente solo en el mundo.

Y cuando un poderoso trueno y un relámpago surcaron el cielo, como si este se abriera momentáneamente, Magnus elevó la mirada y la vio de nuevo, como un fantasma, como la aparición de la mujer más hermosa que había visto jamás. Su cabellera casi blanca resplandecía en medio de esa

oscuridad en el otro lado del corredor.

Los pies de Magnus se quedaron completamente parados en el sitio, como si algo los hubiera clavado allí mismo para evitar que siguiera caminando. Su corazón se sobresaltó y siguió admirándola. Sin lugar a dudas, era la mujer más hermosa que había visto jamás. Aquella imagen suya, en camisón, con el pelo suelto y observando la tormenta, era algo que jamás había imaginado que podría ser tan abrumador. Desconocía su nombre, quién era en realidad y qué hacía allí, pero desde aquella mañana no había dejado de pensar en ella.

Nunca le había pasado con ninguna otra mujer, y estaba seguro de que sería realmente imposible que volviera a pasar. Dio un paso al frente y su corazón se sobresaltó aún más. ¿Cómo era posible que hubiera tanta belleza en el mundo? ¿Sería ella consciente de su hermosura?

Magnus miró a un lado y a otro del pasillo, temeroso de que alguien más pudiera ser consciente de aquella aparición angelical. Y al ver que estaban solos, no pudo evitar comenzar a caminar para acercarse a ella. A pesar de que sus botas se clavaban en las piedras del suelo, el sonido de la tormenta las silenciaba, por lo que la joven no logró escuchar que alguien se acercaba a ella.

—¿Es real lo que ven mis ojos o tal vez me engañan con una especie de embrujo maligno?

Magnus vio cómo la joven se sobresaltaba al escuchar su voz y se giraba completamente hacia él con los ojos muy abiertos. Sus carnosos labios se abrieron en una expresión de sorpresa que no llegó a expresar, pero que Magnus deseó capturar con sus propios labios en ese instante. No obstante, se quedó quieto, mostrando una sonrisa.

—¿Qué demonios haces tú aquí?

El aliento de la joven parecía entrecortado, y no solo eso. Kenna tenía la impresión de que su corazón iba a salir por su boca en cualquier momento. Asustada y nerviosa, miró a un lado y a otro del corredor en busca de alguien. Si su padre, Eleanor o Hamilton la veían hablar con ese guerrero a medianoche, a solas y a oscuras iba a ganarse una buena reprimenda. Eso sin contar con que serían capaces de casarla al día siguiente con Hamilton para evitar que tuviera semejante libertad.

Magnus sonrió ampliamente y dio un paso más hacia ella, provocando que Kenna diera un paso hacia atrás, chocando contra la balaustrada.

—¿Qué pasa? —comenzó Magnus—. ¿Ahora te pones nerviosa? Esta mañana no parecías tan asustada en medio del bosque…

Kenna tragó saliva ruidosamente y miró nuevamente a su alrededor. Por una parte, deseaba salir corriendo de allí, pero, por otra, sus pies se negaban a moverse.

—Vete al infierno.

—¿Solo sabes decir eso? —se burló Magnus—. Qué decepción. No me has dicho tu nombre…

—Y no pienso decírtelo —masculló la joven.

Magnus pasó la lengua por sus labios. La luz de la tormenta daba de lleno en la joven, provocando que se iluminara, provocadora y deseable.

—Pensaba que a las señoritas como tú os enseñaban modales…

—Tal vez yo no soy la señorita que piensas.

Magnus arqueó una ceja.

—¿Trabajas en el palacio?

La joven frunció el ceño.

—Eso no es asunto tuyo.

—Vaya, nada es asunto mío. Mi pelea de esta mañana tampoco era asunto tuyo y, aun así, te metiste en medio.

—¿Acaso ahora preferirías haber muerto? Era como habrías acabado.

—Confías muy poco en mi brazo y en mi espada.

—No confío en ti, simplemente.

Magnus dejó escapar una risa que logró hacer temblar las rodillas de Kenna. La joven necesitó apoyarse contra la balaustrada para mantenerse en pie. Sin embargo, ese gesto provocó que Magnus diera un paso más hacia ella. Ella dio un respingo al verlo más de cerca, por lo que el guerrero se quedó quieto con la mirada clavada en sus ojos color violeta.

—¿Me tienes miedo?

Kenna tragó saliva nuevamente.

—Yo no temo a nadie.

—No lo parece ahora mismo.

—Lo que ahora siento es molestia, no te equivoques. Estaba tan tranquila observando la tormenta y has venido a molestar.

—Vaya… yo también contemplaba la tormenta.

Kenna resopló y miró hacia otro lado. Tener a Magnus a tan solo un metro de ella la ponía extremadamente nerviosa. Y solo deseaba correr en dirección contraria.

—Pues ya la has visto. Ahora, déjame en paz.

Magnus arqueó ambas cejas, sorprendido, por lo que no pudo evitar sonreír. El carácter de esa joven se asemejaba al de un demonio salido del infierno dispuesto a sembrar el caos, pero él no estaba dispuesto a dejarse embaucar. Al contrario, le gustaba.

—¿Y si no quiero?

Kenna volvió a dirigir sus ojos violetas hacia él.

—Tendré que golpearte.

—Ya… —Magnus clavó su mirada en ella y torció la cabeza ligeramente, divertido—. ¿Sabe tu padre que su hija se disfraza y lucha en el bosque como un guerrero?

Kenna elevó el mentón con orgullo.

—No tiene por qué saberlo.

Magnus asintió, sonriente. Ese juego entre ellos le estaba gustando demasiado, por lo que no pudo evitar que su mirada recorriera la anatomía de la joven de arriba abajo, hasta elevar de nuevo sus ojos.

—Podría contárselo si me dijeras quién eres…

—Y yo podría partirte la boca por hacerlo —respondió la joven con vehemencia, haciéndolo reír.

—Primero tendrías que alcanzarme, muchacha.

Kenna se encogió de hombros.

—No es tan difícil. Lo he visto en el bosque.

Magnus resopló.

—Me pillaron distraído…

—Ya… El puñetazo también fue por distracción.

Magnus chasqueó la lengua.

—Sí, porque me quedé sorprendido por tu belleza —admitió con descaro.

Kenna se quedó sin habla durante unos segundos. La garganta se le secó de golpe y no supo reaccionar con rapidez. Un poderoso trueno rompió el silencio en el que se habían sumido, obligándola a reaccionar.

—No me eches a mí la culpa de tu ineptitud.

Magnus sonrió y dio un paso más, acortando peligrosamente la distancia entre ambos.

—Cuando quieras, puedo demostrarte lo que puedo hacer.

—No me apetece luchar contra ti —respondió la joven.

Magnus apoyó las manos en la barandilla, atrapando a Kenna entre sus brazos. Esta se mostró nerviosa, pero no se movió para apartarse ni para alejarlo a él, sino que le sostuvo la mirada con orgullo.

—No hablaba de luchar… —dijo en un ronroneo.

Kenna volvió a tragar saliva y lo apartó de un empujón.

—Eres un libertino —le espetó con rabia, haciéndolo reír—. A una dama no se le habla así.

Magnus arqueó una ceja y se cruzó de brazos a la altura del pecho.

—Pero ¿eres una dama?

—¡Pues claro que lo soy! —exclamó la joven—. Soy Kenna Ferguson, hija de un alto señor de Escocia. No vuelvas a tratarme como si fuera una furcia a las que sueles frecuentar.

Magnus elevó las manos y mostró una expresión divertida.

—Vaya, perdóneme su excelencia. Desconocía que estaba ante una persona tan distinguida, pero verla luchar como una guerrera esta mañana me hizo creer que no había sangre noble en su interior, señorita Ferguson. Pero al final me has dicho tu nombre…

Kenna resopló y se mordió el labio con rabia.

—Sin embargo, tú no me has dicho el tuyo, muestra más que suficiente de

tu escasa educación.

El joven sonrió.

—Mi nombre es Magnus MacLaren, segundo al mando de mi clan.

—¿Crees que tu rango me va a sorprender?

—A muchas mujeres sí le sorprende.

Kenna masculló algo que no logró entender.

—No me importa el rango que tengas en tu clan.

—Acepto tu opinión, Kenna Ferguson, supongo que a mí tampoco me importa quién es tu padre.

—Entonces, estamos en paz.

Magnus chasqueó la lengua.

—No creo que estemos en paz, Kenna Ferguson… Me sigues teniendo miedo…

La joven resopló y dio un paso atrás, algo que confirmó las palabras del guerrero.

—¿A ti? Deberías tenerlo tú. Eres tú quien ha recibido un puñetazo por su comportamiento, no yo.

Magnus lanzó una carcajada, que fue silenciada por un trueno sobre sus cabezas, pero ninguno era consciente de la lluvia que se había desatado alrededor de ellos. En un instante, el guerrero señaló a sus propios labios, aunque mirando los de la joven.

—Vaya, señorita Ferguson, me parece que tiene el labio hinchado. ¿Acaso la han besado?

Inconscientemente, Kenna se llevó las manos a los labios, temerosa de que aún los tuviera hinchados y no se hubiera dado cuenta, pero al ver que Magnus reía en su cara, dejó escapar un rugido de rabia y se alejó de él, rumbo a las escaleras para regresar a su dormitorio. Sin embargo, la mano de Magnus atrapó su muñeca y la giró de nuevo hacia él. Al ver que trastabillaba, posó su otra mano en su cintura y la atrajo hacia él. La miró con seriedad y la besó nuevamente. Fue un beso casto, casi sin rozar los labios de la joven, pero se trató de un beso tan extraño y poderoso que se apartó enseguida de ella.

—Toma… —dijo Magnus en un ronco susurro—, para que te hagas una idea de lo que puedo hacer.

Kenna tardó un segundo en reaccionar, pero al instante lo apartó de un empujón y, lanzando un nuevo rugido, más fuerte, corrió hacia las escaleras. Lo último que escuchó antes de perderse por estas fue la risa divertida del guerrero, que aún tenía la mirada puesta sobre su espalda, incapaz de apartarla.

El día llegó antes de lo que Kenna habría deseado. Se había pasado gran parte de la noche tocando sus labios. Los sentía como si tuviera una herida sobre ellos que no podía sanar, y pensar en que faltaba poco para que Hamilton los besara de esa misma manera la ponía enferma.

Y al sentir que las paredes se estrechaban y estaban a punto de ahogarla, Kenna se vistió y peinó su cabello atrás en una trenza, dejando caer sobre su rostro algunos mechones rebeldes. Cuando estuvo lista, salió de su dormitorio y bajó las escaleras intentando no recordar lo que había sucedido durante la noche anterior.

El recuerdo del beso que le había propinado Magnus MacLaren seguía estando en su mente y no podía quitárselo de la cabeza. Había descubierto su nombre y, aunque no sabía nada de los MacLaren, sí podía decir que ese guerrero era un ser despreciable, un libertino y deslenguado que carecía de los mínimos conocimientos sobre el respeto a una dama. Y, a pesar de todo, ese beso había sido increíble. Ese recuerdo había hecho que permaneciera despierta a lo largo de toda la noche, incapaz de dormir.

Pero no solo eso. No había logrado conseguir una respuesta para la pregunta que le había formulado. Desconocía qué demonios hacía ese guerrero en el castillo del rey, pero podría meterla en problemas. Rezó para no encontrárselo nuevamente, pues Hamilton podría hacer de su vida un infierno aún mayor del que ya le había prometido.

Respirando hondo y sacudiendo la cabeza para no pensar en él, Kenna fijó su mirada al frente y recorrió el pasillo del piso inferior. El ajetreo en el lugar era agobiante. Los sirvientes iban de un lado a otro, preparando comidas, cambiando sábanas… Y cuando se cruzó con varios de ellos, estos la miraron y solo uno de ellos se atrevió a decirle:

—Señorita Ferguson, su majestad quiere hablar con usted y su familia. Quiere que se dirijan hacia el salón principal.

—Gracias —respondió la joven, siguiendo la mano del sirviente.

Con paso firme, aunque ligeramente temblorosa, Kenna recorrió el pasillo mirando a un lado y a otro, como si esperara ver a Magnus una vez más, como en la noche anterior. Sin embargo, este no se encontraba en ningún lugar. Con gesto enfurecido y ceñuda, Kenna se cruzó con su padre, Hamilton y el rey justo a mitad de camino. Estos tres hablaban sobre la futura boda, algo que la enfureció aún más y la puso en alerta. Todos sus sentidos parecieron despertar en ese momento, animándola a hacer algo para evitar ese matrimonio o acabaría muerta.

Kenna necesitó recordarse que la herencia de su padre no le importaba y que podría vivir sin ella. Así que los enfrentó con la mirada.

—Qué alegría verla tan temprano, señorita Ferguson. Precisamente, hablábamos de su futuro enlace.

Kenna tragó saliva y dirigió su mirada a Alejandro III. Clavó su mirada violeta en él, provocando que el propio monarca se sintiera incómodo ante su fijeza. Después, paseó su mirada desde su padre hasta Hamilton, a quien miró con auténtico asco.

—No voy a casarme con esta rata inglesa, majestad.

Hamilton inspiró con fuerza para evitar golpearla, mientras su padre lanzaba una exclamación.

—¡Kenna! ¿Qué modales son esos?

—Los que usted me enseñó, padre —le espetó la joven—. Ah, no, usted jamás se preocupó por enseñármelos.

Al ver que la situación estaba comenzando a caldearse, el monarca decidió intervenir.

—Señorita Ferguson, creo que su padre tiene razón. No son modales para dirigirse a su prometido.

—Este señor es mayor que mi padre. Y no me importa lo que piense.

Hamilton apretó los puños y dio un paso hacia ella para golpearla, pero Alejandro III volvió a intervenir.

—No hay nada que nos haga cambiar de opinión. He hablado con él y la

cuidará como merece.

Kenna resopló y se alejó de ellos.

—No hemos terminado, señorita Ferguson —dijo el rey.

Pero la joven hizo caso omiso a sus palabras y siguió adelante, huyendo de ellos. Estaba dispuesta a escapar del castillo en cuanto subiera a su dormitorio y cogiera su espada. No pensaba casarse con Hamilton, dijeran lo que dijeran.

—¡Señorita Ferguson! —exclamó el rey yendo tras ella con gesto adusto, al igual que Conrad y Hamilton.

Pero Kenna siguió adelante. Giró en la siguiente esquina y corrió para intentar perderlos de vista. No podía ir ahora a su dormitorio o la encerrarían hasta la boda. Primero debía escapar de ellos y, después, ya vería lo que haría.

Desesperada al ver que los tres la seguían, giró en otra esquina más y se encerró en el primer salón que vio. Rezó para que no la hubieran visto entrar, pues desde allí seguía escuchando sus voces. Apoyó las manos contra la puerta, como si ese simple gesto pudiera impedirles la entrada, ya que escuchó que poco a poco iban abriendo puertas mientras seguían llamándola.

Kenna contuvo el aliento y cerró los ojos un instante. Sin embargo, una voz a su espalda la sobresaltó aún más que el hecho de saber que la estaban buscando por su insurrección.

—Algo muy grave ha de ocurrir para que estés en ese estado…

Kenna, que ya sentía cómo sus hombros se sacudían por el inminente llanto de auténtica frustración, se quedó paralizada. Abrió los ojos y miró por encima del hombro a su espalda. Descubrió a Magnus con un libro entre las manos y una sonrisa cautivadora. Este cerró el libro y se acercó a ella lentamente, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

—Déjame en paz.

El joven chasqueó la lengua, divertido.

—Eres tú quien ha acabado en el salón donde yo estaba.

Kenna resopló y siguió con las manos apoyadas contra la puerta. Los pasos y las voces de los tres hombres se acercaban peligrosamente a ese

salón, y ella se mostró desesperada.

—Y algo muy grave has debido de hacer para que el rey en persona te esté buscando.

—No tienes ni idea, así que déjame en paz —insistió.

Magnus suspiró y se acercó más a ella, quedándose a menos de un metro de su espalda.

—Tal vez si me lo contaras…

—Ni hablar...

—¡Kenna! —la voz de su padre volvió a sobresaltarla y la joven rechinó los dientes.

Magnus miró la espalda de la joven. Estaba tan tensa que casi podía entrever los músculos de la joven a través de la ropa. Olió su miedo, su auténtico terror, que podía leerse en sus ojos violetas cuando la vio entrar. Verla apoyada contra la puerta, como si sus manos fueran suficientes para contener los brazos del rey y de los otros dos que la buscaban, logró abrir una brecha en su propio pecho. Casi podía sentir el deseo de la joven de desaparecer no solo de allí, sino también del mundo. Y, por ello, apoyó una mano en la espalda de la joven y se puso al lado de la puerta para mirarla a los ojos.

—¿Por qué te buscan? —preguntó con tono serio y preocupado por primera vez desde que la conocía—. ¿Has robado?

Kenna negó con la cabeza.

—¿Entonces?

—¿A ti te gustaría vivir con un maldito inglés?

—No —negó Magnus con firmeza.

Los tres hombres estaban en el salón de al lado. El siguiente era en el que se encontraban y Kenna miró a los ojos de Magnus. Por primera vez desde que lo conocía veía seriedad en él. No había nada de diversión, nada de bromas o de otra cosa. Era alguien serio e incluso preocupado por saber qué estaba pasando. Y, durante unos segundos, una idea cruzó por su mente; una idea delirante que iba a cambiar la vida de ambos para siempre. Lo sabía. Y seguramente la odiaría por siempre, pero él mismo le había respondido que no podría vivir con un inglés. Por ello, cuando los pasos de su padre,

Hamilton y el rey estaban a punto de llegar a ellos, le dijo:

—Yo tampoco, Magnus MacLaren.

Y dejando de apoyarse contra la puerta, se lanzó a sus brazos y lo besó con desesperación. Justo en ese momento, la puerta del salón se abrió de golpe. Magnus apenas tuvo tiempo para apartar a Kenna de entre sus brazos, que dejaba caer contra él todo su peso, como si no quisiera apartarse de su cuerpo. El guerrero dio un respingo al sentir la presencia de los otros tres a su lado, pero lo peor llegó cuando escuchó el grito del rey:

—¡MacLaren! —Magnus se obligó a reaccionar y apartó a Kenna de su lado.

Intentando aparentar una calma que realmente no sentía, carraspeó y miró al padre de Kenna y al inglés con el que se había cruzado por los pasillos. Este parecía estar a punto de desenvainar la espada, pues estaba rojo por la ira. El padre de Kenna también se había sonrojado por la vergüenza y el rey… no tenía palabras para describirlo.

—¿Qué demonios estabas haciendo con mi hija, desgraciado?

Magnus tragó saliva y miró de reojo a Kenna, odiándola de repente.

—Ha sido su hija.

—¿Llamas furcia a mi prometida? —exclamó Hamilton con evidente acento inglés.

Magnus tragó saliva y dio un paso atrás, intentando mantener las formas.

—Nos estábamos besando, Arthur —admitió Kenna.

En ese instante, los ojos de Magnus se abrieron desmesuradamente y tiró ligeramente de la manga de la joven.

—¿Qué demonios haces?

Pero Kenna hizo caso omiso a sus palabras.

—Y no es la primera vez.

El guerrero no sabía dónde meterse en ese instante, pues Hamilton llevó las manos a la empuñadura de su espada. Él hizo lo mismo, aunque esperó unos instantes antes de desenvainarla, ya que, con el rey delante, temía hacer algo que pusiera en peligro la integridad de su clan.

—¿Quieres que me maten? —murmuró con voz apenas audible.

Todos mantuvieron el silencio en el salón, hasta que el monarca dijo:
—Al salón principal. Todos.

CAPÍTULO 5

La espalda de Magnus era una auténtica tabla en ese momento, ya que estaba tan tenso que caminaba completamente recto y con los brazos pegados al cuerpo. No obstante, su mirada estaba a caballo entre el frente y su espalda, pues no se fiaba del inglés que clavaba sus ojos en él con la furia reflejada en ellos.

Magnus tragó saliva. Sin pretenderlo, se había metido en un lío del que no sabía cómo salir airoso. Para esa gente que caminaba tras él, había afrentado a esa familia y se había aprovechado de esa joven, que caminaba a su lado, temblorosa.

El guerrero la miró de soslayo. No comprendía qué demonios le había pasado por la cabeza para besarlo de esa manera y confesar que no había sido la primera vez que lo hacía. ¿Qué demonios tenían los Ferguson con ese inglés que lo miraba como si quisiera borrarlo de la faz de la Tierra? No lo entendía, pero estaba seguro de que el rey iba a contárselo en cuestión de segundos.

Magnus fijó su mirada en la espalda del monarca, que era quien caminaba primero, indicando el camino hacia el salón, al que estaban a punto de llegar. Se le veía iracundo, como cualquier persona a la que cambian los planes de golpe y no le gusta lo que ve. Por ello, el guerrero suspiró largamente. Había fallado a su hermana a pesar de no haber hecho absolutamente nada. Iban a condenar a su clan, estaba seguro de ello.

Volvió a mirar a Kenna, dirigiéndole una mirada cargada de odio al no comprender qué estaba pasando.

Todos entraron en el salón y el rey caminó directamente hacia su trono, donde se sentó con gesto cansado. Magnus se colocó a un lado, varios pasos alejado del inglés y la familia Ferguson, pero sin apartar la mirada de estos, pues no se fiaba de ellos.

Alejandro levantó la mirada hacia Magnus y la clavó en él, provocando que el guerrero tragara saliva ruidosamente.

—¿Sabe usted quién es la muchacha a la que estaba besando, MacLaren?

Magnus dirigió una mirada rápida a Kenna y después volvió a mirar al rey.

—Lamento tener que corregirlo, majestad, pero era ella quien me besaba. Yo solo preguntaba qué estaba pasando para que estuvieran buscándola.

De soslayo vio cómo la joven apretaba los puños y negaba con la cabeza de forma imperceptible, pero si pensaba que iba a meter a los MacLaren en un lío, estaba equivocada. Haría lo que fuera para salvar su trasero de la ira del rey. Y a pesar de que se dirigía al monarca, fue Conrad Ferguson quien habló:

—¿Vuelves a insultar a mi hija, MacLaren?

La mirada esmeralda de Magnus se dirigió hacia Conrad.

—No. Simplemente, digo la verdad —respondió con seriedad.

Hamilton se giró hacia él, dispuesto a atacarlo, pero la voz de Alejandro lo frenó en seco, pues Magnus también llevó la mano a la empuñadura de la espada para defenderse.

—Señores, contengan sus ansias de venganza —dijo tras un suspiro—. A ver, MacLaren. Este hombre es Conrad Ferguson, padre de la joven. Él es Arthur Hamilton, prometido de la muchacha.

Magnus no pudo evitar mostrar una expresión de incredulidad cuando miró a Kenna, que desvió la mirada hacia el suelo, de repente muy interesada en la punta de sus zapatos. Con gesto sorprendido, miró a Hamilton de arriba abajo. Ese inglés parecía tener más edad que el propio padre de la joven. ¿De verdad planeaban casarla con semejante anciano? Hamilton le devolvía la mirada con orgullo, y Magnus sintió tanto asco que necesitó apartar la mirada.

El silencio se hizo a su alrededor, y era tan tenso que apenas podía hablar. Se le había secado la garganta y tuvo que carraspear para responder al monarca.

—No conocía a ninguno de ellos, majestad. Ni siquiera a la joven.

—Pues ella afirma que no fue la primera vez.

Magnus puso los ojos en blanco.

—Sí, la conocí… —Al ver que Kenna levantaba la mirada y lo miraba horrorizada, Magnus apretó los puños— anoche cuando bajé a las cocinas a comer algo. La vi en el pasillo y la conocí entonces.

Magnus intentó hacer caso omiso al suspiro de alivio que lanzó la joven.

—Y sí, la besé —admitió, provocando que la ira de Hamilton aumentara.

El inglés dejó escapar una exclamación y se alejó unos pasos de ellos para evitar desenvainar su espada y clavársela. Conrad Ferguson, por su parte, también estaba iracundo, y aquella vena de su cuello no hacía más que hincharse ante ese sentimiento que apenas podía aguantar.

—¿Y suele ir por la vida besando a jóvenes que no conoce, MacLaren?

Magnus tragó saliva ante la pregunta del rey.

—La verdad es que no, majestad. Hablé con ella y… la vi hermosa. Simplemente, actué, no pensé.

—¡No pensaste en las consecuencias que eso podría traerle a mi hija!

—No, no las pensé. Pero ella tampoco las ha pensado hace unos minutos cuando se ha lanzado a mis brazos.

Kenna resopló y se cruzó de brazos intentando contener las lágrimas, sobre todo, cuando su padre la empujó hacia adelante y la mostró como si fuera un ser inanimado.

—Has manchado el honor de mi hija.

—Ha sido solo un beso, Ferguson —intentó restar importancia el guerrero —. Tampoco hay que poner el grito en el cielo por eso. No hemos pensado en casarnos ni nada de eso, por Dios.

Alejandro III chasqueó la lengua.

—En eso te equivocas, MacLaren.

Magnus arqueó una ceja, sin comprender.

—¿A qué se refiere, majestad?

—A que esta joven estaba prometida al señor Hamilton, pero has sido tú quien ha manchado su honor. Ahora no puede casarse con él.

El propio Arthur dirigió una mirada sin comprender al rey, acercándose de nuevo lentamente.

—Serás tú, MacLaren, y no Hamilton, quien se casará con la señorita Ferguson.

Tanto Magnus como Kenna y el propio Arthur abrieron los ojos desmesuradamente ante aquellas palabras. Los tres se miraron entre sí, incapaces de creer lo que acababan de escuchar.

—¿Cómo dice, majestad? —preguntó el inglés.

—Lo que escucha, señor Hamilton. Pensaba que era una buena idea casar a una escocesa con un inglés tan distinguido para estrechar lazos con nuestros vecinos, pero el destino parecía tener preparada otra cosa muy diferente. Será MacLaren quien se case con la señorita Ferguson. Usted podrá casarse con cualquier otra escocesa de alta alcurnia si lo desea.

Conrad rechinó los dientes.

—Pero mi hija estaba prometida con Arthur Hamilton.

Alejandro asintió.

—Lo sé, Ferguson. No obstante, las cosas han cambiado. Decido, aquí y ahora, que Magnus MacLaren sea el futuro esposo de tu hija, Kenna Ferguson.

La aludida levantó su mirada, horrorizada a Magnus, quien le dedicó una iracunda y cargada de odio.

—No me voy a casar con el señor MacLaren, majestad —intervino la joven.

Alejandro torció la cabeza.

—Su honor está manchado ahora, señorita. No puede negarse.

—Pero yo sí puedo hacerlo —terció Magnus con voz contenida—. No quiero casarme con ella.

—Debiste pensarlo antes de besarla, MacLaren. Y hace unos minutos, no parecías estar muy en contra de ese beso…

Magnus abrió la boca para protestar nuevamente, pero el rey elevó una mano para callarlo, y dirigió sus ojos hacia todos los presentes.

—Mi decisión está tomada. Lo siento, señor Hamilton, pero la que fue su prometida, ahora se casará con otro hombre.

El aludido clavó sus ojos en Magnus, que lo miró también de soslayo, sosteniéndole la mirada con orgullo y sin amilanarse, pero tan enfurecido que era incapaz de contener el temblor de sus manos ante esa injusticia. Sin pretenderlo, se había ganado un poderoso enemigo. Lo vio en aquellos ojos azules, pero él no iba a pronunciar ni una sola palabra de arrepentimiento.

—Esta tarde vendrá un sacerdote para oficiar la boda.

Magnus y Kenna miraron al rey rápidamente.

—¿Esta tarde? —preguntó la joven.

—Sí, no voy a cometer el error de dejarlo pasar más tiempo y que ambos intenten arruinar esta boda también.

Magnus lanzó un rugido de rabia y se marchó del salón sin mirar atrás. Apretaba tanto los puños que estaba seguro de que faltaba poco para clavar las uñas en su carne. Pero no le importaba. Se sentía traicionado, usado como un simple muñeco de trapo, pues estaba seguro de que aquella joven lo había besado con intención de arruinar su boda con el inglés. Lo había visto en sus ojos, y aquella pregunta que le lanzó antes de besarlo se lo confirmaba.

Ella sabía que estaba prometida y no deseaba casarse con Hamilton. Nadie querría casarse con alguien como él, y menos siendo tan mayor. Sin embargo, podría habérselo dicho antes de usarlo como un trapo, ya que ahora se sentía traicionado, frustrado y malhumorado. Por ello, se marchó sin mirar atrás.

Y cuando Magnus salió del salón, dando un sonoro portazo, todo quedó en completo silencio.

Kenna dejó escapar el aire contenido. Ahora se sentía el centro de las miradas de ese salón. Su padre suspiró a su lado, contrariado. Pero la peor de las miradas se la lanzaba Hamilton. Había logrado quitárselo de encima, pero la ira que este mostraba al observarla casi parecía lograr atravesarla y matarla en el acto.

Kenna tragó saliva, pues aquella no era una simple mirada normal. Esos ojos azules prometían la peor de las guerras. Lo sabía, pues había echado a perder todos sus planes. Le alegraba y calmaba el hecho de saber que no se casaría con Hamilton, pero sentir que había traicionado a su padre tampoco la hacía sentir mejor, pues este abandonó el salón junto al rey, que intentaba darle ánimos ante ese cambio de planes.

Y cuando Kenna y Hamilton se quedaron solos en el salón, la joven comenzó a temblar bajo la atenta mirada del inglés, que se acercó a ella lentamente con los ojos clavados en ella.

—Si crees que te has librado de mí por casarte con MacLaren estás muy equivocada.

Y a pesar de lo mal que se sentía por todo ese giro en los acontecimientos, Kenna le sostuvo la mirada con orgullo.

—Tranquilo, Hamilton, ahora podrás besarte libremente con tu querida prima —le espetó.

Los ojos del inglés relampaguearon, pero se quedó callado y se marchó del salón, dejándola completamente sola.

Hamilton caminó deprisa hacia el exterior del salón con la intención de buscar a Magnus. Recorrió varios pasillos sin éxito, hasta que lo encontró en la puerta de salida del castillo. Miró su espalda y llevó la mano a la empuñadura de la espada, pero la voz de Magnus lo frenó sin tan siquiera volverse hacia él.

—Ten cuidado, Hamilton. Atacar por la espalda es demasiado cobarde, incluso para un inglés como tú.

El aludido sonrió de lado y se acercó a él, quedándose parado a su lado y con la mirada sobre él. Magnus se giró y lo encaró.

—¿Me buscabas tan solo para clavarme la espada por la espalda o para algo más?

—¿Te crees muy gracioso, MacLaren?

Magnus sonrió, haciendo brillar sus ojos.

—La verdad es que tengo un humor bastante mejor que el tuyo. Tienes que mirarte bien el mal perder que tienes…

Hamilton renegó entre dientes, haciendo sonreír aún más a Magnus.

—Sin embargo, tú tienes que mirar bien a tu espalda a partir de ahora, MacLaren —lo amenazó—. Podría sorprenderte una daga clavada en ella.

Magnus torció la cabeza.

—Vaya… ¿en mi espalda? Es demasiado bonita como para afearla con una daga inglesa.

—Tal vez se clave en tu corazón —sugirió Hamilton.

Magnus sonrió aún más.

—Mi corazón es aún más hermoso que mi espalda. Y al parecer también lo es todo mi cuerpo. Si no, ¿cómo explicas que la que fue tu prometida se lanzara a mis brazos?

Hamilton dio un paso hacia él para golpearlo, pero los guerreros del rey estaban demasiado cerca y no quería problemas con los escoceses.

—No sabes con quién te has metido, MacLaren —lo amenazó de nuevo —. Pienso acabar contigo y con toda tu maldita familia.

A pesar de la verdad que vio en los ojos de Hamilton, Magnus sonrió con orgullo y lo recorrió con la mirada de arriba abajo con gesto incrédulo.

—Un inglés como tú no duraría ni diez días en las Highlands.

Los hombros de Magnus se sacudieron por la risa.

—Pero no solo eso, Hamilton. Para acabar conmigo primero tendrías que cambiar tus delicados mocasines por unas botas. Y después… tener los cojones suficientes para ir a las Highlands, entre guerreros que odian a los ingleses petulantes como tú.

Arthur se acercó a él lentamente, sin apartar la mirada ni un solo instante.

—Tengo cojones suficientes para eso y para clavar mi daga en tu preciado y asqueroso cuerpo escocés.

Magnus sonrió de nuevo y lo miró ligeramente de soslayo. Al ser más alto que Hamilton debía mirarlo con la cabeza ligeramente gacha.

—Eso ya lo veremos, inglés.

Los ojos de Hamilton se empequeñecieron aún más al entornar la mirada y, sin añadir nada más, volvió a interior del castillo, dejándolo solo de nuevo.

En ese momento, Magnus borró la sonrisa de sus labios y dejó escapar el aire contenido. Sí, ahora podía confirmar que se había metido en el peor de los problemas que podía llevar a su clan: un enemigo inglés. Se pasó las manos por el rostro y cerró los ojos un instante. Su hermana Ruby iba a matarlo por haber besado a esa joven. Ese se había convertido en el beso más caro de toda su vida. Un beso que le iba a costar su libertad y le haría ganarse una esposa; una esposa a la que odiaría toda su maldita vida y a la que se lo haría pagar todos y cada uno de los días.

Kenna ya sabía que el sacerdote había llegado al castillo, pero aún no se había decidido a ir al salón donde los esperaban para la ceremonia. Deseaba correr en contra y no volver jamás. Su padre le había gritado tanto que

incluso algunos sirvientes habían acudido al salón donde estaban para comprobar si le estaba propinando una paliza.

Aún no había encontrado palabras para describir lo que Eleanor le hizo sentir cuando su padre le contó toda la verdad. Incluso el propio Oliver se había quedado sin palabras al enterarse de la noticia. Su madrastra y hermanastro la habían mirado como si hubiera provocado la peor de las desgracias ese día.

Kenna era consciente de que había echado a perder todos sus planes, y en parte se alegraba, pues no deseaba que Eleanor le arrebatara todo a su padre. Sin embargo, tampoco quería que la miraran como si fuera la peor de las asesinas de Escocia. Ella había expresado su descontento con Hamilton desde el primer momento, y solo había logrado que este desapareciera de su camino. Había manchado su honor como mujer, sí, pero no le importaba. Lo peor de todo eso era que tendría que aguantar a Magnus MacLaren el resto de su vida, y aunque le había parecido un hombre realmente atractivo, no había podido evitar enfurecerse al ver que este hacía todo lo posible por salvar su trasero de la ira del rey cuando los descubrieron besándose.

Kenna apretó los dedos en la balaustrada del patio. Cerró los ojos un instante y dejó que el tiempo siguiera pasando. Sin embargo, una voz conocida la interrumpió.

—Pensaba que ya estarías esperando junto al sacerdote para casarte conmigo…

Kenna resopló, abrió los ojos y miró a Magnus por encima de su hombro.

—No tengo esas ansias por convertirme en tu esposa…

Magnus sonrió y se apoyó junto a ella en la barandilla.

—Pues a mí ya me han llamado para que acuda presto a la ceremonia.

—Entonces, sigue tu camino.

El guerrero chasqueó la lengua.

—Si no hay novia, no me puedo casar.

—Seguro que algunas sirvientas están solteras. Siempre puedes casarte con una de ellas.

Magnus resopló.

—No es con ellas con quien me ha comprometido el rey, sino contigo

porque te lanzaste desesperada a mis brazos. Qué bien te ha salido la jugada, ¿verdad? No querías casarte con Hamilton y pensaste en mí. No sé si seguir sintiéndome frustrado o halagado por ser el elegido…

Kenna lo miró mal y rechinó los dientes.

—No te emociones. Tampoco quiero casarme contigo.

—Pues para no querer casarte, lo hiciste muy bien esta mañana. Una pregunta y un beso en el momento exacto para que nos descubrieran mientras yo mancillaba tu honor…

—Hice todo sin pensar.

—Esos actos suelen llevarte a problemas. Y si te llevan solo a ti, no te queda otra más que aguantarte. Pero si vas a llevar a otros por un camino que no desean, deberías pensarlo más. Acabas de llevar a mi clan a la guerra.

—Si te casas conmigo, el rey no os declarará la guerra.

Magnus sonrió amargamente.

—Una guerra con el inglés —aclaró—, el que fue tu prometido.

—Hamilton no tiene poder suficiente en Escocia como para eso, Magnus MacLaren.

El aludido se mordió el labio, sin responder. Estaba tan enfadado que no podía pensar con claridad, y sabía que tampoco podría actuar como debía. Por ello, prefirió callarse y seguir su camino hacia el salón donde los esperaban para la boda.

—Vamos, es hora de que te conviertas en una MacLaren.

Kenna solo fue consciente de la última palabra del sacerdote, que ni siquiera pidió a los contrayentes que se besaran. Simplemente, cerró la *Biblia* y se marchó con prisa. El rey dio una palmada de acuerdo a lo que acababa de pasar, mientras que Conrad, Eleanor, Oliver y Hamilton miraban todo eso con recelo y frustración.

El padre de la joven pidió permiso para marcharse, pues su extraña enfermedad pareció atacar con más fuerza ese día. Sin embargo, su madrastra, hermanastro y antiguo prometido sí se quedaron allí, mirándolos

como cuervos a punto de saltar sobre su presa. Sin embargo, Magnus se obligó a poner una mano en la cintura de Kenna, que dio un respingo ante ese gesto. El guerrero sonrió a pesar de sentir que estaba negro por dentro en ese instante.

—¿No nos vais a dar la enhorabuena, vecinos ingleses?

—No estoy de acuerdo con este matrimonio —renegó Eleanor entre dientes—. Jamás haría algo así.

Magnus asintió y miró de reojo a Hamilton, cuya vena del cuello palpitaba con fuerza por la rabia que sentía al haber perdido a Kenna.

—No pasa nada. Lo importante es que Kenna ahora es una MacLaren. Lleva mi apellido y, con él, la protección de mi espada y la de mi clan. Si alguien pretendiera hacerle daño, no solo tendría que vérselas con los MacLaren, sino también con los MacGregor, y os aseguro que ellos son menos indulgentes de lo que yo puedo ser.

Oliver abrió la boca para responder, pero el rey escocés se acercó a ellos y dio una palmada en la espalda de Magnus.

—Os quedaréis una noche más para comprobar la virginidad de tu esposa.

Kenna dio un respingo y sintió cómo la mano de Magnus, que aferraba su cintura, se tensaba de golpe, llegándola a bajar en cuestión de segundos. Los recién casados se miraron con incomodidad, antes de que Magnus rompiera el silencio.

—¿Y eso por qué? Me gustaría regresar a mi clan cuanto antes.

—Y lo harás, MacLaren, pero mañana.

El aludido asintió, incómodo e iracundo. Jamás en toda su vida había deseado volver a su clan tan fervientemente. Esa maldita costumbre de ver la virginidad de la novia en las sábanas le parecía una tontería, pero no podía poner a su clan en un aprieto más por ello.

Miró de reojo a Kenna, que estaba tan pálida que parecía que iba a caerse al suelo en cualquier momento, y tras soltar un resoplo se dirigió al salón donde el monarca parecía haber preparado algo de cena con la que celebrar la boda.

A pesar de que los obligaron a sentarse juntos, Kenna y Magnus no se dirigieron la palabra en ningún momento. Ninguno estaba dispuesto no solo

a dejar su orgullo a un lado, sino a darle un motivo más al rey para obligarlos a hacer algo que no deseaban.

Aquella cena fue la más incómoda de toda su vida. Kenna no podía probar bocado alguno, ya que tenía el estómago cerrado. Y no solo por esa indeseable boda, sino también por el motivo que había llevado al rey a obligarlos a quedarse una noche más. ¿De verdad pretendía mirar las sábanas al día siguiente para comprobar si habían consumado el matrimonio? No estaba dispuesta a acostarse con Magnus jamás, y menos que alguien viera las sábanas en las que dormiría esa noche.

De reojo, Kenna se fijó en las manos del guerrero que ahora era su esposo. Magnus agarraba el cuchillo y el tenedor con firmeza. Sus movimientos eran seguros, aunque ligeramente tensos. No obstante, la fuerza que desprendía de todo su ser parecía envolverla también a ella, como una especie de embrujo. El calor de Magnus llegaba también a ella, haciéndole sentir algo extraño que la hacía desear estar más cerca de él. Desde el momento en que lo conoció sintió que algo la golpeaba por dentro, como una especie de ser fantasmal que la atraía a él, pero ahora que sentía odio por él creyó que desaparecería. Sin embargo, no era así. No era capaz de apartar la mirada de él, de sus movimientos e incluso de su boca mientras masticaba la poca comida que ingería. Todo en él no tenía nada que ver con Hamilton y, a pesar de todo el odio que había en su interior, deseaba sentir la fuerza de esos dedos contra su cuerpo.

Kenna sacudió la cabeza, llamando la atención de Magnus, que giró la cabeza en su dirección. Al creer que había sido descubierta en sus pensamientos, la joven sintió que sus mejillas se teñían de rojo intenso, al tiempo que un poderoso calor recorría su cuerpo. Al ver su rubor, Magnus frunció el ceño y recorrió su rostro con su mirada esmeralda, hasta que se obligó a desviarla.

Al cabo de unos minutos, Alejandro dio una palmada en la mesa, llamando la atención de todos.

—Bueno, ya ha pasado un tiempo prudencial desde la ceremonia. Los novios han cenado y cogido fuerzas para esta noche. Ahora es conveniente que se marchen a cumplir con sus obligaciones maritales.

Kenna no pudo evitar escuchar el ruido que hizo el cuchillo de Hamilton contra el plato. La tensión que había en ese momento en el salón podía

palparse a la perfección. Ambos novios se miraron a los ojos, deseando poder escapar de ese momento, aunque sabían que no era posible.

—Vaya, pensaba que habría también un baile —murmuró Magnus irónicamente.

—No, prefiero que vayáis a consumar vuestro matrimonio —respondió el monarca con intensidad.

Magnus dejó los cubiertos sobre la mesa y se limpió la boca con movimientos tensos mientras enarcaba una ceja.

—¿Tal vez querrían mirar también?

La exclamación horrorizada de Kenna llegó hasta sus oídos, pero Magnus no apartó la mirada del monarca, que sonrió amablemente.

—Me conformo con ver las sábanas mañana por la mañana.

Magnus se levantó lentamente de la silla, pues sabía que, si lo hacía deprisa, desenvainaría la espada. Ayudó, o más bien obligó, a Kenna a levantarse. La agarró del brazo y casi la arrastró fuera del salón en completo silencio. No obstante, cuando estuvieron lo suficientemente lejos, Kenna se revolvió y se soltó para encararlo con rabia.

—Puedo caminar sola, MacLaren.

—¿Segura? Creía que habías muerto durante la cena. Como no has hablado…

—No tenía nada que decir, más que insultos a todos.

Magnus sonrió de lado.

—Espero que a mí no. Ahora soy tu esposo.

—A ti es a quien más se los dedico…

El guerrero sonrió y siguió caminando por el pasillo.

—Vamos, estoy deseando acabar con esto.

Kenna lo siguió con la mirada puesta en su espalda.

—No pienso yacer contigo —le esperó la joven quedándose parada en medio del pasillo.

Magnus hizo el mismo gesto y se quedó quieto. Giró la cabeza y la miró por encima del hombro. Se quedó en esa posición durante unos segundos

hasta que se giró por completo y volvió a agarrarla del brazo para llevarla hasta el dormitorio.

—¡Suéltame! —exclamó—. No voy a acostarme contigo. ¿Me oyes?

Magnus se quedó callado hasta que por fin estuvieron a solas en el dormitorio del guerrero. Solo allí, y con la puerta cerrada, la soltó y la miró a los ojos. Kenna lo encaró y apretó los brazos contra su propio cuerpo como medida para evitar ser tocada por él.

—Ni se te ocurra acercarte. No voy a dejar que hagas nada conmigo.

Magnus resopló.

—Tranquila, yo tampoco deseo yacer contigo.

Y, sin mirarla más, Magnus se descubrió el brazo izquierdo y desenvainó la daga bajo la atenta mirada de Kenna, que se dirigió hacia la chimenea. Apenas era consciente de la majestuosidad de ese dormitorio, tan solo de los movimientos de su ya esposo. Vio cómo Magnus se hacía un corte en el brazo y se dirigía directamente hacia la cama.

—¿Qué demonios haces? —exclamó Kenna, horrorizada al ver su sangre.

Magnus tan solo la miró, pero no respondió enseguida.

—Dejar la prueba que Alejandro quiere ver mañana —dijo dejando caer unas gotas de sangre sobre las sábanas—. ¿O prefieres yacer? Tal vez has cambiado de opinión en estos segundos…

Kenna frunció el ceño y negó con la cabeza, sorprendida de que Magnus realmente no quisiera forzarla a yacer con él. Incómoda, observó cómo caían las gotas de sangre a las sábanas y después el guerrero se incorporaba para comenzar a desvestirse. Horrorizada, Kenna abrió mucho los ojos.

—¿Qué haces?

—He dicho que no voy a yacer contigo, no que no vaya a dormir. Saldremos mañana a primera hora.

La joven pareció encogerse contra la chimenea.

—No voy a dormir en la misma cama que tú.

Magnus se encogió de hombros mientras dejaba la camisa tirada a los pies de la cama.

—Como quieras. Pero puede que el rey ordene a algún sirviente entrar a

medianoche…

Kenna intentó no sobresaltarse ante esa afirmación. No obstante, sí lo hizo al ver la amplitud de su pecho desnudo. Era la primera vez que veía a un hombre en esa tesitura y nunca pensó que pudiera ser tan estimulante ver algo así. Kenna tragó saliva, incapaz de desviar la mirada. Odiaba al que era su marido, pero al mismo tiempo lo deseaba de una manera tan salvaje que pensaba que había perdido el juicio por completo. Y verlo con el pecho desnudo no ayudaba en absoluto a recuperarlo.

—¿Por qué me miras así?

Kenna se sobresaltó al escuchar su pregunta. Carraspeó y desvió la mirada.

—No te miro.

Magnus arqueó una ceja.

—Pues habría jurado que tenías tus ojos clavados en mi pecho. ¿Tal vez deseas tocarlo?

Kenna resopló, intentando ignorar su tono irónico y divertido.

—Jamás desearía algo así.

Magnus le sonrió con la cabeza ligeramente gacha, pero con los ojos clavados en ella.

—Como quieras… Me gustaría descansar antes de regresar a mis tierras. Y tú deberías hacer lo mismo. No quisiera llevar un cadáver conmigo.

Kenna lo vio meterse en la cama y taparse. Ella miró hacia el sofá que había frente a la chimenea y se dijo que podría pasar al dormir allí, pero recordó lo que le había comentado sobre la posibilidad de que enviaran a un sirviente para comprobar si habían yacido juntos, así que se quitó el vestido, quedándose únicamente con una camisola, e intentando no tocar a Magnus, Kenna se metió en la cama con la intención de mantenerse toda la noche en el borde totalmente despierta para evitar tocarlo.

No obstante, el cansancio pudo finalmente con ella y acabó dormida con parte de su cuerpo desarropado y dejando caer los brazos fuera de la cama.

CAPÍTULO 6

A la mañana siguiente, Kenna comenzó a despertar lentamente. Desentumeció su cuerpo y abrió los ojos poco a poco para acostumbrarse a la luz. En el momento en el que lo hizo y no reconoció el dormitorio en el que se encontraba, los abrió de golpe y se sentó de un salto en la cama. Sintió un ligero mareo que apartó enseguida sacudiendo la cabeza.

Su respiración se agitó levemente y elevó la cabeza hacia el lugar donde había una sombra, la sombra de su esposo. Al despertar, no recordaba que estaba casada, pero ahora que su mente había despertado del todo y todos los recuerdos del día anterior acudieron a ella, se acordó de que estaba en el dormitorio de Magnus. Y en el momento en el que su mirada se posó sobre esa sombra y logró enfocar la mirada, Kenna se arrepintió de haberlo hecho.

Su cuerpo se quedó completamente paralizado por la impresión. No esperaba verlo de esa guisa, tan tranquilo mirando la campiña completamente desnudo, con los brazos apoyados a ambos lados de la jamba de la ventana. Era la primera vez que veía a un hombre completamente desnudo. Sus ojos recorrieron la perfecta anatomía de Magnus, que parecía aún más alto sin ropa. Sus enormes y musculosos brazos estaban contraídos contra la pared. La musculatura de su espalda también parecía estar en tensión, pero a Kenna le pareció tan perfecta que sintió cómo un poderoso calor subía por su cuerpo y se quedaba en sus mejillas. Estaba segura de que se había sonrojado, por lo que dio gracias por el hecho de que Magnus le estuviera dando la espalda en ese momento.

No pudo evitar que sus ojos bajaran por su espalda, hasta su trasero, tan redondo y perfecto que Kenna sintió verdaderas ansias por tocarlo y comprobar que era real. Sus poderosas y fuertes piernas parecían estar en guardia, esperando el ataque de algún enemigo que sabía que no iba a llegar.

La joven tragó saliva, y dio un respingo cuando la voz del guerrero rompió el silencio que había instalado en el dormitorio.

—Supongo que estarás contenta por haberte deshecho de Arthur Hamilton…

Kenna se obligó a levantar la mirada hacia la nuca del guerrero, ya que, si

continuaba observando sus nalgas, no encontraría su voz en la garganta.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo sientes.

En ese momento, Magnus se apartó de la ventana y se giró hacia ella, mostrando la parte delantera de su cuerpo desnudo. Kenna se sobresaltó y lanzó una exclamación de sorpresa. Jamás habría imaginado que lo que guardaba un hombre entre sus piernas podría ser tan… grande.

La joven carraspeó y miró hacia sus sábanas a pesar de que Magnus se acercaba a la cama lentamente, sin parecer importarle su desnudez.

—Tu silencio otorga —continuó el guerrero.

—Es un viejo que solo quería la herencia de mi padre.

Magnus se quedó parado junto a la cama, con los brazos cruzados a la altura del pecho, conocedor de lo que provocaba su desnudez en su ya esposa.

—¿Y por qué no se lo dijiste a él?

Kenna levantó la mirada y clavó sus ojos en aquellas esmeraldas de Magnus.

—¿A mi padre? Está demasiado ciego con Eleanor. No me creería.

El guerrero contuvo el aliento y después lo soltó de golpe.

—Me has metido en un lío. Pero no solo a mí, sino también a mi clan. Hamilton irá a por nosotros. ¿Pensaste en eso antes de lanzarte a mis brazos?

Kenna frunció el ceño y desvió la mirada, incapaz de seguir mirándolo mientras estuviera desnudo.

—No, pero…

—Me amenazó —la cortó—. Mi clan está en peligro por tu culpa.

Kenna tragó saliva y sintió un leve pinchazo de culpa en el corazón. Se retorció las manos y carraspeó, incómoda.

—Hamilton no es un buen guerrero —dijo en tono bajo—. Ni siquiera sobreviviría en estas tierras.

—Puede que sí con la ayuda de sus hombres. Si no hubieras decidido

usarme para quitártelo de encima…

—¡Ya está bien, Magnus! —vociferó la joven levantando nuevamente la cabeza—. Ya sé que me odias; también puedo sentir que lo único que te apetece es clavarme la daga en el corazón para deshacerte de mí y también sé que estar casado conmigo es tu maldita peor pesadilla. No hace falta que me lo recuerdes a cada instante. Me odiarás por siempre. En cuanto estemos fuera de estas malditas tierras, te irás por un camino y yo por otro. Puedo arreglármelas sola.

Magnus chasqueó la lengua y negó con la cabeza, deshaciendo el cruce de brazos y comenzando a trepar por el colchón como un animal que está a punto de cazar a su presa. Kenna se echó hacia atrás, pero su espalda chocó enseguida con la pared, así que no pudo hacer nada cuando el guerrero la alcanzó y acercó su rostro al suyo.

—Estás muy equivocada, Kenna Ferguson. Ahora eres mi esposa, y no pienso dejar que te vayas tan fácilmente. Querías un esposo diferente a Hamilton, ¿no? Ya lo tienes, y pienso recordártelo a cada momento.

Magnus bajó la mirada por el rostro de Kenna para recorrer su cuerpo. Y después, volvió a mirarla a los ojos. En esos escasos segundos, la respiración de la joven se agitó tanto que parecía haber corrido un buen tramo de camino.

—Ahora eres una MacLaren, y eres mía.

Magnus acortó la distancia de golpe y le robó un beso, mordiendo su labio inferior en el camino y arrancándole un gemido de dolor.

—Y si Hamilton se atreve a ir a por nosotros, tú lucharás a mi lado.

Kenna no encontró las palabras en su garganta para poder responder a eso. Estaba tan acalorada y sorprendida por su propia reacción y la de su cuerpo que solo pudo reaccionar cuando Magnus se apartó de ella y se puso en pie para comenzar a vestirse. Entonces, Kenna apartó las sábanas y se puso en pie. Su ropa aún estaba en su dormitorio, por lo que recogió su vestido del día anterior y se dirigió hacia la puerta.

—No olvides recoger todas tus pertenencias. Nos iremos enseguida.

La voz del guerrero sonó enfadada y contenida, nada que ver con el hombre que había conocido en el bosque, sonriente y pícaro. Kenna lo miró por encima de su hombro y ambos se sostuvieron las miradas con odio,

hasta que la joven se giró de nuevo y se marchó sin añadir nada más.

Una hora más tarde, después de que Kenna llenara varias alforjas con su ropa y se colgara su espada, por primera vez ante todos, en la cadera, la joven salió de su dormitorio para buscar a su padre y el rey. Tenía que despedirse de ellos antes de marcharse. No le importaba irse sin volver a ver a Eleanor, Oliver o Hamilton, pero le parecería una ofensa no decirle adiós a su padre.

A medio camino se encontró con Magnus, que, a pesar de intentar evadirlo, fingiendo no haberlo visto, este caminó a su lado y la agarró del brazo para seguir adelante cuando esta intentó marcharse por otro camino diferente. Al cabo de unos segundos, Kenna sacudió su brazo para soltarse y lo miró con auténtico odio, aunque Magnus parecía haber vuelto a ser el que era y sonrió de lado sin apartar la mirada de su camino. No obstante, su frialdad era más que evidente.

—Me sorprende verte con esas ropas —dijo Magnus señalando sus pantalones y camisa, pero, especialmente, su espada.

Kenna se encogió de hombros. No había pensado en responderle, pero tenía cierta necesidad de hacerlo.

—Hace un rato has dicho que soy tuya. Tú sí conoces esta parte de mi vida, así que no tengo por qué esconderme.

Magnus sonrió y la miró de reojo.

—¿Debería sentirme un privilegiado por ello?

—Por mí como si te sientes igual que una mierda, MacLaren.

Magnus dejó escapar una risa.

—Qué deslenguada eres, esposa. Al final va a acabar por gustarme… siempre y cuando no me metas en líos.

Kenna se paró a medio camino, haciendo que él hiciera lo mismo. Lo encaró y le dijo:

—Pienso hacer de tu vida un infierno.

—No te equivoques. Ya es un infierno…

Magnus continuó su camino, y ella lo siguió, aún enfurecida. No lo

soportaba. Desde el primer momento en que lo vio en el bosque y la besó pensó que era un ser despreciable que se había aprovechado de ella, pero ahora lo confirmaba, aunque ella también se había aprovechado de él. Eso era innegable.

Kenna lanzó un suspiro cuando ambos entraron en el salón donde se encontraba no solo el monarca, sino también el padre de la joven, Eleanor, Oliver y Hamilton. Este último miró con auténtico odio a Magnus, que pasó de largo hacia el frente para aproximarse al rey.

—Majestad, me gustaría retirarme a mi clan junto a mi esposa.

Esa última palabra la pronunció con cierta ironía, pero con vehemencia, para que le quedara claro a Hamilton que Kenna era suya y la había perdido en ese maldito juego en el que él se había visto envuelto sin querer.

Kenna se mantenía quieta, a un lado de Magnus, pero con la mirada entristecida hacia su padre, quien jamás se había dignado a hacerle una caricia o a quererla como una niña necesitaba.

—Una de mis sirvientas me ha mostrado la sábana de la cama, así que podéis marcharos.

Kenna escuchó el siseo de Hamilton cerca de ella, pero no se dignó a mirarlo. La vergüenza que sintió tan solo por el hecho de que hubieran ido al rey con las sábanas manchadas de sangre de Magnus era motivo de peso para no levantar la mirada ni hablar. Sí logró ver la sorpresa en el rostro de Eleanor mientras la observaba de arriba abajo. Jamás la habían visto con esas ropas y con una espada colgando de su cadera, pero ya no iba a esconderse, y, desde luego, ya no le importaba cómo vistiera, pues no tendría que aguantarla por más tiempo.

—Espero que seáis felices y los Ferguson y el señor Hamilton tengan un buen regreso a Inglaterra.

—Gracias, majestad —respondió Magnus girándose hacia Conrad para despedirse—. Señor Ferguson, ayer juré proteger a su hija, y así pienso hacer el resto de mi vida.

Conrad asintió, aunque su mirada estaba fija en la vestimenta de su hija.

—Aunque me da la impresión de que eso le importa una mierda —continuó el guerrero para sorpresa de Kenna, que levantó la mirada hacia él.

—Siempre me he preocupado por ella.

La joven arqueó una ceja, sorprendida.

—De todas formas, ella ya no es asunto mío, sino tuyo, MacLaren. Pero ten cuidado, para nacer mató a su madre, tal vez podría matarte a ti también mientras duermes.

Kenna sintió sus palabras como el peor de los puñetazos. La joven dio un paso atrás, horrorizada. ¿Cuándo había matado ella a su madre? ¿Acaso había empuñado el arma que segó su vida? La joven sintió que las lágrimas acudían a sus ojos, aunque logró contenerse. No obstante, se quedó callada, bajo la atenta mirada de su padre y la de Magnus, que la observaba esperando una respuesta tan mordaz como la de Conrad. Pero esa respuesta no llegó.

Sí pudo ver el horror y el dolor reflejados en los ojos violetas de su esposa. Magnus levantó entonces la mirada hacia Conrad y, sin poder contenerse, le espetó:

—Es una pena ver que un escocés ha perdido su identidad en pro de sus enemigos ingleses… —dijo lentamente mirando de reojo a Eleanor, Oliver y Hamilton.

Y después, tomando la temblorosa mano de Kenna, que desvió al instante la mirada, se marcharon de allí, dejando solos a la familia de la joven con el monarca, que también estaba sorprendido por las palabras de Conrad.

—Si mal no recuerdo, Ferguson, el ataque que sufristeis hace veinte años fue provocado por ingleses.

El aludido giró la mirada en su dirección y asintió.

—No diré lo mismo que MacLaren debido a los vecinos aquí presentes, pero esa muchacha no merecía esas palabras. Ella nació ese día, pero quien mató a tu esposa fue un inglés.

Alejandro III se levantó de su asiento y se dirigió hacia la puerta, sin embargo, un incómodo Hamilton carraspeó y llamó su atención.

—Majestad, me gustaría visitar a un amigo en estas tierras —intervino Arthur—. ¿Tengo su venia para poder viajar libremente por tierra escocesa?

Alejandro III lo sopesó.

—¿Usted solo?

—Viajaría con mis hombres y el hijo de mi prima. Es un amigo al que hace años que no veo.

—Está bien. Tiene mi beneplácito, Hamilton, pero no meta en problemas a ningún escocés.

Hamilton asintió y en cuestión de segundos se quedaron solos. Conrad suspiró y Eleanor puso una mano en su hombro.

—Bueno, tú y yo sí regresaremos a Inglaterra. Estás cada día más enfermo. Vamos, tenemos que recoger todas nuestras pertenencias.

—Tened cuidado en estas tierras, Hamilton —le advirtió antes de salir con Eleanor—. Los ingleses no sois muy queridos en Escocia.

—Tendremos cuidado. Vamos en son de paz.

Conrad y Eleanor se marcharon del salón rápidamente, pues al padre de Kenna le dio un ataque de tos. En el instante en el que ambos se quedaron completamente solos, se miraron entre sí con una sonrisa en los labios.

—Hay que hacer lo que sea para que Kenna vuelva a nuestras manos —dijo Hamilton.

Oliver asintió.

—Y ahora que tenemos vía libre por estas tierras, iremos tras ellos. Esa herencia debe ser nuestra. La salud de Conrad está cada vez peor gracias a lo que mi madre le administra en la bebida. Si muere antes de tener poder sobre ese dinero, nos quedaremos sin nada. Kenna tiene que ser tuya.

—Y cuando esté en mis manos, morirá.

Oliver sonrió.

—No sabes lo que voy a disfrutar viéndola morir. Al igual que a ese maldito escocés con el que se ha casado. Mi querida hermanastra ha sabido jugar muy bien sus cartas, pero no sabe que iremos tras ellos para matarlos.

—Hay que seguirlos sin que se den cuenta. Y cuando menos lo esperen, atacaremos.

Kenna ató sus alforjas en su propio caballo mientras Magnus hacía lo mismo. Desde su posición, la joven lo miraba de reojo. Aún no podía creer lo que le había dicho a su padre delante de todos. ¿Acaso era una forma de

protegerla y defenderla después de lo que su progenitor le había echado en cara?

Aún sentía las manos temblorosas y el corazón partido. ¿Cómo era posible que su padre la acusara directamente de haber matado a su madre si no murió por las heridas del parto sino asesinada por los atacantes de aquel día? Siempre había sentido esa culpabilidad lanzada por su padre, pero que se lo dijera de forma tan directa le parecía demasiado cruel incluso para él.

—¿Cómo murió?

La voz de Magnus la sobresaltó justo cuando terminaba de atar las alforjas, y levantó la mirada sin comprender.

—Tu madre…

Kenna desvió la mirada, incómoda.

—Si tú también vas a echarme en cara que mi madre murió por mi culpa, ahórratelo. No estoy de humor.

Magnus se apoyó en su caballo y la miró fijamente.

—No voy a culparte de nada. Simplemente, quiero saber cómo murió.

Kenna dudó un instante, pero al ver la seriedad de su rostro acabó contándoselo.

—La mataron justo unos minutos después de que yo naciera. Mientras ella daba a luz, el palacio en el que vivían estaba siendo atacado. Lograron subir a su dormitorio y la mataron junto a todas las sirvientas y la partera. Yo fui la única que sobrevivió. No les dio tiempo ni a limpiarme la sangre del parto.

Magnus observó la expresión triste de su rostro y suspiró.

—¿Siempre te ha acusado?

—¿Quién?

—Tu padre… ¿Siempre te ha acusado por la muerte de tu madre?

La joven se encogió de hombros.

—¿Qué más da? —preguntó con apenas un hilo de voz tembloroso—. ¿Nos vamos?

Magnus la miró unos instantes más, intentando adivinar sus pensamientos, pero al ver que ella montaba sobre su caballo intentando

aparentar indiferencia, suspiró y la imitó. Cuando ambos estuvieron sobre sus respectivos caballos, iniciaron la marcha.

Tardaron bastante tiempo en salir de Edimburgo, recorrer sus calles repletas de gente y dejar atrás aquella ciudad, rumbo a las Tierras Altas. El silencio los acompañó durante un gran tramo de camino, no solo por la mala relación que ambos tenían, sino porque la lluvia había hecho acto de presencia nada más abandonar las tierras del rey y había comenzado a formar charcos en los caminos, llenándolos de barro que impedía cabalgar con prisa.

Kenna tenía sobre su cabeza la capa, que la resguardaba ligeramente de la lluvia, pero al mirar a Magnus, descubrió que este cabalgaba únicamente con su camisa y chaleco, sin la protección de una buena capa o manto. Lo vio más serio de lo normal, mirando con el ceño fruncido a un lado y a otro del camino, y, aunque intentaba disimular, también la observaba para comprobar que no se caía del caballo. No obstante, no abrió la boca para hablar con ella durante todo el día.

Las horas pasaron demasiado lentas para Kenna, que nunca solía aguantar mucho tiempo sin hablar, pero era tal la incomodidad que había con Magnus que prefirió mantenerse callada. Ni siquiera llegó a quejarse en ninguna de las incontables veces que su caballo se había escurrido por culpa del barro y ella había estado a punto de desplomarse contra el suelo.

Sin embargo, cuando estaba a punto de caer la noche sobre ellos, Kenna no pudo aguantar por más tiempo ese maldito silencio. Por ello, se animó a romperlo.

—¿Cuándo llegaremos a tu clan?

Magnus la miró por encima del hombro con una ceja arqueada.

—Aún nos quedan más de tres días de camino, si es lo que estás preguntando.

Los ojos de Kenna se abrieron desmesuradamente.

—¿Más de tres días?

Magnus esbozó una sonrisa mientras seguía mirando al frente.

—Sí, tendrás que soportar mi presencia durante esos días… Querías estar conmigo, ¿no?

Kenna resopló y lo miró desde su caballo.

—¿Podrías dejar de tratarme así? Si vamos a estar casados, al menos que no tengamos que agarrar la daga cada vez que hablamos entre nosotros.

Magnus no pudo evitar que su sonrisa fuera aún mayor.

—Jamás, querida esposa. Jugaste conmigo, y no puedes reclamarme que ahora sea yo quien tenga el poder en el juego.

Kenna torció la cabeza y chasqueó la lengua, contrariada, dispuesta a mantenerse callada todo el tiempo que restara de viaje. Magnus parecía disfrutar y divertirse a su costa, pero ella estaba comenzando a cansarse, y eso que el juego no había hecho más que comenzar. No obstante, su nerviosismo pudo más y al cabo de un rato volvió a romper el silencio.

—¿Cómo es tu clan?

Magnus la miró de soslayo, sorprendido por su pregunta.

—¿Me lo estás preguntando en serio?

Kenna arqueó una ceja.

—Sí. Si voy a vivir allí, quiero saber cómo es.

Magnus dudó un instante, pero al no ver diversión en los ojos de la joven, carraspeó antes de comenzar a hablar.

—Bueno, mi hermana es la jefa del clan, pero vive en el castillo MacGregor porque se casó con el laird. En varias ocasiones me ha pedido ser el laird por ella, porque soy yo quien lleva todas las cuentas y todo el trabajo, pero no quiero. Mi padre siempre la preparó a ella para ese trabajo, así que yo prefiero ser el segundo al mando. Y la vida en el castillo es como en cualquier otro lugar. No estamos en guerra con nadie y vivimos tranquilos y en paz. Siempre intentamos ayudarnos y desde el castillo nos preocupamos bastante por la vida de toda nuestra gente.

—¿Conocéis a todo el mundo? —preguntó sorprendida.

Magnus sonrió.

—Conocemos el nombre de toda nuestra gente. Es lo normal entre los clanes, aunque supongo que en los del sur no lo es tanto.

Kenna se encogió de hombros.

—No lo sé. No lo recuerdo, la verdad. Hace cinco años nos fuimos a vivir

a Inglaterra y ya no recuerdo mucho sobre mis años en Escocia.

—Supongo que la vida allí es mejor que en estas tierras salvajes.

Kenna dejó escapar una risa que provocó que los ojos de Magnus se dirigieran directamente a los labios de la joven, de repente interesado en volver a besarlos.

—La vida en Inglaterra es mejor si lo que deseas es vivir aburrida. Yo prefiero la vida aquí.

—Te gustan las emociones fuertes, ¿eh?

Kenna lo miró de reojo y lo vio sonriendo, lo cual la sorprendió. Se encogió de hombros, ligeramente avergonzada por aquella conversación en la que debía dar datos sobre ella.

—Bueno, la verdad es que me gusta más. La gente aquí es más apasionada. Los ingleses parecen tener un palo metido en el culo que les impide incluso sonreír.

Magnus dejó escapar una carcajada que logró contagiar a la joven, que también rio. Tras eso, ambos se miraron y la sonrisa de Kenna desapareció de golpe, volviendo a sentirse incómoda ante él. La sonrisa del guerrero duró más en sus labios y acabó poniendo los ojos en blanco. Si las cosas entre ellos se hubieran dado de una manera diferente, habría acabado haciéndola suya. Por Dios que así hubiera sido, pues era tan hermosa y atractiva que deseaba besarla a cada instante.

—Así que un palo en el culo… Creo que es la mejor descripción que he escuchado jamás sobre un inglés.

—Bueno, creo que no había más que mirar a Hamilton para ello.

—Pues ese carácter se te contagió un poco. El día que te vi en el bosque también parecías tener un palo metido en el culo.

Kenna resopló.

—Eso no es cierto. Yo soy muy amable.

Magnus arqueó una ceja.

—No me puedo creer que hayas soltado semejante mentira. Tienes un carácter de mierda.

Kenna abrió la boca, sorprendida.

—¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

—Tu carácter es aún peor que el mío.

Magnus arqueó una ceja.

—¿Que mi carácter es peor? Yo siempre tengo una sonrisa en los labios.

Y, sin darse cuenta, los ojos de Kenna se dirigieron hacia ellos, recordando cada beso que había recibido de él.

—¿Te gustan?

Kenna se sobresaltó y levantó la mirada hacia él. Lo vio sonreír pícaramente y resopló.

—Vete a la mierda.

CAPÍTULO 7

Quedaba apenas medio día para llegar al castillo MacLaren cuando Kenna sentía que no podía más. Su cuerpo estaba comenzando a entumecerse por culpa del frío y la ropa mojada, que no había dejado de calarse desde que salieron de las tierras del rey. El cielo seguía abierto y descargaba sobre ellos una lluvia intensa que encharcaba aún más los caminos, haciéndolos impracticables.

Además, a Kenna le sorprendió el cambio entre las tierras de Edimburgo y las MacLaren, mucho más escarpadas que las primeras, por lo que debían ir con más cuidado, ya que los caballos se escurrían con todo el barro que había alrededor y las puntiagudas piedras que estaban ligeramente escondidas por los charcos.

Kenna estaba realmente cansada. Durante esos días, no habían parado en ninguna taberna a pasar la noche. Al contrario, lo habían hecho a la intemperie, tan solo protegidos por algunos troncos huecos que dejaban pasar el frío como si estuvieran en medio de un camino sin protección. La manta con la que habían intentado protegerse no hizo su trabajo, pues se mojó rápidamente, y apenas habían podido pegar ojo. Eso hizo que el humor de la joven hubiera caído en picado. No así el de Magnus, que parecía estar disfrutando de la situación y de su sufrimiento a medida que el camino se hacía más complicado y sus quejas casi silenciosas aumentaban. Había veces que lo miraba y lo veía sonreír, aunque su barba ocultaba ligeramente esa sonrisa. Pero ahí estaba, divertida.

Por ello, a pesar de que desconocía que quedaba medio día para llegar a su destino, Kenna decidió poner fin a esa situación y tiró de las riendas de su caballo. Apenas habían hablado durante todo el camino, pero a Kenna ya no le importaba romper ese silencio incómodo en el que se habían sumido.

—Ya está bien, Magnus.

La joven acarició la cabeza de su caballo cuando este se quedó parado en medio del camino mientras la lluvia seguía cayendo a su alrededor.

El guerrero giró la cabeza en su dirección y arqueó una ceja.

—Aún no hemos llegado. Queda poco.

Kenna resopló.

—Me da igual. No pienso dar un paso más. No quiero morir al caer del caballo. Está todo embarrado y nos escurrimos cada dos metros.

Y para hacer más efectivas sus palabras, la joven desmontó y se cruzó de brazos. Magnus sonrió ante su gesto. Él también estaba realmente cansado de esa situación, pero le divertía tanto escuchar los improperios de Kenna que no podía evitar seguir adelante para ponerla al límite.

—Puedes ir andando… —sugirió con tono divertido.

La joven le dedicó una mirada cargada de odio.

—Más quisieras —le espetó.

—No voy a parar porque tengas miedo de cabalgar bajo la lluvia.

Kenna frunció el ceño y apretó los puños hasta que sus nudillos se volvieron blancos.

—Y yo no voy a seguir.

Magnus gruñó y desmontó él también del caballo.

—Entonces, tenemos un problema.

—Apenas hemos descansado desde que salimos de Edimburgo, ni siquiera para comer. Y las noches han sido peores. Hamilton no nos sigue, Magnus. Habrá regresado a su perfecta casa en Inglaterra. No se manchará los zapatos en estas tierras. Es demasiado melindre para enfrentarse al clima escocés.

Magnus se acercó a ella lentamente. En su rostro ya no se distinguía la diversión anterior. El mero hecho de recordarle a Hamilton y lo que había pasado para que hubieran acabado casados lo había vuelto a poner de mal humor. Tenía el ceño fruncido y los puños apretados con fuerza, además de la espalda completamente tensa. Pero a pesar de todo, aquellos mechones que caían sobre sus ojos esmeralda le daban un aspecto casi aterrador, aunque a Kenna le pareció muy diferente. La joven necesitó sacudir la cabeza para apartar esos pensamientos y centrarse en lo que estaban hablando. Por ello, elevó el mentón con orgullo, mostrando su determinación para no dar ni un solo paso más.

—No voy a arriesgarme. En el castillo tendremos protección.

Kenna resopló y negó con la cabeza.

—Necesito descansar.

Magnus rechinó los dientes. Si su esposa pensaba que iba a ceder, estaba muy equivocada. Él también tenía el orgullo muy alto.

—Vamos.

Kenna volvió a negar con la cabeza y dio un paso atrás para alejarse de él cuando Magnus levantó una mano para obligarla a acercarse de nuevo al caballo y montar para seguir con el camino. El guerrero acortó la distancia con ella y gruñó, clavando los dedos en la carne de su brazo.

—No pienso volver a montar si no descansamos unos instantes.

—Si tú no cedes, yo tampoco —apostilló el joven con orgullo.

—Entonces, tenemos un problema —le devolvió la joven sus propias palabras.

Kenna intentó tirar de su brazo para desasirse de él, pero Magnus apretó con más fuerza. Ambos se alejaron de los caballos en medio de ese forcejeo. Kenna levantó su brazo libre para golpearlo, pero Magnus logró parar a tiempo su golpe. No obstante, ninguno logró ver el pequeño desnivel que había a un lado de ellos, ya que el camino estaba tan embarrado que era imposible ver con claridad a su alrededor.

En cuestión de un segundo, Kenna dejó de hacer pie y cayó hacia atrás, arrastrando con ella a Magnus. Ambos rodaron unos metros por el barro, manchando sus ropas aún más, y cuando pararon, Magnus acabó encima del cuerpo de Kenna, que lanzó un gruñido de dolor cuando una piedra acabó impactando en su costado.

—Maldita sea —murmuró Magnus sin moverse y mirando a la joven con auténtico odio.

La distancia que los separaba era mínima. Sus rostros estaban a escasos centímetros el uno del otro, pero se observaban con tanto odio que esto los alejaba aún más.

—Acabas de manchar de barro mi ropa —gruñó el guerrero.

—Y tú la mía —refunfuñó Kenna intentando no perderse en las esmeraldas que la observaban a esa escasa distancia.

Magnus rechinó los dientes.

—Eres odiosa.

—Tú también. Debería haber besado a un guerrero del rey. Seguro que

habría sido más excitante.

Kenna no pudo evitar decir aquellas palabras para hacerle daño. Estaba realmente enfadada por el hecho de que Magnus le hiciera pagar ese gesto cabalgando bajo la lluvia sin descanso.

El guerrero acercó aún más rostro. En ese momento, la nariz de ambos se rozó y el corazón de Kenna se sobresaltó tanto que temía que Magnus pudiera escuchar sus rápidos y fuertes latidos. ¿Por qué demonios tenía que alterarse tanto cuando el guerrero estaba tan cerca de ella?

—¿Estás diciendo que mis besos no lo son? —preguntó Magnus en un murmullo entre dientes.

—Ni tus besos, ni tú, ni nada que tenga que ver contigo —respondió la joven sin apenas voz—. Eres un maldito orgulloso, antipático, gruñón y también feo.

Magnus frunció el ceño y apartó ligeramente el rostro, incapaz de creer lo que había escuchado.

—¿Feo yo? —preguntó con tono ofendido—. ¿Antipático?

—Sí, lo tienes todo, MacLaren —afirmó la joven con vehemencia.

—Maldita sea… —volvió a gruñir el guerrero antes de acortar la poca distancia que los separaba para besarla.

Magnus devoró sus labios. Los lamió, chupó y absorbió como si de un precioso néctar se tratara. Quería demostrarle que él no era nada de lo que ella había dicho, que estaba equivocada y que no iba a dejar que volviera a decir nada de eso jamás. Acabó mordiéndolos hasta que Kenna gimió y comenzó a resistirse bajo su cuerpo.

A pesar de todo el odio que sentía hacia ella, Magnus sintió que su cuerpo se despertaba ante el roce del cuerpo de la joven. Sentir bajo él sus turgentes pechos y su cadera, que no dejaba de moverse contra la suya propia, hizo que todo su cuerpo ardiera de deseo por ella. Y eso hizo que la aborreciera aún más. Magnus se apartó de ella, aunque no se levantó y siguió aplastándola con su peso.

—Te odio, esposo —masculló la joven con la ira reflejada en sus ojos.

—Ese sentimiento es mutuo —le espetó intentando que su cuerpo volviera a bajar de intensidad—. Me temo que no sabías con quién te metías

cuando me besaste en ese salón.

Kenna abrió la boca para responder, pero una flecha se clavó justo al lado de su cabeza en ese instante, poniéndolos en alerta. Al instante, Magnus se puso en pie de un salto y desenvainó la espada mirando a su alrededor. Kenna hizo el mismo gesto y entrecerró los ojos. La lluvia les impedía ver con claridad, pero al cabo de unos segundos, varios guerreros salieron de entre los árboles para lanzarse contra ellos.

—No te separes de mí —le advirtió Magnus mirándola de reojo.

Kenna vio la preocupación en los ojos del guerrero y, a pesar de todo, se limitó a asentir. Uno al lado del otro, miraron hacia el lugar de donde procedían los guerreros.

—Son diez —murmuró la joven.

—¿Qué decías respecto a que Hamilton no nos seguía? —preguntó Magnus con tono irónico antes de parar el primer ataque de uno de los guerreros.

Kenna resopló y se limitó a atacar también. Magnus tenía razón, aunque le costaría dársela. Aquellos hombres llevaban el mismo distintivo que solía llevar Arthur Hamilton en su ropa. Pero no solo los reconoció por eso, sino porque habían viajado con ella desde su palacio en Inglaterra hasta Escocia. No había hablado con ellos en ningún momento, pero sí había tenido tiempo suficiente como para fijarse en sus caras y guardarlas en su memoria.

Esos hombres, que habían cabalgado junto a ella y su familia, ahora los atacaban e intentaban matar a Magnus. Gran parte de ellos se lanzaba contra su esposo, ya que era el gran impedimento para que Kenna pudiera pertenecer a Hamilton. Por ello, la joven se lanzó contra ellos, para evitar que le hicieran daño y pudieran matarlo por su culpa. Un poderoso y extraño sentimiento de culpabilidad atacó a la joven mientras paraba golpes de espada con maestría. Sin lugar a dudas, su amigo Rick había sabido hacer bien su trabajo y le había enseñado a manejar la espada con precisión.

Era la segunda vez que se enfrentaba a un combate a muerte, ya que el primero fue en el ataque que sufrió Magnus en el bosque y al que acudió presta a ayudar. Sin embargo, era la primera vez que se enfrentaba a tantos guerreros al mismo tiempo. A pesar de que Kenna intentaba acercarse todo lo que podía a Magnus, tal y como le había pedido, los guerreros de

Hamilton lograron apartarla ligeramente.

Kenna sabía que a ella no querían hacerle daño, ya que Hamilton la quería viva, pero no podía permitir que hirieran a Magnus, a quien ya le habían abierto una herida en el brazo y en la pierna. De reojo vio que este se defendía a la perfección, pero cuando la joven acabó con la vida de uno de los guerreros e intentó lanzarse hacia Magnus para ayudarlo, otro guerrero se puso en su camino y chocó contra su pecho, haciéndola rebotar hacia atrás.

Estuvo a punto de caer de bruces contra el suelo de no ser porque el propio guerrero la agarró de la pechera de la camisa y la acercó a él.

—Tú te vienes ahora con nosotros.

Kenna apretó la mandíbula.

—Más quisieras, desgraciado —le espetó con rabia, propinándole una patada en la entrepierna.

Cuando el guerrero se dobló sobre sí mismo, la joven aprovechó para clavar su espada en su costado. Se apartó enseguida de él y comprobó que varios guerreros ya habían caído muertos al suelo, pero otros seguían intentando acabar con la vida de Magnus. Kenna se lanzó contra uno de ellos, pero cuando estaba a punto de alcanzarlo con su espada, este se giró y la golpeó con la empuñadura de la misma en el rostro.

Kenna lanzó un gemido de dolor y cayó al suelo. El mundo comenzó a dar vueltas a su alrededor, pero se obligó a sacudir la cabeza y volver a ponerse en pie, pero el guerrero del que habría sido su esposo no la dejó. Le propinó una patada en el vientre que la hizo rodar varios metros, alejándose de Magnus, que ya solo luchaba contra tres guerreros más.

Kenna tosió con fuerza.

—Tú eres la culpable de que estemos en esta asquerosa y salvaje tierra. Te llevaremos ante Hamilton, pero no pasa nada si llegas con alguna herida.

Kenna giró sobre sí misma cuando vio que el guerrero volvía a intentar golpearla, y se puso en pie. Levantó su espada para frenar el golpe de su contrincante y le propinó una patada en el costado, que lo envió varios metros atrás. En ese instante, Kenna aprovechó para respirar profundamente.

—Vuestro querido señor os ha mandado a una muerte segura —le espetó.

El guerrero negó con la cabeza y comenzó a trazar un círculo a su alrededor, mientras Kenna aferraba de nuevo la espada con ambas manos.

—No pienso irme de aquí sin ti. En cuanto acabemos con ese MacLaren, volverás a manos de Hamilton.

Kenna resopló y se lanzó contra él. Las espadas de ambos volvieron a entrechocar, aunque ese sonido quedó ligeramente apagado por los gruñidos de Magnus y el único guerrero que quedaba en pie. Estos se encontraban a varios metros de distancia, por lo que no podía acercarse a ellos en ese momento.

El combate siguió varios minutos más, pero el cansancio y el frío de esos días de camino hicieron que las fuerzas de Kenna flaquearan, provocando que el guerrero de Hamilton tomara cierta ventaja. Una de las piernas de Kenna cedió cuando el barro se interpuso nuevamente en su camino, y su oponente aprovechó para patearla en el costado. Kenna acabó dándose de bruces contra el suelo.

Un gemido de dolor escapó de su garganta cuando una piedra se clavó en su espalda, y aunque intentó rodar hacia un lado, el guerrero no se lo permitió y puso un pie en su brazo, aprisionándolo para evitar que pudiera agarrar su espada, que se le había escurrido de entre las manos.

A pesar de las palabras que le había dedicado hacía unos segundos, Kenna tenía la impresión de que estaba a punto de matarla.

—¿Crees que pasará algo si te entrego a Hamilton con un corte en la cara? Tengo la necesidad de dejar una marca mía en tu precioso rostro.

Kenna intentó moverse bajo su pie, pero tenía el brazo completamente inmovilizado. No obstante, aprovechó para golpearlo en la pierna, provocando que este trastabillara y lograra desasirse de él. Pero cuando Kenna logró ponerse de nuevo en pie, este giró la muñeca y la golpeó de nuevo en el rostro con la empuñadura de su espada.

Sin fuerzas, Kenna cayó al suelo, gimiendo de dolor. Sentía su labio inferior demasiado dolorido y estaba tan mareada que apenas pudo moverse. El guerrero se agachó a su lado y aunque la joven intentó arrastrarse por el suelo para huir de él, no pudo.

La agarró de la camisa y acercó el filo de su espada a su rostro.

—Despídete de tu preciosa carita.

—Despídete tú de la vida —dijo una voz a su espalda.

El guerrero de Hamilton no tuvo tiempo para girarse, pues la punta de la espada de Magnus atravesó su cuello, salpicando sangre por todos lados.

Un segundo después, la mano que sujetaba a Kenna perdió su fuerza y cayó a un lado. Respirando aún de forma agitada, Magnus la miró al rostro y apretó la mandíbula al ver la sangre que salía de su labio inferior. Envainó la espada y le tendió la mano a Kenna, que aún estaba en el suelo.

Ligeramente aturdida y dubitativa, la joven aceptó su mano y se puso en pie. En silencio, ambos se observaron. Kenna descubrió que él también estaba ligeramente herido, aunque sin importancia. Sin embargo, no estaba segura de lo que Magnus quería transmitirle con la mirada, pues era tan dura que no lograba adivinar si era porque la culpaba de ese ataque o porque estaba preocupado por las heridas.

Magnus elevó una mano y la tomó de la barbilla para examinar su rostro en silencio. La tensión podía sentirse a través de sus dedos, pero también en su cuerpo. Respiraba con fuerza y había cuadrado sus hombros. En su rostro no quedaba ni una sola pizca de diversión. Al contrario, parecía tan iracundo que Kenna temió que ahora cargara contra ella. No obstante, la sorprendió con sus palabras.

—¿Te duele mucho?

Kenna no supo qué responder.

—Un poco —acabó admitiendo.

Aunque en realidad sentía como si le hubieran pateado la cara en varias ocasiones, pero no iba a consentir que Magnus la viera en un momento de debilidad.

—¿Y a ti? —le devolvió la pregunta.

Magnus se encogió de hombros.

—Esto no es nada.

—Estás sangrando —rebatió Kenna mirando sus heridas.

—No son profundas.

Kenna asintió y miró a Magnus mientras este bajaba la mano y dejaba de

tocarla. De repente, la joven sintió que se quedaba desnuda. El frío de la lluvia pareció volver a ella, como si la mano del guerrero hubiera impedido que lo demás pudiera tocarla.

Ambos miraron a su alrededor y Magnus acabó suspirando.

—Tenías razón. Hamilton sí nos sigue.

El guerrero la miró de reojo.

—Me amenazó con hacerlo, pero la verdad es que pensaba que le daría miedo cruzar la línea entre los clanes de las Tierras Altas.

Magnus se llevó las manos al rostro y gimió cuando la camisa le dio de lleno en la herida del brazo.

—No podemos quedarnos en nuestro castillo. Hamilton llegará allí y nos atacará. Tenemos que pedir ayuda.

—¿A quién?

Magnus volvió a mirarla.

—Al hombre más oscuro que conozco: mi cuñado.

—¿MacGregor?

Magnus asintió.

—Sí, Kieran y Logan levantan demasiado terror entre sus enemigos. Podrán ayudarnos.

—¿Quién es Logan?

—El hermano de mi cuñado. Te aseguro que, si Hamilton únicamente ve el rostro de Logan, saldrá corriendo con el rabo entre las piernas.

Kenna sonrió ligeramente mientras ascendían de nuevo al camino para retomar la marcha.

—¿Tan peligroso es?

Magnus le devolvió la sonrisa.

—Simpático no es… te lo aseguro. Ellos sabrán qué hacer.

Kenna frunció el ceño cuando tomó las riendas de su caballo.

—Pero pondremos en peligro también a su clan y a tu hermana.

—Por eso, daremos un rodeo para llegar a ellos, así despistaremos a

Hamilton. Tardaremos varios días más en atravesar el valle, pero valdrá la pena. De todas formas, hay que avisar a los míos.

Ambos montaron sobre sus caballos.

—Iremos a mi castillo a avisar y después nos marcharemos.

Magnus suspiró mientras iniciaba la marcha.

—Mi hermana me va a matar —murmuró.

Kenna lo miró de reojo y se sintió culpable por el lío en el que había metido a Magnus. Por ello, intentó ayudar.

—¿Y no tienes algún amigo que pueda ayudarnos? Para evitar contárselo a tu hermana…

Magnus le devolvió la mirada de soslayo.

—¿De verdad quieres ayudar a los míos?

—Claro que sí. Todos somos enemigos de Hamilton.

—Pero ¿por qué querrías hacerlo?

Kenna tragó saliva y desvió la mirada.

—Porque todo esto es por mi culpa —admitió.

Magnus la miró largamente y acabó sonriendo brevemente.

—Al fin admites que me has metido en un lío, Kenna Ferguson.

La joven puso los ojos en blanco.

—Si te vas a reír, me escaparé y te dejaré el problema.

Magnus rio.

—Ni hablar…

La miró durante unos segundos más antes de volver a dirigir sus ojos al frente.

—Clyde Campbell.

—¿Cómo?

—Me has preguntado si tenía un amigo que podría ayudarnos. Clyde Campbell podría decirse que es un amigo, y los Campbell son bastante temidos. Él podría hacer que Hamilton se cagara encima, pero tardaremos muchos días en llegar, y más aún si nos desviamos.

—No importa. Si crees que él te ayudará…

—De acuerdo. Iremos a tierras Campbell después de pasar por mi castillo.

Kenna asintió y ambos quedaron en silencio, pero cuando recorrieron un buen tramo de camino, la joven volvió a romper el silencio.

—Al final hemos hecho un buen equipo…

Magnus dejó escapar una risa suave que también la hizo sonreír.

—Si yo fuera tú, no estaría tan contenta. Aún siento ganas por entregarte directamente a Hamilton para ahorrarle problemas a mi clan.

La sonrisa de Kenna se borró al instante, haciendo reír más a Magnus. La joven frunció el ceño y acercó su caballo al del guerrero.

—¿De verdad serías capaz de hacer algo así?

Magnus la miró de arriba abajo.

—Ponme a prueba…

Kenna se quedó sin habla y resopló.

—Si lo hicieras, convencería a Hamilton para ir a por ti.

Magnus asintió con una sonrisa en los labios.

—Esa es la respuesta que esperaba…

CAPÍTULO 8

Cuando el castillo MacLaren se dibujó frente a ellos en el horizonte, Magnus lanzó un suspiro de alivio. Inconscientemente, miró hacia atrás, preocupado porque los hombres de Hamilton aparecieran de repente tras ellos y atacaran el castillo. Por ello, apretó ligeramente el paso. Necesitaba llegar cuanto antes a avisar para salir de allí y desviar a sus enemigos del castillo. No estaba seguro de que esa estrategia pudiera funcionar, pero si Hamilton tenía buenos rastreadores, sabrían que habrían abandonado el castillo antes incluso de bajarse del caballo.

—Es muy grande.

Magnus desvió su atención del castillo y miró a Kenna, que se había sumido en el silencio desde que los habían atacado y no había vuelto a abrir la boca para nada, ni siquiera para quejarse por el barro y la lluvia.

—¿A qué te refieres? —le preguntó con doble intención.

Kenna señaló con la cabeza hacia el frente.

—Al castillo.

Sin embargo, al ver la sonrisa en los labios de Magnus, rodó los ojos, avergonzada.

—¿Estás segura de ello? Creía que estabas pensando en el momento en el que me viste desnudo en Edimburgo…

Kenna resopló.

—Ni en sueños…

Magnus se mordió el labio inferior y la recorrió de arriba abajo intencionadamente, provocando que la joven se sintiera aún más avergonzada y desviara la mirada.

—¿Cuánto tiempo estaremos en el castillo? —preguntó para cambiar de tema.

—Tan solo unos minutos. No quiero que Hamilton piense que nos quedaremos aquí. Aunque tenemos muchos y buenos guerreros para defendernos, no quiero que el castillo sea atacado.

Kenna asintió y miró de reojo a Magnus. Con el paso de los días, y tras

las pocas conversaciones que había mantenido con él, había descubierto a un hombre leal y justo que se preocupaba mucho por su gente. Nada que ver con Hamilton u Oliver, que solo pensaban en ellos mismos. Y, aunque jamás reconocería eso, le gustaba.

Acortaron la distancia con el castillo y cuando los hombres de la muralla reconocieron a Magnus, comenzaron a gritar de júbilo para darle la bienvenida. Y ante tanta alegría, Kenna no pudo evitar contagiarse, esbozando una pequeña sonrisa que intentó ocultar cuando Magnus la miró de reojo.

Atravesaron el portón y fueron recibidos por uno de los guerreros, cuyo manto era diferente al del resto de hombres. Este abrazó a Magnus con una sonrisa y le dio una palmada en la espalda.

—Ya veo que has tardado poco en regresar de tu clan —dijo Magnus con una sonrisa—. Al final te van a gustar estas tierras, Tavish.

El aludido se encogió de hombros al tiempo que lanzaba una mirada rápida a Kenna, que desmontaba de su caballo en ese momento.

—No te emociones tanto, MacLaren, sigo pensando que las mejores tierras son las MacGregor. Vosotros estáis demasiado al sur. ¿Qué tal tu viaje? ¿Para qué te quería el rey?

Magnus torció la cabeza y miró a Kenna, que se quedó unos pasos alejada sin saber qué hacer. Finalmente, Magnus la señaló y la joven se acercó ligeramente incómoda.

—Pues… regular… Estoy casado y me persiguen para matarme…

Tavish arqueó una ceja.

—Bueno, ahora puedes presumir de que tu vida se ha vuelto interesante.

Magnus rio y le dio una palmada en el brazo.

—¿Y quién es la afortunada? No parece de por aquí…

Tavish clavó la mirada en Kenna, que se la devolvió ligeramente orgullosa. Esta entornó los ojos e hizo todo lo posible para que el aludido no pudiera ver ni un solo rastro de debilidad en ella, lo cual lo hizo sonreír.

—Puedes preguntarme directamente —respondió la joven—. Sé hablar.

Tavish sonrió, divertido. Pasó un dedo por sus labios y asintió.

—¿En serio? Mi enhorabuena —dijo con tono irónico—. ¿Y esa espada es de adorno o también la sabes usar?

—¿Quieres que pruebe a hacerlo con tus pelotas o no tienes?

Magnus sonrió y desvió la mirada. Sabía que la lengua viperina de su esposa iba a causar estragos en el clan, pero no tan pronto. Por ello, dejó que ambos solucionaran esa guerra que acababan de provocar.

—Mira, muchacha, si pudieras verme las pelotas, saldrías corriendo en contra para evitar que una de ellas te diera en la cara.

—Intenta no ser tan exagerado…

Tavish sonrió.

—Me pesan tanto que a veces tengo que ir encorvado.

Kenna resopló y puso cara de asco, mirando a Magnus.

—¿Esta es la clase de guerreros que tenéis en el clan?

El aludido rio y le dio una palmada en la espalda a su compañero.

—Tavish es MacGregor, pero mi cuñado lo envió aquí para protegernos. Es un gran guerrero.

—Supongo que lo será si no solo usa la espada como arma, sino también sus pelotas.

Magnus y Tavish lanzaron una carcajada, hasta que el segundo la miró de arriba abajo con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—¿Por qué me miras así? —le espetó la joven.

—Porque me sorprende que Magnus se haya casado, aunque sea por obligación, y más con una mujer tan insoportable como tú.

Kenna frunció el ceño, mostrándose estupefacta por sus palabras. Ese hombre era incluso más directo que Magnus, por lo que acababa de convertirse en el ser más desagradable que había conocido últimamente. Kenna apretó los puños e hizo caso omiso al siseo de Magnus, que veía cómo la guerra tomaba un tono más agresivo.

—¿Y tú no te sorprendes al ver tu rostro en el espejo?

La risa de Tavish desapareció de golpe.

—¿Me estás llamando feo?

Magnus arqueó una ceja y dio un paso atrás, haciéndole señas a Kenna para que no fuera por ese camino, pero la joven lo ignoró y sonrió al ver que había dado en el clavo.

—Guapo no eres…

Tavish dio un paso al frente para enfrentarse a ella al tiempo que llevaba la mano a la empuñadura de la daga, pero Magnus se interpuso entre ellos para calmar los ánimos.

—No estamos aquí para discutir, Tavish. Hemos venido para avisaros de algo, y nos iremos enseguida.

El guerrero lo miró nuevamente y se puso serio de repente.

—¿Qué pasa?

—Como ya te he comentado, me quieren ver muerto. Kenna estaba prometida a un lord inglés muy importante, pero Alejandro decidió casarnos porque nos sorprendió besándonos.

Tavish arqueó una ceja y miró de soslayo a la joven, que desvió la mirada, sintiéndose culpable nuevamente.

—Ahora, ese lord nos sigue. De hecho, nos ha atacado hace un par de horas. Temo que venga al castillo y lo ataque, así que nos marcharemos.

—Aquí somos muchos, Mag. Podremos defendernos. No hace falta que os marchéis. Además, podemos ir a avisar a tu hermana.

Magnus negó con la cabeza.

—Mi hermana aún seguirá recuperándose del parto. No quiero preocuparla. Hemos pensado ir a tierras Campbell. Hicimos amistad en los Juegos y son muy temidos en Escocia. No creo que allí Hamilton nos ataque.

Tavish suspiró y los miró a ambos.

—Podría cabalgar sin descanso para hablar con Logan. Él se lo comunicaría a Kieran y enviarían ayuda.

Magnus negó con la cabeza.

—No. Mi hermana se enteraría al final, Tavish. Solo hemos venido aquí para avisaros. Seguramente, nos verán partir y nos seguirán a través del camino. Incluso nos desviaremos para llegar al castillo Campbell.

—Tardaréis más días, Mag —dijo Tavish, preocupado—. Y los caminos están muy mal por las lluvias.

Magnus se encogió de hombros.

—Sabremos cuidarnos, pero quiero que vosotros hagáis lo mismo.

Tavish asintió.

—Tranquilo. Hablaré con los demás en cuanto os marchéis. Estaremos preparados. Doblaremos la vigilancia y saldremos a investigar. Si un grupo de ingleses trata de atravesar nuestras tierras, serán vistos por cualquiera. Ya sabes que no tendrán buena acogida.

Magnus asintió y apretó una mano sobre su hombro.

—Gracias, Tavish.

—De nada, MacLaren. Mucha suerte, no solo para evitar a ese inglés, sino para soportar a tu esposa.

Kenna hizo un gesto gracioso.

—Y bienvenida al clan —acabó diciéndole a la joven para su sorpresa—. Cuando todo esto acabe, te enseñaré mis pelotas.

—¿Para cortarlas? —le siguió la broma.

—No, para que compruebes por ti misma que los MacGregor estamos mejor dotados que los MacLaren.

Magnus no le había dado tregua para descansar, ni para darse un baño o cambiarse de ropa y ponerse algo limpio y seco. No. Había dado la orden de abandonar el castillo MacLaren en cuanto les comunicó la situación. No quería que Hamilton pudiera descubrir que pasaban mucho tiempo allí y se decidiera a atacar. Por ello, habían dejado el castillo atrás en cuestión de una hora.

Los huesos de Kenna seguían doloridos. Apenas sentía sus músculos y necesitaba descansar en una cama después de darse un baño para quitarse el barro que manchaba su ropa. La joven dio un suspiro mientras dirigía su mirada al frente. Por delante tenían varios días para llegar a las tierras Campbell. Magnus no había querido decirle cuántos, pero estaba segura de que pasarían más de una semana a la intemperie hasta poder llegar.

Por un lado, Kenna tenía la impresión de que había una mínima esperanza para poder acabar con Hamilton, sobre todo si los Campbell los ayudaban. Pero, por otra, temía que este pudiera hacer uso de su cercanía con el rey inglés y metieran en un lío a varios clanes de Escocia por su culpa. En su interior, aunque intentaba desviar sus pensamientos, Kenna no podía evitar sentirse la culpable de toda esa situación. No dejaba de repetirse una y otra vez que tenía que haber escapado de su matrimonio con Hamilton en lugar de haber actuado sin pensar en las consecuencias. Había metido en un buen lío al clan MacLaren y, si le sucedía algo a alguno de ellos, no podría soportarlo, pues, a pesar de todo, Magnus le había demostrado respeto y unidad.

Cuando habían recorrido un buen tramo de camino para alejarse del castillo y habían tomado el camino del norte para ir a tierras Campbell antes de desviarse hacia zonas más rocosas y de difícil acceso, la lluvia pareció darles una tregua. Había dejado de llover con esa intensidad, aunque los caminos estaban tan difíciles que tenían que ir con sumo cuidado. No obstante, lo único que los calmaba era el hecho de saber que quienes los seguían no estaban acostumbrados a ese clima salvaje ni a esas tierras tan indómitas y traicioneras, por lo que tendrían que viajar más despacio que ellos.

En un momento dado, cuando un amplio valle se cernió sobre ellos y estaban expuestos a las vistas de cualquiera, Magnus la miró de reojo. No había vuelto a hablar desde que abandonaron el castillo, pero tenía una duda en la mente y no podía quitársela de encima. Por ello, cuando la miró, llamó la atención de Kenna, que le devolvió su mirada violeta.

—¿Qué pasa? —preguntó la joven.

—¿Siempre tienes esa lengua tan suelta?

Kenna frunció el ceño y lo miró sin comprender.

—Me refiero a lo sucedido con Tavish.

La joven soltó una risotada.

—¿Lengua suelta? Solo le he dicho la verdad a ese hombre.

Magnus puso los ojos en blanco.

—Pues espero que no seas tan sincera con cualquiera que se ponga en nuestro camino o no llegaremos vivos a tierras Campbell.

Kenna sonrió de lado y se encogió de hombros.

—No voy a prometer nada.

Magnus sonrió ampliamente y Kenna sintió como si la hubieran golpeado en el estómago. Esa sonrisa genuina, divertida y casi pícara volvía a dibujarse en su rostro y no pudo evitar caer bajo su embrujo. Nunca había visto sonreír así a un hombre. Pareciera que esa sonrisa formaba parte del encanto de Magnus, pues su rostro cambiaba de golpe cuando la esbozaba. ¿Él sabría lo atractivo que se veía cuando lo hacía? No estaba segura de ello, pero tampoco sería quien se lo diría.

—¿Qué? —preguntó Magnus al ver que la expresión de Kenna había cambiado por completo mientras lo miraba.

La joven dio un respingo y carraspeó para poder hablar, pues sentía que se le había secado la boca.

—Nada…

Magnus arqueó una ceja.

—Me estabas mirando.

—¿Y?

—¿Qué pensabas?

—La forma de deshacerme de ti para ser libre —le espetó, provocando la risa del guerrero.

Magnus chasqueó la lengua.

—Jamás encontrarías a un hombre como yo… Aunque siempre podrías volver con Hamilton.

Kenna resopló.

—Prefiero desnucarme en alguna de estas rocas antes que volver junto a él —dijo la joven.

—¿Por qué crees que eligieron a Hamilton para casarte con él? Podrían haber escogido a cualquier otro lord.

Kenna se encogió de hombros.

—Supongo que por ser primo directo de Eleanor. Al ser familiar, Oliver y ella tendrían acceso directo a información sobre mí. Me tendrían más

controlada. Además, Eleanor y Arthur tenían una relación entre ellos. Quién mejor que él para ese cometido…

Magnus la miró tan fijamente que Kenna se sintió incómoda y sin saber qué decir a continuación.

—Te habrías ajado antes de una semana junto a él —acabó diciendo el guerrero.

Kenna arqueó una ceja.

—¿Ahora me das la razón?

Magnus sonrió.

—Más quisieras.

—Ya…

Magnus volvió a mirar al frente, pero con una expresión divertida en su rostro.

—Reconoce que me besaste porque te enamoraste de mí a primera vista en el bosque cuando me viste…

Kenna se sobresaltó tanto que el propio caballo relinchó, contrariado, al notarlo y estuvo a punto de tirarla. La joven resopló y miró mal a Magnus, que intentaba esconder una sonrisa.

—¿Enamorarme de ti? Ni muerta…

—Prefieres a Hamilton.

—No quiero a nadie.

Magnus se mordió el labio inferior y siguió lanzándole mofas.

—Claro, por eso me besaste.

Magnus se carcajeó y la miró directamente.

—Tú no me odias, Kenna, me deseas.

La joven se quedó sin palabras en ese instante. Estuvo a punto de tirar de las riendas del caballo para detenerlo, pero sabía que, si lo hacía, le estaría dando la razón a Magnus. ¿Lo deseaba? Intentó que su cuerpo no diera una respuesta afirmativa, pero realmente era cierto. Desde el primer momento en que lo vio en medio del bosque tras el ataque lo sintió en lo más profundo de su ser. Era realmente atractivo y poseía un carácter abrumador

que le arrebataba el aliento. Pero no iba a confesarlo jamás.

Kenna lo miró en silencio y vio que Magnus le guiñaba un ojo, divertido. Se obligó a reaccionar.

—Eres tú quien me desea…

—Tal vez… —fue la respuesta de Magnus, que la dejó sin palabras—. Pero puede más mi odio…

Kenna acabó sonrojándose.

—Vete al infierno —le espetó.

—Ya me has creado tú uno…

—¿Por qué no te callas?

—Porque me gusta demasiado enfadarte. Te ves más deseable…

Kenna resopló y centró su atención en el camino, pues a medida que se acercaban al norte, estaban aún peor. De hecho, las horas pasaron y apenas pudieron recorrer la mitad de camino que Magnus había previsto. Por ello, cuando la noche se acercó y comprobó que no había ingleses cerca, el guerrero sugirió ir a una taberna.

—¿Y si llegan en mitad de la noche y atacan?

Magnus sonrió.

—Aún estamos en nuestras tierras. Te aseguro que no hay nadie aquí que miraría a otro lado si nos atacan unos ingleses. Irían a por ellos aunque fuera con unas sillas. De todas formas, correremos ese riesgo.

Magnus señaló un pequeño desvío del camino. Le dijo que ese sendero, aunque impracticable, los llevaría a una taberna cercana a donde se encontraban. Kenna lo siguió no muy convencida, pero con la esperanza de poder darse un baño, comer algo caliente y dormir en un camastro. No le importaba que este no fuera más que un pequeño colchón en el suelo, pero sentir las sábanas contra su cuerpo era un lujo para ella en ese instante.

El día había sido demasiado largo para ellos y ambos necesitaban descansar bien antes de continuar el viaje. Y, aunque tuviera que dormir junto a Magnus, lo haría tan solo por disfrutar de esos placeres.

Kenna miró la espalda del guerrero, que encabezaba la marcha por el sendero. La conversación que habían mantenido la había alterado

demasiado. Él mismo le había confirmado que sabía que lo deseaba. ¿Tanto se le notaba? Y sabía que, a pesar de haberlo negado, se había puesto tan nerviosa que solo con eso ella misma también lo había confirmado. Pero saber que él también la deseaba no ayudó en absoluto a que disminuyera el calor que manaba de su cuerpo cuando la miraba. Nunca le había pasado eso con ningún hombre que había conocido, ni siquiera con Rick. Pero con Magnus era diferente. Tenía la impresión de que la sola presencia del guerrero calmaba su interior, como una fuerza extraña que hacía olvidar los desplantes de su padre y la ausencia de su madre durante toda su vida. Y eso le gustaba. Por Dios que le gustaba, aunque prefería cortarse las venas antes de afirmarlo frente a él.

Tenía la impresión de que Magnus era como un bálsamo para el dolor de su corazón. Aquella sonrisa que siempre mostraba, independientemente de la gravedad de la situación, hacía que todo dejara de parecer negro, tomando un cariz más sosegado. Y en ese momento se preguntó cómo habría sido la vida de Magnus, si él habría sufrido tanto como ella, si era feliz bajo el mandato de su hermana, si aspiraba a otras cosas, si habría querido dedicarse a otros trabajos… Lo quiso saber todo.

CAPÍTULO 9

A pesar de que Magnus le había dicho que la taberna a la que se dirigían estaba cerca, el sendero embarrado y peligroso había provocado que llegaran cuando ya era de noche a su alrededor. Kenna tiritaba cuando le tendió las riendas a Magnus, que llevó los caballos al otro lado de la taberna y lo esperó en la puerta mientras se abrazaba a sí misma.

Estaba tan cansada que apenas sentía los músculos de sus piernas, y temía que estas no la sujetaran como debía y cayera al suelo estrepitosamente. Desde la puerta podía oler el delicioso estofado, provocando que estuviera a punto de comenzar a babear de placer. El escándalo del interior le hizo torcer ligeramente la cabeza, contrariada, pues no tenía el ánimo suficiente para aguantar a nadie. Estaba sucia, hambrienta y cansada, y en ese momento no era precisamente la mejor compañía.

Sin embargo, cuando Magnus regresó junto a ella y vio la sonrisa en sus labios a pesar del cansancio, Kenna se obligó a intentar mejorar su carácter. Mientras el guerrero abría la puerta de la taberna, la joven se dijo que Magnus estaba haciendo todo lo posible no solo para salvar su clan, sino también a ella. Y eso era algo admirable y honorable para él, pues ni siquiera su padre lo habría hecho por ella.

Con un nudo en la garganta, Kenna siguió a Magnus a través de toda la taberna, hasta llegar a la barra, donde lo saludaron con una sonrisa y entre risas. Sin lugar a dudas, seguían en el clan MacLaren, pues aquella familiaridad con Magnus no la habrían encontrado en otro lugar.

—¡Eh, Magnus! —vociferó un hombre desde el otro extremo de la barra —. Hace tiempo que no te vemos por aquí. ¿Ya no quieres cruzarte con la gente cercana a la frontera?

El aludido rio. Kenna se quedó quieta a su lado, apoyada en la barra y en un discreto segundo plano. Deseó pasar lo más desapercibida posible para no meterse en problemas ni causárselos a Magnus, ya que lo único que deseaba era comer y descansar.

—No os vais a librar de mí tan fácilmente, John. Estos últimos meses he estado ocupado.

El aludido rio y se acercó a ellos con una jarra en la mano.

—Nunca se está demasiado ocupado para venir a ver a tu gente.

Magnus torció la cabeza.

—Me temo que, en esta ocasión, sí. Mi hermana no ha podido venir como antes debido al embarazo.

A su alrededor, levantaron las copas. Kenna miró, sorprendida, el buen ambiente y la buena relación que tenía Magnus con todo el mundo. Estos se detuvieron a darle la enhorabuena por la llegada de su nuevo sobrino tras contarle Magnus todo lo que había pasado en los últimos meses.

Aquella historia hizo que el guerrero se apartara ligeramente de ella, pero no le importó. Al contrario, agradeció no ser protagonista en ese momento. Además, le sirvió para conocer un poco más a Magnus. Ver cómo se desenvolvía con todo el mundo, sus sonrisas, sus buenos deseos para unos y otros, su conversación… Todo en él la mantuvo embobada en su espalda. Magnus no era el hombre que habría esperado encontrar. A pesar de la guerra que ambos mantenían por su matrimonio, Kenna vio en él a un hombre amable, preocupado por todos, alegre, risueño y atrevido. Sus bromas picantes con algunos de los hombres solteros del clan la hicieron sonreír, aunque enseguida apartaba la mirada, pues no quería que Magnus la descubriera.

Kenna suspiró y los dejó hablar mientras ella seguía apoyada en la barra. Llamó la atención del camarero y le pidió un plato de estofado. Si Magnus prefería hablar en lugar de comer y marcharse a descansar rápidamente, era su problema. Pero ella no podía más con su cuerpo. Se sentó en una silla que habían dejado libre y comenzó a cenar mientras Magnus hablaba con los demás a su espalda.

—Por cierto, ¿sabéis si alguien ha visto un destacamento inglés cerca de aquí?

A pesar de que la joven estaba enfrascada en su comida, se detuvo a escuchar con el corazón sobresaltado, temerosa de las posibles respuestas.

—¿Un destacamento inglés? ¿Aquí? —preguntó una voz al fondo de la taberna.

—No, Magnus. No hay forasteros por aquí. Y si viéramos a algún inglés, lo echaríamos pronto.

Todos rieron a su alrededor, haciendo sonreír a Kenna, que los miró por

encima de su hombro mientras masticaba.

—¿Por qué se aventuraría un pequeño ejército inglés a estas tierras?

Oyó chasquear la lengua a Magnus.

—Porque nos persiguen y no me gustaría que nos sorprendieran aquí durante la noche.

—Puedes estar tranquilo, Magnus. La taberna está casi completa. No los dejaríamos descansar en este lugar.

Magnus sonrió al camarero y vio a Kenna dejar la cuchara sobre el plato, ya vacío.

—Nos gustaría que nos dieras una habitación.

—Ya la estamos preparando, amigo.

Magnus asintió y observó a Kenna, mientras esta se levantaba de la silla después de cenar. La miró con una ceja enarcada, sorprendido por que no lo hubiera esperado para cenar, y al ver que esta le dedicaba una mirada orgullosa, no pudo evitar sonreír.

Kenna vio que John, el hombre con el que primero había hablado Magnus, se acercaba a ella y la miraba de arriba abajo bajo la atenta mirada del resto de la taberna. La joven se sintió ligeramente incómoda y miró a Magnus, que se cruzó de brazos, divertido.

—¿Y esta moza, Mag? —preguntó el hombre.

El aludido sonrió ampliamente y respondió sin apartar la mirada de Kenna, que lo miró advirtiéndole con la mirada para que tuviera cuidado.

—Es mi esposa.

Todos en la taberna se sorprendieron por su afirmación.

—¿Tu esposa? ¿De verdad te has casado? Ahora entiendo que no te hayas pasado por aquí antes.

Magnus sonrió, pero negó con la cabeza.

—Solo llevamos casados unos días.

Kenna miró a John por encima de su hombro, que se había quedado parado a su espalda. Lo descubrió mirándole el trasero, por lo que frunció el ceño.

—Tiene buenas posaderas, Magnus. Te dará buenos hijos.

La joven arqueó una ceja y miró a su esposo totalmente indignada. ¿Cómo se atrevía ese hombre a mirarla como si fuera un trozo de carne?

—Se te olvida que soy una persona, no parte del ganado que seguramente tienes en tu granja.

En la taberna, todos rieron, especialmente John, que dio una palmada.

—Y tiene carácter.

Kenna frunció aún más el ceño y se giró para encararlo, orgullosa. A pesar de que había calentado y llenado su estómago con buena comida, su humor no había mejorado del todo, así que no iba a dejar que la trataran así.

—Por supuesto que lo tengo. ¿A ti qué más te da?

John levantó las manos en señal de paz con una sonrisa en los labios. Kenna calculó que tendría una treintena de años, pero sus manos eran tan callosas que parecía tener diez más. Sus blancas mejillas, rodeadas por la barba pelirroja, estaban teñidas de rojo, no sabía si por lo que había bebido o por calor.

—Tranquila, fiera, solo dilucidaba si eres buena para él.

Kenna resopló.

—Soy buena para él y para cualquiera. Tú eres tonto, ¿no?

La sonrisa de John se desvaneció al instante y se puso en guardia. Como Magnus, que chasqueó la lengua y torció la cabeza mientras dejaba de apoyarse contra la barra. Sabía que John no aguantaba que nadie lo insultara, y menos delante de todo el mundo, así que estaba seguro de que no iba a poder contenerse por más tiempo si Kenna volvía a hacerlo.

Todo a su alrededor se quedó extrañamente silencioso, a la espera de que John comenzara a despotricar y a perder el control.

—¿Qué me has llamado, muchacha?

Kenna arqueó una ceja.

—Tonto. ¿Te lo escribo?

Kenna vio cómo Magnus hacía gestos con la cabeza para que dejara de insultarlo, pero lo ignoró por completo. Y al ver que John rugía de auténtica rabia, Magnus puso los ojos en blanco.

Instantáneamente, la taberna se convirtió en un auténtico caos. John acortó la distancia con Kenna e intentó atacarla, pero la joven se apartó a tiempo y le propinó un sonoro puñetazo. A su alrededor, pareció estallar una guerra, pues todo el mundo se puso en pie, comenzó a gritar e iniciaron una pelea los unos con los otros. Kenna miró de reojo a Magnus, que se interpuso entre ella y otro cliente de la taberna que intentó correr hacia la joven. Pero su atención tuvo que ponerla rápidamente en John, que se lanzó contra ella. La agarró de la cintura y la empujó contra una mesa cercana.

Kenna lanzó un gemido de dolor cuando sintió las tablas de la mesa contra su trasero, pero no se detuvo. Logró esquivar un golpe del hombre y rápidamente se lo devolvió. El labio de este se partió y de él comenzó a salir un hilo de sangre. John rugió mientras todo a su alrededor era el caos.

Mientras intentaba esquivar golpes del hombre, Kenna vio de reojo que Magnus intentaba por todos los medios parar aquello al tiempo que apartaba a otras personas que intentaban aproximarse a ella. Esa distracción hizo que John pudiera golpearla en la mandíbula, girándole la cara y haciéndola caer contra la mesa. Tiró un par de vasos que había sobre ella. Y cuando John estaba a punto de asestarle otro de nuevo, la mano de Magnus paró el golpe. Este negó con la cabeza con media sonrisa escondida entre la barba y empujó a John hacia un lado.

Magnus agarró a Kenna de la pechera de la camisa y la acercó a él.

—Mira la que has liado, joder —refunfuñó.

—Yo no tengo culpa de que seáis unos salvajes.

Magnus abrió la boca para responder, pero en ese momento alguien lo atacó por la espalda. En su rostro se reflejó una expresión de dolor y gruñó ligeramente, pero fue Kenna la que miró por encima de su hombro para quejarse. Lo rodeó y señaló al hombre que lo había atacado.

—¡Eh, tú! —vociferó—. ¿Cómo te atreves a atacar a mi marido?

El hombre sonrió, provocando que Kenna se lanzara contra él, envuelta en toda esa guerra que se había levantado a su alrededor. Magnus la miró, asombrado, quieto, incapaz de moverse ante aquella pregunta. ¿Acababa de defenderlo o lo habían golpeado tan fuerte que había escuchado mal?

—¡No tienes derecho a hacer eso! —siguió la joven.

—¿Y tú sí?

—Yo tengo que aguantarlo el resto de mi vida. ¿Te parece un buen motivo para que yo sí pueda insultarlo o atacarlo?

Vio cómo Kenna golpeaba a ese hombre y este, a su vez, se lo devolvía, provocando que la mejilla de la joven se tornara roja. En ese momento, Magnus miró al tabernero y de reojo y acudió a ayudar a Kenna. La empujó lejos de allí y paró el golpe que iba a ir directamente al vientre de la joven.

—¡Ya basta! —vociferó el tabernero desde la barra—. Si queréis seguir peleándoos, fuera de aquí.

De forma casi instantánea, todo el mundo bajó las manos y se alejaron de la persona a la que estaban golpeando. Se miraron todos entre sí con la respiración acelerada.

Magnus agarró de la ropa a Kenna y casi la arrastró junto a él, alejándola del hombre contra el que peleaba. La joven lo miró de reojo y colocó su ropa en silencio, intentando calmarse, hasta que, de repente, todos levantaron las manos y comenzaron a gritar de júbilo, sobresaltándola.

Magnus fue el primero en comenzar a reír. Kenna lo miró. Sus hombros se sacudían repetidamente mientras se acercaba al hombre contra el que la joven había luchado hasta hacía unos segundos y le estrechó la mano. Después, lo vio abrazar a otro y todos levantaron sus jarras mientras gritaban y brindaban entre sí.

Kenna dio un paso atrás. ¿Acaso ese lugar estaba lleno de gente que había perdido el juicio? ¿Cómo era posible que pasaran de pelear a reír y abrazarse todos juntos? Puso los brazos en jarras, ignorando el dolor de su mejilla. Esta no se había dado cuenta de su cara de estupefacción hasta que el propio tabernero le pasó una jarra llena de vino y le guiñó un ojo.

—Vamos, muchacha, no nos mires así.

Desde el otro lado de la taberna, uno de ellos llamó su atención.

—¡Enhorabuena por vuestra boda, muchacha!

Kenna lo miró con los ojos muy abiertos, sin saber cómo reaccionar. Enseguida, Magnus volvió junto a ella con una sonrisa y la joven volvió a mirarlo.

—¿Estáis locos en este clan o solo en este lugar?

Pero no fue Magnus quien respondió, sino John, que volvió a acercarse a

ellos.

—No, es que nos gusta una buena pelea, muchacha.

Magnus le tendió la jarra con una sonrisa y le guiñó un ojo mientras él bebía de la suya. Kenna aún estaba tan estupefacta que no era capaz de beber. De reojo, miró al resto de la taberna, que se había relajado y los miraban divertidos. Su corazón aún no se había sosegado por la pelea y respiraba con dificultad, pero en parte le alegró saber que no tendrían que contender con todos los que había dentro de ese lugar.

—¿De qué clan eres, muchacha? —preguntaron desde una esquina de la taberna.

Kenna tragó saliva y respiró hondo. Aún tenía la garganta seca, pero era incapaz de beber de su jarra. Carraspeó y respondió:

—Soy una Ferguson, aunque hace unos años nos fuimos a vivir a Inglaterra.

—Siento mucho que hayas tenido que vivir en ese maldito país —dijo otra voz que no supo de dónde procedía.

La joven se encogió de hombros.

—Al menos he aprendido a no ser como ellos.

John rio a su lado y le dio una suave palmada en la espalda.

—Peleas mucho mejor que ellos. Te lo aseguro.

Kenna sonrió y bebió de su jarra al no saber qué responder.

—Ese color de pelo y esos ojos los he visto antes. ¿No serás hija de Martha Ferguson?

El corazón de Kenna se sobresaltó de nuevo y asintió lentamente.

—¿Conociste a mi madre? —preguntó al hombre que había cerca de ellos.

Este asintió.

—Sí, pero solo de vista. Durante un tiempo viví en el clan Ferguson y a veces me la crucé. Cuando escuché que os habían atacado y que había muerto en el parto lo sentí de verdad. Era una mujer realmente hermosa.

Kenna sonrió.

—Gracias. Aunque mi madre no murió por el parto. La asesinaron justo cuando yo nací, durante el ataque.

—¿Y quiénes fueron?

Kenna se encogió de hombros.

—Mi padre jamás logró descubrir a los culpables.

Magnus la miraba fijamente. Era la primera vez que la veía hablar tranquilamente de su familia y de lo que les había pasado. Lo hacía con serenidad y sin miedo a ser juzgada. Y que lo hiciera con su gente, lo alivió. El guerrero sonrió, provocando que la mirada de Kenna se dirigiera directamente hacia él.

—¿Qué? —preguntó la joven.

Magnus sacudió la cabeza y volvió a beber de su copa.

—Nada —respondió—. Seguid hablando…

—¿Y por qué os persiguen? —preguntó John.

Magnus le hizo un gesto con la cabeza a Kenna para que fuera ella quien respondiera.

—Yo estaba prometida a un lord importante de Inglaterra, pero… nuestro rey decidió que me casara con Magnus.

Este lanzó una sonora carcajada.

—No omitas información —le pidió el guerrero antes de seguir—. Nos pillaron besándonos.

La taberna estalló en risas, provocando que las mejillas de Kenna se tornaran rojas por la vergüenza. La joven miró iracunda a Magnus, que se encogió de hombros y le guiñó un ojo nuevamente.

Kenna dejó que Magnus explicara todo lo que había sucedido mientras ella bebía su jarra de un solo trago. Después, le pidió al tabernero que se la llenara nuevamente, pues solo así podría soportar la vergüenza que sentía mientras escuchaba lo que había sucedido entre ellos para acabar casados, perseguidos y huyendo del castillo MacLaren en busca de ayuda.

La joven no supo cuánto tiempo había pasado desde que se apartó de Magnus y los demás para acercarse a la barra y comenzar a beber, pero sí sabía que se había terminado tres jarras muy llenas de vino, por lo que la

taberna parecía haber comenzado a moverse a su alrededor. Las paredes habían cobrado vida para ella mientras escuchaba la conversación a su espalda. La primera jarra había logrado templar sus nervios tras la pelea. La segunda había hecho que se le pasara el dolor de la mejilla y dejara de sentir vergüenza ante el relato de Magnus. Y la tercera… La tercera simplemente la había bebido por inercia. Quería olvidar todo lo sucedido, desaparecer de allí, volver a una vida tranquila en cualquier lugar mientras trabajaba para ganarse el pan. Eso era lo que deseaba: el calor de un hogar y una vida normal. Pero el destino parecía reírse de ella, impidiéndole alcanzar sus deseos.

Al cabo de Dios sabía cuánto tiempo, Magnus llegó junto a ella y se apoyó en la barra, observándola con una sonrisa. Kenna se obligó a ignorarlo, pero al ver que el guerrero no apartaba la mirada de ella, se la devolvió.

—¿Qué?

Magnus la miró de arriba abajo y vio que sus piernas se tambaleaban ligeramente, por lo que sonrió aún más.

—¿No crees que has bebido suficiente?

Kenna resopló y sintió la lengua ligeramente pastosa. Se encogió de hombros.

—Es lo único que puedo hacer mientras le cuentas a todo el mundo cómo hemos terminado casados…

Magnus apoyó el codo en la barra y la barbilla en los dedos, haciendo que el interés de la joven se volviera de repente hacia aquellas esmeraldas que la observaban.

—Me han preguntado y mi deber es responder.

—¿Hacía falta contar el detalle del beso?

Magnus rio suavemente, acercándose un poco más a ella, hasta rozar su ropa.

—Era el detalle más importante, y el motivo por el que estamos casados.

—Ya…

Kenna levantó su cuarta jarra para beber, pero la mano de Magnus atrapó su muñeca y la obligó a bajarla.

—¿Qué demonios haces?

—Impedir que sigas bebiendo. Ya estás borracha.

—Eso no es cierto.

La joven se movió ligeramente, pero las piernas le fallaron y estuvo a punto de caer estrepitosamente contra el suelo. Las manos de Magnus la salvaron y la acercaron a él, provocando que el aroma del guerrero anulara sus sentidos. ¿Por qué demonios tenía que estar tan cerca? Todo a su alrededor daba vueltas y levantó la mirada. Las esmeraldas de Magnus estaban demasiado cerca para su gusto, pero no podía dejar de mirarlas.

Lo vio sonreír.

—¿Crees que si te suelto no pasarás vergüenza al chocar contra el suelo?

La voz ronca del guerrero la puso nerviosa. Sintió su aliento cerca de su rostro y frunció el ceño.

—Estoy perfectamente.

—¿Sí? Entonces sube tú sola al dormitorio…

Dejó de sostenerla, pero sintió tal mareo que necesitó agarrarse a la ropa del guerrero para evitar caer.

—Te gusta llevar la razón, ¿verdad, MacLaren?

Magnus se encogió de hombros mientras volvía a sostenerla de la cintura contra él. Observó casi con deseo aquellos orbes violetas que lo miraban en medio de una nube de alcohol. Por primera vez desde que la conocía, logró ver ciertas pecas que estaban diseminadas por todo el rostro níveo de Kenna. Sus mejillas estaban teñidas de rojo por la bebida y el gracioso mohín que hacía con los labios parecía retarlo a que lo besara.

—Es que la llevo, Kenna. Has bebido mucho y no puedes sostenerte. Podrías haberme esperado para beber contigo…

Kenna resopló e intentó apartarse, pero las manos de Magnus no la dejaron.

—Mira, que seas el hombre más guapo y atractivo que he visto jamás no te da derecho a nada conmigo.

Magnus abrió los ojos desmesuradamente mientras la arrastraba hacia las escaleras para acostarla. El guerrero se quedó quieto y necesitó mirarla a los

ojos para comprobar si era cierto lo que había dicho.

—¿Ni siquiera ser tu marido me da derecho? —preguntó subiendo las escaleras cuando logró recuperarse por la impresión.

—Ni siquiera eso…

Magnus sonrió y abrió la puerta del dormitorio. La ayudó a entrar con delicadeza, sobre todo al ver que estuvo a punto de chocarse contra el marco de la puerta.

—Entonces, volviendo a algo interesante, ¿te parezco atractivo?

Kenna se giró hacia él e, ignorando el mareo que sentía cada vez más, lo agarró de la camisa y se puso de puntillas para mirarlo mejor.

—MacLaren, lo eres —le aseguró con voz pastosa.

Magnus rio suavemente y miró hacia sus labios, incapaz de apartar la mirada de ellos.

—Si no estuvieras borracha, ¿me lo dirías?

—Jamás.

—Me lo temía —respondió él con tono divertido.

A pesar de que Magnus la llevó hacia la cama, las manos de Kenna rodearon su cuello y se apoyó contra él, ajena a la realidad de lo que estaba haciendo, pues, si fuera consciente, nunca lo habría abrazado como en ese momento.

—¿Y sabes algo, querido esposo? Ahora también me apetece besarte.

Magnus arqueó una ceja y rio, incómodo, al tiempo que negaba con la cabeza.

—No sabes lo que dices. Estás borracha.

El guerrero intentó apartarla para tumbarla en la cama, pero Kenna se aferró a su cuello con fuerza.

—Sé lo que digo, MacLaren. Y ahora mismo te deseo y voy a besarte.

Magnus abrió la boca para protestar de nuevo, pero los labios de Kenna lo impidieron. La joven lo besó apasionadamente, restregando su cuerpo contra él mientras gemía de placer al estrecharlo contra ella.

Magnus intentó apartarse, pues sabía que al día siguiente se iba a

arrepentir de lo que había hecho, pero el deseo que sentía por ella desde el primer momento en que la vio lo hizo ceder y le devolvió el beso con la misma pasión. Sus manos estrecharon la cintura de la joven y la apretó contra él con fuerza. No quería que se apartara ni volviera a mirarlo con odio. Deseaba olvidar todo lo que había pasado entre ellos para empezar de cero, pero no podía. Las circunstancias en las que se habían visto envueltos habían llenado de peligro su camino, y eso hizo que Magnus abriera los ojos e intentara apartarla. De repente, se sintió atacado por una maraña de sentimientos que no logró entender, y no estaba dispuesto a que enredaran su mente en ese instante.

Si seguían así, se iba a arrepentir el resto de su vida. Él no iba a aprovecharse de la situación en la que se encontraba Kenna. Esta había comenzado a desnudarlo, por lo que las manos de Magnus atraparon las de la joven cuando había logrado desanudar el cordón que ataba su camisa.

—Esto no está bien, Kenna —susurró contra sus labios.

—Pero lo deseas, y yo también.

Magnus sonrió y negó con la cabeza.

—Mañana me matarás si seguimos, así que es mejor que te acuestes y finjamos que no ha pasado nada.

—Eres un aguafiestas —gimió la joven dejándose caer contra la cama sin quitarse la ropa.

Magnus sonrió ampliamente y negó con la cabeza mientras pensaba en una buena respuesta. No obstante, la respiración suave de Kenna se escuchó un segundo después, confirmándole que había caído rendida al sueño.

Sus hombros se sacudieron por la risa y la miró desde los pies de la cama. Realmente, era una mujer preciosa y extraordinaria. Se había ganado a su gente en cuestión de minutos y a pesar de la pelea. Incluso a él mismo lo ganó el día en el que lucharon en el bosque y él le bajó el pañuelo que cubría su rostro. Aquella mirada, ese carácter y esa rebeldía habían logrado captar su atención desde el primer momento. La mirada de odio que le dedicó cuando la besó logró atravesar su corazón como una flecha. Y cuando la descubrió en el castillo del rey jamás pensó que el destino lograría ponerla en su camino. No de la mejor manera, eso sí, y por ello la odiaba. Pero no podía evitar excitarse al pensar que esa increíble mujer era

suya.

Magnus pasó la lengua por su labio inferior mientras la observaba. Incluso así, borracha y durmiendo, le parecía la mujer más extraña e increíble que había conocido jamás. Una parte de él, que no iba a reconocer jamás, se alegraba por que no hubiera caído en manos de Hamilton, ya que habría muerto en cuestión de días. Y se juró que iba a protegerla y haría lo que fuera por salvarla. Y si debía huir de su clan para evitar que entraran en guerra y tenía que arrastrarse para pedir la ayuda de Clyde Campbell, así haría. No iba a permitir que ese maldito inglés se saliera con la suya y destrozara el alma de esa muchacha.

Magnus suspiró y se acercó a la pequeña chimenea que estaba encendida. Se apoyó contra ella y cerró los ojos un instante. Aunque deseara a Kenna desde el primer momento en que la vio no podía mezclar ese sentimiento con la rabia que le provocaba el hecho de que se hubiera visto obligado a casarse con ella. Sin embargo, no podía evitarlo.

Hacía tiempo que la vida no le ponía a alguien inquietante en su camino. Desde que su padre murió, encontró su propio camino y su voz por fin fue escuchaba, no había vuelto a sentirse extraño en su propia piel.

El guerrero llevó una mano al colgante que pendía de su cuello. Lo había tallado él y aún recordaba el momento en el que lo terminó. Hacía tan solo unos años de aquello y, aunque ya era mayor y no esperaba la aprobación de su padre, este había mostrado su desacuerdo con su interés por ese oficio. Ni siquiera el hecho de confesar que era un regalo para su hermana hizo cambiar a su padre de opinión. Y a la muerte de este, se juró a sí mismo que no dejaría que alguien volviera jamás a decirle lo que debía hacer ni a callar su voz.

Por ello, se había propuesto salvar a Kenna. Hamilton había intentado oponerse, lo había amenazado a él y a todo su clan. Pero ceder ante él significaría ceder su propio poder como siempre había hecho ante su padre. Y eso no iba a consentirlo.

Magnus giró la cabeza hacia Kenna y suspiró largamente mientras se encaminaba hacia la cama para descansar él también. Desde hacía días sabía que se había metido en un buen lío, pero el peor de todos no era tener a un contingente inglés tras él, sino lo que esa muchacha había logrado despertar en él desde aquella primera mirada. Al inglés podría quitárselo de

encima, pero a Kenna la tendría en su camino el resto de su vida.

CAPÍTULO 10

Al día siguiente, ambos se habían levantado con fuerzas renovadas. Apenas se habían mirado mientras se cambiaban de ropa. A Kenna le había sorprendido despertarse casi desnuda bajo las sábanas y el propio Magnus le confirmó que había sido él quien la había desnudado para evitar que se enfermara.

No sabía si había sido por orgullo o fruto del dolor de cabeza que tenía, pero Kenna se mantuvo callada a pesar de que sabía que debía agradecerle ese gesto.

Ambos desayunaron en silencio y abandonaron la taberna con prisa para evitar que el contingente inglés les pisara los talones. Para sorpresa de ellos, cuando salieron de allí, descubrieron que el día estaba soleado, aunque al norte amenazaba lluvia. No obstante, decidieron aprovechar esa oportunidad para avanzar todo lo que pudieran, ya que iban a tomar un desvío, evitando los caminos más transitados para cruzar por zonas más rocosas y difíciles con la intención de atrasar a Hamilton.

En el momento en el que ambos se subieron sobre los caballos e iniciaron la marcha, en el rostro de Kenna se dibujó una expresión dolorida. Esta se llevó las manos a la cabeza y contuvo un gemido de dolor. A su lado, Magnus ocultó una sonrisa y miró hacia el frente.

—Si no hubieras bebido tanto, ahora estarías perfecta.

Kenna gruñó por lo bajo y lo miró de soslayo.

—Si tú no hubieras contado algo íntimo, no habría tenido que beber para evitar la vergüenza.

La sonrisa del guerrero no se hizo esperar.

—Claro, es culpa mía… —dijo con tono irónico.

Este la volvió a observar largamente.

—¿Y por qué demonios me miras así?

Magnus arqueó una ceja.

—¿No recuerdas lo que pasó anoche?

—Sí, que hablaste demasiado.

El guerrero negó con la cabeza.

—Después de eso…

—Sí, que bebí…

—¿Y después?

Kenna giró la cabeza en su dirección y arqueó una ceja. Continuaron el camino, pero para la joven su atención no estaba en este, sino en lo que pretendía decirle su esposo.

—¿A qué te refieres?

—¿De verdad no te acuerdas?

—La verdad es que ahora mismo tengo más que suficiente con sobrevivir a mi dolor de cabeza. Pero, de todas formas, ¿qué pasó?

Magnus la miró de arriba abajo y sonrió, antes de dirigir la mirada al frente.

—Nada… —respondió con tono extraño.

Kenna frunció el ceño y arrimó su caballo al del guerrero. La joven dio una palmada en su brazo para llamar su atención. En su rostro, de repente, había una expresión preocupada, temerosa de haber hecho algo que la avergonzara aún más que el hecho de que él hubiera expuesto ante todos que lo había besado.

—No digas eso… Cuéntame qué demonios pasó anoche para que ahora me mires así.

Y ante el silencio del guerrero, se horrorizó.

—¿Nos encamamos? ¿Por eso estaba desnuda?

Magnus la miró más serio de lo habitual.

—Yo jamás me aprovecharía de ti en esas condiciones.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué pasó?

Ante su preocupación, no pudo evitar sonreír. Disfrutaba haciéndola sufrir por una tontería, pero incluso así era tan hermosa que quiso alargar la espera un poco más, haciéndose de rogar.

—Intenta recordarlo tú…

La joven rápidamente se puso a pensar en lo que podía haber pasado.

Repasó la pelea nada más llegar a la taberna, el brindis de después y las risas, las preguntas sobre ellos y por qué los seguían. Recordó haberse alejado hacia la barra para beber algo. También pudo recordar la vergüenza que le provocaba que todos supieran que se había lanzado a los brazos de Magnus. Pero después de eso… nada. Solo recordaba cada vez que levantaba la jarra para beber, pero nada más. De repente, todo se volvía negro, como si hubiera un velo delante de su propia mente que le impidiera ver más allá. Y eso la frustró.

Kenna resopló e hizo un gracioso mohín con la boca que hizo sonreír aún más a Magnus.

—No recuerdo nada.

—Dime una cosa, Kenna.

Escuchar su nombre en labios de Magnus hizo que la joven sintiera algo extraño en su vientre, que la sobresaltó.

—¿Me deseas?

El tono que voz que empleó Magnus para formular aquella pregunta sobresaltó aún más a la joven. Esta lo miró, entre sorprendida e indignada. No estaba segura de que se lo estuviera preguntando realmente o solo quisiera burlarse de ella. Pero al mirarlo y ver su expresión, confirmó que se lo estaba preguntando con seriedad. Y, de repente, sintió miedo sobre lo que podría haber pasado cuando perdió la noción de la realidad.

—No —respondió con cierto temor.

Magnus sonrió ampliamente.

—Sabía que dirías eso, pero es diferente a lo que me soltaste ayer cuando te llevé a la habitación.

Kenna frunció el ceño.

—¿Diferente? Yo jamás diría algo diferente a eso.

—Pues ayer salió por tu boca, te lo aseguro. Me dijiste que me deseabas.

Magnus fingió pensar algo más.

—¡Ah, sí, y que soy muy atractivo!

Kenna resopló y alejó su caballo del guerrero.

—¡Yo nunca diría eso! —exclamó, indignada.

Magnus chasqueó la lengua.

—De hecho, quisiste besarme y te aferraste con tanta fuerza a mi cuello que hoy seguramente tengo moratones.

—¿Qué? —preguntó la joven—. ¡Eso no es cierto!

—¿Me estás llamando mentiroso?

Kenna sintió cómo la vergüenza se abría paso por sus mejillas, que se tornaron completamente rojas.

—¡Sí! No me resultas atractivo…

Magnus sonrió aún más antes de fingir que le dolían sus palabras con una mano en el pecho.

—¿No? Vaya… Me había hecho ilusiones.

—Puedes seguir haciéndotelas, porque solo serán eso, ilusiones.

Magnus la miró fijamente.

—Tiene los labios hinchados, señora MacLaren.

Inconscientemente, Kenna se llevó los dedos a ellos para comprobarlo, pero al escuchar la carcajada de Magnus, resopló y azuzó su caballo para que cabalgara más deprisa, alejándose de él unos metros.

—¡También intentaste desnudarme! —exclamó Magnus entre risas.

Kenna lanzó un rugido y lo miró por encima del hombro, totalmente enrojecida.

—¡Ni en sueños!

—Pero ¿sueñas conmigo? —siguió instigándola.

Kenna puso los ojos en blanco.

—Sí, sueño con las múltiples formas que tengo para acabar contigo.

—Sería una pena, la verdad. Le dejarías el camino libre a Hamilton.

Kenna lo miró mal.

—Prefiero seguir el camino en silencio, por favor.

Magnus chasqueó la lengua.

—Qué aburrida eres… Se te ha contagiado la amargura inglesa.

—Mi carácter no es agrio —rebatió la joven.

—Claro que no. Eres un amor…

Kenna gruñó por lo bajo, haciéndolo sonreír. En ese momento, Magnus decidió callarse y seguir el camino en silencio. Le encantaba burlarse de ella. Cada vez que la veía enfadada, sus ojos violetas parecían relucir como gemas, y le daban un aspecto tan salvaje que lo maravillaba y embelesaba al mismo tiempo.

Magnus la llevó por un camino que los acercaba a las zonas más peligrosas de las Highlands, pero que lograrían frenar el avance de Hamilton, si es que los seguía por allí con intención de darles caza. Durante unas horas, el guerrero se preguntó si realmente merecía la pena ir por ese camino, pues se convertía en uno demasiado peligroso. Sin embargo, sabía que era lo mejor para su intención. Y a pesar de todo eso, se preguntó qué pensaría su hermana si se enteraba que había decidido no contarle nada y pedir ayuda a Clyde Campbell. Sabía que pondría el grito en el cielo, pero no solo ella. Su amistad con Logan MacGregor también haría que este le propinara un puñetazo al ser consciente de que no había tenido la suficiente confianza como para pedir su ayuda en algo tan serio como eso.

Sin embargo, no quería preocupar a nadie de su familia. Prefería pedir ayuda a Clyde, en cuyas cartas siempre le recordaba que podía contar con él para lo que fuera. Por ello, en algo tan grave como la persecución del inglés, prefería pedirle ayuda a él, ya que era uno de los hombres más temidos de Escocia y seguramente Hamilton pondría pies en polvorosa antes de enfrentarse a alguien como él.

Tan metido estaba en sus pensamientos que no se daba cuenta de la mirada que Kenna le dedicaba continuamente. La joven lo observaba de reojo, pues temía hacerlo directamente y que la descubriera. Se preguntaba en qué estaría pensando para que su rostro mostrara esa seriedad poco habitual en él. El guerrero se había sumido por completo en el silencio y no abría la boca ni para quejarse por el cambio en el tiempo. No obstante, y a pesar de que tenía curiosidad por sus pensamientos, Kenna se quedó callada también, temerosa de que volviera a hablar de lo que había sucedido en el dormitorio de la taberna durante la noche anterior.

A pesar del paso de las horas, Kenna había intentado poner luz en esos pensamientos oscuros e inexistentes de su mente, pero no lograba recordar absolutamente nada. Se preguntó una y otra vez si las palabras del guerrero

eran ciertas y lo había intentado besar, pero no podía ser que la lengua se le soltara tanto que pusiera en palabras algo tan íntimo como esos deseos oscuros de su alma.

Kenna lo observó un poco más. Recorrió su rostro serio y pensativo, bajó por sus poderosos brazos y llegó hasta sus manos, que aferraban con fuerza las riendas del caballo. Durante unos momentos se preguntó cómo sería sentir sus dedos recorrer su cuerpo, que la acariciara donde nadie lo había hecho, que la sujetara contra él y le impidiera alejarse… Kenna necesitó carraspear y sacudir la cabeza para alejar esos pensamientos, ya que sentía cómo se había sonrojado ante ellos. Se golpeó mentalmente por llevar a sus pensamientos por un camino que no debía. ¿Cómo se atrevía a plantearse la opción de que el guerrero alguna vez pudiera acariciarla? Se odiaban. Eso no podía ser y, sin embargo, lo deseaba en lo más profundo de su alma.

Kenna llevó una mano al pecho para intentar calmar los rápidos latidos de su corazón. Nunca se había fijado en un hombre ni había tenido esos pensamientos respecto a uno, pero saber que era su esposo y que pasaría el resto de su vida con él, añadido a lo atractivo que era, hacía que todo su ser vibrara ante la idea de poder entregarse a él sin vergüenza.

La joven rodó los ojos y se llevó una mano al rostro con la intención de obligarse a volver a la realidad. Inspiró con fuerza y soltó el aire lentamente, hasta que logró calmarse. Y a partir de ese momento, se obligó a pensar únicamente en el camino que tenían por delante el resto del día.

Pasaron la noche a la intemperie, cobijados por varias ramas caídas en medio del bosque que lograron protegerlos del tiempo. No había llovido, por lo que tuvieron suerte. Y cuando amaneció, descubrieron que el cielo estaba completamente despejado. Tras comer algo rápido, se pusieron en marcha rápidamente. No tuvieron problemas ni llovió en los dos días siguientes. Nada extraño sucedió cerca de ellos ni parecía haber pistas sobre los ingleses, algo que les llevó a preguntarse si los estaban siguiendo o tal vez habían regresado a Inglaterra.

Y a pesar de todo, siguieron adelante durante esos dos días mientras atravesaban zonas escarpadas de difícil acceso. A medida que iba avanzando el día, el cielo se fue encapotando, aunque cuando llegó el mediodía aún no había caído ni una sola gota sobre ellos. No obstante, el

viento del norte sí apareció y los obligó a abrigarse bajo un manto, pues la capa ya no era suficiente.

Magnus estaba atento a su alrededor en cada momento. Su mirada no dejaba de bailar de un lado a otro, vigilando que Hamilton o sus hombres no se acercaran a ellos. Pero en esa tierra tan hostil en la que se habían aventurado no había absolutamente nadie. Tan solo se habían cruzado con alguna carreta de vendedores que viajaban de unos pueblos a otros para vender sus productos. Unos pocos valientes se aventuraban a los pueblos más salvajes y escondidos de las Highlands.

—Vamos a parar a comer —informó Magnus.

Kenna lo miró, sorprendida, y después desvió sus ojos hacia un lado y otro de ese escondido camino.

—¿Estás seguro? Tal vez deberíamos continuar. Hamilton puede que esté cerca.

Magnus negó con la cabeza.

—No lo hemos visto desde que abandonamos el castillo y nadie parece haber visto un contingente inglés, así que no pasa nada por parar unos minutos para comer.

Magnus desmontó cuando llegaron a un pequeño montículo de piedras sobre las que poder sentarse. Cerca de allí podía escucharse el sonido de una cascada y un riachuelo, donde podrían llenar sus odres de agua. Todo parecía muy tranquilo. Podían escuchar el canto de los pájaros cerca de ahí, pero no se escuchaba ningún sonido extraño que les indicara que estaban siendo perseguidos.

Kenna estaba maravillada con los lugares por los que estaban pasando. Jamás habría imaginado que las Highlands escocesas eran tan salvajes y hermosas. Siempre había oído hablar de ellas, pero jamás había viajado por allí. Ella solo había vivido en las Tierras Bajas, muy parecidas a la Inglaterra que ella conocía. Pero era muy diferente. Era una tierra tan feroz, mágica y magnífica que no parecía ser de este mundo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Magnus.

—Nada…

El guerrero arqueó una ceja.

—Estás sonriendo…

—Sonrío mucho —rebatió la joven.

Magnus dejó escapar una risa mientras buscaba la comida en las alforjas.

—No mucho desde que te conozco.

Kenna puso los ojos en blanco.

—Tú llevas todo el día serio y no te digo nada.

—Ahora sí me lo estás diciendo.

—¿Alguna vez te han dicho lo insufrible que eres?

Magnus sonrió ampliamente.

—Logan MacGregor… te aseguro que él se queja mucho más que tú de mi carácter.

Kenna resopló.

—No me quiero imaginar lo que le habrás hecho para que se queje tanto.

—Existir, querida esposa. Eso es lo que le he hecho…

Magnus le guiñó un ojo y le señaló una piedra para sentarse, no sin antes volver a mirar de reojo a su alrededor. Se encontraban en una zona de fácil visibilidad, donde podrían verlos desde cualquier punto. Sin embargo, ellos también podían ver a quien quiera que quisiera acercarse a ellos, ya que no había escondites posibles cerca de allí.

Después, se sentó junto a Kenna y sacó la comida.

—El servicio está demasiado ocupado para atendernos ahora, así que tenemos que preparar todo nosotros —le dijo Magnus con tono burlón.

Kenna arqueó una ceja.

—No me importa que no haya servicio.

—Debiste pensar en eso cuando me besaste para obligar al rey a cambiar de opinión… Tal vez preferirías estar en un palacio rodeada de sirvientes.

Kenna frunció el ceño y lo miró largamente antes de responder con tono malhumorado.

—Me es indiferente. ¿De verdad crees que eso es tan importante para mí? Qué poco me conoces.

Magnus sonrió de lado.

—Eso es cierto. Estamos casados, pero no nos conocemos.

—Pues cuéntame cosas sobre ti —lo animó Kenna antes de llevarse un trozo de pan duro a la boca—. Tan solo sé que eres como un grano en el culo, nada más.

El guerrero se carcajeó y se encogió de hombros.

—Tampoco hay mucho que contar, la verdad. Sabes mi puesto en el clan y lo de mi hermana…

—¿Acaso tu vida se reduce a eso? —siguió Kenna—. ¿No has tenido más vida aparte del clan? Cuéntame cosas de ti de cuando eras pequeño, de cuando te metías en líos…

Magnus se detuvo un instante para meditar sobre su vida, y acabó respondiendo.

—La verdad es que casi toda mi vida ha girado en torno al clan. Mi padre fue el antiguo laird y siempre he escuchado hablar de cómo llevar el clan. Supongo que no he tenido la vida de un niño normal.

El tono de voz con el que había hablado era tan diferente y extraño que Kenna se quedó callada un instante mientras lo miraba a la cara. La expresión de su rostro también había cambiado, así que se obligó a dejar el tono divertido y burlón a un lado. Había algo en la vida de Magnus que le había hecho daño y con su pregunta se lo había recordado sin querer.

Kenna tragó saliva, incómoda. Tenía la impresión de que se había metido donde no debía y ahora no sabía cómo salir de ahí. Siempre había pensado que la vida de Magnus había sido más fácil que la suya, pero algo en las esmeraldas del guerrero le indicaron que no era así.

—¿Y cómo era la vida en el castillo? Desconozco cómo se lleva la gestión de un clan.

Magnus levantó su mirada hacia ella y suspiró.

—Supongo que en un clan donde no hay guerra se hace de forma diferente. Los MacLaren estaban en guerra desde antes de que yo naciera. Solo tengo recuerdos de conversaciones sobre la guerra contra los MacGregor.

—¿Los MacGregor? ¿Ese no es tu cuñado?

Magnus sonrió ampliamente.

—Eres muy curiosa… Ahora llegaré a esa parte.

Kenna asintió, sonrojada. Era cierto. De repente, necesitaba saber todo de él y descubrir qué era lo que le había hecho tanto daño que lograba apagar el brillo de sus ojos.

—A los MacGregor les robaron un tesoro, provocando que el clan acabara arruinado. Nos culparon a nosotros de ello y, por eso, nos declararon la guerra. Mi padre tardó mucho tiempo en conocer eso. De hecho, estaba en guerra con ellos y no sabía el motivo. Desde que mi hermana tuvo uso de razón y capacidad para sujetar una espada y un arco, le explicó todo lo relativo al clan, la entrenó y la instruyó en todo lo que pensaba que le haría falta. Ruby era importante para él porque sería su heredera, así que, siempre que lo buscabas, o estaba en la guerra o con Ruby.

Kenna lo miró en silencio. La sonrisa triste de Magnus le acababa de revelar el motivo por el que había algo en él que destruía su animado carácter. La joven carraspeó sin saber si quería seguir con la conversación o no, pero quería profundizar en la información que sabía de él.

—¿Y contigo? —preguntó con cierto temor.

Magnus la miró sin comprender.

—Supongo que era normal que instruyera a tu hermana para su futuro, pero tú también eras su hijo. ¿Pasaba tiempo contigo?

Lo vio tragar saliva con dificultad, como si se le hubiera secado la garganta de repente. Se encogió de hombros, restándole importancia.

—Eso no importa.

—Importa cuando te hace daño —respondió la joven—. A mí me hacía daño el hecho de pensar que mi padre creía que yo era la culpable de la muerte de mi madre. No podemos restar importancia a las emociones, Magnus.

El guerrero la miró con una sonrisa divertida.

—Es la primera vez que alguien me habla de emociones.

—Tal vez es el momento de hablar sobre ellas —respondió chocando su hombro con el del guerrero de forma suave.

—Yo también pienso indagar en las tuyas… —la amenazó entrecerrando los ojos.

Kenna sonrió y se encogió de hombros.

—Trato hecho —La joven le tendió la mano y Magnus se la estrechó con fuerza mirándola a los ojos.

—Está bien… —suspiró—. No, mi padre no pasaba tiempo conmigo. De hecho, creo que nunca se dio cuenta de que tenía dos hijos y no una. Cuando era pequeño, me encantaba tallar la madera. Siempre me encontrabas tallando un posible plato, un adorno o un collar, como este.

El guerrero señaló el que colgaba de su cuello.

—Este se lo hice a Ruby, pero me lo devolvió cuando se fue con MacGregor para que me acordara de ella —Su sonrisa se ensanchó—. Una vez, tallé un carruaje con caballos. Era precioso. Me llevó varios días hacerlo. Y cuando fui a enseñárselo a mi padre, ni siquiera lo miró. Puso el grito en el cielo porque acababan de atacarnos y estaba instruyendo a Ruby.

—¿Y tu hermana? Según me hablas de ella, parece que tenéis buena relación.

—Sí. Ruby es increíble. La quiero muchísimo. Era la única que me veía en el castillo. Para el resto era invisible. Pensaba que cuando entrara en las filas de mi padre la cosa cambiaría, pero no fue así. Me instruyeron los guerreros del clan y mi padre únicamente me hablaba para darme órdenes.

Sin poder evitarlo, Kenna alargó una mano y la posó sobre la de Magnus. Este la miró, sorprendido por ese gesto. Giró su mano y atrapó los dedos de la joven entre los suyos. Aunque estaba helada por el frío, la sintió cálida, verdadera, como si la joven fuera un lugar donde refugiarse.

Magnus levantó la mirada y sonrió ligeramente. Era la primera vez que hablaba de eso con alguien, y al contrario de lo que pensaba, se sentía liberado.

—¿Y tú qué sentías hacia él?

Magnus rio fuertemente.

—Sabes qué preguntar, señora MacLaren… Pues la verdad era que lo amaba por encima de todo. Él tenía dos hijos, aunque solo viera a uno. Pero yo solo tenía un padre, y lo amaba. Siempre estuve ahí, incluso cuando lo

mataron. Siempre sentí pena por él, porque no era capaz de ver más allá de la guerra. Podría haber visto las cosas bonitas de la vida, pero estaba tan enloquecido por los MacGregor que nunca se fijó en lo bonito que tenía con él.

Kenna asintió y miró, ligeramente sonrojada, su mano atrapada entre los dedos de Magnus. A pesar de que sabía que debía soltarse, se sentía bien así, por lo que se quedó quieta unos instantes.

—¿Y cómo es que tu hermana acabó casada con MacGregor?

—Kieran también había heredado la guerra contra nuestro clan y nos atacó para buscar su tesoro en nuestro castillo. Obligó a mi hermana a casarse con él para tener vía libre en nuestras tierras. Pero descubrimos que el culpable de todo ello era su tío. Y a pesar de que nos considerábamos enemigos, mi hermana y él se enamoraron.

Magnus sonrió e inconscientemente acarició con el pulgar la palma de la mano de Kenna, que sintió cómo subía un poderoso calor por su brazo hasta recorrer todo su cuerpo.

—Por ello, mi hermana se fue a vivir con él, pero sigue siendo la jefa de nuestro clan.

—¿Y no ha pensado en renunciar?

—Miles de veces, pero no dejo que lo haga. Me quiere nombrar laird del clan, pero no es a mí a quien instruyeron para el cargo.

—Y aun así, actúas como tal.

Magnus se encogió de hombros.

—No aspiro a ello…

Kenna asintió y desvió la mirada, incapaz de seguir mirándolo a los ojos mientras la acariciaba de forma inconsciente.

—Y… ¿te esperaba alguna mujer en el castillo?

Magnus rio y negó con la cabeza al tiempo que la soltaba para coger un trozo de queso. En ese momento, Kenna sintió de nuevo el frío del día y deseó volver a tener contacto con el guerrero, aunque disimuló imitando a Magnus y llevándose un trozo de pan a la boca.

—No, no me esperaba ni me espera nadie. De hecho, si acudí a hablar con el rey fue porque me llamó para casarme, aunque yo no sabía nada

hasta que llegué.

Kenna mudó el rostro y se mostró sorprendida.

—¿En serio? ¿Y por qué te molestó tanto cuando te casó conmigo? Tu destino ya estaba sellado.

Magnus la miró antes de responder.

—Porque me usaste para librarte de Hamilton. Si me lo hubieras dicho, tal vez te habría ayudado. Al menos a ti te conocía y sabía cómo eras. El rey me dijo que me casaría con alguna mujer de la corte. ¿Y si era fea como el demonio?

Kenna dejó escapar una risa.

—¿Y yo no lo soy?

Magnus fingió meditarlo.

—Un poco sí, pero puedo acostumbrarme a ello…

Kenna rodó los ojos y le dio un manotazo en el brazo, haciéndolo reír.

—Pero dejemos de hablar de mí. Ahora es tu turno…

La joven resopló.

—Creo que gran parte de mi vida ya la conoces… Mi palacio fue atacado la misma noche en la que nací y mataron a mi madre. Según me contaron, mi padre cambió a partir de ese día. Yo siempre lo he conocido meditabundo, serio y frío.

—¿Y nunca antes te había culpado directamente de su muerte como hace unos días?

Kenna negó con la cabeza.

—Jamás, pero lo sentía. Siempre me miraba de forma extraña y nunca quería escucharme. A veces me hacía sentir como parte del mobiliario. Y cuando decidió que nos marcháramos a Inglaterra tampoco me escuchó. Incluso llegué pedirle que me dejara quedarme sola en nuestro palacio, pero no quiso. Se casó con Eleanor y quería vivir en otro lugar.

—Ese hermanastro tuyo debe de ser gilipollas…

Kenna se carcajeó y asintió.

—Tienes razón. Lo es. Nunca me cayó bien y… bueno, no se comportaba

conmigo como debería hacerlo un hermanastro.

Magnus frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

La joven se encogió de hombros y desvió la mirada, incómoda, pero el guerrero puso los dedos en su barbilla y la obligó a mirarlo.

—¿Qué hacía ese petimetre?

Dudó y volvió a restarle importancia.

—Kenna… Si tengo que partirle la boca a ese desgraciado, me gustaría saberlo.

—¿Por qué lo harías?

Magnus la miró fijamente.

—Por ti.

La joven vio verdad en sus ojos y suspiró.

—A veces… intentaba sobrepasarse. Solía aparecer mientras me bañaba, se acercaba demasiado…

Magnus renegó entre dientes.

—Espero que ese desgraciado venga con Hamilton porque pienso dejarlo sin dientes.

—Eso ya es pasado. Da igual.

Magnus la miró en silencio. Después de haber conocido ligeramente a la familia de la joven, aún no podía entender cómo era posible que hubiera sobrevivido en un ambiente como ese.

—Y si tu padre era así, ¿cómo es posible que te enseñara a luchar?

Kenna sonrió pícaramente.

—No fue mi padre quien lo hizo, sino Rick, el mozo de cuadras de nuestro palacio.

De repente, Magnus sintió un pinchado en el pecho. Le molestó escuchar ese nombre en los labios de Kenna, pues aquella sonrisa reflejaba el cariño que le tenía a ese joven, fuera quien fuera.

—Nos hicimos muy amigos desde el primer momento —siguió explicando, ajena al sentimiento en el pecho del guerrero—. Fue muy

amable conmigo y supongo que me apoyé en él. Un día, le pedí que me enseñara a luchar porque necesitaba sentirme fuerte, y en Inglaterra me estaba debilitando. Así que me regaló la espada y me enseñó a luchar.

—Y… —Magnus carraspeó cuando sintió que no le salían las palabras—, ¿sentías algo más por él?

—¿Por Rick? ¡No! —exclamó tras un carcajeo—. Era mi amigo, nada más.

Magnus intentó que el alivio no se viera reflejado en sus ojos, así que desvió la mirada y volvió a coger otro trozo de queso.

—Por cierto, me ha quedado una duda —terció la joven—. ¿Nunca se te ocurrió decirle a tu padre que lo necesitabas?

Magnus resopló.

—¿Se lo dijiste tú al tuyo?

—No —respondió Kenna.

—¿Por qué?

—Porque tenía miedo de saber la verdad.

—Yo tampoco se lo dije por el mismo motivo que tú.

Kenna acabó sonriendo mientras recogía la comida que había sobrado.

—Qué dos cobardes, ¿no?

Magnus lanzó una carcajada y asintió.

—Sí, me temo que lo somos.

El guerrero se levantó y miró de nuevo a su alrededor.

—Debemos marcharnos ya si queremos avanzar hasta el pueblo más cercano antes de que llegue la lluvia.

Kenna asintió y cogió una de las alforjas. Juntos, caminaron hacia los caballos. De repente, tenía la impresión de que las cosas entre ellos habían cambiado. Como si hubieran abierto una pequeña senda entre ellos en la que se habían conocido mejor y se habían acercado un poco más.

Magnus sentía lo mismo en su corazón. Miró de reojo a Kenna mientras esta colgaba la alforja y montaba sobre el caballo. Jamás habría imaginado que iba a mantener una conversación tan profunda con alguien, y menos

con ella. Parecía como si todo el odio que se habían dedicado durante esos días se hubiera esfumado de golpe, dejando únicamente a la vista el alma de dos personas que habían sufrido mucho a lo largo de toda su vida. Esa barrera que los separaba había desaparecido del todo, dejándolos desnudos y más cerca el uno del otro de lo que hubieran imaginado jamás.

El guerrero montó sobre el caballo y la miró de nuevo, incómodo. ¿Cómo debían comportarse ahora el uno con el otro? ¿Tenían que volver al odio inicial o simplemente evitarse? No lo sabía aún, pero lo que sí tenía claro era que, a pesar de todo, seguía deseándola como el primer día. Y eso no podía ser bueno.

CAPÍTULO 11

Al día siguiente, cuando la noche estaba a punto de llegar y tras un día más de camino en el que consiguieron alcanzar la mitad del recorrido entre las tierras MacLaren y las de los Campbell, la lluvia apareció de nuevo, embarrando todo a su paso y dificultándoles el viaje. Habían logrado llegar a un pequeño pueblo escondido en las Highlands donde podrían descansar y resguardarse de la lluvia.

Durante ese nuevo día, no habían visto rastro alguno de los hombres de Hamilton. No obstante, Magnus no quería arriesgarse, así que se alejaron del pueblo en dirección a la taberna, que estaba ligeramente apartada de este.

—En el pueblo hay un pequeño mercado —dijo Kenna—. Podríamos parar a comprar algo de comida para el resto del viaje.

Magnus la miró. Desde que el día anterior ambos se habían abierto al otro, Kenna parecía una persona completamente diferente. Incluso él mismo había cambiado. Por un lado, se sentía a gusto con ella a su lado, pero, por otro, la incomodidad lo obligaba a estar más callado de lo normal. Era un rifirrafe con sus propios sentimientos que lo estaba dejando realmente agotado.

Y para Kenna no era diferente. Ahora que sabía la verdad sobre Magnus, algo tan íntimo sobre él, no podía dejar de pensar en su vida. Si antes sentía culpabilidad, ahora aún más, pues tenía la impresión de que ella le había cambiado la vida ahora que estaba libre tras la muerte de su padre. Y a pesar de todo eso, sentía a Magnus más cerca que nunca. Apenas habían hablado, pues cada uno se había sumido en sus pensamientos, pero cada vez que se dedicaban algunas palabras parecía que jamás se hubieran odiado.

—Podremos venir mañana antes de marcharnos. Ahora está lloviendo y está a punto de anochecer. Tenemos que encontrar la taberna cuanto antes si no queremos pasar la noche a la intemperie.

Kenna asintió y lo siguió. El camino hacia la taberna estaba casi impracticable. Tuvieron que pasar con sumo cuidado, pues los charcos eran tan profundos y estaban tan llenos de barro que los caballos se escurrían.

La joven iba tan pendiente del camino que apenas veía nada más. Sin

embargo, no pudo evitar levantar la mirada cuando escuchó el gruñido de rabia de Magnus.

—Maldición…

—¿Qué pasa? —preguntó con el corazón acelerado.

Por un momento, creyó que sus enemigos los habían descubierto y alcanzado, pero al mirar alrededor, descubrió que estaban solos. Kenna siguió la mirada de Magnus y descubrió qué era lo que había provocado su maldición. Y ella estuvo a punto de hacer lo mismo.

Frente a ellos, la taberna estaba casi derruida. Las ventanas colgaban de uno de sus goznes y se movían peligrosamente desde el piso superior, amenazando a quien pudiera pasar justo por debajo de ellas. Alguien había tirado la puerta abajo, tal vez para robar lo poco que pudiera haber quedado en su interior y las ventanas del piso inferior estaban completamente rotas.

Magnus desmontó y se acercó ligeramente a la puerta.

—Ten cuidado, podría caer alguna ventana…

El guerrero la miró con una sonrisa en los labios.

—La señora MacLaren se preocupa por mí. Qué honor…

Kenna puso los ojos en blanco, pero, aun así, no pudo evitar apretar con fuerza las riendas mientras observaba cómo Magnus se colocaba justo debajo de una de las ventanas que parecía estar en peores condiciones. Si soplaba algo más de viento, esta caería sobre él.

—No es que me preocupe por ti. Es que no quiero tener que cargar tu cuerpo muerto hasta el clan MacGregor para avisar a tu hermana.

El guerrero rio y se giró de nuevo hacia su caballo. El pelo caía sobre su rostro, dejando entrever únicamente aquellas esmeraldas que tenía por ojos. Kenna se sobresaltó al ver la belleza que rezumaba Magnus en ese momento. ¿Era consciente de lo atractivo que era? Daba igual si sonreía, si estaba serio, si se enfadaba… Él siempre parecía ser perfecto, como la estatua de un dios. Y eso le arrebató el aliento. Pero no solo eso. Magnus era un hombre que, pesar de las dificultades, siempre sonreía y mostraba buena cara, haciendo que esas mismas dificultades se vieran desde otro punto de vista. Y eso le gustaba y la atraía demasiado.

—Tienes razón. Escapar de Hamilton y llevar mi cuerpo sería un arduo

trabajo. Intentaré hacer lo posible por no morir antes de deshacernos de él.

Y a pesar de que acababan de quedarse sin lugar donde descansar, tenía frío y hambre, Kenna no pudo evitar sonreír.

—No puede ser… ¿Estás sonriendo? ¡Por favor, que toquen las campanas de la iglesia!

Kenna desvió la mirada para evitar que Magnus la viera reír mientras negaba con la cabeza, intentando disimular. Cerca de ella escuchó la risa del guerrero, justo en el momento en el que una voz más pudo oírse a través de la intensidad de la lluvia.

—La taberna está cerrada…

Magnus giró la cabeza en la dirección de la voz, rompiendo el contacto visual con ella.

—Sí, me temo que nos acabamos de dar cuenta, señor —dijo Magnus con voz amable—. Nos tocará dormir a la intemperie.

Ambos vieron que el hombre se acercó a ellos. Tenía la ropa manchada de barro y llevaba un arpón y varias cuerdas en las manos. Intentaba refugiarse de la lluvia con un pequeño manto, pero mostraba una sonrisa amable en sus labios.

—Creo que te conozco, muchacho.

El guerrero sonrió y asintió.

—Puede ser. Soy Magnus MacLaren, el segundo al mando del clan. Vamos a ver a un amigo en el clan Campbell y la lluvia nos ha pillado desde que salimos del castillo.

El hombre asintió.

—Sí, te conozco de eso. Te vi el año pasado en los Juegos.

Magnus frunció el ceño.

—No es posible. El rey y los Campbell vigilaban los alrededores.

El hombre se carcajeó.

—Pues no lo hicieron muy bien porque pude acercarme en una ocasión. Os vi desde la distancia. Ya decía yo que me sonaba tu cara…

Magnus sonrió y señaló la taberna con la cabeza.

—¿Sabe usted si hay otra cerca que sí esté abierta?

—No la hay. Estamos en una zona complicada, pero podéis venir a mi granja. Vengo del pueblo de comprar esto porque he tenido un par de problemas con el ganado y tengo que arreglar la valla. Si me ayudas antes de que llegue la noche por completo, os cederemos un pequeño pajar que hay apartado de nuestra casa.

Magnus y Kenna se miraron entre sí, y la última asintió.

—No podemos seguir así durante la noche —susurró la joven.

Magnus asintió y desmontó del caballo para acercarse al hombre.

—Eso está hecho, señor…

—Theodore Ferguson.

Kenna arqueó una ceja cuando iniciaron la marcha hacia la granja del hombre.

—¿Ferguson? Ya somos dos en el grupo. Mi padre es Conrad Ferguson, el señor…

—¿Al que atacaron hace veinte años?

El corazón de la joven se sobresaltó y desmontó ella también del caballo para acercarse más a Theodore.

—¿Lo conoce?

—Claro que sí. Eso sucedió antes de que me marchara de esas tierras en busca de una vida mejor. Supongo que ajusticiaron a los culpables…

Kenna miró a Magnus con el ceño fruncido, y este simplemente arqueó una ceja, igual de sorprendido.

—No. Mi padre jamás descubrió de quién se trataba.

Theodore se quedó parado en el sitio y la miró, estupefacto.

—¿Nunca lo supo?

—No. Mi madre y todas las doncellas murieron ese día y mi padre estuvo un tiempo buscando información que pudiera ayudarnos a descubrirlos.

Theodore se quedó pensativo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Magnus.

—Pero ¿ni siquiera tenía una pista?

—Por el acento, sabemos que eran ingleses, pero nada más. Supongo que volvieron a cruzar la frontera y se perdieron en esas tierras.

Theodore miró a Magnus y después a Kenna.

—Yo vine hacia aquí justo después de ese ataque. Yo no sabía nada de lo que había ocurrido hasta que me crucé con un grupo de ingleses por el camino. Mientras descansaba a un lado, escondido tras unos matorrales, pararon a descansar y a comentar algo de un ataque.

Magnus y Kenna se miraron entre sí. La segunda tenía el corazón tan acelerado que incluso llegó a sentir que todo daba vueltas alrededor. Los oídos comenzaron a pitarle y las manos le temblaban. Tenía la impresión de que no podía tragar con normalidad, pues la garganta se le había secado de golpe. Incluso su respiración también se precipitó.

—¿Y los vio? —preguntó Magnus al ver que Kenna se había quedado sin habla.

Theodore negó con la cabeza.

—Al escuchar su acento, me asusté, así que me arrebujé en mi manto y esperé hasta que se fueron, pero los escuché claramente. No sabía de qué hablaban hasta que al día siguiente me enteré en una taberna cercana.

Kenna tragó saliva ruidosamente. Ni siquiera era capaz de sentir sus pies al caminar por el sendero rumbo a la granja del hombre.

—¿Y escuchó su nombre?

Theodore torció la cabeza.

—El nombre no, pero sí su apellido. Déjame recordar. Mi mente ya no es la que era.

El corazón de Kenna se sobresaltó y apretó con fuerza las riendas del caballo. Desde el otro lado de Theodore, Magnus intentaba calmarla con la mirada, pero no podía conseguirlo. ¿Cómo iba a calmarse si el destino le había puesto en el camino a un hombre que conocía algo sobre su pasado? Ese hombre podría quitarle de los hombros la culpa que su padre siempre se había empeñado en colocar sobre ellos y, de forma inconsciente, ella había acogido como si realmente fuera la culpable de todo.

Kenna vio que estaban a punto de llegar a la granja, pero ya no le importaba el calor que pudiera recibir en ese lugar. Habría dormido a la

intemperie con sumo gusto si lograba descubrir el apellido del culpable de que su vida hubiera sido un infierno. No obstante, la expresión en el rostro de Theodore no era muy halagüeña.

—No lo recuerdo ahora mismo.

Magnus respiró hondo para evitar chasquear la lengua, contrariado.

—Intenta recordar, Theodore.

—Lo hago, pero no lo recuerdo ahora mismo. Han pasado muchos años y ya no soy el que era. Espero acordarme durante la noche. Si lo hago, ten por seguro que te lo diré, muchacha.

Kenna intentó no mostrar en su rostro la decepción que sentía, por lo que sonrió brevemente y asintió.

—No pasa nada.

Theodore señaló la granja con la mano.

—Allí hay una pequeña cuadra donde podréis dejar los caballos. Cuando lo hagáis, entrad a dejar las alforjas dentro. Mi esposa seguramente estará ahí preparando la cena.

Magnus y Kenna asintieron y, juntos, fueron al otro lado de la granja para atar los caballos y coger las alforjas. Y cuando se quedaron solos nuevamente, no pudieron evitar mirarse.

—¿Qué piensas al respecto? —le preguntó la joven.

Magnus se encogió de hombros y suspiró largamente al tiempo que se apoyaba contra una tabla.

—No lo sé, la verdad. Sería maravilloso que pudieras descubrir al culpable para poder denunciarlo ante el rey y que pudieran perseguirlo, pero piensa que puede estar muerto ya. Han pasado muchos años.

—Pero, aunque estuviera muerto, al menos podría cerrar la herida que abrieron ese día, aunque sé que mi padre jamás me perdonaría la muerte de mi madre.

Magnus se acercó a ella y puso las manos en sus hombros.

—Tú ya no necesitas que tu padre cambie de opinión. Ya no vives con él y no dependes de lo que pueda pensar. Eres tú, con tus sentimientos, quien debe decidir si tu pasado te hace daño o no.

Kenna asintió y, aunque intentó apartar la mirada de sus ojos, no pudo. Sintió que se quedó completamente maravillada por ellos y por la luz que estos desprendían. Magnus no se apartó, sino que se quedó parado, mirándola también a los ojos. El silencio se hizo a su alrededor y, sin saber por qué, acortó la distancia y la besó. No pudo aguantar más las ansias que tenía por hacerlo. Lo necesitaba para respirar, para seguir adelante, para vivir… Desde la primera vez que la había besado, había sentido que esos labios eran uno de los sustentos de su vida, y necesitaba volver a probarlos.

Kenna lo recibió como la tierra absorbe el agua tras muchos días de sequía. No sabía si fue por el cansancio, el frío, el hambre o simplemente había perdido el juicio, pero deseaba ese beso con tanto ímpetu que elevó las manos para aferrarse a su camisa y así no dejarlo marchar.

Magnus elevó las manos hacia el rostro de Kenna y la retuvo junto a sí. La empujó suavemente contra las tablas de madera y siguió besándola, esta vez con más fuerza. Su lengua penetró en la boca de la joven, que gimió al sentirlo aún más cerca de ella. El calor de su cuerpo aumentó más, por lo que dejó de sentir la frialdad de la ropa. Ni siquiera escuchaba ya el sonido de la lluvia golpeando contra el techo. Para ella solo existía Magnus. Nadie más.

Desde el día anterior había cambiado algo entre ellos, como si al haberse quedado desnudos el uno frente al otro hubiera provocado que su deseo tuviera vía libre para unirlos aún más.

—¿MacLaren? ¿Tenéis algún problema?

Magnus y Kenna se separaron de golpe y colocaron sus ropas. Rápidamente, y en silencio, se giraron para coger las alforjas y, con ellas en la mano, se miraron entre sí y no pudieron evitar reír. Se sentían como dos niños que habían sido descubiertos en medio de una travesura.

Las mejillas de Kenna estaban rojas por la vergüenza, pero aumentaron de color cuando Magnus le señaló los labios.

—Señorita Ferguson, tiene los labios hinchados… —bromeó antes de salir de allí rumbo a la casa para dejar las alforjas.

Kenna lo siguió unos pasos por detrás, haciendo todo lo posible para que desapareciera de su rostro cualquier rastro de vergüenza o se moriría ante Theodore y su esposa en cuanto pusiera un pie en la casa.

La noche estaba a punto de cernirse sobre ellos. Apenas quedaba una hora de luz y debían aprovecharla para ayudar al granjero con la valla.

—Pensaba que habíais tenido algún problema con los caballos —fue lo primero que dijo Theodore al verlos pasar.

Magnus sonrió ampliamente y negó con la cabeza.

—No. Todo está en orden. Es que una de las alforjas se había quedado enganchada y no podíamos soltarla.

La tranquilidad y seguridad con la que el guerrero les había mentido provocó que Kenna lo mirara de reojo. Magnus le guiñó un ojo, haciéndola sonreír y negar con la cabeza al mismo tiempo. Y en ese instante, la mujer del granjero se acercó a ellos.

—Ya me ha dicho mi esposo que tendríamos invitados. Gracias por querer ayudarlo. Lo ha pasado muy mal estos días. Soy Ava.

La joven sonrió y se dejó abrazar por la mujer.

—Yo soy Kenna y él es Magnus, mi esposo.

Ava asintió.

—Encantada. Es un placer teneros aquí. No es muy común ver rostros nuevos por estos lares.

—Viajamos al clan Campbell a ver a un amigo —dijo Magnus—. Y la lluvia nos impide seguir por la noche.

Ava arqueó ambas cejas.

—Viajar de noche es muy peligroso normalmente por esta zona, y mucho más si llueve. Os habríais partido el cuello.

Theodore cogió las cuerdas que había comprado y un par de tablas, ayudado por Magnus.

—Nosotros iremos a arreglar la valla.

—De acuerdo —asintió Ava—. Kenna me ayudará a preparar algo más para la cena.

—¡Por supuesto!

Magnus miró a Kenna con una sonrisa enigmática al tiempo que pasaba el pulgar por su labio inferior. La miró de una forma tan profunda que Kenna creyó que iba a desmayarse al instante. Lo que había sucedido en la parte

trasera de la granja había sido tan penetrante e íntimo que no podría olvidarlo jamás. Sentir que las barreras entre ellos se habían caído hacía que sus sentimientos y su deseo tuviera libre albedrío para recorrer su cuerpo. Y aunque no estaba segura de que eso fuera algo bueno, sí sabía que tendría problemas para contenerse.

Mientras pelaba las patatas que Ava iba colocando frente a ella, Kenna no podía dejar de pensar en lo que Magnus le había transmitido minutos antes. Había podido sentir claramente la fuerza en sus manos, en su cuerpo, el deseo que él mismo intentaba controlar, ese sentimiento que era pureza y oscuridad al mismo tiempo… Y de nuevo un intenso calor recorrió su cuerpo.

—¿Cuánto tiempo hace que estáis casados?

La pregunta de Ava la sobresaltó, pues estaba tan centrada en su deseo que no se había dado cuenta de que la mujer estaba atenta a ella.

—Una semana.

Los ojos de Ava se abrieron desmesuradamente.

—¿Solo? Me ha dado la impresión de que llevabais más tiempo.

Kenna sonrió.

—¿Por qué?

—Por la conexión que desprendéis. Solo os he visto un instante juntos, pero habría jurado que os conocíais de toda la vida.

Kenna sonrió y negó con la cabeza.

—De hecho, nos conocimos hace poco más de una semana.

—Pues desprendéis muy buena conexión.

Kenna se obligó a no sonrojarse mientras Ava terminaba de echar las patadas al guiso. Se limpió las manos y se acercó a la ventana para intentar ver el exterior, donde Magnus y Theodore trabajaban para arreglar la valla.

—¿Os obligaron a casaros? —preguntó la mujer colocándose justo al lado de ella.

—La verdad era que yo estaba prometida a otro hombre, pero el rey decidió casarme con Magnus —explicó Kenna obviando los detalles.

—¿Y cómo lo habéis encajado? Supongo que casarse por obligación no

es muy agradable a pesar de lo que desprendéis.

Kenna se encogió de hombros.

—Me temo que no muy bien. Las cosas parecen haber mejorado un poco, pero supongo que no somos como un matrimonio normal.

Ava sonrió.

—Eso vendrá con el tiempo, tranquila. De todas formas, la forma con la que tu esposo te mira es muy sugerente.

Kenna sintió que todo su ser vibraba. Intentó no sonrojarse y sonrió para disimular.

—Yo no lo veo así.

Ava arqueó una ceja y miró a Magnus desde la ventana. Podían verlos con claridad a pesar de que ya casi era de noche. Pero las antorchas que había preparado Theodore hacían que pudieran verlos con claridad. Ambos hombres se movían deprisa para terminar cuanto antes, pero, al ser más joven, Magnus se movía con más rapidez. Desde allí podían ver las contracciones de sus músculos y su rostro concentrado, y Ava asintió al comprobar que era un joven llamativo.

Miró de reojo a Kenna, que tragó saliva.

—Tienes mucha suerte, muchacha. No todos los hombres son tan fuertes, amables y guapos como tu esposo. Míralo, se mueve como si no estuviera haciendo ningún tipo de esfuerzo. Mi Theodore no es así.

Ava sonrió.

—Ya estamos viejos para seguir viéndonos como una pareja joven, pero él siempre ha sido muy cariñoso y amable conmigo. Me ha protegido y tratado como a una reina, pero ya no… Bueno, ya sabes.

Kenna frunció el ceño.

—La verdad es que no te entiendo.

Ava dejó escapar una carcajada.

—Mi Theodore ya no cumple como antes en el catre. Ya no es joven. Disfruta ahora que tu Magnus es enérgico y vigoroso. Seguro que satisface todas tus necesidades.

Kenna la miró fijamente y, al entender por completo sus palabras, no

pudo evitar sonrojarse. La mujer lanzó una carcajada.

—Venga, muchacha, no te pongas así. Estos primeros años de matrimonio son los mejores. La pareja se deja llevar por la pasión y hacen lo que sea para acariciarse y besarse por los rincones. Y no me digas que no porque si mi Theodore tuviera el vigor de tu esposo, sería capaz de romper la cama mientras me entrego a él.

Kenna no supo dónde meterse. Su rostro se había tornado rojo por completo y se mostró nerviosa e incómoda ante Ava, que rio ante su inocencia.

—Nadie habla de estas cosas, pero son las más normales del mundo entre una pareja de recién casados. Y seguramente te atraerá muchos hijos.

Kenna carraspeó para aclararse la garganta, pues aquella conversación había provocado que su cuerpo comenzara a sudar.

—Seguramente… —atinó a decir.

Ava sonrió.

—Quién pudiera volver a tener vuestra edad, muchacha…

Kenna se quedó en silencio, incapaz de hablar en ese momento debido a su nerviosismo. Aquella conversación había sacado a la luz aún más su deseo por Magnus. Las palabras de Ava la hicieron reflexionar mientras observaba al guerrero moverse de un lado a otro y terminar la valla. Este había logrado sacar de ella algo tan íntimo y guardado que ni siquiera sabía que tenía. Jamás se había sentido atraída por nadie, nunca se había excitado, ni había sentido interés por besar a un hombre. Pero Magnus había logrado despertar en ella ese interés. Y ahora no podía sacarlo de su mente.

—Ya vienen… —dijo Ava a su lado.

Kenna se sobresaltó, pues, aunque sus ojos estaban fijos en el frente, su mente estaba lejos de allí. No se había dado cuenta de que habían logrado arreglar la valla y ahora regresaban a la casa bajo la suave lluvia.

Rápidamente, Kenna se apartó de la ventana y se acercó a la mujer para preparar la cena. Y cuando la puerta se abrió para dar paso a Theodore y Magnus, Kenna no pudo evitar mirarlo de reojo. Este entró en la casa con una sonrisa satisfecha en los labios, ajeno a sus pensamientos.

El guerrero sacudió ligeramente la cabeza para apartar los rebeldes

mechones mojados de su rostro y la joven sintió que se le secaba la garganta de nuevo. Magnus la miró con la sonrisa aún en sus labios, pero no pudo evitar fruncir ligeramente el ceño ante su fija mirada. Kenna no podía apartar la mirada de él ni de su ropa pegada al cuerpo. Casi podía dibujar este a la perfección ahora que sus músculos parecían entreverse bajo su ropa. Y solo pudo reaccionar cuando el guerrero se acercó lentamente a ella.

Kenna levantó entonces la mirada hacia sus esmeraldas y, sin decir ni una sola palabra, sabía que había perdido no solo la batalla contra él, sino también la guerra.

CAPÍTULO 12

Después de terminar la cena, que fue más animada de lo que Kenna habría esperado, pues sentía que aún no podía hablar, Ava les tendió varias mantas con las que poder pasar la noche en el pequeño pajar que había a unos metros de la casa. Se disculparon al no poder cederles un dormitorio en la casa, pero esta era tan pequeña que habrían tenido que dormir en medio de la cocina por falta de espacio.

Un matrimonio recién casado no puede dormir así, les había dicho Ava mientras recogían los platos de la mesa.

Por ello, en cuanto tuvieron las mantas con ellos se marcharon a descansar. Theodore le había prometido a Kenna darle vueltas al apellido que no recordaba y ella se despidió con la esperanza de que al día siguiente pudiera descubrir quién los había atacado.

—Has estado muy callada durante la cena… —dijo Magnus mientras preparaban un pequeño catre en el suelo donde pasar la noche.

Kenna levantó la mirada hacia él, aunque rápidamente volvió a bajarla, provocando que Magnus arqueara una ceja.

—Solo pensaba en lo que Theodore nos ha contado.

—¿Y qué tenía yo que ver en eso?

—¿A qué te refieres?

Magnus sonrió de lado.

—A que no dejabas de mirarme.

Kenna frunció el ceño.

—Eso no es cierto.

El guerrero lanzó una carcajada y se puso en pie, provocando que Kenna hiciera lo mismo para encararlo.

—Sí, lo es. No dejabas de mirarme de forma extraña. ¿He hecho algo que te ha incomodado?

—¡No! —exclamó la joven retorciéndose las manos.

La mirada de Magnus se dirigió a ellas y las vio temblar.

—¿Entonces?

—No hay nada que contar.

Magnus arqueó una ceja.

—¿Y por qué sigues nerviosa?

—¿Qué te hace pensar que lo estoy?

El guerrero dejó escapar una risa.

—Tus manos, tu mirada… todo tu cuerpo…

Kenna se giró y le dio la espalda. No pensaba que era un libro abierto para él. Y comenzó a quitarse el cinto de la cadera.

—Es el cansancio del día.

—Ya… —murmuró Magnus a su espalda, imitándola y quitándose el cinto—. ¿De qué habéis hablado Ava y tú?

—Del matrimonio. Y, durante un momento, he llegado a pensar que me iba a dar detalles de su vida íntima con Theodore.

El guerrero lanzó una carcajada.

—¿En serio? ¿Y qué te ha contado del matrimonio?

Kenna se encogió de hombros y se giró hacia él.

—Nada… Solo que deseaba volver a la juventud que tenemos nosotros para poder… —La voz de Kenna se perdió de repente al darse cuenta de que estaba a punto de hablar de algo muy íntimo—. Bueno, ya sabes.

En los ojos de Magnus se dibujó una expresión pícara y divertida.

—No. No lo sé…

Kenna resopló y lo miró a los ojos. Al encararlo, pensaba que iba a poder responder, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Magnus había desanudado el cordón que ataba su camisa y ahora mostraba parte de su pecho desnudo frente a ella. Sin apartar la mirada de sus ojos violetas, el guerrero sacó la camisa de entre sus pantalones, mostrando un vientre perfectamente trabajado y plano.

Kenna tragó saliva y boqueó varias veces, incapaz de encontrar las palabras. Hacía tantos días que sentía algo tan extraño por él que tenía la impresión de que iba a volverse loca si no desataba el fuego en su interior y

se dejaba llevar.

—La juventud para poder hacer ¿qué cosa, Kenna?

La voz de Magnus sonó casi como un ronroneo y la joven, al seguir con la garganta seca y el cuerpo a punto de comenzar a arder por el deseo, acortó la distancia entre los dos y se lanzó a sus brazos. Lo besó con tanto ímpetu que Magnus se vio impulsado hacia atrás, pero recuperó rápidamente el equilibrio. Sus manos volaron hacia la cintura de Kenna y la apretó con fuerza contra su cuerpo. Podía sentir el calor que manaba de su cuerpo, su deseo y la necesidad que parecía surgir de cada poro de su piel.

Magnus dejó que la joven bebiera de sus labios todo el néctar que deseaba, pues él hizo lo mismo mientras seguía abrazándola. Los brazos de Kenna rodeaban el cuello de Magnus y una de sus manos apretaba la nuca del guerrero para evitar que pudiera soltarse.

Con una sonrisa, este la empujó ligeramente hacia la paja con la que habían hecho una pequeña cama para pasar la noche. Siguió besándola con verdadera pasión, arrancándole gemidos que él atrapaba para sí entre sus labios.

Todo a su alrededor era penumbra. El pajar era pequeño, pero lo suficientemente grande como para hacer una cama grande para ambos. No obstante, no habían llegado a hacerla mayor. Fuera de allí, la lluvia seguía repiqueteando contra el tejado, pero apenas eran conscientes de ese suave sonido.

El pequeño espacio que quedaba entre ellos filtraba el aire como si de una vibración se tratara, haciendo que los dos temblaran. Magnus se separó ligeramente de ella y la miró a los ojos con intensidad, pero también temeroso de romper ese instante. Y, por un momento, el mundo pareció detenerse.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó en un ronco susurro.

Kenna asintió sin apartar los ojos de los suyos. La joven podía sentir contra ella el calor que emanaba de su cuerpo, su respiración, el temblor que había en sus manos en ese instante… Todo.

Y Magnus volvió a besarla. Lo hizo como si se tratara de una tormenta que hacía tiempo que había deseado estallar frente a ellos. No hubo más palabras, tan solo el sonido de la lluvia fuera de allí y el de sus suaves

gemidos, aunque enseguida le siguió el sonido de la ropa al comenzar a apartarla del cuerpo.

El primer beso había parecido ser una promesa contenida con suavidad. Sin embargo, ese segundo fue más profundo y, para sorpresa de ambos, los volvió tan calientes como el fuego. Las manos de los dos se buscaron continuamente, explorando el cuerpo del otro con urgencia, con una poderosa mezcla de cariño y necesidad que los envolvió por completo, provocando que perdieran el juicio.

En ese instante, no había nadie ni nada más que ellos dos. El pasado en el que se habían conocido había dejado de existir; tampoco había la posibilidad de un futuro. Tan solo parecía haber el presente entre ellos, en el que únicamente encontraban deseo, pasión ardiente y entrega que había esperado mucho tiempo a ser revelada y ahora era como un torrente lluvioso que no podía parar.

Kenna levantó la camisa de Magnus para quitársela. Este alzó sus brazos y, cuando la joven tiró la ropa a un lado, se alejó ligeramente de ella para mirarla a los ojos. Con suavidad, aferró una de las muñecas de Kenna y la levantó lentamente hacia su pecho. Cuando la joven sintió bajo la palma de su mano todo el calor que el guerrero desprendía, dejó escapar una exclamación. Magnus la ayudó a recorrer su cuerpo lentamente, como a él le gustaba. Sin apartar la mirada de ella, llevó su mano desde su hombro, bajando por el pecho, hasta su vientre.

La respiración de Kenna se alteró aún más y bajó la mirada hacia donde Magnus había dejado su mano. Armándose de valor, deslizó los dedos por aquella piel endurecida por los entrenamientos, arrancándole suspiros al guerrero, que no apartaba la mirada de ella.

—¿Te gusta? —no pudo evitar preguntar.

Kenna levantó su mirada hacia él y asintió.

—Espero que el resto, que aún no has visto, también te guste.

El guerrero llevó las manos al cordón de sus pantalones y lo desató, dejando caer la tela a sus pies y quedándose completamente desnudo frente a ella. Durante unos instantes, este se sintió vulnerable. No era la primera vez que se quedaba desnudo ante una mujer, pero sí la primera que lo hacía ante una cuya opinión le importaba de verdad. Observó cómo Kenna se

quedaba sin respiración y tragaba saliva con la mirada puesta en su entrepierna.

Sonrió ligeramente y llevó las manos al rostro de la joven para obligarla a levantar la cabeza. La besó suavemente, pues temía romper el hechizo de ese instante tan solo por ir deprisa. Sintió las manos de Kenna en su vientre y allí donde estaban sus dedos parecía tener dos ascuas ardiendo que traspasaban su piel. Magnus dejó escapar un suspiro cuando se separó de ella para volver a mirarla a los ojos.

La pequeña luz titilante del pajar dio de lleno en el iris de la joven, haciendo que el color de este brillara con más intensidad. Una suave sonrisa surcó el rostro del guerrero al admirarla. Kenna era la mujer más hermosa que había visto jamás. Lo pensaba desde ese día en el que le bajó el pañuelo que ocultaba su rostro, y seguía pensándolo, cada vez con más intensidad.

Con cuidado, llevó las manos a la ropa de la joven y comenzó a desnudarla. Sintió un pequeño temblor en los dedos de esta cuando su nívea piel empezó a quedar expuesta ante sus ojos, cuyo anhelo se reflejaba a la perfección en sus esmeraldas. En ese momento, la besó para intentar calmarla.

Kenna dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo, entregándose por completo a él, que terminó de desnudarla en cuestión de segundos. En el instante en el que ambos se mostraban de esa forma tan vulnerable, Magnus se separó de ella para admirarla. Levantó una mano y recorrió su cuello con suavidad, bajando por su clavícula, hasta sus pechos. Una vez allí, rozó con la yema de los dedos sus pezones, arrancándole suspiros de placer a Kenna, cuyas mejillas estaban tan rojas que Magnus no pudo evitar sonreír.

—¿Te ríes de mí?

Magnus negó con la cabeza.

—Sonrío porque me encanta cuando te sonrojas.

El guerrero la observó mientras su mano seguía bajando por su vientre. El hecho de que la joven siguiera mostrando orgullo, incluso en ese estado, le encantaba.

—¿Por qué?

Magnus sonrió y la besó fugazmente para después responderle, contra sus labios:

—Porque te ves hermosa.

Las manos de Kenna ascendieron nuevamente hasta su cuello, aferrándolo con fuerza. Tiró de él con suavidad al tiempo que ambos se tumbaban sobre la cama de paja que habían preparado. El guerrero la cubrió con su cuerpo y Kenna no pudo evitar gemir cuando sintió contra su vientre el miembro erecto de Magnus. Este se separó ligeramente de ella y la miró a los ojos con picardía. Sin borrar su sonrisa, descendió lentamente, sin dejar de mirarla, provocándola, llevando calor con su pecho al cuerpo de la joven, hasta que su boca quedó a la altura de sus pechos.

Capturó uno de los pezones con los labios y lo mordió con suavidad, arrancándole un gemido de placer. Las manos de Kenna fueron directas a su nuca y lo apretó contra ella con fuerza al tiempo que el guerrero lo succionaba con firmeza. La espalda de la joven se arqueó, buscando más. En ese instante, una de las manos de Magnus descendió por el vientre de Kenna sin dejar de lamer sus pechos. Buscó el centro de sus piernas y comenzó a acariciarla.

Un fuerte gemido escapó de la garganta de la joven en ese momento. Elevó su cadera buscando más mientras los dedos del guerrero la acariciaban con suavidad y se introducían en su cuerpo buscando llevarla al éxtasis, que no tardó en llegar.

Kenna comenzó a sentir que su cuerpo ardía como nunca. Ni siquiera el aire que respiraba lograba calmar el calor que emitía desde dentro. Sentía que todo daba vueltas a su alrededor y no podía más. Estaba segura de que iba a morir allí mismo mientras Magnus no dejaba de acariciarla y besarla en lugares donde jamás habría pensado que pudiera sentir tanto placer.

La joven gimió con más fuerza cuando un poderoso sentimiento se extendió desde su ombligo por todo su cuerpo, concentrando el calor en su entrepierna. Gritó al tiempo que arqueaba su espalda y sus caderas buscaban más y más, hasta que terminó derramándose en la mano de Magnus, que bajó la cabeza hasta su entrepierna para capturar ese momento con sus labios.

Kenna sentía que no podía llenar su pecho con todo el aire que necesitaba. Estaba mareada y sentía su cuerpo lánguido en ese instante. Pero Magnus no le dio tregua alguna, sino que la cubrió con su cuerpo y la besó suavemente mientras se colocaba entre sus piernas, que parecían haber

perdido la fuerza. Con una sonrisa, se las levantó y la obligó a rodearle la cadera con ellas. Las manos de Kenna volvieron a acudir a su cuello, y en el momento en el que Magnus se separó ligeramente de ella para mirarla a los ojos, le mostró su completa rendición.

El guerrero comenzó a penetrarla, lentamente, disfrutando de cómo en los ojos de Kenna se dibujaba una expresión de placer. Aquellas gemas violetas brillaron de forma especial. Temía hacerle daño, pero cuando estuvo dentro de ella completamente, esperó unos segundos para que se acostumbrara a él. Sin embargo, el deseo de Kenna era tan profundo que comenzó a mover las caderas, incitándolo a moverse también. Y, al no poder contenerse, Magnus rugió suavemente y movió la cadera de atrás hacia adelante suavemente, sintiendo en su cuerpo un placer tan intenso que comenzó a temblar.

Sin dejar de besarla, empezó a penetrarla con más fuerza. Quería hacerle sentir tanto placer como pudiera, llevarla a lo más alto, provocar que perdiera el control. Las uñas de Kenna se clavaban en la carne de su espalda, provocándole una mezcla entre placer y dolor. Magnus gruñó con fuerza y volvió a penetrarla aún más profundamente, arrancándole gemidos de placer que llenaron el espacio a su alrededor.

El guerrero se separó ligeramente de ella y llevó una mano al epicentro de su entrepierna para acariciarla. Kenna gimió con más fuerza y arqueó la espalda. Elevó la cadera buscando más, pero Magnus puso una mano sobre ella para bajarla. Deshizo el nudo que las piernas de Kenna hacían contra su cadera y elevó sus piernas hasta sus hombros. Aferró sus muslos contra su pecho y volvió a penetrarla con fuerza. Los ojos de la joven se abrieron desmesuradamente, pues sentía aún más placer que antes y, sin poder evitarlo, su cuerpo encontró el éxtasis que buscaba.

En el momento en el que Magnus sintió en su miembro las contracciones del cuerpo de Kenna, no pudo evitar derramarse él también en un fuerte gemido y una profunda estocada. Su cabeza cayó hacia atrás al tiempo que todo su cuerpo temblaba. Las manos sobre los muslos de Kenna apretaron la carne de la joven. Era tan intenso el placer que sintió que tardó varios minutos en poder volver a controlarse.

Lentamente, la soltó y cayó a su lado con la respiración aún jadeante. Kenna rodó sobre sí misma para abrazarlo y este agarró una manta para arropar a ambos.

La joven no podía creer que se había entregado a Magnus sin pensar en las posibles consecuencias de ello. Su cuerpo lo había pedido, lo había deseado y había perdido por completo el juicio cuando las manos del guerrero recorrieron su cuerpo. No estaba segura de que pudieran excomulgarla por ello, pero seguro que se acercaba a ello. Dejando escapar un largo y profundo suspiro, Kenna se abrazó al caliente cuerpo del guerrero. Este la estrechó contra sí y comenzó a escuchar los rápidos latidos de su corazón. La joven sonrió y apoyó una pierna sobre las de Magnus. Este acariciaba su espalda lentamente, disfrutando de su tacto suave.

—¿Te he hecho daño? —acabó preguntándole cuando logró calmarse.

Kenna negó con la cabeza.

—No… —susurró la joven intentando ocultar su rostro.

Su cabeza se elevó ligeramente cuando el guerrero rio. Ambos se sentían ligeramente extraños tras haberse entregado el uno al otro. Estaban confundidos y tensos. ¿Qué se suponía que debían hacer en ese momento?

—Pensaba que éramos muy diferentes —comenzó diciendo la joven—, pero tal vez estaba equivocada. Por un momento, olvidé todo lo que ha pasado entre nosotros.

Magnus sonrió y asintió.

—Lo que yo no esperaba era que mi enemiga besara tan bien y fuera tan ardiente…

Kenna resopló e intentó apartarse, pero Magnus se lo impidió, apretándola contra él con fuerza.

—¿Vas a usar ahora esto como arma arrojadiza? —preguntó Kenna levantando la cabeza para mirarlo a los ojos—. ¿O significa una tregua entre nosotros?

Magnus fingió pensarlo.

—Podría usarla como arma para sacarte de quicio, pero me gusta más la idea de la tregua. Creo que me cansa demasiado el hecho de pensar en ti como una enemiga. Y pensar que tengo que salvar a mi enemiga de su otro enemigo es demasiado trabajo.

Magnus le guiñó un ojo y le acarició la cintura despreocupadamente.

—Pero no pienses que voy a obedecerte después de esto…

Magnus lanzó una carcajada.

—No lo esperaba. Me gustas como eres, Kenna. Libre de ataduras y sin la voluntad de obedecer. Eso sí, si te pones en peligro a sabiendas, pienso atarte a mi cama y no voy a dejarte salir de allí jamás. Serás solo mía.

Kenna rio.

—Eso es un sueño, ¿verdad?

Magnus sonrió.

—Para mí, un sueño; para ti, una pesadilla…

Kenna puso los ojos en blanco.

—Siento mucho todo esto, Magnus.

La joven se incorporó y lo miró sentada. Se cubrió el cuerpo con la manta y mostró un rostro arrepentido.

—¿Acostarte conmigo?

Kenna negó con la cabeza.

—El problema en el que te metí al besarte. Estaba aterrada ante la idea de casarme con Hamilton desde el primer momento. No solo me preocupaba el hecho de que tuvieran un plan para conseguir mi herencia, sino también pensar en que pertenecería a alguien como él. Pensaba que al venir a hablar con el rey escocés me libraría de casarme con un inglés, pero Alejandro decidió que sería buena idea al unirnos.

Kenna sonrió tímidamente.

—Y la idea del beso me la dio él.

Magnus frunció el ceño.

—¿Perdona?

—No me dijo que te besara explícitamente. Pero le pregunté si había una forma de acabar con ese compromiso y la única manera sería descubriéndome con otro hombre. Por eso, cuando huía de ellos y te encontré en ese salón, te besé. Estaba desesperada y ya te había besado antes… y, bueno, me había gustado. Lo que no esperaba era que todo el contingente de Hamilton se aventurara a las Highlands para matarte. Lo siento.

El guerrero sonrió y se sentó también para mirarla a los ojos, dejando que

la manta se escurriera por su pecho y cayera sobre su cadera.

—Entonces debemos pedir disculpas los dos. La verdad es que cuando el rey me dijo que iba a casarme con cualquier mujer perdida de Escocia, me asusté. Siempre que he pensado en el matrimonio lo hacía creyendo que lo haría por amor o al menos por atracción y pensé que el rey no tendría el gusto suficiente como para elegir a una buena mujer para mí. En parte, solo en parte, ¿eh?, me alegré de que fueras tú. Había conocido tu valentía, rebeldía y antipatía en el bosque, pero también me fijé en lo hermosa que eras. Así que no estoy casado a disgusto. Bueno, un poco.

Kenna lo golpeó ligeramente en el brazo.

—Lo de Hamilton tiene solución. Todo tiene solución, Kenna. Campbell nos ayudará y todo esto quedará como un mal sueño del que nos despertaremos en unas semanas o incluso días. Y después, bueno, supongo que podremos vivir en paz ahora que nos hemos desahogado y pedido disculpas.

Kenna asintió, aunque le surgió una nueva duda.

—Pero, aunque lo hayamos hecho, no sé si me has perdonado.

Magnus sonrió.

—Si no te hubiera perdonado, ahora mismo estarías durmiendo fuera de este pajar.

La joven sonrió.

—¿Te habrías casado conmigo igualmente si fuera fea?

El guerrero fingió meditarlo largamente, hasta que chasqueó la lengua.

—Creo que le habría dicho al rey que preferiría la opción de enviar a mi clan a la guerra antes que eso.

Kenna le pellizcó el brazo, provocando que lanzara una exclamación de dolor. Con un movimiento rápido, Magnus se giró y la atrapó entre sus brazos, empujándola contra el colchón improvisado de paja. La joven rio con fuerza y lo miró a los ojos.

—Lo siento mucho, señora MacLaren, pero tengo que devolverle ese pellizco. No puede ir por la vida haciéndole eso a su esposo.

Kenna arqueó una ceja y sonrió.

—¿Estás seguro? Yo creo que sí puedo hacerlo…

Para demostrárselo, la joven levantó una mano y volvió a pellizcarlo, pero esta vez, en lugar de hacerlo en el brazo, lo hizo con uno de sus pezones. Magnus gruñó por lo bajo y acortó la distancia con ella al tiempo que chasqueaba la lengua.

—Señora MacLaren, eso no está bien. Tendrá que pagar un precio.

La joven se carcajeó entre sus brazos e intentó apartarlo de ella, pero la fuerza de Magnus era superior, por lo que apenas logró moverlo.

—Solo le he dado a mi esposo lo que merecía.

El aludido frunció el ceño.

—¿Lo que merecía? Ahora este esposo le dará a su mujer lo que merece…

Con ambas manos, aferró las muñecas de Kenna y las elevó por encima de su cabeza. La miró mientras se mordía el labio inferior con deseo. Tenerla bajo su cuerpo y totalmente entregada era como un sueño hecho realidad, pues desde que la conocía no había hecho más que desearla. Después, la aferró únicamente con una de sus manos, mientras que la otra comenzó a descender por su cuerpo, acariciándola, arrancándole suspiros. Se detuvo instantáneamente en sus pechos, pero rápidamente comenzó a descender nuevamente. Bajó hasta su vientre y, de ahí, hasta su entrepierna, la cual comenzó a acariciar lentamente, haciendo que perdiera el norte de nuevo.

Sus mejillas volvieron a tornarse rojas por el deseo y cuando vio que cerraba sus ojos, agachó la cabeza para mordisquear su cuello. Ella lo había pellizcado, y él pensaba hacérselo pagar de la mejor manera posible.

CAPÍTULO 13

Ninguno fue consciente de que había llegado un nuevo día hasta que las voces en el exterior del pajar llegaron hasta ellos. Magnus se despertó sobresaltado y entornó los ojos cuando la luz del día le dio de lleno en ellos. No entendía cómo era posible que se hubiera quedado dormido, ya que siempre era de los primeros en levantarse.

Pero sonrió cuando los recuerdos acudieron a su mente y miró hacia su izquierda y vio a Kenna aún dormida, aunque comenzaba a despertar, ya que las voces de Ava y Theodore se escuchaban con claridad desde allí.

Magnus estiró su cuerpo entumecido y no pudo evitar bajar la cabeza hacia el hombro de Kenna para morderlo con suavidad. La joven gimió y se movió ligeramente.

—Al final, vas a conseguir que nuestra guerra continúe…

El guerrero rio y apartó el manto de su cuerpo desnudo.

—Tenemos que levantarnos ya. Es muy descortés por nuestra parte que no ayudemos a preparar el desayuno. Nos iremos después de comer algo y recoger nuestras cosas.

—Estoy demasiado cansada.

Magnus alargó una mano y apretó la nalga de la joven, arrancándole un gemido de placer.

—Anoche no decías lo mismo.

—Pero ahora sí… ¿Cuándo llegaremos al castillo de Campbell?

Magnus se detuvo a pensar.

—El tramo que queda hasta llegar a las tierras Campbell ya no podemos hacerlo mediante desvío. Tenemos que ir directamente hacia el camino principal porque nos meteríamos en las montañas y podría ser peligroso. Así que, a partir de ahí, calculo que tardaríamos unos tres días si no nos llueve con intensidad.

Magnus sonrió.

—No pongas esa cara. Es lo mejor para evitar a Hamilton.

Kenna frunció el ceño y se incorporó.

—¿Dónde crees que estará?

Magnus se encogió de hombros.

—No lo sé, pero si ellos no se han desviado como nosotros, puede que estén más cerca de lo que creemos.

Por los ojos de la joven cruzó una expresión de auténtico pánico, aunque intentó disimular alargando una mano para coger su ropa. No obstante, Magnus la frenó.

—Kenna, no lo vamos a ver.

—Tenía a muchos hombres de su mano…

Magnus sonrió.

—Eso no es nada comparado con los hombres de Campbell. Y si a eso le sumas la fama que tiene Clyde es como si tuviera el doble de guerreros a su lado.

Kenna dudó un instante más, pero a una sonrisa de Magnus, asintió.

—Ves todo muy fácil.

El guerrero se encogió de hombros.

—Siempre me obligué a hacerlo cuando todo a mi alrededor caía y ardía sin control. Alguien debía mantener la calma, la esperanza y la sonrisa. Y decidí tomar como mía esa tarea. Y deja de culparte. Ya lo hablamos…

Kenna frunció el ceño.

—No lo hago.

Magnus arqueó una ceja.

—Mentiras a mí… Qué valor.

Sin perder la sonrisa, el guerrero comenzó a vestirse. La joven lo imitó y en cuestión de minutos habían recogido todas sus cosas para ir hacia la casa principal de Ava y Theodore para comer algo antes de salir.

Mientras se acercaban a la puerta, Magnus miró de reojo a Kenna y le dijo:

—Si quieres, podemos ir al pueblo antes de ir a tierras Campbell.

Los ojos de Kenna se abrieron desmesuradamente.

—¿Estás seguro?

—Sí, ayer te habría gustado visitar el mercado.

—Es que siempre me han llamado la atención.

—Entonces, iremos.

Kenna asintió con una sonrisa, incapaz de apartar la mirada de Magnus. Rezó para que este no descubriera lo que estaba pensando en ese momento, pero algo dentro de ella, demasiado profundo y peligroso, había despertado y le había dado de lleno en el corazón, haciendo cambiar sus sentimientos hacia él. Después de hablar y contarle la culpabilidad que sentía por todo lo que había pasado, tenía la impresión de que se había quitado un peso de encima, pero ese hueco lo habían ocupado sentimientos nuevos. Y eso la mareó.

La aparición de Ava la salvó de tener que contarle por qué lo miraba así, pues Magnus se había fijado en que sus ojos expresaban algo en silencio.

—¡Buenos días! Estábamos empezando a preocuparnos. Temíamos que os hubiera pasado algo durante la noche.

Magnus sonrió amablemente, conocedor del poder de su sonrisa.

—Tranquila. Todo estaba en orden. Lamento mucho el retraso. Estábamos tan cansados de dormir a la intemperie que nos hemos rendido ante el colchón de paja y un techo bajo el que resguardarnos.

Ava le devolvió la sonrisa.

—No pasa nada. Acabo de terminar el desayuno ahora. Entrad, la mañana se ha despertado fresca.

Theodore los saludó animadamente al verlos.

—Gracias por tu ayuda, Magnus —fue lo primero que le dijo—. Esta noche no ha muerto ninguna oveja, ni se han escapado. Ya estaba empezando a temer que iba a perderlo todo.

Magnus le dio una palmada en la espalda y se sentó junto a él.

—No fue nada. Gracias a vosotros por permitirnos dormir bajo un techo. Viajar con estos días de lluvia ha sido realmente agotador.

Ava, con la ayuda de Kenna, preparó los platos en la mesa y comenzaron a desayunar. Kenna estuvo a punto de gemir de placer cuando la leche caliente entró por su garganta. Hacía tanto tiempo que no había probado algo tan simple y tan delicioso como aquello que las lágrimas estuvieron a

punto de acudir a sus ojos.

—Reponed fuerzas. Si vais a tierras Campbell, aún tenéis por delante un tiempo más de viaje.

Kenna asintió mientras degustaba la leche con pan que tenía frente a sí, al igual que Magnus, que dejó de hablar tan solo para comer ese desayuno tan delicioso que tenía entre las manos.

Kenna lo miró por encima de la cuchara que tenía en las manos y Magnus le guiñó un ojo, recordándose solo con ese gesto todo lo que habían hecho durante la noche. La joven hizo todo lo posible para no sonrojarse, pero no lo logró, por lo que bajó la mirada hacia su plato.

En ese instante, Theodore pareció recordar algo y dejó su cuchara sobre el plato.

—Por cierto, muchacha, durante la noche he recordado el apellido de ese desgraciado que os atacó.

El corazón de Kenna se paró de golpe. No había vuelto a recordarlo durante la noche debido a todo lo que había vivido con Magnus. Ni siquiera al despertar logró recordar que Theodore debía contarle algo, por lo que, en ese instante, sintió que el suelo temblaba bajo sus pies.

Las manos le temblaron y bajó la cuchara, incapaz de seguir degustando el delicioso desayuno. El estómago se le cerró de golpe, sintió un poderoso calor subiendo hasta su cuello, ahogándola por el nerviosismo que la exaltó de repente.

Desde su asiento, Magnus puso toda su atención en esa conversación, aunque no dejó de comer, pues no quería ser protagonista en eso, tan solo espectador. Era algo que le concernía únicamente a Kenna, y, aunque él la apoyaría, no quería meterse en ese instante.

—He tardado mucho en recordarlo. De hecho, no sé cómo no lo hice antes. Es un apellido poco común en Inglaterra y tal vez no lo conozcas, pero al menos podrás descansar en paz sabiendo el nombre de la persona que te arrebató a tu madre.

Kenna asintió, incapaz de pronunciar palabra alguna. Deseaba gritar y pedirle el nombre, pues Theodore se estaba yendo por las ramas y ella solo quería el nombre, nada más; ni siquiera le importaba el momento en el que el hombre captó esa información.

—Querido, te estás yendo por un lugar que no le concierne. Ve al grano…

Kenna sonrió ligeramente a Ava, que asintió también con una sonrisa y todos esperaron a que Theodore pronunciara el nombre.

—Uno de los guerreros llamó al que comandaba ese contingente de hombres y no solo lo hizo por el apellido, como recordaba, también por el nombre: Arthur Hamilton.

Magnus estuvo a punto de atragantarse con la leche cuando escuchó ese nombre. Su tos fue lo único que pudo escucharse en la pequeña cocina tras la revelación de Theodore. El corazón de Kenna se sacudió nuevamente y necesitó apoyarse contra la mesa para evitar caerse al suelo a pesar de estar sentada en la silla. Creyó que le faltaba el aire y todo a su alrededor comenzó a dar vueltas rápidamente. El suelo tembló y los oídos comenzaron a pitar como si de un silbido se tratara. Incluso la vista pareció nublarse durante unos segundos.

Arthur Hamilton…

Ese nombre repiqueteaba una y otra vez en su mente, como si de un martillo se tratara. ¿Cómo era posible? Tal vez era casualidad y había otro Arthur Hamilton en Inglaterra que pudiera conocerlos, pero ¿de verdad el destino jugaba tan sucio que los puso a ambos en el mismo camino? No podía ser verdad. Y Theodore no conocía su historia, así que no podía inventarse nada…

Magnus y ella se miraron a los ojos en ese momento, incapaces de encontrar una sola palabra para responder al hombre que los había acogido esa noche. En los ojos del guerrero estaba reflejada la duda, la sorpresa y la ira, por lo que la joven no estaba segura de lo que debía pensar en ese momento.

Ava los miraba alternativamente, convencida de que ese nombre no era la primera vez que lo escuchaban, y Theodore siguió desayunando como si no hubiera soltado un motivo para ir a la guerra.

—¿Estás… estás seguro de ese nombre? —preguntó la joven en apenas un susurro.

Theodore levantó la mirada y solo entonces fue consciente de que Magnus y Kenna lo estaban mirando.

—Sí, lo recuerdo bien. ¿Por qué?

Ambos jóvenes volvieron a mirarse a los ojos.

—Porque ese hombre fue mi prometido hasta que me casé con Magnus.

Theodore frunció el ceño.

—Pero ese hombre debe de ser muy mayor para ti.

—Eso no era un impedimento para mi padre… —respondió rápidamente la joven.

—No puede ser… —renegó Magnus entre dientes.

Kenna tampoco podía creerlo. Se sentía como en un sueño del que no podía despertar, como si fuera una pesadilla en la que era la protagonista y jugaban con ella de forma demasiado perversa.

Magnus alargó la mano en la mesa para tocar la de la joven, que se había sumido en sus propios pensamientos. Llamó su atención y la miró a los ojos. El corazón de Magnus estaba latiendo demasiado deprisa, se le había cortado la respiración, como a Kenna, y también sentía que todo daba vueltas a su alrededor, ya que, en caso de que eso fuera cierto, se estaban enfrentando a un hombre más poderoso de lo que pensaban, así que estaban en serios problemas.

Cuando la joven levantó la mirada hacia él, ligeramente lacrimosa, puso en palabras algo que cruzó por su mente y no estaba seguro de que fuera real.

—Dijiste que Hamilton era primo de Eleanor, tu madrastra.

Kenna asintió, incapaz de hablar.

—¿Sabes cómo conoció tu padre a esa mujer?

—Por lo que sé, fue en un viaje de negocios a Inglaterra.

Magnus frotó las manos contra su rostro.

—¿Y no sabes si fue ella la que se acercó a él? No creo que todo esto sea una puta casualidad, Kenna. Parece más bien un plan muy bien hilado en el tiempo.

La joven tragó saliva y comenzó a temblar.

—¿A qué te refieres?

—A que Hamilton sabía a quién estaba atacando hace años. Y puede que ideara un plan con su prima para quitarte del medio y quedarse con toda la

herencia de tu padre.

Theodore y Ava los miraban sin comprender, pero no tenían tiempo para explicar qué había pasado.

—¿Y esperarían veinte años para ello?

—Te aseguro que hay gente que espera esos mismos años para consumar una venganza. Nos pasó a los MacLaren con los MacGregor.

Kenna suspiró y se dejó caer contra el respaldo de la silla.

—Es todo tan retorcido que no puedo pensar con claridad.

—Kenna, tú misma has dicho que Eleanor y Oliver nunca se portaron bien contigo. Tú descubriste a Hamilton besándose con ella y hablando de un plan. Está claro. Y si nos sigue, no es por sentirse humillado al no tenerte como esposa, sino porque sigues siendo un estorbo para sus planes.

Kenna resopló.

—¿Y por qué demonios no me mató aquel día? Acababa de nacer, estaba débil.

Magnus se encogió de hombros.

—Tal vez al verte ideó un plan diferente. No lo sé, pero es más peligroso de lo que pensábamos, Kenna. Debemos pedir ayuda a Clyde inmediatamente.

La joven asintió. De repente, ya no tenía hambre, ni sueño, ni siquiera miedo. Tan solo pensaba en llegar a su destino y acabar con ello cuanto antes.

Magnus se levantó, gesto que imitó Kenna.

—Muchas gracias por todo, pero debemos marcharnos cuanto antes.

—No entiendo qué os pasa, pero debe de ser algo muy fuerte para que os vayáis así.

—Si todo sale bien, vendremos a contaros todo —le aseguró Kenna—. No te imaginas el peso que me he quitado de encima al saber el nombre del culpable de ese ataque. Muchas gracias, Theodore. Por eso y por todo.

El hombre sonrió y miró a Magnus cuando este le dio una palmada en la espalda mientras Kenna abrazaba a Ava.

—Disfruta de la vigorosidad de tu hombre —le dijo esta al oído—. Os

hemos oído desde aquí…

Kenna sintió que se sonrojaba hasta límites que desconocía, provocando la risa de la mujer.

—Buen viaje. Y espero que podáis solucionar vuestros problemas.

—Y si alguna vez necesitas ayuda, enviaré a alguien del castillo —le aseguró Magnus al Theodore.

El hombre asintió con una sonrisa.

Al instante, Magnus miró a Kenna y, tras un gesto, ambos salieron de la casa y fueron a por los caballos. Minutos después, montaron sobre ellos y se alejaron de la granja rumbo al pueblo.

—Magnus, tal vez deberíamos ir directamente al castillo Campbell.

El aludido sonrió y negó con la cabeza.

—Querías ir al mercado del pueblo y es lo que haremos.

Kenna estuvo a punto de desistir al ver la sonrisa del guerrero. Como siempre, este mostraba una en sus labios, aparentando calma y seguridad a pesar de estar en medio de un problema más grande de lo que pensaban en un principio. No obstante, la razón pudo al corazón.

—Ya, pero Hamilton…

—Hamilton tiene dos opciones ahora mismo: o lamer el suelo que pisamos o mis pelotas. Cualquiera que elija, tú no entras dentro de ella. No pienso permitir que ese ser siniestro te toque un solo pelo, Kenna. Puede que él tenga un plan desde hace veinte años, pero yo tengo uno más reciente.

Kenna frunció el ceño.

—¿Y cuál es?

—Protegerte con mi vida si es necesario —le aseguró con voz firme y más seria que nunca.

Kenna sintió que las lágrimas acudían a sus ojos y desvió la mirada.

—¡No! No vuelvas a sentirte culpable, Kenna. Ese hombre está enfermo.

—Por lo que me siento culpable es porque tú estás en medio, Magnus. Me... me has demostrado que eres un buen hombre. No mereces cargar con esta guerra por mi culpa. Debería entregarme y enfrentarme yo sola a él.

El guerrero paró su caballo de golpe y la miró con el ceño fruncido.

—Ni se te ocurra, Kenna. Si en algún momento ese hombre se pusiera de nuevo en nuestro camino, desenvainaré mi espada y la cruzaré con la suya para defender no solo a mi esposa, sino también a la verdad y al juramento que hice ante Dios, que ni siquiera el viento de las Highlands puede borrar.

—Magnus… —susurró la joven.

—Si debo pasar por una guerra para volver a ver brillar tus ojos, lo haré. Pero te juro por Dios, por mi vida y por mi clan que no voy a permitir que ese hombre destruya algo que no le pertenece a él, sino a nosotros. Y si para ello tendría que ver arder esta tierra, lo haría con gusto, porque solo después cabría la posibilidad de vivir en paz.

Kenna suspiró y asintió.

—Gracias.

—No tienes que darme las gracias por algo que entra dentro de mi deber, no solo como esposo, sino también como persona. Y ahora, señora MacLaren, nos espera el mercado del pueblo.

Kenna no pudo evitar devolverle la sonrisa que este le ofrecía en ese instante. No sabía cómo lo hacía, pero Magnus siempre lograba hacer que se esfumaran los sentimientos profundos de negatividad para dar paso a la esperanza. Todo estaba demasiado negro en su camino, pero Magnus era una luz en la oscuridad del océano, y ella solo tenía dos opciones: ahogarse o aferrarse a él con fuerza. Solo así habría una mínima esperanza para vivir.

Cuando llegaron a uno de los laterales del mercado, dejaron los caballos a cargo de un mozo al que le pagaron bien para que los cuidara mientras ellos paseaban entre la gente del pueblo. Aunque intentaban pasar desapercibidos, los aldeanos los miraban de reojo, preguntándose qué harían por allí dos forasteros, pero ellos siguieron su camino sin mirar a nadie.

—¿Qué quieres comprar? —preguntó Magnus con cierto interés.

Kenna lo miró y sonrió tímidamente.

—Solo quiero mirar. No voy a comprar nada. Te recuerdo que mi padre no me dio ni una sola moneda cuando nos despedimos.

El guerrero lanzó una sonora carcajada que logró llamar la atención de algunas personas que había cerca de ellos.

—A ver cómo te explico esto para que se te meta en esa cabeza… —dijo tocándole suavemente la frente—. No hace falta que tu padre te diera todo el oro del mundo. Yo sí tengo dinero. Si quieres comprar algo, solo tienes que decírmelo y yo lo pagaré.

Kenna resopló y rodó los ojos al tiempo que negaba con la cabeza.

—No pienso dejar que pagues lo que yo quiera comprar.

Magnus se acercó a ella y agachó la cabeza, acortando visiblemente la distancia y logrando ponerla nerviosa, ya que los recuerdos de la noche anterior se agolpearon de repente no solo en su mente, sino también en cada recodo de su cuerpo que el guerrero acarició y besó con verdadera pasión.

—Da igual que me dejes o no. Lo voy a pagar.

Kenna frunció el ceño y se apartó para evitar sonrojarse.

—¿Y si quisiera comprar todo lo que hay en el mercado?

Magnus sonrió.

—Me parecería excesivo, pero lo pagaría igualmente.

—Engreído…

El guerrero acercó los labios a su oído.

—Lo haría tan solo para ver de nuevo refulgir tus ojos de la misma forma que lo hicieron esta madrugada.

Kenna no pudo evitar que sus mejillas se tiñeran de rojo, lo cual provocó la risa de Magnus, que se apartó para mirar un manto como si nada, como si no hubiera provocado en ella el mismo deseo que la noche anterior. Miró sus manos cuando las elevó para tocar el manto y le preguntó el precio al hombre.

—Si sigues únicamente con esa capa sobre tus hombros, vas a enfermar. No va a hacer falta que Hamilton nos encuentre para que mueras igualmente.

Para sorpresa de Kenna, Magnus la envolvió con él y lo ató a su hombro para que no cayera y tuviera libre movimiento de manos en caso de tener que luchar con la espada. Incluso él mismo le sacó el pelo y lo dejó caer a

su espalda.

—Así mejor. Estás hermosa.

La joven se miró a sí misma, aún sonrojada. No podía creer que Magnus se hubiera gastado dinero para evitar que ella tuviera frío con esa simple capa. Lo miró asombrada y no supo qué decir. Su boca se abrió para agradecerle el gesto, pero no pudo pronunciar palabra alguna. Estaba tan sorprendida que no podía hablar. Acarició la capa ligeramente, comprobando la calidad de la misma, que era realmente suave y caliente.

—Gracias —susurró cuando volvió a encontrar la voz en algún lugar de su garganta.

Magnus sonrió y la besó. Fue corto, pero tan intenso que Kenna sintió que sus piernas volvían a temblar de deseo.

—Sigamos… —dijo Magnus señalando hacia adelante.

Cerca de donde ellos se encontraban había un pequeño puesto de joyas, telas, carnes y frutas.

En ese momento, Kenna se quedó mirando fijamente a un joven que había cerca del puesto de frutas. Miraba nervioso de un lado a otro del mercado y Kenna frunció el ceño.

—Espero que no se te ocurra meterte en líos que no nos conciernen —susurró Magnus al ver que se paraba.

El guerrero siguió su mirada y dio con el chico al que la joven observaba con atención. Él pensó lo mismo que su esposa y negó con la cabeza, poniéndose delante de Kenna para cortar la conexión de su mirada.

—No es nuestro problema.

—Ni siquiera sabes lo que estoy pensando.

Magnus arqueó una ceja y suspiró largamente.

—Tú y yo sabemos que ese chico de ahí está esperando la situación propicia para robar algo de fruta, pero no podemos meternos en eso cuando hay quien nos está buscando. No quiero llamar la atención.

—Yo no he dicho que voy a hacer nada.

—Lo ha dicho tu cuerpo por ti. Te has parado y lo has observado con atención. Es esta gente quien tiene que solucionar si tienen ladrones entre

ellos.

Kenna respiró hondo y rodó los ojos.

—Pero si está en nuestras manos impedir un robo, podríamos hacerlo.

Magnus rio suavemente.

—Hacer eso teniendo en cuenta que nos está siguiendo un batallón inglés no es muy inteligente.

Kenna frunció el ceño.

—¿Me estás llamando tonta?

—¿Por cometer semejante locura? —Magnus la aferró de la cintura y la atrajo hacia sí—. Ni confirmo ni desmiento.

La joven entrecerró los ojos.

—Eres exasperante.

—Pero también muy atractivo, ingenioso y atrevido.

Kenna arqueó una ceja.

—Te ha faltado decir engreído…

Magnus se mordió el labio inferior y acortó la distancia para besarla, pero justo en ese momento, el ladrón aprovechó para coger varias piezas de fruta y correr hacia el lado contrario del mercado.

Kenna empujó a Magnus, que renegó entre dientes al verla correr detrás del ladrón. No estaba seguro de que lo que más le molestara fuera que hubiera hecho caso omiso a su petición o que lo hubiera dejado con ganas de besarla. Fuera lo que fuera, corrió detrás dejando escapar un rugido.

La gente se apartaba de ellos en lugar de intentar atrapar al ladrón, que fue alcanzado por Kenna en el momento en el que este se agachó para coger una manzana que se le había caído de entre las manos.

—¿A dónde crees que vas con eso?

—¿A ti qué demonios te importa? —le espetó antes de que Kenna pusiera un pie para hacerlo caer estrepitosamente contra el suelo.

—Se te ha olvidado pagarlo…

El joven se levantó, dispuesto a golpear a Kenna, que llevó una mano a la empuñadura de la espada con la intención de desenvainarla, pero en ese

instante apareció Magnus y se interpuso entre los dos con la espada en la mano. El ladrón desenvainó una enorme daga que llevaba entre su ropa, y Magnus elevó su mano libre para intentar poner paz.

—No queremos problemas.

El ladrón resopló.

—Entonces ¿por qué os habéis metido en mi camino?

Kenna rodeó a Magnus y desenvainó la espada.

—Porque has robado a ese hombre que solo intenta ganarse el pan de forma honrada.

—¿Por qué no te vas a lavarle la ropa a tu marido, mujer?

Kenna lo miró, iracunda.

—¿Por qué no vas tú a lavarte las pelotas? Desde aquí nos llega tu olor a rata podrida.

Magnus la miró, entre estupefacto y horrorizado. El ladrón aprovechó ese momento para correr y escapar, y aunque Kenna estuvo a punto de lanzarse de nuevo contra él, Magnus la sujetó con fuerza, pues al menos habían rescatado la fruta que había robado.

—¿Alguna vez has pensado en lavarte la lengua? ¿Con quién demonios te has criado para hablar así?

Kenna sonrió y se apartó de él.

—En Inglaterra eran tan comedidos que en mi interior solo deseaba hablar como una salvaje escocesa.

Magnus arqueó una ceja.

—No te equivoques. En las Highlands no hablamos así. Tú lo haces como si hubieras estado media vida entre marineros…

Kenna lanzó una carcajada, provocando que el propio Magnus acabara sonriendo mientras negaba con la cabeza.

—Nos van a matar, y no precisamente Hamilton… Cada día lo tengo más claro.

Kenna le lanzó un beso mientras caminaba entre la gente que había acudido a ayudar al frutero, pero Magnus se lanzó contra ella y, alejándola

de allí, la atrajo hacia él y la besó con firmeza a pesar de su negativa. No le importó que la gente del mercado pudiera verlos. La veía tan hermosa cada vez que se enfrentaba a alguien que estaba comenzando a desear tener problemas con todo el mundo para que Kenna se enfrentara a ellos y su rostro mudara en esa seriedad que hacía refulgir sus ojos.

Magnus se separó de ella y, contra sus labios, le dijo:

—Vas a acabar conmigo si Hamilton no lo hace antes…

Kenna lo empujó suavemente y puso los ojos en blanco.

—La gente nos está mirando.

El guerrero la señaló con un dedo mientras tomaba el camino hacia los caballos.

—Te equivocas. Te miran a ti por salvaje y malhablada.

Kenna sonrió con orgullo y elevó el mentón, provocando la risa de Magnus, que le dio una palmada en la espalda al joven mozo que los había ayudado con los caballos. Ambos montaron sobre ellos y pusieron rumbo a la salida del pueblo para retomar su viaje, dejando atrás una estela de comentarios que les daría conversación a toda esa gente durante al menos una semana…

—Por favor, el resto del viaje no te metas en líos —le pidió Magnus cuando dejaron atrás el pueblo.

Kenna sonrió y paró un momento, a su lado.

—Yo no me quiero meter en líos. Son ellos los que se ponen en mi camino.

Magnus rio, pero su sonrisa se quedó congelada en sus labios al ver que se acercaba alguien conocido a ellos. Kenna, que lo estaba mirando en ese instante, pensó que Hamilton los había descubierto y se sobresaltó. Se giró enseguida, pero el hombre que se acercaba a ellos a caballo era escocés. En su rostro mostraba una sonrisa agradable y soltó una risa cuando Magnus siguió observándolo asombrado.

—Parece que has visto un fantasma, MacLaren.

Kenna giró la cabeza en dirección a Magnus, que dejó escapar una risa.

—Es que tengo la sensación de tener uno frente a mí. No sabía de ti desde los juegos, Munro.

Ambos desmontaron del caballo y se abrazaron con una sonrisa en los labios.

—¿Qué demonios haces por aquí? Tú eres del norte.

Kenna desmontó también y se acercó ligeramente a ellos, aunque sin meterse en la conversación. Era un hombre imponente. Su rostro, ahora serio, nada tenía que ver con el de Magnus, cuyos ojos siempre relucían con su habitual picaresca. Ese tal Munro era de pelo castaño y ojos oscuros como la noche, pero tan musculoso y llamativo como su esposo.

—Estamos visitando a unos familiares de mi esposa. Y no he podido evitar ver el alboroto que habéis montado en el mercado. No me ha dado tiempo a acercarme, así que os he seguido.

Magnus puso los ojos en blanco.

—Bueno, el revuelo lo ha montado Kenna. Es mi esposa.

La joven se acercó a él y contuvo un resoplo al ver su expresión asombrada.

—¿Te has casado, MacLaren?

—Sí, bueno es una larga historia. Ella es Kenna Ferguson. Kenna, él es Durell Munro, amigo desde los Juegos de las Highlands del año pasado.

—¿Una Ferguson? —preguntó después de inclinar la cabeza en señal de respeto—. Eres de las Tierras Bajas…

—Sí, y criada en Inglaterra durante cinco años. ¿Algún problema?

Durell frunció el ceño y miró a Magnus, que se encogió de hombros.

—Tiene mucho carácter.

—Ya veo… Debe de ser muy duro aguantarla… —no pudo evitar pincharla.

Kenna resopló.

—Tú eres tonto, ¿no?

Durell volvió a mirar a Magnus, que contuvo una sonrisa. El primer guerrero fingió una expresión endurecida y malhumorada.

—A mí no me mires —respondió Magnus—. Ese insulto le gusta mucho…

Durell la observó nuevamente de arriba abajo y desenvainó lentamente la espada, dando un paso hacia un lado y provocando que Kenna se pusiera en alerta.

—No puedes hacerme nada. Soy la esposa de tu amigo.

Durell volvió a mirar a Magnus, que sonrió de lado.

—Toda tuya…

Kenna frunció el ceño y desenvainó la espada al ver que Durell se movía de un lado a otro, buscando la mejor manera de atacarla. La joven clavó los talones en la tierra, y al cabo de unos segundos, levantó la espada con furia al ver que el guerrero se lanzaba contra ella. Paró el primer golpe con maestría, sin embargo, se dio cuenta de que estaba luchando contra un hombre realmente fuerte. Sus brazos estuvieron a punto de doblarse cuando sintieron la fuerza con la que Durell arremetió contra ella, pero logró pararlo con firmeza.

Durell sonrió cerca de ella, sin apartar la mirada de sus ojos. Kenna miró nerviosa a Magnus, que se cruzó de brazos y se alejó de ellos para darles espacio, como si no le importara que ese hombre pudiera hacerle daño. La joven resopló, haciendo reír a Durell.

—¿Estás un poco nerviosa? Insultar puede traerte problemas, muchacha…

Kenna torció la boca y lo empujó lejos de ella.

—A ti también. Podría hacerte alguna herida, Munro.

El aludido rio de nuevo.

—Hace falta mucha fuerza para hacerme una herida.

—¿Insinúas que yo no la tengo? —preguntó Kenna, indignada.

El guerrero fingió meditarlo y, a un gesto de Magnus, le dijo:

—Probablemente, no…

Kenna resopló y se lanzó contra él. Durell paró su estocada casi sin esfuerzo y se enzarzaron en una brutal pelea. Kenna solo deseaba herirlo, aunque fuera un simple rasguño, y Durell solo quería enfurecerla, tal y como le había pedido Magnus con la mirada.

—Me alegra saber que la esposa de Magnus tiene carácter…

Pero Kenna no le respondió. Estaba tan concentrada en la pelea que no quería pensar en otra cosa que no fuera en lo que estaba haciendo. Describió un arco con la espada cuando Durell perdió un segundo mirando a Magnus, pero este giró sobre sí mismo y levantó la espada, colocándola de golpe contra su cuello. La joven tuvo que echar la cabeza un poco hacia atrás y lo miró con rabia.

—Prueba a herirme ahora, muchacha.

—Todos los amigos de Magnus estáis locos.

Durell sonrió.

—Puede ser, pero ¿quién no lo está? Tú te has enfrentado a mí por orgullo a sabiendas de que podrías perder.

Durell apartó la espada y la envainó, guiñándole el ojo. Derrotada, Kenna lo imitó y dirigió a Magnus una mirada cargada de odio. Este se limitó a sonreír y acercarse a ellos nuevamente.

—Munro tiene razón. Si me hicieras caso, no te meterías en problemas.

Kenna hizo un gracioso mohín con la boca y se mantuvo callada.

—Y a vosotros, ¿qué os trae por aquí?

—Vamos al castillo Campbell.

—¿A presentarle a Clyde a tu amable esposa?

Kenna lo miró de reojo, provocando la risa de Durell.

—No. Realmente, vamos a pedir su ayuda. El antiguo prometido de Kenna nos sigue y ya sabes que los Campbell son muy salvajes, especialmente si se trata de un inglés…

La sonrisa de Durell se borró de su rostro.

—¿Un inglés?

—Sí, un lord muy cercano al rey de Inglaterra.

Durell miró a Kenna, pero rápidamente volvió sus ojos hacia Magnus.

—¿Así que sois vosotros a quienes busca ese contingente?

La sonrisa de Magnus desapareció de golpe. Kenna palideció rápidamente y tragó saliva.

—¿Los has visto? —le preguntó, temerosa de conocer su respuesta.

—Sí, viniendo hacia aquí. Me dio la impresión de que buscaban a alguien, pero nos desviamos antes de que pudieran alcanzarnos. Está claro que unos ingleses no se van a aventurar a las Highlands por placer…

Magnus puso una mano en su hombro.

—¿Dónde los has visto?

—En el límite de las tierras de los Campbell, pero en el camino principal.

Magnus renegó entre dientes.

—Maldita sea, pensábamos seguir por ese camino ahora…

Durell torció la cabeza.

—No te lo recomiendo, amigo. Hay un sendero por el bosque que podréis atravesar. Es más complicado y estará embarrado por las lluvias de los últimos días, pero será seguro. Era un gran contingente. Si os atrapan, no podréis escapar.

Kenna tragó saliva para evitar que lágrimas de frustración acudieran a sus ojos. Puso los brazos en jarras y caminó de un lado a otro. Había tenido la esperanza de que Hamilton se hubiera cansado de seguirlos y no encontrarlos, además del clima del país, pero saber que seguían adelante y que pasarían muy cerca de ellos la aterraba.

Oyó hablar a Magnus y Durell, pero estaba tan sumida en sus pensamientos que no acertaba a escuchar ni una sola palabra. Se llevó las manos al rostro y lo escondió entre ellas. Su corazón latía con demasiada fuerza, su respiración se aceleró y notó cómo la poca comida que había ingerido esa mañana luchaba por salir de nuevo por su boca, aunque respiró hondo para lograr contenerla. La noche anterior con Magnus había sido una completa fantasía que había provocado que lograra soñar con una vida junto a él llena de respeto y, por qué no, amor. Pero en ese instante, todos sus sueños acababan de desvanecerse por completo. La maldita sombra del peligro que suponía Hamilton se cernía sobre ellos de nuevo. Y lo odió con todas sus fuerzas.

Por ello, se giró y observó a Magnus. Este hablaba de forma acelerada con Durell, pero Kenna solo mantenía su atención en sus propios pensamientos. En un instante, dio un paso adelante con determinación. No iba a dejar que le hicieran daño.

—Me entregaré.

La conversación entre ambos guerreros se cortó de golpe. Durell la miró con una ceja enarcada y Magnus se giró lentamente hacia ella, como si de repente le hubieran salido dos cabezas.

—¿Qué has dicho?

—Que me entregaré a él.

—Supongo que estás de broma, ¿no?

—¿Crees que bromearía sobre algo así? Es la única forma de que no te atrapen a ti. Si te cogen, Magnus, te matarán. Podría irme con él y fingir durante un tiempo, hasta que pueda escapar.

El guerrero caminó hacia ella, clavando los pies en el suelo con demasiada fuerza.

—Voy a pensar que has perdido el juicio y por eso dices esas tonterías. Hamilton te encerraría en una mazmorra y jamás podrías salir de ahí. Y después te mataría.

Kenna suspiró.

—Pero es la única manera de que tú puedas vivir, Magnus.

Este la aferró del rostro y la acercó a él.

—No pienso dejar a mi esposa en manos de ese desgraciado. No voy a permitirlo, Kenna. Prefiero morir antes que verte en manos de ese hombre.

—¿Por qué? —preguntó en tan solo un susurro.

Magnus boqueó varias veces.

—Porque jamás soportaría ver cómo la mujer más maravillosa que he conocido jamás se hunde en manos de Hamilton como si no tuviera a nadie que la proteja. Yo estoy a tu lado y lucharé contigo en esto. Soy tu esposo, Kenna, y si me matan por ello, aceptaré la condena con una sonrisa porque al menos sé que me iré de este mundo con el alma rebosante.

—No quiero que te hagan daño.

—Lo sé, pero yo tampoco quiero que te lo hagan a ti. Y soy más alto y más fuerte que tú, así que gano esta batalla, Kenna.

Magnus le guiñó un ojo, haciendo que la joven sonriera con lágrimas en los ojos.

—Si Hamilton te atrapara, reuniría a todos los clanes para luchar contra él.

—Si te atrapara a ti, cabalgaría día y noche para llegar a un lugar seguro donde pedir ayuda.

Magnus sonrió.

—Me alegra saber que al final me tienes algo de aprecio…

—Tampoco te emociones, esposo.

Magnus se mordió el labio mientras sonreía y regresó junto a Durell.

—Tenemos que irnos, amigo. Muchísimas gracias por contarnos todo esto.

—No hay de qué, MacLaren. De haber sabido que os buscaban a vosotros los habría llevado por un camino diferente para despejaros la llegada a tierras Campbell. Llevad cuidado y, por favor, cuando solucionéis esto, envíame una misiva para contarme todo.

Magnus asintió y los tres se despidieron.

—Por cierto, muchacha, dobla más las rodillas cuando luches. Te dará más estabilidad.

Kenna sonrió.

—No sé si fiarme de tu palabra. Quieres que alguien me revuelque por el suelo.

—Por supuesto, pero también quiero que vivas para aguantar el resto de tu vida a MacLaren.

Ambos montaron sobre sus caballos y se despidieron nuevamente de Durell, cabalgando con prisa hacia un sendero seguro por el que llegar a tierras Campbell y esquivar a Hamilton. El peligro les pisaba los talones y no estaban seguros de que el destino les pusiera las cosas fáciles para vencer a su enemigo.

CAPÍTULO 14

Magnus aminoró la marcha cuando cruzaron la frontera con el clan Campbell y ya pisaron las tierras de su amigo Clyde. La temperatura parecía haber bajado ligeramente y el cielo amenazaba lluvia, pero nada podía hacerles olvidar que, aunque esas tierras eran amistosas, en ellas pululaba un gran peligro.

No habían tenido problema alguno desde que dejaron atrás a Durell y el pueblo, pero temían tenerlo ahora. Habían cabalgado sin descanso hasta allí, ni siquiera habían parado para comer, y ahora que llegaba la noche no querían hacerlo. Tampoco deseaban ir a una taberna, ya que los ingleses podrían presentarse allí.

—¿Cuándo crees que llegaremos al castillo de Campbell? —preguntó Kenna.

Magnus torció la cabeza.

—Antes sí tenía un día más o menos fijado, pero con Hamilton por la zona tal vez tardaremos algo más en llegar. De todas formas, desde aquí no hay mucha distancia y será cuestión de dos días.

Kenna resopló y miró al cielo.

—Estoy empezando a pensar que tal vez podríamos haber pedido ayuda a tu hermana. Puede que no se hubieran atrevido a cruzar las tierras MacGregor.

Magnus la miró y paró su caballo.

—Debo reconocer que me cuesta creer que Hamilton haya tenido la valentía suficiente para atravesar las tierras de Clyde. Campbell no es muy amigo de que desconocidos pisen sus tierras, así que no me extrañaría que, si los descubren, los expulsen.

—Pero eso no quita que el peligro siga ahí. Si se ha aventurado es porque tal vez tiene poder suficiente para hacerlo. Es amigo íntimo de su rey y puede que eso le dé carta blanca para hacer lo que sea.

Magnus sonrió.

—Para hacer lo que sea en Inglaterra, Kenna, no en Escocia. Que nuestro rey quiera la paz con los ingleses no quiere decir que les permita hacer lo

que desea a nuestra gente. De hecho, estoy seguro de que Alejandro desconoce que Hamilton está tras nuestra pista. Nuestro matrimonio lo formalizó él, y perseguirnos para matarnos sería una afrenta a Escocia que nos llevaría a la guerra.

Kenna lo meditó unos instantes.

—¿Y si le enviamos una misiva al rey?

Magnus se carcajeó y negó con la cabeza.

—Aunque somos leales a nuestro rey, en las Highlands tenemos nuestras propias normas, y si alguien se atreve a atacarnos, responderemos sin medir las consecuencias. No te metas en nuestras tierras a hacer daño y nosotros no tendremos que matarte…

Kenna sonrió.

—En las Tierras Bajas jamás ocurre eso. Recuerdo que cuando sucedía algo, pedíamos ayuda al rey.

Magnus se encogió de hombros.

—Es lógico. Lo tenéis cerca, pero aquí no. Para cuando las noticias llegan a palacio, aquí ya nos han masacrado.

—Primero matáis y después preguntáis…

Magnus le guiñó un ojo.

—Exacto.

El guerrero miró a su alrededor. Se encontraban en el sendero que Durell les había comentado, aunque no muy lejos de allí estaba el camino principal. De haber seguido hasta él, habrían tardado muy poco en llegar al castillo Campbell, pero se habrían topado con las huestes de Hamilton. Sin embargo, ese sendero podría darles una oportunidad para llegar a su destino.

A un lado, tenían la montaña. No era extremadamente alta, pero sí escarpada. Al otro lado, un extenso bosque les ofrecía una vista oscura y abrumadora que les hacía pensar que no estaban solos en él, pero no tenían otra opción.

Magnus suspiró y se quedó mirando hacia adelante, pero completamente quieto. El guerrero sopesó las verdaderas posibilidades que tenían para

sobrevivir y llegar a su destino y, de repente, la duda lo envolvió. Su corazón comenzó a bombear rápidamente y su respiración pareció quedarse atascada en su pecho, impidiéndole respirar. Sintió cómo le temblaban las manos y el velo de la oscuridad que los perseguía se inclinó sobre él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kenna, preocupada—. ¿Ves algo?

Magnus giró la cabeza en su dirección y negó.

—No.

—Entonces, ¿por qué te ha mudado el rostro? Parece que hayas visto un fantasma.

Magnus desmontó y se acercó a Kenna, obligándola a desmontar también de su caballo. Cuando los pies de la joven tocaron el suelo, Magnus la giró hacia él y la besó con necesidad. Lo había sentido así y había tenido que hacerlo. No quería dar explicaciones, pero sabía que no podía dejar a Kenna con la duda de por qué de repente la besaba de esa forma.

Por primera vez en mucho tiempo había sentido miedo. No lo hacía desde que los MacGregor invadieron su castillo y vio morir a muchos amigos y compañeros suyos. Ahora sabía que se enfrentaba a un enemigo poderoso que tenía más hombres que él en ese momento. No estaba seguro de poder llegar a pedir ayuda a Clyde, ni tampoco si iban a lograr vencer a Hamilton. Pero lo peor de todo era pensar que podría perder a Kenna.

La penetró con la lengua, devorando sus labios y su boca como si fuera la última vez que lo hacía. Quería exprimirla para tatuar en sus propios labios el sabor de la joven. La había deseado desde el primer momento, pero ahora sentía que no solo era deseo. Creyó que al yacer con ella ese fuego se apagaría, pero lo cierto era que había aumentado, volviéndolo completamente dependiente de ella. Necesitaba esos labios, esa risa, esa voz… Todo. Lo necesitaba todo de ella para respirar, pero no sabía cómo decirlo.

Desde el momento en que la vio en el bosque, luchando para salvarlo, sintió que algo extraño lo golpeaba en el centro de su cuerpo, que eso mismo le arrancaba el aliento al ver su belleza, pero también que ese sentimiento tan extraño le arrebataba por primera vez la capacidad de pensar cuando probó sus labios. Jamás le había pasado eso, y a pesar de la ira que sintió al sentirse engañado por ella para librarse de Hamilton, algo

dentro de él agradecía que el destino la hubiera puesto en su camino, aunque tuviera que enfrentarse al inglés. Y acabara perdiendo…

Magnus tragó saliva y se separó de ella. Así lo sentía en su pecho, que había perdido la guerra antes de empezarla. Ese hombre era un lord muy importante en su país y con muchos contactos para librarse de la cárcel por lo que estaba a punto de hacer. Y él… él solo era el segundo al mando del clan. No tenía poder, no tenía hombres a quien dar órdenes… Era una guerra difícil de ganar. Y en su interior sabía que se había alejado de su hermana para evitar que esta pudiera ver su caída.

Miró a Kenna a los ojos. Esos mismos ojos que habían llamado su atención el primer día; unos ojos diferentes, cuyo color no había visto anteriormente y que la hacían tan especial que no sabía cómo decírselo.

Sonrió al ver que la joven fruncía el ceño.

—¿Qué ocurre? Estás temblando.

Magnus sintió que la garganta se le secaba por primera vez en la vida. Jamás se había quedado sin palabras, pues nunca había tenido tantos sentimientos encontrados en su corazón. Era una maraña que había logrado hacerse con el control de su cuerpo y ahora no sabía cómo pedir ayuda para expulsarlo de él.

—Antes de seguir, quiero que me vuelvas a prometer algo —susurró con voz ronca.

Kenna tragó saliva y asintió con sus manos aún sobre sus mejillas. El calor que siempre había sentido de Magnus ahora se había vuelto frío, pero no hacia ella, sino a algo que no lograba descifrar.

—Cuando estábamos con Durell prometiste ir a buscar ayuda si me atrapaban. —La joven volvió a asentir—. Quiero que lo vuelvas a prometer. Realmente, no me preocupa que vayas a pedir ayuda para salvarme, sino que tú misma te pongas a salvo y nunca te dejes atrapar por Hamilton.

Kenna sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas de repente.

—¿Por qué quieres que lo prometa de nuevo?

—Porque necesito saber que te pondrás a salvo y que Hamilton jamás se hará contigo. Si me sacrifico por ti, quiero saber que alguien te protegerá cuando yo no esté.

La joven no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—Magnus…

El guerrero puso un dedo en sus labios y la besó fugazmente.

—Eres tan hermosa que, si alguien me preguntara por ti, no sabría cómo describirte. Diría que frente a mí hay un ángel caído del cielo que me enseñó el verdadero valor de las cosas; alguien que me obligó a salir de mi zona de confort para vivir lo más bonito que he experimentado en toda mi vida. Diría que, aunque ha sido difícil este tiempo que hemos estado juntos, ha sido el más maravilloso de toda mi existencia. Siempre quise saber lo que mis padres sintieron el uno por el otro, y el destino me hizo caso.

Magnus tragó saliva para poder continuar.

—Si tuviera que morir mañana a manos de Hamilton, no me importaría porque lo haría habiendo luchado por alguien por quien de verdad merecía la pena batallar y sucumbir.

—¿Por qué me dices todo esto? —preguntó Kenna con un hilo de voz.

—Porque si nos cruzáramos con Hamilton, haría lo que fuera para que tú pudieras escapar. Y si es así, tal vez sería la última oportunidad que tengo para decirte que te amo desde el primer momento en que te vi, Kenna. Porque en ese instante en el bosque sentí que había encontrado lo que había buscado a lo largo de toda mi vida, como si te conociera de antes, como si te hubiera perdido en otra existencia y por fin te he encontrado en esta. No sé explicarlo, pero lo sentí así. Por eso, te besé. No quería dejarte escapar. Te odié al casarnos, sí, pero era una maldita forma de disimular.

Kenna tragó saliva y dejó que las lágrimas escaparan de sus ojos.

—¿Lo dices en serio?

Magnus sonrió.

—Creo que es lo más serio que he dicho jamás.

—Si Hamilton te atrapara, te juro que sería capaz de recorrer toda Escocia en llamas hasta encontrar a alguien que me ayudara a salvarte. No solo por haberme ayudado a escapar de él o porque te hayas metido en esta guerra por mi culpa, sino porque yo siento lo mismo por ti desde ese día en medio del bosque. Cuando me besaste, sentí algo extraño, algo que se instaló en mi mente y no me dejó pensar con claridad desde entonces.

Estabas en mi mente todo el rato y, maldita casualidad, estabas en ese salón cuando me buscaban. Te besé por miedo a Hamilton, pero también porque lo deseaba. Y anoche… Ava me habló de todo lo que se sentía en brazos de un hombre y solo quise entregarme a ti.

Magnus sonrió y llevó las manos a la cintura de la joven, la cual acarició lentamente.

—¿Sabes que juré hacerte la vida imposible cuando salimos de Edimburgo?

Kenna sonrió tímidamente.

—Yo también.

El guerrero rio contra sus labios.

—Somos malísimos llevando a cabo nuestros juramentos. Es raro que sigamos con vida…

Kenna asintió.

—Es que creo que la otra opción es más deseable.

Magnus le mordió el labio inferior.

—Tú sí eres deseable, Kenna.

Las manos de la joven se dirigieron directamente a su propia ropa para comenzar a desvestirse, sonriendo cuando vio que por los ojos de Magnus cruzaba el fuego más profundo del guerrero.

—Demuéstramelo ahora, Magnus.

El guerrero se mordió el labio inferior y sonrió. Tras dirigir una mirada a su alrededor para comprobar que estaban solos, la atrajo hacia él y la besó sin piedad. El cuerpo de Kenna era tan exageradamente deseable que necesitaba contenerse para desnudarla poco a poco antes de hacerla suya, pues si seguía sus instintos, era capaz de arrancarle la ropa sin piedad.

Y cuando el manto nuevo de la joven cayó al suelo y esta se tumbó sobre él, Magnus supo que estaba a punto de perder por completo la noción de la realidad.

Al día siguiente, y tras haber recorrido un buen tramo de sendero durante la noche y parte de la mañana, Magnus y Kenna se miraron a los ojos desde

sus respectivos caballos. Apenas habían hablado durante la noche, pues se habían sumido en el recuerdo de las palabras que ambos se dedicaron antes de hacer el amor. Ninguno podía creer que hubieran tenido la valentía de comunicarse sus verdaderos sentimientos. Sabían que la muerte les pisaba los talones y tal vez por eso habían decidido contar la verdad antes de que pudieran tener problemas.

Cuando los ojos de ambos conectaron, se sonrieron no solo con los labios, sino también con el corazón. Se sentían plenos por primera vez en su vida y contentos por haber soltado el lastre que sentían en la garganta.

Kenna no podía estar más agradecida a Magnus por todo lo que había hecho por ella y lo que sentía a pesar de haberlo metido en problemas. Este le había demostrado con creces durante la noche todos sus sentimientos, dejando ver su corazón en cada palabra, en cada susurro y cada caricia. Tenía junto a ella a un gran hombre, y sabía que no tendría vida suficiente para agradecerlo.

Magnus, por su parte, se sentía liberado. Siempre había pensado en todos los demás antes que en él mismo. Y, por primera vez, sentía que tenía el mando de su vida, aunque en ella hubiera un peligro acechante.

—Si todo sale bien, mañana al mediodía o primera hora de la tarde estaremos en el castillo Campbell.

Kenna asintió con una sonrisa y ligeramente sonrojada. Que alguien como Magnus se hubiera enamorado de ella la hacía sentir extraña, diferente, pero al mismo tiempo tan excitada que solo pensaba en acabar con todo aquello para llevar una vida tranquila junto a él lo que le restara de existencia.

—Pero debemos tener cuidado lo que queda.

Magnus asintió y echó un vistazo a su alrededor. Todo estaba relativamente tranquilo. No se habían cruzado con nadie por ese sendero y los ruidos que se escuchaban a su alrededor eran los normales en medio de un bosque. Los pájaros, ramas rotas y el sonido de las copas de los árboles al moverse con el viento era lo único que se oía a cada momento.

—Es una pena que nadie cruce por este sendero. Si no, le preguntaríamos si ha escuchado hablar de un contingente inglés. O tal vez lo habrían visto…

—Según Durell, estaban en el camino principal, así que no hay problema.

Magnus asintió, aunque no muy convencido. Desde primera hora de la mañana sentía algo extraño en su nuca. Era una sensación que no podía describir, pero se trataba de algo que le erizaba el vello de todo el cuerpo. Y a pesar de que miraba de reojo a un lado y a otro, no veía nada extraño a su paso. El bosque estaba en calma y no parecía que alguien los seguía.

Y a pesar de que intentaba calmarse a sí mismo, no podía evitar tener los nervios de punta. No obstante, se obligaba a disimular para no alertar a Kenna, puesto que podía ser simplemente una sensación suya, no la realidad.

—Ya… De todas formas, no podemos relajarnos.

Kenna asintió y se mantuvieron en silencio para escuchar lo que sucedía cerca de ellos. Las manos de la joven temblaban, pero no quería confesar el miedo que realmente sentía. Y aunque llevó una de ellas a la empuñadura de la espada, tenía la impresión de que esta no sería suficiente para salvarlos.

Pasaron un par de horas más hasta que encontraron un claro en el bosque donde descansar un momento. Kenna se sobresaltó al ver a Magnus descender de su caballo.

—¿Por qué paramos? Deberíamos seguir.

—También debemos comer, Kenna —dijo con una sonrisa que pretendía ser relajada, pero que salió más tensa que de costumbre.

La joven no dijo nada, pues estaba segura de que simplemente estaba así por la situación. Quedaba poco para llegar después de tantos días de viaje y temía que hubiera problemas ahora que el final de su camino estaba a tan solo un día.

La joven desmontó y sacó algo de comida de las alforjas. Los caballos de ambos se quedaron pastando libremente cerca de ellos.

Magnus miró a su alrededor. La montaña que los había acompañado durante un buen tramo de viaje había descendido para dibujar un pequeño paso a través de ella. Desde allí pudo ver que una cascada se abría paso entre la montaña y descendía en un pequeño riachuelo que se desviaba antes de llegar a ellos. Las tierras Campbell siempre le habían llamado la atención. Tan bonitas y tan oscuras al mismo tiempo… Al otro lado de donde se encontraban, el bosque se abría paso, aunque los matorrales

abundaban más allí que en otros lugares, por lo que la vista se entorpecía desde el suelo.

Todo estaba en completo silencio y, aun así, el corazón de Magnus taladraba su pecho en busca de un agujero por el que salir. El guerrero tragó saliva y respiró hondo. El vello de su nuca se había erizado aún más desde que habían parado, pero no pensaba huir.

Respiró hondo y se sentó junto a Kenna mientras mordisqueaba un trozo de queso que, en ese momento, parecía más la suela de un zapato. Con disimulo, miró hacia atrás, justo donde se abría la montaña y se veía la cascada. El sonido de esta llegaba hasta allí como un eco, y después volvió a mirar al frente, hacia el resto del bosque.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Kenna?

La joven levantó la mirada hacia él y frunció el ceño al ver su seriedad. Asintió sin demora.

—Te he hablado muchas veces del camino hacia las tierras MacGregor. Creo que he descrito con precisión el camino para ir hasta allí desde las tierras Campbell.

—Sí, a veces hemos hablado de ello. ¿Por qué lo preguntas?

—Si te he hablado de eso era para hacerte un mapa mental de esta zona de Escocia y así evitar perderte.

El ceño de la joven se frunció aún más.

—Me lo imaginaba… —respondió lentamente—. Pero, aun así, no te entiendo ahora. ¿Por qué me preguntas eso?

—Si yo ahora te pidiera regresar por donde hemos venido, pero que no fueras al castillo MacLaren, sino al MacGregor, ¿sabrías llegar?

Kenna se quedó ligeramente pensativa. Observó el rostro de Magnus y descubrió que ocultaba algo, por lo que el queso que tenía en la boca se le hizo bola y casi no lo pudo tragar. Necesitó de unos segundos para meditar sus palabras y para serenarse.

—Creo que tal vez tendría que pedir ayuda en el camino, pero creo que he aprendido cada recodo y la distancia de un lugar a otro. Y sí, creo que sería capaz de llegar viva desde aquí.

A pesar de que intentó bromear para sacarle una sonrisa a Magnus, este se

mantuvo serio. Lo vio tragar saliva ruidosamente y asintió, pensativo, lo cual preocupó aún más a la joven, que miró con disimulo hacia su alrededor. Sin embargo, no encontró nada extraño que pudiera tener a Magnus en ese estado.

—¿Por qué me preguntas eso?

Los ojos de Magnus atraparon a los suyos en una mirada extraña. Ambos se sostuvieron la mirada durante unos segundos, hasta que él respondió:

—Por nada… Solo quería saberlo para tener todo atado y estar más tranquilo.

—Magnus, si sucediera algo, ¿me lo contarías o lo ocultarías para evitar hacerme daño?

—Sé que vas a matarme por ello, pero tal vez lo ocultaría para que estuvieras tranquila.

Y ahora sí, la simpática sonrisa de Magnus apareció de nuevo, haciendo rodar los ojos a Kenna.

—¿Siempre sonríes?

—Sí, aunque la muerte se presente frente a mí y no pueda evitar su guadaña.

Esas palabras hicieron que el ceño de la joven se frunciera de nuevo.

—¿Qué pasa, Magnus?

El guerrero volvió a tragar saliva visiblemente.

—Que debemos recoger y marcharnos para seguir el camino.

Kenna resopló. Estaba segura de que Magnus le ocultaba algo que no quería contarle, pero que, con palabras y frases extrañas, parecía informarle. No obstante, no lo entendía. Ambos se levantaron de un salto y caminaron lentamente hacia los caballos.

La mirada de Magnus se posó sobre la espalda de la joven. Observó todos y cada uno de los movimientos de esta para guardar el recuerdo en su mente. Su cadera se movía al compás de sus pasos, llamativa y casi lasciva. Una sonrisa triste se dibujó en sus labios al ver cómo la joven se colocaba de nuevo sobre los hombros el manto que él le había regalado. Y cuando la vio levantar los brazos para guardar el resto de comida en las alforjas, la aprisionó contra el caballo con una sonrisa.

Kenna dejó escapar una suave risa y se revolvió entre sus brazos para mirarlo a la cara. Este dirigió sus ojos hacia los de la joven y vio el brillo de felicidad en ellos. Tragó saliva y la besó con suavidad en el mismo momento en el que el vello de su nuca se erizó más que nunca. Se sobresaltó y apretó los puños al tiempo que la acercaba a él un poco más. Necesitaba sentir su contacto una vez más antes de…

Suspiró largamente cuando se separó de ella y volvió a mirarla.

—¿Te cansarás de escuchar que te amo? —le preguntó con una sonrisa.

Kenna se la devolvió y negó.

—Jamás. Me gusta mucho escucharlo y te obligaré a que me lo digas todos los días.

Magnus rio.

—Pero, aunque no te lo diga, no lo olvides.

Kenna frunció el ceño y negó con la cabeza. Lo vio llevar las manos al colgante que siempre llevaba en su cuello. Anteriormente, le había explicado que lo talló él mismo para regalárselo a su hermana y que esta, para que la recordara, se lo devolvió antes de marcharse al clan MacGregor. Lo vio sacarlo por encima de su cabeza y entregárselo.

—Quiero que este colgante lo lleves tú. Los MacLaren lo conocen y saben que es mío. Te ayudará y protegerá.

Kenna se negó a aceptarlo.

—Es tuyo, Magnus.

El guerrero sonrió.

—Pues cuando pase un tiempo, me lo devuelves. Pero ahora quiero que sea tuyo. Si hubiera algún problema, mi hermana lo reconocerá.

Kenna sintió un nudo en su garganta.

—No habrá ningún problema.

Magnus la besó lentamente para intentar borrar su expresión preocupada.

—Lo sé. Tan solo quiero que lleves algo mío contigo. Nada más. Te tomas las cosas demasiado en serio.

A pesar de que intentó bromear, los ojos de Magnus no reflejaron ese brillo divertido de siempre.

—Estás raro…

—Deliras…

Kenna rodó los ojos y señaló con la cabeza hacia el sendero.

—¿Nos marchamos?

Magnus miró hacia la abertura de la montaña y la cascada.

—Enseguida, pero me gustaría que fueras a la cascada a por agua. Se nos está acabando y no sé si habrá más ríos en el camino. Mientras tanto, comprobaré el estado de los cascos de mi caballo. Llevamos casi dos semanas de viaje y no lo he mirado…

—De acuerdo, tardaré poco.

Magnus asintió.

—Tranquila. Ten cuidado.

Kenna asintió y lo besó una vez más. Sintió los dedos de Magnus apretar en su cintura, como si no quisiera dejarla ir, pero enseguida la soltó y la miró una vez más. Le sonrió y le guiñó un ojo cuando Kenna subió sobre su caballo y la miró alejarse. El guerrero sintió ese momento como el más doloroso de toda su vida, pero completamente necesario para salvarla.

En ese instante, cuando Kenna desapareció de su vista, Magnus miró de reojo hacia atrás y desenvainó la espada. Su destino había llegado, y él estaba dispuesto a atravesar el suelo repleto de brasas para defender a Kenna del peor de sus enemigos.

CAPÍTULO 15

Kenna no pensaba que la cascada estaba tan lejos. Desde el lugar donde habían parado a comer la vio más cercana. Incluso había podido escuchar la caída del agua y cómo esta seguía su curso en el riachuelo. Pero cuando llegó allí, se sorprendió al comprobar que había tenido que alejarse mucho de Magnus y que ahora se encontraba sola en ese lugar.

Antes de desmontar, Kenna miró a su alrededor para comprobar que estaba sola y no había peligro. Cuando lo hizo, desmontó y cogió el odre del agua para llenarlo. Tenían tres para pasar el resto del camino, así que se arrodilló en la orilla de la cascada y vertió en ella la poca agua que quedaba en los tres odres. Con una sonrisa, disfrutó del suave ruido del agua al caer y lo miró con cierta tristeza. Esa agua no tenía miedo de caer y seguir su camino; no temía no tener un lugar por donde correr hasta llegar al mar y, sin embargo, ella temía a tantas cosas que la vida le pesaba demasiado sobre sus hombros.

Suspiró y sacudió la cabeza. No tenían mucho tiempo, y no quería que Magnus se preocupara si ella tardaba. Por ello, llenó cuanto antes los odres y volvió a guardarlos en las alforjas. Sin perder más segundos, Kenna montó en su caballo y deshizo el camino hacia donde había dejado a Magnus.

Durante ese tramo de camino no pudo evitar pensar en lo que el guerrero le había preguntado antes de que ella fuera hasta la cascada. Había sido una pregunta extraña, carente de sentido en ese instante. Pero no solo la pregunta, sino la conversación que mantuvieron mientras comían algo. Tenía la impresión de que Magnus estaba serio y extraño y, aunque intentaba disimular, no podía del todo.

Kenna se preocupó. Tenía la impresión de que su esposo sabía algo que ella desconocía, pero al mismo tiempo se dijo que tal vez era el nerviosismo por llegar al castillo Campbell. Así que se centró en el camino.

En cuestión de minutos, regresó al lugar donde había dejado a Magnus, y ni siquiera su caballo se encontraba allí. Extrañada, Kenna miró a un lado y a otro y no vio rastro del guerrero. Al instante, su corazón comenzó a golpear con fuerza en su pecho. ¿Dónde demonios se había metido? Si era

una broma de Magnus, no tenía gracia.

Giró sobre sí misma en el caballo y no vio a nadie. Tragó saliva ruidosamente. ¿Tal vez la pregunta que le había formulado antes era porque pensaba abandonarla? Tal vez por eso le había pedido que fuera a por agua. Aún tenían los odres medio llenos, por lo que le había extrañado su petición.

Kenna sintió que se le hacía un nudo en la garganta. ¿Y si Magnus se había cansado de ella y solo había fingido todo aquello para abandonarla en medio de unas tierras que no eran conocidas? Su cabeza daba mil vueltas a lo que podía haber ocurrido, pero recordó la mirada triste de Magnus y algo le dijo que estaba equivocada, que debía de haber ocurrido algo mientras ella se encontraba en la cascada y con el ruido del agua no había escuchado nada. ¿Y si Hamilton los había alcanzado y se habían llevado a Magnus? ¿Y si ya estaba muerto y ahora venían a por ella?

Su corazón se sobresaltó aún más y necesitó respirar profundamente para calmarse y pensar con claridad. Había ocurrido algo que desconocía, así que tenía que encontrar algo que la llevara a Magnus. Rápidamente, se puso a buscar alrededor, pero no había nada, así que se dirigió al lugar donde había visto a Magnus por última vez, justo donde había estado su caballo. Los cascos de este se marcaban en la tierra mojada, así que sería fácil seguir sus huellas. Descubrió que no había ninguna otra, por lo que nadie más se había aproximado a ellos.

Con la mirada fija en el suelo, siguió las huellas del caballo de Magnus y dejó el sendero a un lado para internarse en el bosque. No supo cuántos metros había recorrido cuando escuchó de repente algo a lo lejos. El gruñido de alguien y el sonido de las hojas de las espadas al chocar llamó su atención. Su corazón se aceleró aún más y miró hacia atrás, dándose cuenta de que había recorrido un buen tramo de bosque y el sendero ya no se veía.

Kenna desmontó del caballo y lo dejó a un lado pastando, pues no quería que la vieran desde lo alto del animal. Las manos le temblaban cuando siguió las huellas, aunque con un ojo puesto en el frente por temor a ser descubierta. Aprovechó los frondosos arbustos para ocultarse y avanzar ligeramente agachada.

Poco a poco, el sonido de las espadas llegó más a ella y el gruñido de una voz familiar estuvo a punto de hacerla vomitar. Manteniéndose a una

distancia prudencial, Kenna se asomó entre los arbustos y fijó su mirada al frente.

Y en ese instante, supo que toda su vida se hacía pedazos frente a ella.

Magnus miró una última vez a Kenna para grabar su imagen en su mente. Después de eso, y de desenvainar su espada, montó sobre su caballo e hizo todo lo posible para alejarlos de allí. Los sentía cerca desde hacía varias horas, lo que no entendía era por qué no los habían atacado. Se preguntó qué demonios estaban esperando, así que recorrió más de un centenar de metros de distancia en dirección al bosque y separándose del sendero. Tenía que alejarlos de ella y así darle una oportunidad para escapar. Al menos ella podría ser feliz y tendría una vida, aunque él muriera a manos de Hamilton.

Por ello, no se sorprendió cuando este y sus secuaces le salieron al paso, obligándolo a bajar del caballo y agarrar su espada con ambas manos. En cuestión de segundos, se vio rodeado por todos los hombres de Hamilton, mientras este sonreía desde un lado. Pero no estaba solo, sino que el que había sido hermanastro de Kenna también se encontraba allí.

A pesar de la situación, Magnus esbozó una sonrisa y clavó su mirada en Oliver.

—¿Tan fuertes son tus ansias de poder que acompañas a este desgraciado?

El aludido le devolvió la sonrisa.

—Teníamos un plan, y pensamos llevarlo a cabo, MacLaren.

Magnus rio y dio un paso atrás, aferrando su espada con más fuerza y dispuesto a atacar en cuanto viera un movimiento rápido en alguno de los guerreros ingleses.

—¿De qué te ríes, MacLaren?

Magnus traspasó con su mirada a Oliver.

—De que lo único que vais a conseguir va a ser lamer la punta de mis botas… o mis pelotas, lo que prefiráis. Cualquier cosa me vale.

Hamilton resopló y lo miró de arriba abajo con auténtico asco.

—Qué salvajes y poco elegantes sois los escoceses…

—Qué petimetres y traidores sois los ingleses —respondió Magnus a su

vez—. Me sorprende que hayáis podido llegar hasta aquí sin arrepentiros para volver a Inglaterra con el rabo entre las piernas en busca de un palacio y mocasines limpios. O tal vez deseabas recordar el momento en el que atacasteis el palacio de Kenna hace veinte años…

Hamilton sonrió.

—No sé cómo te has enterado de eso, MacLaren, pero no es asunto tuyo. Y no subestimes a un inglés.

—Ni tú a los escoceses.

Hamilton miró por encima de su hombro, en la lejanía.

—¿Dónde está?

Magnus fingió no entender.

—¿Quién?

En el rostro de Hamilton se dibujó una expresión impaciente e iracunda.

—Mi prometida.

Magnus arqueó una ceja.

—No sé quién es tu prometida…

—Estás empezando a acabar con mi paciencia, MacLaren. ¿Dónde está Kenna?

Magnus sonrió.

—¡Ah! ¿Te refieres a mi esposa? —esas dos últimas palabras las pronunció haciendo hincapié en ellas.

Hamilton miró a sus hombres y cercaron aún más a Magnus, que los miró de reojo.

—Comprenderás que no quiera tener cerca a una mujer que me traicionó y usó tan solo para alejarse de ti… La he abandonado.

Hamilton sonrió.

—Mis hombres os han visto juntos a primera hora de la mañana.

—No he dicho cuándo la he abandonado…

Hamilton se encogió de hombros.

—No pasa nada, MacLaren. La buscaremos y daremos igualmente con

ella. Pero tú… tú acabarás muerto.

—No llevas hombres suficientes para defenderte en la guerra que provocarás con mi muerte… —Magnus chasqueó la lengua—. No sabes cómo se las gastan no solo los MacLaren, sino los MacGregor. Temblaría de miedo solo de pensar en enfrentarme a Logan MacGregor…

Hamilton arqueó una ceja y resopló con cara de asco.

—Unos malditos salvajes no son nada para mí. Tengo inmunidad gracias a mi rey.

—La tendrás en tu país, no aquí. Te cortarían la cabeza antes de abandonar las tierras de los Campbell. Te lo aseguro.

Hamilton dio un paso más hacia él, quedándose a un par de metros.

—Los Campbell… sí. Durante estos días he escuchado hablar de ellos. No son muy amistosos de sus propios compatriotas, ¿verdad?

—No son simpáticos, no… —terció Magnus con una sonrisa—. Y menos con los ingleses.

—Lo dudo…

Hamilton rebuscó entre su ropa y le mostró una misiva.

—Acabo de escribir esta carta para el jefe del clan Campbell, solicitando su ayuda para ejecutar a un preso escocés. Y teniendo en cuenta que ese hombre no es muy amigo de los clanes de alrededor, estoy seguro de que nos dará paso para acabar contigo.

Magnus sonrió. Hamilton iba a pedir ayuda al mismo hombre que él. Clyde Campbell era su amigo y ya imaginaba su rostro de auténtico asco al leer esa misma carta en la fijó sus ojos. Tal vez no todo estaba perdido. Después, miró a su alrededor para disimular.

—No veo que tengáis un preso escocés… —se burló a pesar de la situación.

Oliver se adelantó, perdiendo la paciencia.

—Ese condenado serás tú, malnacido.

Magnus dirigió una pierna hacia atrás y se preparó para luchar. Sabía que iba a perder la guerra, pero si moría, que fuera al menos después de haber presentado batalla.

—Querido Oliver, para ello, primero deberás vencerme…

Hamilton miró a su derecha y asintió a uno de los guerreros.

—George, adelante…

El aludido dio un paso al frente y desenvainó su espada, provocando la risa de Magnus.

—Querido George —comenzó burlándose Magnus—, si yo fuera tú, tendría dos dedos de frente y regresaría a Inglaterra por el mismo camino…

—Claro que sí. Lo haremos, MacLaren, pero después de acabar contigo y con la hija de Ferguson en nuestras manos.

La sola mención de Kenna y el hecho de pensar en que pudiera caer en sus manos, provocaron que la sonrisa se le borrara del rostro y esta se dibujara en los labios de George, que aprovechó la situación.

—Ni te imaginas lo que vamos a disfrutar todos rompiendo su alma.

Magnus no respondió, sino se levantó su espada, describiendo un arco con ella, y la dirigió directamente al guerrero inglés. No podía ni tan siquiera pensar en la posibilidad de que Kenna finalmente acabara en manos de aquellas personas que habían perdido por completo el juicio. Querían a Kenna únicamente para acabar con ella y quedarse con su herencia. Y él prefería sacrificarse para evitar que ella muriera en sus manos.

Las espadas de ambos entrechocaron y comenzaron a luchar. Magnus le demostró que era un gran guerrero y que estaba habituado a ese tipo de situaciones en un terreno tan salvaje y traicionero como el escocés.

A su alrededor, el resto de guerreros estaban atentos a esa lucha, pero Magnus no quiso mirarlos. Estaba tan concentrado en ese combate que únicamente deseaba adivinar el siguiente movimiento de George. Rápidamente, Magnus comenzó a despuntar frente a su enemigo. Sus movimientos se hicieron aún más rápidos y logró abrirle una herida en el costado, que le arrancó un grito de dolor.

Y cuando Magnus sonrió, pensando que iba a vencer en la lucha, tres guerreros más se unieron a ella, haciendo que sus movimientos fueran más rápidos que antes, aunque no lo suficiente, pues lograron propinarle un golpe con la empuñadura de la espada en el rostro. Rápidamente, su nariz comenzó a sangrar.

Magnus se vio impulsado hacia atrás mientras escuchaba las risas de los ingleses.

—Acabaremos contigo, MacLaren.

Magnus sabía que era cierto. Él solo no podría con todos los guerreros que había a su alrededor, pero estaba dispuesto a aceptar la muerte si con ello había salvado a Kenna. Pero en ese momento, mientras se recuperaba del golpe, creyó ver, horrorizado, una cabellera casi blanca entre los arbustos. Estaba a mucha distancia de allí, pero la suficiente como para que los ingleses pudieran verla si fijaban su mirada en esa dirección.

Magnus intentó disimular y rugió entre dientes. Después, comenzó a vociferar:

—¡Si me lleváis al castillo Campbell, los MacGregor y los MacLaren acudirán a él para buscar venganza!

Hamilton rio.

—Para ello, los MacGregor deberán enterarse de que te hemos llevado a tierras Campbell. Y dudo mucho que sean amigos del jefe del clan.

Magnus sonrió y negó con la cabeza, ignorando el dolor de su rostro.

—Claro, los Campbell no son nuestros aliados, pero igualmente se enterarán y acudirán allí.

—Eso no importa ahora, MacLaren. Lo único que debe importarte es que vamos a acabar contigo.

A pesar de todo, Magnus sonrió como siempre solía hacer, como le había dicho a Kenna. No quería que esta lo viera preocupado o sufriendo antes de morir. Deseaba que tuviera una imagen de él alegre, sonriendo, tal y como lo había conocido. Y si debía fingir para ella, lo haría.

—¡Kenna acabará con todos vosotros respaldada por mi gente! —vociferó Magnus una vez más.

Quería que Kenna se fuera de allí inmediatamente. Habían prometido buscarla y no deseaba que la atraparan allí o acabarían muertos. Ella debía marcharse ya para buscar a los MacGregor si querían tener tan solo una única oportunidad para vivir. Y al ver que su cabellera desaparecía entre los arbustos, pudo respirar con tranquilidad. Había temido que apareciera espada en alto para enfrentarse a Hamilton, pero ella le había jurado que iría

a buscar ayuda. Y debía cumplir su juramento.

Y entonces, Magnus se lanzó de nuevo contra los guerreros que había frente a sí.

Kenna no podía dejar de temblar en ese instante. Ver cómo habían golpeado a Magnus en el rostro y la sangre caer de su nariz, manchando su ropa, había provocado que su ira aumentara hasta límites que ella misma desconocía. Estaban golpeando de la peor y más vil manera que podían hacer. Claramente, Magnus estaba en desventaja y que jugaran con él de esa manera hizo que llevara la mano directamente a la empuñadura de su espada.

Sin embargo, conectó con él en ese momento, como si Magnus hubiera podido leer sus pensamientos y su intención de salir de entre los arbustos para enfrentarse a ellos. La mirada esmeralda del guerrero se dirigió a ella y le habló en la distancia. Le recordó su juramento y maldijo entre dientes por haberla obligado a prometer que iría a buscar ayuda en lugar de enfrentarse a ellos.

Desde allí no podía escuchar lo que le decían a Magnus, pero este comenzó a vociferar, aclarando un poco la situación:

—¡Si me lleváis al castillo Campbell, los MacGregor y los MacLaren acudirán a él para buscar venganza!

Los ojos de Kenna se abrieron desmesuradamente. ¡El castillo Campbell! Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. El destino parecía estar a su favor, al menos de momento. ¿De verdad pensaban llevar a Magnus al castillo del amigo de este? Estaba claro que Hamilton desconocía los aliados de los MacLaren y que Clyde Campbell era uno de ellos, así que rezó con todas sus fuerzas para que acabaran con Hamilton en cuanto este pusiera un pie en el castillo de los Campbell.

No obstante, su corazón no bajó de intensidad y luchó contra su propia batalla interior. Los dedos de su mano bailaban sobre la empuñadura de su espada y sus pies gritaban para que, de una vez por todas, saliera de su escondite y se enfrentara a ellos por Magnus, para salvar al hombre al que amaba. Le había costado reconocerlo, pero desde el primer instante lo vio tan atractivo, amable y considerado que nada tenía que ver con lo que ella

había conocido ni le esperaba en la vida. Y que ahora estuviera enfrentándose a Hamilton por ella… Simplemente no podía dejarlo allí. Sin embargo, las siguientes palabras del guerrero la condicionaron por completo:

—¡Kenna acabará con todos vosotros respaldada por mi gente!

La joven levantó la mirada de nuevo hacia él. *Respaldada por su gente*. Eso solo quería decir una cosa, y no era otra más que corriera muy lejos de allí y fuera en busca de la familia de Magnus. Era lo último que este habría deseado, pero se lo había dejado caer varias veces durante el camino. Y que esa misma mañana le hubiera preguntado si se había aprendido el mapa mental que le había ido explicando era porque Magnus sabía que los iban a alcanzar.

Lo odió por ello y rechinó los dientes. Inconscientemente, llevó la mano de la espada al cuello y apretó contra sí el colgante que él le había dado. Ahora entendía por qué se lo había tendido: porque sabía que estaban cerca y ella necesitaba algo para que los MacGregor y la hermana de Magnus la creyeran cuando la vieran llegar.

Los labios de Kenna se apretaron con fuerza al tiempo que metía el colgante entre el manto que el propio guerrero le había comprado para evitar el frío y la lluvia. Dudó una vez más y en el momento en el que Magnus se lanzaba de nuevo contra los guerreros de Hamilton, reaccionó y corrió en busca de su caballo.

Sabía que tenía poco tiempo para poder liberarlo con vida, pues Hamilton haría lo que fuera para matarlo. Así que debía llegar cuanto antes al clan MacGregor y hablar con Ruby, la hermana de Magnus. Y después, todos irían al clan Campbell para salvarlo. Tan solo le quedó rezar para que el laird de aquellas tierras matara a Hamilton antes de que él acabara con Magnus.

Magnus escupió sangre al suelo justo después de caer de rodillas en él. Aquellos desgraciados estaban jugando con él y lo odiaba. Prefería morir en ese instante en lugar de aguantar sus risas cada vez que alguno de ellos lo golpeaba.

Lanzando un gruñido de dolor, volvió a ponerse en pie. Fijó su mirada en

Hamilton, que estaba sonriendo de oreja a oreja y parecía regocijarse en su dolor.

—¿Qué pasa, MacLaren, te estás cansando? Yo no…

—¿Por qué no luchamos uno a uno para que las fuerzas sean igualitarias?

El lord inglés dejó escapar una carcajada, al igual que Oliver, que lo miraba de arriba abajo, salivando ante su sangre.

—¿Y por qué no nos dices dónde está Kenna? —preguntó este último.

Hamilton asintió.

—Mira lo que ha conseguido esa maldita muchacha. Te metió en medio de nuestra guerra y ahora estás pagando por algo que no debes…

Magnus sonrió y se apoyó en una pierna, pues en la otra le habían abierto una herida y le dolía demasiado como para apoyarse en ella.

—Lo más lógico es que nos digas dónde está, aunque igualmente la vamos a encontrar… Si lo haces, te liberaremos y podrás vivir.

Para sorpresa de todos, Magnus soltó una carcajada.

—¿Has perdido el juicio, MacLaren?

—No, simplemente quiero decirte que, si quieres mentir, hazlo mejor. No me dejarás ir ni aunque Kenna caiga ahora mismo de un árbol. No me soltarás jamás porque te jode que se haya entregado a mí y tú nunca podrás disfrutar ni de una sola gota de su afecto, Hamilton. No voy a entregarte a mi esposa jamás porque prefiero morir antes que traicionarla. Aunque tú no sabes lo que es la lealtad, ¿verdad?

Uno de los guerreros de Hamilton volvió a golpearlo, provocando que este se doblara sobre sí mismo, dolorido.

—Te quería dar una oportunidad más, MacLaren, pero la has desaprovechado por completo. No sabes lo que has hecho…

Hamilton se acercó a él y lo tomó por el pelo, estirándolo hacia atrás y obligándolo a ponerse recto. A pesar de eso, el inglés tuvo que levantar ligeramente la mirada, pues Magnus era más alto que él. La mirada azul de Hamilton se clavó en las esmeraldas del escocés, que lo miró con tranquilidad.

—Magnus MacLaren, quedas condenado a muerte.

El aludido sonrió de lado.

—¿Por qué delitos?

Hamilton le devolvió el gesto.

—Por lo que a mí me dé la gana. Pero sean cuales sean, acabarás muerto. Ahora marcharemos al castillo Campbell para pedir su ayuda. Si se niegan a dárnosla, nuestro rey lo sabrá y declararemos la guerra a Escocia y él se quedará sin nada. No creo que el jefe de este clan sea tan tonto como para negarnos nada…

—Eso está por ver, Hamilton. Si no es amigo de los escoceses, mucho menos de los ingleses.

El aludido se encogió de hombros y le entregó la carta a George.

—Llévala ante el jefe de los Campbell para que esté preparado cuando lleguemos.

George asintió y, dedicándole una sonrisa a Magnus, caminó hacia su caballo para marcharse de allí.

—Nosotros tardaremos un poco más en llegar porque nuestro querido prisionero tendrá que caminar…

—Preferiría ir a caballo, la verdad —bromeó Magnus, ganándose un golpe de Hamilton.

—Me estás agotando la paciencia, MacLaren.

—¿Por qué, porque no demuestro miedo ante un gusano como tú?

El inglés lo miró de arriba abajo y negó con la cabeza.

—No sé qué vio Kenna en ti para besarte y anular nuestro compromiso.

Magnus sonrió a pesar del dolor de su cuerpo.

—Pues no sé… Tal vez que soy más joven y atractivo…

Hamilton le propinó un puñetazo.

—No me golpees tan fuerte, por favor, o perderé mi encanto…

El inglés se acercó a él mientras los demás lo sujetaban.

—Lo perderás igualmente porque te vamos a matar, MacLaren.

Disimuladamente, Magnus miró hacia el lugar donde había visto a Kenna por última vez y descubrió que allí no había nadie. Y entonces, chasqueó la

lengua.

—Es una pena que lo hagáis. No me ha dado tiempo a saber si he dejado embarazada a mi esposa…

Hamilton rugió con rabia, provocando que Magnus sonriera ligeramente.

—Tranquilo. Si lo está, le arrancaré a ese hijo de las entrañas cuando la haga mía.

La sonrisa de Magnus desapareció de golpe. Ahora le tocó el turno de reír a Hamilton, pues fue consciente del fugaz sentimiento de terror que cruzó por los ojos del guerrero escocés.

—Primero tendrá que dejarte. Tiene muy mala leche —respondió Magnus —. A ti te conviene más una mujer sumisa, no una guerrera.

—La mataré a palizas.

Magnus intentó soltarse, pero le fue imposible.

—Y ahora, marchémonos —dijo Oliver—. Estoy deseando volver a Inglaterra.

Hamilton asintió y miró a dos de sus hombres.

—Charlie, Joshua, buscad por los alrededores en busca de esa furcia. Traedla en cuanto la encontréis.

El corazón de Magnus se sobresaltó mientras le ataban las manos por delante del cuerpo a una cuerda muy larga. Intentó fingir que no le importaba, pero no pudo evitar que en su rostro se dibujara una expresión de preocupación mientras miraba de reojo hacia donde la había visto.

Rezó como nunca mientras el propio Hamilton cogía el otro extremo de la cuerda y tiraba de ella al tiempo que se montaba sobre su caballo. Sus esperanzas estaban casi rotas, tan solo le quedaba pedir al destino que lo ayudara a aguantar hasta que llegara la ayuda. Si no, iba a morir a manos de aquellos ingleses.

CAPÍTULO 16

No sabía cuánta distancia había recorrido cuando Kenna decidió parar. Su respiración aún estaba acelerada y su corazón martilleaba en su pecho constantemente, recordándole el daño que sufría por lo que había visto sin poder hacer nada. Cuando la joven desmontó del caballo y propinó una patada a una piedra, dejó escapar un grito de frustración, rabia y martirio.

Sus mejillas estaban mojadas por el llanto y se dejó caer de rodillas contra el suelo dejando escapar un llanto lastimero que la carcomía por dentro como un fuego abrasador e incontrolable. Le dolía tanto el cuerpo que sentía que estaba a punto de desfallecer. Se sentía herida en lo más profundo de su alma y no había podido hacer nada por él, por el hombre al que amaba. Le había hecho un maldito juramento y debía cumplirlo. Pero dejarlo allí a su suerte en manos de Hamilton no era lo que realmente deseaba.

Sus lágrimas mojaron la tierra bajo ella, que no podía dejar de llorar. Jamás en toda su vida había dejado que las lágrimas corrieran por sus mejillas de esa manera. Siempre se había controlado para no llorar, para no sentir, para no sufrir. Pero lo que sentía por él era tan grande que necesitaba expresarlo.

Kenna dio un puñetazo al suelo. A ese le siguió otro, y otro más. Perdió la cuenta de cuántas veces golpeó la tierra con frustración y rabia. Durante días habían cabalgado con la esperanza de poder vencer a Hamilton y este finalmente los había alcanzado. No podía creerlo. Se golpeaba mentalmente por no haber roto su juramento y haber salido de entre los arbustos para enfrentarse a ellos a pesar de tratarse de un gran contingente de hombres. Pero sabía que Magnus pondría el grito en el cielo y no se lo perdonaría jamás. No obstante, ella tampoco le perdonaría que se sacrificara por ella. Era su maldita guerra, y sería ella quien debía batallarla, no él.

Minutos después, cuando logró calmarse ligeramente. Se sentó en el suelo y sacó el colgante que Magnus le había dado. Recordó todos los momentos anteriores a ese último beso entre ellos. El guerrero no dejaba de dar indicaciones sobre lo que tenía que hacer cuando lo atraparan. Le había entregado ese colgante con la intención de que su hermana Ruby la creyera cuando llegara. Si es que no se perdía en el camino… Magnus se había

preocupado de darle indicaciones una y otra vez sobre cómo llegar a tierras MacGregor. Le había dibujado un mapa mental con sus explicaciones, dándole detalles sobre lo que encontraría en el camino para evitar perderse. Le había preparado todo para que pudiera ir a salvarlo, como si desde un principio Magnus supiera que iba a acabar en manos de Hamilton.

Y nuevas lágrimas acudieron a sus ojos. Aferró con fuerza el colgante y el manto que le había regalado mientras sentía que su corazón se rompía en mil pedazos. Sabía que debía ponerse en pie y seguir su camino, pero primero necesitaba descargar el peso que llevaba en ese momento no solo sobre sus hombros, sino también en su corazón.

En cuestión de minutos pudo serenarse y abrió los ojos para mirar a su alrededor. Descubrió que había recorrido un buen tramo de camino y que seguramente no la seguirían hasta allí. De todas formas, Kenna se levantó del suelo y sacudió su ropa. Guardó bajo su camisa el colgante de Magnus y acomodó su manto.

Kenna respiró hondo y acarició la cabeza de su caballo cuando este se acercó a ella, como si pudiera sentir lo mismo que ella.

—Encontraremos el camino a las tierras MacGregor —susurró cerrando los ojos un instante.

A su alrededor no había absolutamente nadie. Y en parte lo agradecía, pues aún podía sentir en su pecho la congoja por todo el llanto que había tenido que soltar. Pero ahora estaba con la mente clara y tenía que ayudar a Magnus. No podía centrarse en el llanto y la pena, sino en seguir adelante.

Kenna volvió a montar sobre el caballo. Recordó todas y cada una de las explicaciones de Magnus, lo que encontraría en el camino, cada montaña, cada bosque, cada pueblo o cabaña… Absolutamente todo. Y cuando lo tuvo todo en su mente, tomó el camino más cercano a su ubicación. Debía seguir hacia el sur y en poco tiempo llegaría al castillo MacGregor.

La joven dirigió una mirada hacia el cielo y suplicó a su madre que le diera fuerzas no solo a ella, sino también a Magnus para aguantar.

—No me quitéis a la única persona que me ha amado de verdad —susurró.

E instigando al caballo, cabalgó a toda prisa hacia su destino. No la pararía la lluvia y no pensaba descansar en una taberna o en medio de un

bosque. Su único destino era el castillo MacGregor y no bajaría del caballo hasta que pudiera pedir ayuda.

En el enorme salón del castillo del laird de los Campbell únicamente podía escucharse la música y las voces de todas las personas que habían acudido ese día a la fiesta que había organizado Clyde por primera vez desde que era el jefe del clan. Celebraban que todo había vuelto a la normalidad y que su laird se había recuperado de las heridas que le produjo la batalla contra los MacAllister. Por fin habían vencido a sus enemigos y la relación entre Clyde y Fiona había vuelto a ser apasionada. Ese día, había muchas cosas que celebrar.

Rob aún tenía en el rostro la sonrisa que dibujó al ver que Clyde y Fiona se marchaban de la fiesta para dar rienda suelta a la pasión. De eso hacía ya casi media hora, pero se sentía tan feliz que, aunque no era muy dado a las sonrisas, no podía borrar la suya de su rostro. Estaba tranquilo y feliz por su amigo. Por fin parecía haber recuperado su verdadero espíritu, su carácter y el corazón que tanto se había empeñado en esconder.

—¡Que la música suene más alto! —vociferó levantando su copa.

Los músicos sonrieron y siguieron tocando aquella melodía que hacía bailar a muchos mientras otros miraban. Todo a su alrededor era una auténtica fiesta. Jamás había vivido algo así, ya que siempre se encontraban en constante tensión y poder disfrutar de esa fiesta era algo que no sabía que necesitaba.

Sin embargo, su sonrisa y su ánimo disminuyó de golpe cuando uno de sus compañeros atravesó la puerta del salón y se dirigió directamente a él con el rictus serio. El corazón de Rob se detuvo en ese instante y la copa estuvo a punto de escurrirse entre sus manos. Tragó saliva y lo miró con el ceño fruncido.

—Dime que esa expresión tuya se debe a tu malestar por tener que vigilar en lugar de estar en la fiesta… —fue lo primero que le dijo al guerrero cuando llegó junto a él.

Lo vio torcer la cabeza y chasquear la lengua.

—La verdad es que no, Rob. Es más bien de preocupación.

El guerrero sacó una carta de entre sus ropas.

—Acaba de venir un inglés con esta misiva. Dice que es para Clyde, pero no sé dónde está.

Rob frunció el ceño.

—¿Un inglés?

Lo vio asentir.

—Y ya se ha ido, de hecho. Parecía llevar prisa. Ni siquiera ha querido esperar a que pudiéramos leerla. Qué estirados son los ingleses…

—No es muy normal ver ingleses por aquí.

—Pues, tal vez me equivoco, pero parecía cabalgar como si todo esto fuera suyo… Y lo peor de todo es que la carta lleva sello real inglés. Sea quien sea el que la ha escrito, no es una persona cualquiera.

Rob maldijo en voz alta, provocando que todo el mundo a su alrededor se quedara mirando y poco a poco la música comenzara a decaer, hasta quedarse todo en completo silencio.

—Maldita sea. No tenemos nada que ver con los ingleses… —siguió Rob, ignorando el silencio y las miradas de los demás.

—Pues me ha dado la sensación de que ellos sí querían algo de nosotros.

Rob resopló.

—Esperaremos a que Clyde venga de nuevo… No quiero interrumpirlo ahora…

Sin embargo, no tuvo que esperar mucho tiempo para que este apareciera en la puerta del salón con gesto preocupado, seguido de Fiona, su esposa.

—¿Se puede saber qué demonios ha pasado para que estéis así?

Todos los allí presentes giraron la cabeza en su dirección, mostrando la misma preocupación que sentía Rob en su pecho. Caminó lentamente hacia adelante con la mirada puesta exclusivamente en su segundo al mando, cuyos ojos parecían querer atravesarlo. Al instante, todos hicieron un pequeño camino hacia Rob, que estaba cerca de allí con la carta entre las manos, como si le quemara la palma de esta.

—Acaba de llegar un guerrero inglés con esta carta…

El corazón de Clyde se sobresaltó y miró de reojo a Fiona, que dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¿Un guerrero inglés?

Rob asintió.

—Sí, y lo peor de todo es que tiene lacre real, así que no se trata de alguien sin importancia.

—Eso sí que es raro. ¿Qué querría un señor inglés en estas tierras? Yo no tengo amistades allí como para que tengan la confianza suficiente de presentarse aquí.

Rob le tendió la carta y Clyde la cogió ligeramente tembloroso. Las miradas de todos los asistentes a la fiesta se posaron ahora sobre él. El guerrero miró la misiva durante unos segundos antes de abrirla y leerla. Todos estaban preocupados y deseosos de conocer el contenido de la misma. A su lado, Fiona también estaba ansiosa, pero intentaba ocultarlo.

Clyde no podía creer lo que estaba leyendo. Por eso, necesitó volver a leerla para comprobar que esas palabras eran ciertas y no se había equivocado. Su corazón se sobresaltó aún más y las manos comenzaron a temblarle. Cerró los ojos unos instantes. No podía ser cierto lo que acababa de leer. Él no. Se preguntó qué demonios había pasado para que le pidieran ahora eso. Y pasó una mano por su rostro al tiempo que dejaba escapar el aire contenido.

—¿Qué demonios pone en esa carta para que te pongas así? —preguntó Fiona, incapaz de contenerse—. ¿Vamos a la guerra?

Clyde negó con la cabeza y llevó la mirada hacia Rob.

—Se trata de un importante señor inglés. Nos está pidiendo que abramos nuestras puertas para recibir a sus hombres y a él con la intención de torturar y ejecutar aquí a un prisionero escocés.

Rob frunció el ceño y se acercó a él.

—¿Qué prisionero escocés? —preguntaron al mismo tiempo Fiona y el segundo al mando del clan.

Clyde tomó aire y renegó entre dientes antes de responder:

—Magnus MacLaren.

Rob dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¿MacLaren? ¿Ese no es…?

—El cuñado de Kieran MacGregor —dijo entre dientes Clyde haciendo todo lo posible para contener su ira.

Fiona dio un paso al frente y lo miró sin comprender.

—¿Quién es? Creo recordar su nombre…

—Estuvimos juntos en los Juegos de las Highlands el año pasado e hicimos amistad. Pero no entiendo qué ha podido hacerle a este inglés para que lo apresen y lo quieran ejecutar.

—Yo me preocuparía más por otra cuestión —dijo Fiona—. Si ese Magnus MacLaren es conocido tuyo, ¿por qué demonios lo traería aquí ese inglés?

—Porque él no sabe que nos conocemos.

Clyde dejó escapar un rugido de frustración.

—En la carta nos amenaza con declararnos la guerra si no lo dejamos entrar. Dice que es íntimo amigo del rey inglés y que tiene su sello real como muestra de inmunidad en estas tierras.

Fiona resopló y miró a Rob, que se llevó las manos al rostro, desesperado.

—Abrirle las puertas a un inglés podría traernos problemas con el resto de clanes.

Clyde asintió y caminó de un lado a otro.

—Lo sé, pero aún más problemas y más serios si no las abrimos.

Fiona se acercó lentamente a él y tocó su brazo. Observó su rostro y lo vio totalmente diferente a lo que había visto minutos antes de entrar de nuevo en ese salón. Hasta hacía unos minutos, Clyde era un hombre relajado y feliz. Pero ahora volvía a ser el hombre frío que había conocido anteriormente.

—Entonces, las abramos o no tendremos problemas…

Clyde asintió mirándola con desesperación a los ojos.

—Exacto.

—¿Y qué piensas hacer?

Clyde apretó la mandíbula, provocando que sus dientes rechinaran ligeramente. Si creía que las decisiones más importantes de su vida eran las de las últimas semanas, estaba muy equivocado, porque ahora tenía frente a

sí a la peor de todas: la que acabaría con todos sus sueños por tener aliados y enemigos, pues no tenía elección.

—Prepararme para perder a los pocos amigos que he hecho en mi vida. Abridle las puertas a ese inglés cuando llegue mañana. Prefiero una guerra entre clanes que una contra Inglaterra.

Rob se cruzó de brazos con el ceño fruncido.

—Entonces ¿vas a dejar que ejecuten a Magnus MacLaren?

—Los MacLaren y los MacGregor te acusarán de traición —dijo Fiona, mirándolo sorprendida y sin dejarlo responder a la pregunta de Rob.

—Nunca me he preocupado por lo que los demás pudieran pensar de mí —fue su respuesta—. No voy a empezar ahora…

El alba del día siguiente sorprendió a Clyde en la muralla de su propio castillo. No había dormido ni una sola hora desde que se habían acostado. Se había pasado toda la noche escuchando la suave respiración de Fiona a su lado. No obstante, esta parecía tener pesadillas y no descansaba bien, pues no dejaba de gemir entre sueños y quejarse.

Tras no poder aguantar por más tiempo sus nervios y después de repasar las órdenes que le dio a todo el mundo en el castillo la noche anterior, se levantó, se vistió y, con gesto hierático y frío, bajó las escaleras para salir al exterior. Sus pies parecían moverse sin que él les diera órdenes, pero no podía quedarse quieto tampoco.

Su corazón latía con demasiada fuerza mientras recorría el pasillo en busca de la puerta de salida. El silencio a su alrededor era más abrumador que nunca y sabía que a partir del momento en el que abriera las puertas al hombre que iba a matar a Magnus, los MacGregor y los MacLaren se echarían sobre él para pedir su cabeza. Pero no le importaba. Debía mirar por su gente, y una guerra contra Inglaterra mandaría al infierno a todo el clan Campbell.

Al tiempo que cruzaba el umbral de la puerta, repasó en su mente una vez más las órdenes que había dado a sus hombres y sirvientes para la llegada de los ingleses. Aunque todo iba a tornarse tenso en el castillo, debían atender a los ingleses con educación y respeto, pues no quería problemas con ellos una vez hubieran traspasado la muralla. Y tan solo le quedaba

rezar para que acabaran con todo eso cuanto antes y los dejaran en paz para volver a su vida en el menor tiempo posible.

—Veo que tú tampoco has podido dormir —lo recibió Rob en lo alto de la muralla.

Clyde resopló y miró al cielo, que estaba nublado.

—¿Cómo voy a dormir con la que se nos viene encima?

Su amigo soltó el aire lentamente y fijó su mirada en el frente, fuera de las murallas, donde aún no se veía nadie.

—¿Estás seguro de lo que vamos a hacer?

Clyde lo miró de reojo y se cruzó de brazos, incómodo.

—Completamente seguro.

—Podríamos acabar todos muertos…

El laird sintió cómo se le encogía el corazón.

—Creo que nunca he estado tan seguro de algo, Rob. No me importa lo que después puedan decir de mí.

Rob calló un instante, pero al final acabó sonriendo de lado.

—Estás loco, Clyde. Aún más que tu padre…

El aludido le devolvió la sonrisa. Fue incisiva y delirante.

—Sí, tal vez he perdido el juicio, pero sabes que es lo mejor que podemos hacer por salvar a nuestra gente.

Rob asintió.

—Sí, lo sé.

—¿Has hablado con todos los demás?

—Claro que sí —respondió su segundo al mando—. Ya están todos al tanto de lo que tienen que hacer y de las consecuencias.

—Ya solo queda que lleguen los malditos ingleses con MacLaren.

Rob asintió.

—¿Qué crees que habrá hecho?

Clyde se encogió de hombros.

—No lo conozco demasiado en profundidad, pero sé que tiene la lengua

demasiado larga como para haberse metido en serios problemas. Habrá hablado demasiado con ese inglés o tal vez se ha intentado propasar con su esposa… Lo que sea, debe de ser muy fuerte como para que quieran ejecutarlo.

Rob asintió.

—¿Por qué demonios será que todo el mundo acaba por meternos en problemas que no queremos?

Clyde sonrió y apartó la mirada del frente para dirigirla a él.

—Porque parece ser que nuestra fama traspasa fronteras. Si nuestros huéspedes conocen algo de nosotros, sabrán que no somos muy dados a la amistad con nadie, o tal vez lo que sea que ha pasado ha sido cerca de aquí y somos los más próximos para llevar a cabo esa ejecución. Aunque también podemos pensar que el destino solo desea burlarse de los Campbell por la antigua fama de mi padre. Sea lo que sea, nosotros estamos igual de condenados que MacLaren.

Rob rio y rodó los ojos al tiempo que le daba una palmada en la espalda y se alejaba de allí.

—Estás loco, amigo. Completamente loco…

Clyde sonrió de lado, provocando que su rostro se oscureciera ligeramente. Lo miró de reojo y lo vio marcharse. Con esa misma sonrisa, dirigió su mirada hacia el frente y llevó las manos atrás mientras miraba el horizonte. Algunos de sus hombres hacían lo mismo desde el otro lado de la muralla. Le habían dejado un espacio para que estuviera solo y pudiera repasar, una vez más, su futuro más próximo.

El laird de los Campbell tragó saliva. La paz que había logrado semanas atrás iba a irse al traste en el momento en el que los ingleses cruzaran su portón con Magnus MacLaren como prisionero. Estaba seguro de que la familia del reo y los MacGregor se le echarían encima en cuestión de días. Y tal vez su matrimonio y esa vida que había soñado de calma iba a acabar demasiado pronto por su traición.

—Pensaba que jamás volvería a ver esta versión de Clyde Campbell… —dijo una voz a su espalda.

El aludido cerró los ojos un instante y, después, los abrió para mirar a Fiona. La joven se acercó a él y lo abrazó por la espalda. Con rostro aún

preocupado, el guerrero le tomó las manos y las besó para después volver a dejarlas sobre su pecho. A su espalda sintió el calor de su esposa mientras sus ojos volvían a mirar al horizonte.

—Nos ha durado poco la paz…

Fiona suspiró a su espalda.

—¿Por qué no dejas que enviemos una carta a los MacGregor y MacLaren para avisarlos de lo que ocurre?

Clyde negó con la cabeza.

—Prefiero hacerlo como lo hemos hablado…

Fiona puso los ojos en blanco y lo soltó para rodearlo y ponerse a su lado. Clyde se giró hacia ella y pasó las manos por su cintura para atraerla.

—¿Prefieres que te señalen como un traidor y que nos declaren la guerra?

El guerrero la besó cuando terminó de formular su pregunta.

—Siempre me han señalado como a un traidor por ser hijo de mi padre…

—Ellos son tus amigos.

Clyde se encogió de hombros.

—Ellos ya son mis enemigos, pero aún no lo saben.

El viento del norte removió el pelo de Fiona y él se lo colocó. En los ojos de la joven vio su preocupación y, aunque sabía que en sus propios ojos también había ese mismo sentimiento, Clyde intentó sonreír. Sin embargo, pronto sus ojos azules se oscurecieron ante una idea que cruzó por su mente.

—Cuando los ingleses estén aquí, los MacLaren y los MacGregor acudirán a atacarnos.

—Sí… —respondió Fiona con un hilo de voz.

—Probablemente, será un ataque muy violento. Conozco a los MacGregor y sé que son muy salvajes cuando atacan…

Fiona frunció el ceño y lo miró sin comprender.

—¿Qué me estás queriendo decir?

Clyde suspiró largamente.

—Que me gustaría que te marcharas del castillo. Seré el objetivo de sus flechas y moriré. No quiero que te hagan daño a ti también.

La joven se separó de él enérgicamente y lo miró como si no lo conociera.

—¿Qué dices, Clyde? No pienso hacer eso. ¿Me quieres separar de nuevo de ti?

El guerrero negó con la cabeza.

—Jamás querría eso, Fiona, pero no quiero que te hagan daño por ser mi esposa.

Intentó acercarse a ella, pero la joven dio un paso atrás al tiempo que negaba con la cabeza.

—Estamos juntos en esto. ¿O acaso se te ha olvidado? Me necesitas aquí.

—Rob puede hacer cualquier cosa…

—¡No! ¡No pienso dejar que él haga lo que yo debo hacer! No voy a alejarme de aquí, Clyde. Y si los MacGregor te matan, espero que hagan lo mismo conmigo porque no pienso quedarme de brazos cruzados ante ellos.

Clyde tragó saliva y la tomó del rostro, acercándola a él.

—Eres la mujer a la que amo, Fiona.

—Y yo también te amo a ti, Clyde Campbell, pero no me vas a obligar a marcharme de nuevo. Estoy contigo en esto y ya sabes que juntos somos más fuertes.

Clyde la besó y acabó sonriendo.

—Serías capaz de meterte entre los MacGregor a robarles todas sus armas, ¿verdad?

La joven le devolvió la sonrisa.

—Si fuera necesario, lo haría.

El guerrero la abrazó y, durante un par de segundos, esta lo sintió temblar.

—Tengo miedo, Fiona. Soy más débil de lo que mi padre pensaba…

La joven resopló y acarició su espalda.

—No eres débil. Eres un hombre que siente en lo más profundo de su alma. Nada más. Y sabes, tanto como yo, que puedes con esto. Es una situación difícil que ninguno de nosotros esperaba, pero podrás hacerlo,

Clyde. Y si hay que luchar, lo haremos. Somos Campbell, ¿no?

Clyde se separó de ella y la miró a los ojos. Le sonrió brevemente y asintió.

—Eres la mejor mujer que el destino podría haber puesto en mi camino.

Fiona se encogió de hombros con una sonrisa que intentó ser despreocupada, pero que igualmente mostraba lo que sentía.

—Y la única que me conoce de verdad.

—Eres un buen hombre. El mejor. Y lo que opinen los demás no debería importarte.

Clyde asintió con cierta tristeza.

—Piensas en esa mujer… Bonnie MacDonald.

El guerrero sonrió.

—Me lees el pensamiento… Sí, era una gran amiga y estoy seguro de que ella empuñará la espada que me atraviese.

Fiona levantó los brazos y acunó su rostro entre sus manos.

—Nadie va a matarte, Clyde. Podemos con esto una vez más.

El guerrero la miró en silencio durante unos segundos.

—¿Una vez más? —preguntó con cierto temor en la voz.

—Una vez más… —afirmó nuevamente con seguridad.

CAPÍTULO 17

El ambiente en el castillo Campbell comenzó a ponerse tenso a medida que pasaba la mañana y se acercaba el mediodía. No sabían con exactitud cuándo iba a llegar el batallón de ingleses al castillo, así que todo estaba preparado ya desde primera hora de la mañana para cuando llegaran.

Clyde había dejado a un lado sus obligaciones como laird y se obligó a dar órdenes a todo el mundo para que no hubiera ni un solo resquicio de duda sobre lo que tenían que hacer cada uno de sus hombres, incluso él mismo y Fiona. Jamás había sido demasiado amigo de los ingleses, pero iban a recibirlos de tal manera que no pudieran quejarse o buscarles problemas.

En un momento dado, Clyde se sintió tan abrumado por todo que necesitó salir de su despacho y caminar frente a la puerta de salida del castillo. Dejó que el viento fresco calmara sus nervios y sosegara su malestar. Jamás le había pasado algo así, pues siempre había sabido gestionar bien su interior, pero después de todo lo que habían sufrido en las últimas semanas no quería tener más pérdidas entre los suyos. Se apoyó contra la pared y dejó caer la cabeza contra las piedras. Cerró los ojos unos instantes y escuchó el sonido del exterior. Fuera se encontraban algunos de sus hombres vigilando el horizonte mientras otros preparaban el castillo para lo que pudiera pasar.

Y en el momento en el que sintió que por fin se calmaba de nuevo, unas voces en la muralla lo alertaron.

—¡Ya vienen!

Clyde abrió los ojos y se incorporó. Cuadró los hombros, colocó su ropa una vez más y dio un paso al frente. Pero cuando estaba a punto de salir, la voz de Fiona llegó a sus oídos.

—Dime que no pensabas recibirlos sin mí…

Clyde se giró hacia ella.

—La verdad es que esperaba que no tuvieras que aguantarlos…

Fiona alisó su vestido y lo tomó del brazo con la mejor de sus sonrisas.

—No hay nada mejor como una sonrisa para recibir a alguien que realmente no es bienvenido.

Clyde suspiró y asintió.

—Ni te imaginas la de guerras que ha evitado la sonrisa de una mujer…

—¿Segura? —preguntó arqueando una ceja.

Fiona se encogió de hombros.

—No, pero al menos has sonreído un poco.

Clyde dejó escapar una risa y ambos caminaron hacia el centro del patio para recibir al contingente de ingleses que estaba a punto de cruzar la muralla de su castillo. Clyde pensó en su padre en ese instante. Si hubiera estado vivo para ver ese momento, se habría muerto del susto, pues siempre lo escuchó despotricar contra ellos y sus malditas ansias de poder en suelo escocés.

Fiona y él se quedaron apartados en un lugar del patio para dejar espacio a todos esos caballos que cruzaron el umbral del portón en ese momento.

—Pero ¿cuántos son? —preguntó Fiona en un hilo de voz.

—Diría que más de treinta —susurró él a su vez.

Los últimos en cruzar el umbral fueron un joven rubio que cabalgaba sobre el caballo con aires de grandeza y que miraba a su alrededor con cierta antipatía y asco, seguido del artífice de todo aquello: Arthur Hamilton. Este lo hacía con serenidad y una sonrisa ladina en los labios. Clyde lo vio tirar de una cuerda entre sus manos, casi arrastrando a un herido Magnus MacLaren, que arrastraba los pies con cansancio.

—Dios santo… —murmuró.

Clyde tragó saliva al observarlo. No podía quitar la mirada de aquella visión. Este cayó de rodillas cuando Hamilton paró su caballo en medio del patio. Sin lugar a dudas, lo habían golpeado salvajemente durante el camino hasta allí. Su rostro estaba cubierto de sangre, al igual que su ropa, cuyas heridas abiertas indicaban que necesitaban una cura urgentemente. Y, aun así, lo vio levantar la mirada hacia él y esbozar una sonrisa.

Clyde se mantuvo quieto en el sitio y esperó a que los recién llegados se acercaran a él. Al cabo de unos segundos, lo hicieron acompañados de Rob, que inconscientemente agarró a Magnus del brazo para ayudarlo a caminar.

—Buenas tardes, señor Campbell —dijo el de más edad—. Mi nombre es Arthur Hamilton. Soy el que solicitó vuestra ayuda para acabar con este

desgraciado que traemos aquí.

Clyde abrió la boca para responder, pero el otro recién llegado se adelantó para presentarse.

—Yo soy Oliver Spencer, y acompaño a Arthur en esta misión para ejecutarlo.

Clyde dirigió su mirada azul hacia él. Lo hizo lentamente, provocando que el propio Oliver tragara saliva ante aquella mirada profunda y oscura que ahora lo miraba a él, consciente de que lo había interrumpido.

—Yo soy Clyde Campbell, dueño de este castillo y laird de este clan. Sed bienvenidos a él.

Tan solo con esas últimas palabras consiguió que en el rostro de Magnus se dibujara una expresión de sorpresa. Lo vio levantar la mirada hacia él y fruncir el ceño, aunque Clyde se mantuvo serio y con la mirada fija sobre Arthur Hamilton.

—He de reconocer que me sorprende que hayáis venido hasta aquí para solicitar mi ayuda. Pensaba que a vuestros prisioneros los llevabais a Inglaterra.

Arthur negó con la cabeza.

—Es algo que solemos hacer cuando son prisioneros del rey.

—¿Y este no lo es? En la misiva dejasteis claro que erais un hombre muy cercano al rey inglés.

Arthur sonrió.

—Lo soy, pero este prisionero es mío. Es un asunto personal, no del rey.

—Entonces no entiendo por qué dar esa información si no es relevante en este caso…

Fiona clavó sus dedos en su antebrazo para que se calmara.

—Porque quería dejar claro que no soy un lord cualquiera y que puedo premiar a quien me ayude. Como tú ahora mismo. Espero que no te importe que te tutee.

Clyde miró fijamente a los ojos de Hamilton. En ellos logró ver la frialdad y malevolencia que guardaba en su interior. Estaba claro: no era un lord cualquiera. Seguramente sería el más perverso de toda Inglaterra.

El laird Campbell acabó arqueando una ceja.

—Tutearme es un privilegio que no le doy a cualquiera, pero teniendo en cuenta que tengo frente a mí a un hombre distinguido, alzaré la mano por hoy… —Clyde intentó que la ironía no se viera reflejada en sus palabras, aunque no lo consiguió.

Oliver sonrió de lado y miró a Arthur, que imitó su gesto. Al instante, dirigió su mirada hacia Fiona, logrando que Clyde se tensara.

—No me has presentado a esta bella mujer.

El aludido sonrió y miró a Fiona, que esbozó la más maravillosa de sus sonrisas e inclinó la cabeza.

—Es Fiona, mi esposa.

Clyde volvió a ignorar la mirada de Magnus, que no pudo evitar sorprenderse ante esa revelación.

La joven le tendió la mano a Hamilton, que la besó sin apartar la mirada de ella.

—Sois realmente hermosa, señora Campbell.

—Gracias, señor Hamilton. Es un placer tener invitados tan distinguidos y amables en nuestro castillo. Estoy segura de que están cansados y tienen hambre y frío. ¿Por qué no entramos para hablar?

Hamilton torció la cabeza y tiró de la cuerda que tenía entre sus manos, provocando que Magnus trastabillara, aunque no cayó, sino que se vio impulsado hacia adelante, quedándose al lado del inglés y con la mirada clavada en Clyde.

—Me temo que primero tenemos algo que solucionar su esposo y yo, señora Campbell.

—Por supuesto —respondió la joven con amabilidad separándose de Clyde y entrando en el castillo.

En el momento en el que se quedaron solos, Clyde por fin llevó su mirada hacia Magnus. Lo hizo lentamente, sabedor de que casi era incapaz de sostenérsela durante más de dos segundos. Y, sin embargo, aguantó. Con tan solo esa mirada logró ver más de lo que deseaba. Magnus lo miraba con cierto recelo ante sus últimas palabras, pero también con desesperación, súplica y dolor. Había algo que desconocía y que se escapaba de sus manos,

pero estaba seguro de que iba a descubrir cuanto antes.

Clyde le dirigió una mirada de frialdad, consiguiendo que el propio Magnus por fin se diera cuenta de su lealtad. El segundo de los MacLaren acabó sonriendo al tiempo que desviaba la mirada. Sin embargo, volvió a mirar a Clyde, esta vez con rabia, y le espetó:

—Cuánto tiempo sin verte, Campbell… —la decepción se notaba en el tono de su voz, pero Clyde se mantuvo tan frío como antes, aunque apretó los puños con fuerza, haciendo crujir sus huesos.

Hamilton frunció el ceño y miró a Clyde.

—¿Lo conoces?

El aludido notó la preocupación en su voz, pero Clyde siguió manifestando su frialdad. Acabó suspirando largamente.

—Vagamente… —respondió, provocando que Magnus dejara escapar una risa lacónica—. El año pasado nos conocimos en los Juegos que organizó el rey.

Oliver frunció el ceño y los miró alternativamente.

—Espero que no haya problema alguno por traerlo aquí ni traición por tu parte, Campbell.

Clyde volvió a mirarlo despacio provocando en él ese mismo escalofrío de antes.

—Si lo hubiera, ya estaríais muertos —fue su seca respuesta.

Hamilton sonrió para calmar los ánimos.

—Lo sabemos, Campbell. Por eso, espero que podamos entablar amistad hasta que ejecutemos a este desgraciado. No nos llevará mucho tiempo y te molestaremos poco.

Clyde asintió.

—De todas formas, me gustaría saber qué ha hecho para obtener semejante castigo.

—¿De verdad te importa, Campbell? —le espetó Magnus con rabia.

El guerrero se sentía realmente decepcionado por el que había considerado su amigo. Había estado a punto de llevar a Kenna a ese castillo para que Clyde los protegiera, pero acababa de descubrir que era un traidor

y que siempre había fingido esa amistad que decía tener con los suyos y los MacGregor. Había tenido la esperanza de que los Campbell acabaran con los ingleses una vez estos cruzaran su muralla, pero ver esas sonrisas y esa amabilidad con ellos le confirmó que Clyde no pensaba hacer nada por salvarlo, que prefería proteger su trasero antes que manchárselo con sangre inglesa por defender a un amigo.

Pero no eran amigos. Ahora lo entendía. Él jamás había cambiado. Seguía siendo el mismo laird frío, distante y malhumorado como su antecesor. La fama con la que lo había conocido no lo había abandonado, pero lo que más le dolía era la traición y el engaño. Por ello, y a pesar del dolor de su cuerpo, Magnus se lanzó hacia adelante con la intención de golpearlo. No obstante, Hamilton tiró de la cuerda y lo lanzó hacia atrás, donde Rob lo agarró del brazo con fuerza.

El joven miró a Clyde, que apenas se movió del sitio, sino que se limitó a mirarlo como si no lo conociera de antes, como si jamás hubieran hablado o haberse enviado cartas. ¿Cómo era posible que una persona cambiara tanto en un instante? Magnus se golpeó mentalmente por haber tenido la esperanza puesta en Clyde. Se dijo que debió haber ido directamente a su hermana y a los MacGregor para pedir ayuda. Ahora solo le quedaba una única posibilidad para sobrevivir, y esta quedaba en manos de la mujer a la que amaba.

—Me importa si en mi castillo van a ejecutar a una persona. Quiero saber qué has hecho para acabar así.

Magnus escupió a sus pies y clavó las esmeraldas de sus ojos en los de Clyde.

—A los traidores no les importa algo así.

Clyde dio un paso adelante y se puso frente a Magnus. Ambos guerreros midieron fuerzas con su mirada nuevamente. La del primero seguía siendo fría y penetrante. La del segundo era de auténtica decepción y rabia. El laird Campbell lo miró de arriba abajo, comprobando el estado de sus heridas y su maltrecha ropa.

—Tú lo has dicho. Los traidores solo sabemos hacer eso… traicionar. Ten cuidado, MacLaren, esta gente no parece tener ganas de perdonarte…

Magnus sonrió de lado.

—No. Ten tú cuidado, Campbell. No la han encontrado, así que ya estará a punto de llegar a tierras MacGregor. Y cuando estos vengan, te colgarán de la torre más alta…

Clyde frunció el ceño.

—¿A quién no han encontrado?

Hamilton puso una mano entre ellos para apartar a Magnus, llamando la atención de Clyde sobre su persona.

—Tenemos muchas cosas que contarte, Campbell, pero primero llevemos a este desgraciado a una de tus mazmorras.

Clyde miró de nuevo a Magnus y asintió.

—Por supuesto.

El laird Campbell encabezó la marcha hacia el pasillo que llevaba a las mazmorras. Lo seguían Rob, que sujetaba a Magnus, Oliver y Hamilton, que seguía tirando de la cuerda a pesar de que no hacía falta. Magnus parecía tener fuerzas renovadas ahora que habían llegado al castillo, pero no por la esperanza de sobrevivir, sino por la rabia que le producía la traición de Clyde. A su lado, Rob lo miraba de reojo, pero se mantenía callado.

Bajaron las escaleras hacia las mazmorras y torció la cabeza cuando el hedor de ese lugar penetró por su nariz. La suciedad de las paredes era más que evidente. Un intenso olor a humedad y mugre le provocó un escalofrío, pero intentó mostrarse casi tan frío como el propio Clyde, cuya espalda no dejaba de mirar con la esperanza de tener una daga cerca para clavársela.

Cuando lo tuvieron abajo, lo metieron en la primera celda, más amplia que las demás, y lo dejaron en el centro de la misma, elevando sus brazos por encima de su cabeza y atando el otro extremo de la cuerda en una de las cadenas que colgaba del techo.

Magnus se revolvió e intentó soltarse, por Hamilton le propinó un puñetazo en el vientre.

—Tranquilo, MacLaren, ya llegará tu momento. Jugaremos contigo antes de matarte…

Magnus clavó la mirada en Hamilton, ignorando la presencia del que había sido su amigo.

—Te agradezco que quieras jugar, Hamilton, pero eres la última persona

con la que yo querría jugar a algo.

El inglés sonrió.

—Ríete ahora, MacLaren, porque llegará el momento en el que gritarás de dolor y desearás no haberte interpuesto en mi camino.

Magnus intentó soltar la cuerda que lo mantenía de pie en medio de la celda, pero fue en vano.

—Eres tú quien se ha interpuesto en el nuestro. Ya sabías la opinión de Kenna sobre ti.

Hamilton se encogió de hombros.

—Esa muchacha no sabía lo que quería y lo que no, ni tampoco lo que era mejor para ella.

Desde su posición, los ojos de Clyde bailaban de uno a otro, sin comprender de qué estaban hablando. Rob lo imitaba y, a veces, miraba de reojo a su laird, que le devolvía la mirada.

—Lo mejor para ella no eras tú, precisamente. Queríais acabar con ella.

Hamilton tiró del pelo de Magnus hacia atrás.

—Tú qué sabrás…

—Soy su esposo. La conozco mejor que tú.

Magnus estuvo a punto de sonreír cuando vio, de soslayo, la ceja arqueada de Clyde cuando escuchó que tenía una esposa.

—Tú no eres nadie…

—A ojos del rey, lo soy, Hamilton.

El aludido resopló y lo soltó, alejándose de él unos pasos.

—Tú serás muy pronto un fantasma, un recuerdo, nada más. Y los recuerdos se borrarán a base de golpes.

—Jamás doblegaréis a Kenna, aunque para ello, deberíais haberla encontrado…

Oliver lo golpeó en el costado, provocando que lanzara un gruñido de dolor.

—Ríe mientras puedas, MacLaren. Mi querida hermanastra volverá a nuestras manos.

—¡Jamás! —vociferó Magnus con vehemencia.

Hamilton llevó la mano hacia la daga. La desenvainó y cuando se acercó a Magnus, Clyde dio un paso al frente y carraspeó.

—Hamilton, me gustaría que me contaras qué está pasando. Creo que, como dueño de este lugar, merezco saberlo.

La voz de Clyde sonó tan profunda y peligrosa que el aludido dio un paso atrás y asintió.

—Está bien, Campbell. Invítame a una copa y te contaremos todo.

El laird asintió y los invitó a salir, pero Oliver se quedó mirando a Magnus, que permanecía de pie, atado a la cuerda y mirando con rabia profunda a Clyde. Este lo ignoraba por completo, aunque podía sentir su mirada penetrante en la nuca.

Era la primera vez en su vida que Magnus sentía esa decepción. Su corazón latía demasiado deprisa cada vez que observaba al que había llegado a considerar un amigo. Había cabalgado hasta esas tierras con la intención de pedirle ayuda, pero en lugar de eso se había encontrado con algo muy diferente, así que en parte agradeció que Hamilton lo hubiera atrapado antes de tiempo, pues al menos Kenna había tenido una oportunidad para salvarse y salvarlo a él. Sentía rabia y frustración al no poder hacer nada por sí mismo y verse allí atado. Sin embargo, se dijo que no iba a mostrar otro sentimiento que no fuera el que solía acompañarlo desde que era tan solo un niño: la burla o diversión. Tal vez iban a matarlo, pero no lo haría con el mismo rictus que presentaba Clyde en ese momento, sino con una sonrisa.

Miró a Oliver, que se acercó a él en lugar de salir de la celda, como los demás, que se habían quedado fuera a esperarlo.

—Id vosotros. Yo prefiero quedarme aquí con esta escoria para darle su merecido.

Magnus sonrió.

—Es una pena. Yo la verdad es que preferiría ir a tomarme una copa de lo que sea en lugar de estar aquí contigo.

El guerrero se ganó un puñetazo en la mejilla. Gruñó ligeramente y rechinó los dientes. Necesitaba ganar tiempo como fuera hasta que Kenna

pudiera llegar a tierras MacGregor y avisar a su hermana Ruby para que fueran allí a salvarlo.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad, MacLaren?

Magnus le guiñó un ojo.

—Debo reconocer que tengo mi encanto…

Oliver volvió a golpearlo, provocando que de su boca saliera un hilo de sangre, pero Magnus no se achantó, sino que levantó la mirada y volvió a fijarla en él. El hermanastro de Kenna desvió su atención hasta Clyde, a quien le sonrió.

—Vamos, Campbell. ¿No te gustaría golpearlo tú también? Tienes nuestro permiso para desahogarte con él.

Clyde torció la cabeza.

—No me apetece llenarme la mano de sangre MacLaren.

Oliver se carcajeó y Magnus miró fijamente al que había considerado su amigo.

—¿De verdad no quieres hacerlo o es que tienes más afecto por él del que parece?

Clyde sonrió ligeramente.

—¿Afecto por MacLaren? No tengo afecto por nadie que no sea de mi clan.

Magnus sintió la rabia correr nuevamente por su cuerpo. Clavó su mirada en él y rezó para poder matarlo solo con ella. Frunció el ceño y no pudo evitar frenar su lengua:

—Vamos, Campbell. ¿Acaso tienes miedo? —le preguntó escupiendo sangre al mugroso suelo.

Clyde resopló.

—¿De ti?

—No, exactamente… ¿No quieres agradar a tus nuevos amigos ingleses?

Clyde frunció el ceño y apretó los puños con fuerza al tiempo que Oliver reía al lado de Magnus.

—Venga, Campbell. Golpéalo antes de irte.

—Eso, querido Campbell —imitó Magnus el acento de Oliver.

Este volvió a golpearlo en el costado mientras Clyde se acercaba a ellos lentamente con la mirada puesta sobre Magnus. Este frunció el ceño ante el dolor del golpe, pero levantó la mirada cuando estuvo frente a él. Ambos se sostuvieron la mirada largamente, como si midieran fuerzas en ese instante.

Clyde lo miró de arriba abajo, comprobando su estado, pues se apoyaba solo en una pierna. Mientras tanto, Magnus imitó su gesto, preguntándose en qué momento el laird Campbell había decidido prescindir de su amistad. Se sentía tan traicionado que le dolía mucho más que los golpes que estaba recibiendo. Y no podía evitar imaginarse qué habría sido de Kenna si ella también estuviera allí.

Magnus tragó saliva y siguió mirándolo.

—Vamos, Campbell, no te lo pienses tanto…

Clyde miró de reojo a Oliver, y antes de devolverle la mirada a Magnus, golpeó a este con fuerza en el vientre, provocando la risa del inglés.

Magnus se dobló sobre sí mismo todo lo que le dejó la cuerda que ataba sus muñecas. Comenzó a toser con fuerza y gruñó de dolor, ignorando las risas de los ingleses, que parecían disfrutar con eso. Cuando recuperó ligeramente el aliento, levantó lentamente la mirada hacia Clyde, que seguía quieto en el mismo lugar y con su mirada fija sobre él.

—Has perdido fuerza, Campbell. Te estás haciendo viejo… —le espetó Magnus con media sonrisa dibujada en el rostro ligeramente tenso por el dolor.

Clyde levantó la mano y lo aferró de la barbilla. Se acercó a él y le respondió:

—Ten cuidado, MacLaren. Podrías morir antes de lo que esperas…

Magnus le contestó con una leve risa.

—Vete con tu amigo, Campbell. Te está esperando. A ver si es capaz de enseñarte modales ingleses. Lo necesitas…

Clyde lo soltó y regresó junto a Hamilton, que lo esperaba con una sonrisa en los labios. Ambos volvieron a sostenerse la mirada, y lo último que vio Magnus antes de que Oliver lo golpeara de nuevo fue el rostro iracundo y tenso de Clyde.

CAPÍTULO 18

Clyde fue el último en sentarse en el sofá después de servir copas a Hamilton y Rob. A pesar de que su segundo al mando insistió en ser él quien lo hiciera, fue Clyde quien tomó la iniciativa, pues, por alguna razón, necesitaba hacer algo para calmarse. Tenía la impresión de que, si movía las manos, iba a lograr acallar los demonios de su mente, que habían vuelto a florecer desde el instante en el que los ingleses aparecieron por sus puertas.

Y a pesar de que intentaba mantener la cabeza fría, sus manos temblaron ligeramente. Después de eso, se sentó al lado de Rob, que también se mostraba impaciente por saber por qué demonios estaban aquellos ingleses en el castillo y por qué los habían metido en problemas con los MacLaren y los MacGregor al dejarlos entrar en él.

—Siempre he escuchado que la bebida de este país es la mejor de todas —dijo Hamilton tras probar el contenido de su copa.

Clyde asintió al tiempo que Rob sonreía y se dejaba caer contra el respaldo del sofá con aire indiferente. El laird no pudo evitar mirarlo, preguntándose cómo demonios podía mostrarse tan relajado en un momento como ese. Y a pesar de la envidia por ese carácter, suspiró y volvió a mirar a Hamilton.

—La bebida no es lo único bueno de este país —le aseguró.

Hamilton sonrió y asintió.

—Eso es cierto. De hecho, es una mujer escocesa la que me ha traído hasta aquí.

Clyde cruzó la pierna izquierda por encima de la derecha e intentó imitar el gesto despreocupado de Rob para evitar que Arthur notara su ansiedad.

—Podrías empezar por el principio, Hamilton. Si no, no te entenderemos.

El aludido asintió y volvió a beber de su copa. También se puso más cómodo, algo que molestó ligeramente a Clyde, pues desde que esos ingleses habían entrado tenía la sensación de que se creían los dueños de su propio castillo. No obstante, supo mantener la calma y apretó los dedos alrededor de la copa.

—Tienes razón, querido amigo. Supongo que desde que recibisteis mi

carta queréis saber qué ha pasado. Aunque yo también me pregunto por qué me habéis abierto las puertas de vuestro hogar sin antes saber mis motivos.

—El motivo es simple, Hamilton —comenzó diciendo Clyde—. Eres un importante lord inglés que necesitaba ayuda. Y nosotros somos un clan que no desea problemas con nadie.

—¿Ni siquiera con un inglés?

—Exacto. En tu misiva decías que eras amigo cercano a vuestro rey. No queremos problemas.

—Seguramente, se os echarán encima la familia de esa escoria.

Clyde se encogió de hombros.

—Me importa muy poco una guerra más a mi espalda.

Hamilton sonrió al tiempo que miraba fijamente a Clyde, intentando adivinar sus verdaderos pensamientos. Desde que había cruzado el umbral de su portón y lo había mirado a los ojos por primera vez, descubrió en él a un potencial y poderoso enemigo con el que debía tener cuidado. Esa frialdad era realmente peligrosa, y estaba seguro de que Clyde conocía los sentimientos que solía provocar en las personas que hablaban con él.

—Entonces, supongo que debo darte una vez más las gracias por dejarnos entrar.

—De nada, Hamilton, pero te recuerdo que aún no nos has contado nada sobre tus motivos para apresar a MacLaren.

Hamilton esbozó una sonrisa.

—No se te olvida, ¿eh?

—No tengo fama de olvidadizo…

—Hace unas semanas me propusieron ser el prometido de una muchacha que vivía en Inglaterra y era la hijastra de mi prima, la madre de Oliver.

—Has dicho antes que te había traído aquí una escocesa, no una inglesa —lo cortó Rob, con su habitual falta de paciencia.

Hamilton se carcajeó.

—Dame tiempo, muchacho. Esa joven se llama Kenna Ferguson, y, como podéis comprobar por su nombre, es escocesa. Es hija del comerciante Conrad Ferguson, ¿lo conocéis?

Clyde frunció el ceño.

—¿Tiene algo que ver con el clan al que atacaron hace veinte años? Mi padre siempre hablaba de un ataque al palacio de un importante comerciante…

—Exacto. Kenna nació el mismo día del ataque.

—¿Quiénes fueron los culpables?

Hamilton fingió quitarse una pelusa de la chaqueta con indiferencia.

—Por lo que dijo Conrad, nunca se supo…

El inglés intentó mostrarse frío ante ese tema, pero no pudo evitar ponerse nervioso por la mirada que le diría Clyde, que intentaba adivinar claramente sus pensamientos.

—El caso es que Conrad conoció a mi prima Eleanor hace unos años y se casó con ella. Se marcharon a vivir a Inglaterra y, como os digo, hace unas semanas decidieron prometerme a Kenna.

—¿A pesar de la diferencia de edad? —volvió a cortarlo Rob.

Clyde lo miró y enarcó una ceja, provocando que su segundo al mano lo mirara con un gesto divertido.

—¿Algún problema con esa diferencia de edad?

Clyde torció la cabeza.

—Nosotros intentamos casarnos con personas cuya diferencia de edad sea menor —respondió por su amigo—, pero supongo que no todo el mundo piensa de la misma manera.

—Efectivamente. A mí no me importaba que la muchacha sea más joven.

—Porque quien salía ganando eras tú, Hamilton… —murmuró Rob.

El aludido sonrió.

—Ella también. Tengo mucha influencia en la corte y capital suficiente para dos vidas.

Rob no dejó de sonreír, pero se mantuvo callado tras una mirada de advertencia de Clyde.

—Totalmente de acuerdo, Hamilton. Continúa…

—Esa muchacha pensaba lo mismo que tu segundo al mando, Campbell.

Y convenció a su padre de que debíamos venir a Escocia para preguntar al rey sobre ese matrimonio.

—¿Y escapó?

Hamilton negó.

—No. El rey nos dio su beneplácito, así que la boda iba a celebrarse en el menor tiempo posible. Sin embargo, Kenna prefirió besarse con ese desgraciado.

—¿Con MacLaren? —preguntó Clyde.

—Sí. La estábamos buscando en los salones del palacio cuando abrimos una puerta y la descubrimos besándose con él. A partir de ese momento, el propio monarca decidió llamar a un sacerdote para casarla con él, dejándome a mí a un lado.

Clyde miró de reojo a Rob, cuyos pensamientos casi pudo intuir en su mirada ligeramente divertida, aunque muy bien disimulada.

—Pero si el rey los obligó a casarse, no entiendo por qué lo has apresado.

—¡Porque ese maldito desgraciado se interpuso en mi camino! —vociferó Hamilton inclinando su cuerpo hacia adelante—. No debió besarla. Tenía que haber dejado que se casara conmigo.

—¿Y pensaste en la posibilidad de que fuera la muchacha quien lo besara y no él?

Hamilton resopló.

—Esa mosquita muerta no sería capaz de hacerlo.

Clyde arqueó una ceja, sorprendido por su reacción. Sin lugar a dudas, estaba claro que el inglés no amaba ni deseaba a la joven Ferguson, sino que simplemente se había sentido herido en su orgullo al verse sin novia tras arrebatársela un escocés.

—Kenna Ferguson es mía, y volverá a mí.

Clyde suspiró y apoyó los codos en las rodillas con fingida calma.

—Pero si el rey dio su visto bueno a esa boda, ¿no crees que podría ir a por ti cuando se entere de la muerte de MacLaren?

Hamilton sonrió y dirigió su mano a los pliegues de su chaqueta para sacar un papel y un sello.

—Esto pertenece al rey inglés. Me da carta blanca y protección para hacer lo que me dé la gana.

Clyde tragó saliva y miró fijamente esas dos cosas mientras el inglés volvía a guardarlas.

—Ten cuidado entonces y no las pierdas.

—Tranquilo. Las llevo siempre en mi chaqueta. Es imposible perderlas.

—Entonces, quieres matar a MacLaren por arrebatarte a la joven, pero hay algo que no comprendo, Hamilton.

—¿Qué? —preguntó este.

—¿Dónde está ella?

Hamilton resopló y miró hacia otro lado con gesto iracundo.

—Descubrimos a MacLaren después de seguirlos durante días, pero no hay rastro de Kenna. Él perjura que la abandonó, y aunque mis hombres han intentado seguir un rastro de ella, no han encontrado nada. Tengo la esperanza de que aparezca alguno de estos días para intentar salvar a su esposo. Si no, usaré mis contactos para encontrarla, aunque se esconda en lo más recóndito de este maldito país.

Clyde asintió lentamente, pensativo.

—¿Y cómo y cuándo piensas acabar con MacLaren?

—La verdad es que mi intención era matarlo nada más llegar, pero después he pensado en torturarlo y darle tiempo a Kenna para que aparezca. Estoy seguro de que vendrá a por él y, después, lo mataré frente a ella y me la llevaré conmigo a Inglaterra.

—¿Y si no quiere? —preguntó Rob por Clyde, que tenía la misma pregunta en la punta de la lengua.

—Querrá. Ya nadie podrá protegerla aquí. No tiene a nadie ni una casa donde vivir, así que solo le quedará volver conmigo.

Clyde miró de reojo a Rob, que suspiró largamente con el rostro hierático.

—Está bien, Hamilton. Tienes la protección de mi clan y de mi castillo, hasta que decidas ejecutar a MacLaren, pero espero que tus hombres y tú sepáis comportaros con mi gente y mis sirvientes. No quiero problemas ni ataques sorpresa. No quiero jugarme el cuello para que después me

traicionéis.

Hamilton dio una palmada, sonriente.

—Tranquilo, Campbell. No buscamos problemas contigo o con cualquier otro. Tan solo poner a cada uno en su lugar. Ese MacLaren es una sabandija, y a las personas así solo hay que pisarlas para apartarlas del camino.

Clyde sonrió de forma oscura y asintió.

—Exacto. Ahora te dejo que te instales. Supongo que estarás cansado al no estar acostumbrado a estas tierras.

—Te lo agradezco. Quisiera comunicarte ya que durante los siguientes días bajaré a las mazmorras para torturar a ese desgraciado.

—Por mi parte, no hay problema. Lo único que te pido es que cada vez que bajes, informes primero a Rob.

—Perfecto —asintió Hamilton levantándose del sofá y estrechándole la mano con una sonrisa—. Gracias por todo, Campbell. Me alegra ver que tu lealtad estás más cerca de Inglaterra que de Escocia.

—Dime que no soy el único que deseaba arrancarle la cabeza a ese petimetre de Hamilton.

La voz de Rob lo sacó de su ensimismamiento y levantó la cabeza hacia su segundo al mando y hacia su esposa, que habían ido al despacho a hablar con él sobre la conversación que habían mantenido con el inglés tras su llegada al castillo.

La cena se había servido una hora antes y ahora casi todo el mundo en el castillo reposaba y descansaba en sus respectivos dormitorios. Sin embargo, el laird, su esposa y el segundo al mando de los Campbell se encontraban en ese despacho intentando mantener una calma que realmente no podían conseguir.

—He de reconocer que es un hombre exasperante. Esas maneras, ese acento, esa forma de salivar mientras hablaba de esa muchacha… Todo en él daba auténtico asco.

Fiona miró a Clyde. Aún no habían comentado muchas cosas sobre la información que les había dado Hamilton. Tan solo sabía que Magnus se había casado con una joven Ferguson y que Hamilton quería matarlo porque

antes fue su prometida.

—¿Cómo es posible que un padre case a una hija con un hombre tan mayor?

—Él mismo lo ha dicho: le daría un estatus que no tendría con alguien como MacLaren —respondió Clyde.

—Y el muy imbécil se puso en medio de esa muchacha y el gilipollas del inglés —acabó añadiendo Rob.

—Y lo peor de todo es que por su culpa nos hemos visto obligados a abrirle las puertas a Hamilton.

—Y no olvides la guerra con la familia de MacLaren —apostilló Rob.

Fiona suspiró. La tensión en el castillo era palpable, pero especialmente alrededor de Clyde. Lo había observado a lo largo del día y descubrió que una parte de él estaba realmente triste ante la idea de una guerra contra los MacGregor. Sabía que había hecho buena amistad con parte de ellos, y ahora todo se había echado a perder.

—Pero no podemos hacer nada más —dijo la joven—. Tal vez Hamilton se arrepienta de lo que va a hacer con Magnus.

Tanto Clyde como Rob la miraron de forma irónica, provocando que Fiona se sonrojara ante esas miradas tan profundas.

—Sí, acabo de decir la mayor tontería del mundo. Lo sé.

Clyde suspiró y se dejó caer contra el respaldo de la silla y tamborileó los dedos sobre los brazos de madera.

—Lo que más me preocupa es ese maldito sello y la carta que tiene Hamilton. Dice que le da impunidad y lo protege al ser amigo del rey inglés. Y algo me dice que ni siquiera el rey de Escocia sabe lo que está haciendo, así que puede acabar con MacLaren y regresar a su país impunemente. Como si nada hubiera pasado.

Fiona lo miró con el ceño fruncido.

—¿Tan importante es esa misiva y el sello?

—¿Un sello real y una carta firmada del puño y letra del rey? —preguntó Rob—. Con eso tienes poder incluso en el infierno, muchacha.

—Vaya… no pensaba que algo tan simple tuviera tanto poder.

—Ese hombre está protegido de todo —siguió Rob—. Hemos hecho bien en abrirle las puertas. Si no, la guerra contra Inglaterra habría sido más devastadora que una contra los MacGregor y los MacLaren.

Clyde asintió, pensativo. Tras eso, levantó la mirada y la clavó en Fiona, que lo miró a su vez. En silencio, ambos se sostuvieron la mirada durante un largo tiempo mientras Rob observaba la negrura del exterior. Fiona suspiró y apartó la mirada.

—Entonces, si ese hombre es tan peligroso y posee eso, debemos tener cuidado y tratarlo bien hasta que se vaya…

—Sí, no me ha pasado desapercibida tu amabilidad del mediodía cuando llegaron.

Fiona sonrió.

—Podría haberle gritado por meternos en una guerra entre clanes por ayudarlo, pero me pareció un gesto muy feo por mi parte.

Clyde le sonrió por primera vez en el día y durante unos segundos logró ver al hombre que había aparecido tras lo sucedido con los MacAllister. Pero le había durado poco. Volvía a ser el hombre frío y calculador que había conocido, y lo que se les avecinaba no era mucho mejor…

—Rob, ¿crees que Hamilton irá a verte cada vez que quiera bajar a hablar con MacLaren? —acabó preguntándole a su segundo al mando.

Rob se giró hacia él con media sonrisa dibujada en los labios.

—Reconozco que me sorprendió esa petición tuya. Es muy extraña, pero sí, supongo que me informará. Sabe que podemos expulsarlos a pesar de su impunidad y nos necesita. Además, no sé si te has fijado en que durante la tarde y la cena nos intentaba regalar el oído relatando la magnificencia de nuestro castillo, la comodidad de la cama, nuestra hospitalidad…

Clyde dejó escapar una risa.

—Sí, creo que ha recalcado cinco veces la parte de nuestra amabilidad.

—¿Las has contado? —preguntó Fiona con una sonrisa.

—Mi escasa paciencia me obligaba a hacerlo… —respondió Clyde.

Fiona rio y se sentó en la mesa, frente a su esposo.

—¿Cuántos días crees que tardará en ejecutarlo?

Clyde meditó unos instantes.

—No lo sé, pero ha dejado caer que quiere divertirse primero con él.

Rob gruñó y se apartó de la ventana.

—Tarde lo que tarde, el muy cabrón ha firmado nuestra sentencia de muerte frente a los MacLaren y los MacGregor.

Kenna sentía que iba a caerse del caballo en cualquier momento. No dejaba de temblar y no sabía por qué. Tal vez era por el cansancio, por no haber dormido o por la preocupación que sentía por Magnus.

A pesar de que habían pasado más de dos días desde que lo había visto por última vez, no había podido olvidar, ni olvidaría jamás, la expresión en las esmeraldas del guerrero. Por un momento, creyó leer en ellos una maldita despedida. Pero no podía permitirlo. No iba a dejar que se sacrificara por ella. Aún se maldecía a sí misma por haberlo dejado allí en lugar de correr hacia él para luchar contra Hamilton y sus hombres. Pero su juramento era firme. Y sabía que Magnus esperaba que lo cumpliera.

Kenna suspiró y aferró con fuerza las riendas del caballo. Durante las primeras horas desde que escapó, había sentido cerca de ella la presencia de los guerreros de Hamilton. Sabía que la habían intentado seguir, pero había logrado escapar de allí fácilmente. Había seguido las indicaciones de Magnus para cabalgar a tierras MacGregor y sabía que iba por buen camino.

El destino había decidido dejarla sola, pues no se había cruzado con nadie a quien preguntar si iba por el sendero correcto. Pero no le importaba. Sabía que era así. Le había sorprendido la cantidad de detalles que Magnus recordaba del camino hacia las tierras donde vivía su hermana, pues incluso le había hablado de un antiguo círculo de piedras celta por el que había pasado el día anterior antes de que la oscuridad se cerniera sobre ella.

Durante esos más de dos días, solo se había bajado del caballo para estirar un poco las piernas y hacer sus necesidades. Pero después de eso, volvía al camino para seguir. Tenía que llegar cuanto antes al castillo MacGregor, pues desconocía qué pretendía hacer Hamilton con Magnus. Rezó para que su amigo Campbell lo ayudara y acabara con él antes de que ella llegara con la ayuda. Pero no estaba segura. La preocupación que sentía en su pecho

provocaba que este le doliera terriblemente.

Pero Kenna siguió sin descanso. Sus ojos a veces se cerraban en busca de un sueño que no deseaba que llegara, ya que temía que su caballo la llevara por un camino diferente y la desviara. Por ello, se pellizcaba cada vez que sentía que el sueño parecía vencerla.

A veces, hablaba sola y cantaba para mantenerse despierta, pero el cansancio estaba comenzando a hacer mella en la joven. Su cuerpo pedía a gritos que parara, pero no lo deseaba. Lo que sentía por Magnus la impulsaba a seguir adelante. Él confiaba en ella, y ella no podía decepcionarlo.

El temblor en su cuerpo siguió, pero Kenna también. Jamás había destacado por ser una mujer que se dejara vencer fácilmente, y no iba a empezar ahora. Desde que había descubierto que Hamilton fue el culpable de la muerte de su madre, en su cabeza solo estaba la posibilidad de acabar con él, tal y como él había hecho con su madre y con sus sueños de una vida feliz al lado de Magnus.

Si lograba vencerla nuevamente y lo mataba…

Kenna sacudió la cabeza. No podía permitir que la desesperanza hiciera mella en su corazón. Mientras había vida, había esperanza. Y estaba segura de que Magnus aún estaba vivo. Tenía que estarlo.

—Haré lo que sea para salvarte —murmuró para sí mirando al cielo.

Necesitó, desesperadamente, hacerle llegar esas palabras a su esposo, pero era imposible. Tan solo le quedaba pensar en su fortaleza como hombre y guerrero. Este la había salvado de una muerte segura al lado de Hamilton, la había protegido, la había respetado y, lo mejor de todo, le había abierto su corazón. No podía fallarle.

—Sigue, Kenna, sigue —se dijo a sí misma cuando los temblores y el sueño querían vencer la batalla.

No sabía cuánto tiempo podía quedar hasta llegar a su destino, pero creyó que había perdido el juicio cuando vio dibujarse algo en el horizonte. Se dijo que no podía ser, que aún quedaba algo más de tiempo para llegar, pero cuando descubrió que lo que había cerca de ella era la silueta de un castillo, estuvo a punto de echarse a llorar.

El hecho de haber cabalgado tanto de día como de noche, sin descanso,

había hecho que llegara a su destino antes de tiempo, por lo que sintió que sus fuerzas y la energía se renovaban. Kenna se incorporó algo más en el caballo, pues el cansancio provocaba que se dejara caer ligeramente hacia adelante para abrazarse al caballo.

Sintió un ligero mareo, pues no había comido nada desde la tarde anterior. Sentía que su estómago se le había cerrado por la preocupación y el miedo por Magnus. Pero si ese era el castillo que buscaba, la libertad del hombre al que había empezado a amar estaba más cerca que nunca.

Kenna se acercó aún más al castillo y descubrió las siluetas de varios guerreros en lo alto de la muralla. Aún no podía verles bien la cara, pero uno de ellos llamó poderosamente su atención. Era muy alto, moreno y con una mirada tan oscura como el alma de Hamilton. A pesar del mareo que sentía, Kenna se sintió realmente pequeña ante semejante hombre. La miraba de una forma tan penetrante y seria que casi tembló aún más por el miedo que sintió al verlo.

Cuando le faltaba una decena de metros para atravesar el portón, este comenzó a abrirse para darle paso bajo la atenta mirada de los guerreros apostados en la muralla. Vio claramente cómo el hombre de mirada oscura se giraba para bajar de la muralla y desaparecía de su vista, algo que agradeció.

En el momento en el que estaba a punto de atravesar el portón, miró hacia arriba y vio un pequeño escudo tallado en piedra. En su interior, un león mostrando la lengua parecía rugir para ella, pero le indicó que estaba en el lugar correcto, pues Magnus también le había hablado del emblema de los MacGregor.

Sin apenas fuerzas y sin energía, Kenna atravesó la muralla y siguió adelante, hasta el centro del patio, donde el mismo hombre oscuro que la había observado antes la esperaba con gesto serio y perturbador.

Cuando Kenna tiró de las riendas del caballo y este paró a unos metros del guerrero, desmontó, pero era tal el cansancio acumulado que en el momento en que dio un paso hacia el guerrero que la esperaba, trastabilló y cayó de rodillas al suelo, sin aliento.

—MacLaren… —susurró—. Busco a Ruby MacLaren.

Su voz era apenas un hilo, por lo que el guerrero no pudo escucharla.

Rápidamente, dio un paso hacia ella y puso las manos en sus brazos para incorporarla ligeramente. Kenna levantó la mirada hacia él y al ver esos ojos completamente negros y penetrantes, supo quién era.

—¿Eres Logan MacGregor? —preguntó en un susurro.

El aludido asintió seriamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz grave—. ¿Quién eres?

La joven no fue consciente de que los guerreros apostados en la muralla habían bajado de ella para acercarse al centro del patio y escuchar su conversación con curiosidad.

Un nuevo mareo la atacó, pero los brazos de Logan la apretaron con fuerza para evitar que cayera.

—Mi nombre es Kenna Ferguson, y busco a Ruby MacLaren.

CAPÍTULO 19

Logan frunció el ceño y asintió.

—Está con Kieran en el despacho. Te ayudaré.

La joven asintió y vio cómo el guerrero se ponía a su lado y pasaba uno de sus brazos por su cuello para levantarla en volandas. Sin embargo, ella se negó.

—Puedo andar yo sola.

Logan arqueó una ceja y la miró de arriba abajo.

—Yo no diría lo mismo, muchacha.

—Tan solo necesito un apoyo si quieres dármelo.

Y a pesar de todo, la joven le sonrió, provocando que el guerrero gruñera y pusiera los ojos en blanco.

—Me has recordado a alguien, maldita sea —murmuró para sí.

Pero Kenna estaba tan cansada que no tuvo aliento para responder, pues necesitaba de todas sus fuerzas para hablar con Ruby y los demás. Con un brazo en el cuello de Logan y este sosteniéndola de la cintura, caminaron hacia el interior del castillo. A su alrededor, el resto de guerreros los observaron hasta que se perdieron de vista.

Cuando la joven sintió el calor que había entre aquellas paredes, sintió cómo las lágrimas acudían a sus ojos. Fue entonces cuando pudo notar que su cuerpo estaba completamente entumecido por el frío y la postura sobre el caballo. Logró contenerse para no derrumbarse y caminó hacia donde el guerrero la llevaba. Sin embargo, la figura de una mujer se interpuso entre ellos.

—¿Qué ha pasado?

Kenna la miró y descubrió a una mujer de rostro casi angelical. Vestía pantalón y camisa y tocaba ligeramente su vientre. Pero Kenna volvió a mirarla a la cara. Sus ojos verdes la observaban con interés y su pelo castaño estaba recogido en una trenza a su espalda. Para su sorpresa, ella también llevaba una espada colgada de su cadera.

—Acaba de llegar. Busca a Ruby.

La joven asintió y señaló el pasillo adelante.

—Está en el despacho con Kieran. Os acompaño.

Rápidamente, la joven se puso al otro lado de Kenna y la miró con una sonrisa conciliadora.

—Mi nombre es Bonnie MacDonald.

—MacGregor… —la corrigió Logan con un gruñido.

—Soy la esposa de este hombre tan agradable y simpático que te está ayudando a caminar.

Kenna le devolvió la sonrisa, aunque se encontraba tan débil que no le respondió. Poco a poco, se aproximaron al despacho y Logan llamó a la puerta. Fue Bonnie la que abrió cuando la voz de Kieran se escuchó desde el otro lado.

Y en el momento en el que Kenna vio a la joven pelirroja, cuyos ojos eran del mismo color que los del hombre al que amaba, supo que estaba en un lugar seguro y que podría salvar a Magnus. Ni siquiera miró al otro hombre que había en la habitación y que era muy parecido a Logan, sino que sus ojos se dirigieron directamente hacia la pelirroja que se levantó de la silla y clavó su mirada en ella.

Para su sorpresa, llevaba un bebé entre sus brazos, al que rápidamente dejó en una pequeña cuna que había a un lado de la mesa principal, tras la que estaba el padre de la criatura, que también se había levantado de la silla al verla aparecer.

—¿Qué ocurre? —preguntó la voz profunda y ronca de Kieran.

Solo entonces, Kenna dirigió sus ojos hacia él, pero fue una mirada rápida, pues no quería perder el tiempo.

—Eres Ruby MacLaren, ¿verdad? —preguntó soltándose entonces de Logan al sentir que sus fuerzas se renovaban.

La aludida asintió con seriedad.

—Mi nombre es Kenna Ferguson. He cabalgado sin descanso desde las tierras Campbell para suplicar tu ayuda.

Los allí presentes se miraron entre ellos, sin comprender.

—¿Mi ayuda? ¿Nos conocemos?

Kenna sonrió con tristeza y negó con la cabeza.

—No… No es una ayuda para mí, sino para Magnus MacLaren.

Logan gruñó a su lado y arqueó una ceja.

—¿Qué ha hecho ahora ese amarga vidas? —preguntó con tono grave y enfadado.

Kenna lo miró durante un instante, antes de volver sus ojos hacia Ruby, que se había acercado más a ella. En ese momento, la joven decidió sacar de entre su ropa el colgante tallado por Magnus que le había dado para que lo reconociera. Ruby frunció el ceño y, con una mano temblorosa, aceptó el colgante.

—Mi hermano jamás se quitaría este colgante si no fuera por algo importante.

Kenna asintió.

—Dijo que lo reconocerías porque lo talló para ti y tú se lo devolviste…

Ruby asintió lentamente, mirando a Kenna y al colgante alternativamente.

—¿Por qué te lo ha dado?

—Porque lo van a ejecutar.

Kieran rodeó la mesa despacio, con la mirada puesta sobre ella, pero la atención de Kenna estaba completamente puesta sobre Ruby. Necesitaba su ayuda, y ahora que la tenía frente a ella sentía que las palabras se le amontonaban en la garganta.

—¿Estás segura de ello? —preguntó la jefa de los MacLaren.

Kenna asintió despacio, con la mirada sobre ella, pero consciente de la seriedad que se dibujaba en el rostro no solo de Kieran, sino también en el de Bonnie y Logan, que apretaba los puños con tanta fuerza que le habían cambiado de color.

—Sí —respondió ligeramente nerviosa ante sus miradas.

Kenna sintió cómo las lágrimas acudían a sus ojos cuando Ruby acortó la distancia aún más. La joven vio sus manos temblorosas, pero, sobre todo, las sintió aún más cuando esta la agarró de los brazos.

—¿Quién? ¿Por qué motivo lo quieren ejecutar?

Kenna no pudo evitar que una lágrima rodara por su mejilla antes de

responder.

—Por mi culpa —fue su respuesta en apenas un susurro.

El rostro de Ruby se arrugó ante esas palabras y la soltó, mirándola de arriba abajo.

—¿Qué has hecho?

—Meterlo en un lío.

Kenna miró a su derecha, donde estaba Logan, que la miraba con cierto recelo.

—¿De qué lo conoces? —preguntó este.

—Es mi esposo.

En la mirada de todos se dibujó una expresión sorprendida, como si le hubieran salido dos cabezas. Ruby soltó una exclamación y la miró fijamente, provocando que su nerviosismo aumentara, pues no sabía si esa mirada era solo de sorpresa o también de algo más que desconocía.

Bonnie, que estaba justo detrás de Logan, dio un paso al frente al ver la tensión en los rostros de los allí presentes y puso una mano en la cintura de la recién llegada.

—Tengo la impresión de que estás a punto de caer de rodillas. ¿Por qué no nos tranquilizamos, nos sentamos y nos cuentas?

—Bonnie, me acaba de decir que van a ejecutar a mi hermano. ¿De verdad crees que puedo tranquilizarme y sentarme como si nada?

La aludida suspiró.

—Entiendo que tú no puedas hacerlo, pero ella lo necesita. ¿No ves lo pálida que está? Le tiembla todo el cuerpo. Y si solo ve hostilidad en nosotros no nos contará todo lo que sabe de Mag.

Ruby la miró y acabó asintiendo.

—Está bien, siéntate, Kenna.

Bajo la atenta mirada de todos los presentes, la joven se aproximó a un sofá y se sentó en él. Bonnie lo hizo a su lado y Ruby, enfrente. Logan y Kieran se quedaron de pie con los brazos cruzados sobre el pecho. Y a pesar de que intentaron no parecer tan hostiles, Kenna se vio afectada por sus miradas.

Poco a poco, Kenna se sintió con más fuerzas para contar todo. A medida que pasaban los minutos e iba soltando todo lo que tenía en su corazón, sentía que se quitaba un peso de encima. Las miradas de los allí presentes se mostraron sorprendidas, aunque no parecían juzgar lo que ella había hecho para librarse de la boda con Hamilton. No obstante, Kenna no podía evitar sentirse más culpable que nunca, ya que ahora que lo veía tras varios días, ese sentimiento afloró con más fuerza.

—¿Y ese inglés lo ha hecho prisionero para llevarlo a tierras Campbell?

Kenna asintió.

—Sí, para ejecutarlo.

Ruby miró a Bonnie, que sonrió, aliviada.

—Bueno, no te preocupes. Clyde es amigo nuestro y seguramente lo habrá liberado ya.

—Pero ¿y si Hamilton hace algo contra Magnus? —preguntó Kenna.

Bonnie sonrió y puso una mano sobre las de Kenna.

—Clyde lo impedirá. Estoy segura de ello. Solo tenemos que ir al castillo Campbell para comprobarlo.

Ruby se quedó en silencio con las manos completamente tensas y blancas sobre sus rodillas. Su mirada estaba puesta sobre Kenna, que malinterpretó ese gesto.

—Lo siento, Ruby. Yo jamás pensé que Hamilton fuera tan perverso como para seguirnos hasta aquí.

La pelirroja negó lentamente con la cabeza.

—Sigo sin entender por qué motivo Magnus no vino directamente aquí. ¿Por qué demonios no tuvo la suficiente confianza como para pedir mi ayuda?

Kenna tragó saliva.

—Dijo que acababas de tener un bebé y no quería preocuparte, que era mejor ir a tierras Campbell para pedir ayuda. Dijo que el laird sabría qué hacer.

Kieran dio un paso al frente y puso una mano sobre el hombro de Ruby, que levantó la cabeza hacia él.

—Aunque Campbell sea nuestro aliado, debemos ir a comprobar que todo esté bien.

—Iremos, pelirroja —aseguró Kieran—, pero creo que tú…

—¡Yo iré la primera! —le aseguró levantándose de un salto y mirándolo con rabia—. No voy a quedarme de brazos cruzados después de que mi hermano haya sido hecho prisionero por un inglés. No me quiero imaginar lo que ese hombre le habrá podido hacer. Eso si de verdad han ido a tierras Campbell. ¿Y si lo han llevado a otro lugar y ya lo han ejecutado?

Al ver que tanto Ruby como Kenna se ponían nerviosas, Bonnie se levantó y los miró.

—Conozco a Clyde y es un hombre que defiende sus tierras por encima de todo. Si un contingente de ingleses ha entrado en ellas, te aseguro que habrá hecho lo posible por echarlos. Y si han visto a Magnus con él, lo habrán liberado.

Ruby se giró hacia ella.

—¿Y si no lo han hecho? ¿Y si sigue en sus manos y no llegamos a tiempo?

—¿Y si mejor nos calmamos todos? —preguntó Logan con voz trémula —. Si seguimos así, no podremos pensar con claridad y no podremos ayudar a MacLaren.

Kenna se levantó del sofá.

—Siento mucho todo esto, Ruby. Es culpa mía. No debí besarlo ese día y debí escapar de la corte como fuera, pero estaba tan asustada que lo hice sin pensar. Es culpa mía.

Ruby la miró largamente en silencio, pero fue Kieran quien se adelantó y puso una mano en su hombro.

—Todo esto es culpa de ese desgraciado inglés. Tú eres una marioneta más en su maldito juego. Si os ha seguido es porque se ha sentido humillado por la decisión del rey.

—Si no le hubieras gustado a Mag, no se habría casado contigo —le aseguró Ruby, rompiendo al fin su silencio—. Habría hecho lo posible para escapar de la decisión del rey. Así que si decidió casarse contigo era porque realmente le gustaste en el bosque. Mi hermano no acata una orden así a la

ligera…

Ruby le sonrió ligeramente.

—Siento la frialdad con la que te he recibido, Kenna. Es que… no esperaba escuchar algo así. Me ha sobrepasado toda esta información.

La pelirroja la estrechó entre sus brazos.

—Bienvenida a la familia.

Kenna se lo devolvió y sonrió tímidamente.

—Gracias.

—Y no vuelvas a sentirte culpable —le pidió—. Magnus sabía desde el principio que os iban a seguir. Si no, no te habría hablado tanto de nosotros ni te habría dibujado un mapa mental para llegar aquí. Gracias por venir sin descanso, pero creo que ahora te mereces uno.

Kenna negó con la cabeza.

—Debemos salir cuanto antes.

Ruby asintió.

—Y lo haremos. Ahora ya es de noche, Kenna, y debemos preparar a nuestros hombres. Tienes que comer algo, darte un baño y descansar. Mañana a primera hora cabalgaremos a tierras Campbell.

Logan suspiró.

—Enviaremos a alguien ahora mismo para que se adelante y nos traiga algo de información. Nos encontraremos a mitad de camino con él. Así sabremos a qué atenernos al llegar.

—Bien pensado, hermano —dijo Kieran—. Si está en manos de Campbell, seguramente estará liberado y esos ingleses estarán de camino a su país o muertos.

Kenna tragó saliva.

—¿Y si no fuera así? —preguntó retorciéndose las manos—. Hamilton puede llegar a ser muy convincente. Nos ha engañado a todos.

Bonnie sonrió y puso una mano en su espalda.

—Clyde es un buen hombre, aunque su fama lo precede. Es un hombre de honor y habrá ayudado a Magnus.

—Es que… solo quiero liberarlo y que todo vuelva a la normalidad. Quiero dejar de sentirme culpable y de sufrir por lo que seguramente le han hecho.

—Tú no tienes culpa, muchacha —intervino Logan—. Tu padre se equivocó al confiar en un inglés.

Kenna asintió.

—Lo sé.

—Entonces, vamos. Descansa y come algo. Necesitas recuperar fuerzas o morirás antes de que Magnus regrese con nosotros.

Logan resopló.

—No habría quien lo aguantara si mueres…

Kenna sonrió.

—Te tiene mucho aprecio, Logan MacGregor. Le brillan los ojos al hablar de ti.

El guerrero se mostró incómodo ante ese halago, y carraspeó.

—Dudo mucho que hable bien de mí.

Bonnie le sonrió.

—Reconoce que se te han puesto los huevos en la garganta al descubrir que su vida corre peligro.

Logan puso los ojos en blanco.

—Hoy te has levantado dispuesta a tocármelos, ¿verdad?

Bonnie lanzó una carcajada y se tocó el vientre.

—Debe de ser el embarazo…

—No pienso dejar que vayas…

La sonrisa de Bonnie se borró de golpe.

—¿Quieres morir antes de tiempo? Claro que iré. Se trata de Magnus. Además, así veré a Clyde, que no me ha contestado a la última carta que le envié.

Logan gruñó y miró a Kenna.

—Harías bien en huir ahora de esta familia…

La joven sonrió.

—Lo siento, pero quiero demasiado a Magnus como para escapar de él.

Logan arqueó una ceja.

—Ya decía yo que me habías recordado a él cuando has llegado… Se te ha contagiado su locura.

Tras su conversación en el salón junto a la familia de Magnus, Kenna fue a las cocinas, acompañada de Bonnie, para comer algo mientras Ruby pedía a alguna sirvienta que adecentara un dormitorio para ella y llevara una tina con agua caliente para poder bañarse.

A pesar de encontrarse ya en un lugar seguro, Kenna tenía la impresión de que no era consciente de todo lo que sucedía. Parecía estar en una especie de nube de la que no podía bajar, como si todo lo que pasaba a su alrededor ocurriera demasiado deprisa. Incluso había momentos en los que no podía creer por completo lo que acontecía, ya que parecía estar en un lugar diferente a ese mirando algo que le competía, pero que no lograba aceptar como suyo.

Los días junto a Magnus habían sido los mejores de toda su vida. A pesar de sus diferencias desde el comienzo de su matrimonio, siempre lo había sentido cercano, amigable y respetuoso. Hasta ese momento, no había sido consciente de que se había enamorado de él desde el primer instante en ese bosque. La frescura y la diversión que había visto en sus ojos la habían atraído al instante, y, aunque le había costado manifestarlo, se había enamorado perdidamente de él.

Por eso, apenas podía probar bocado a pesar de que su estómago rugía con fuerza. Removía la comida que le habían calentado, pero sin llegar a probarla, pues sentía que no lo merecía mientras él estaba en manos de Hamilton. Y aunque Campbell fuera un aliado, no estaría tranquila hasta verlo con sus propios ojos.

—Si no te lo comes, vas a morir antes de saber si Magnus está bien…

La voz de Bonnie la sacó de su ensimismamiento. Levantó la mirada y la vio sonreír, ligeramente preocupada desde que les había contado todo, pero sonriente, al fin y al cabo.

—Te veo muy convencida de que está bien. Incluso su hermana se ha quedado sin habla.

Bonnie se encogió de hombros.

—Bueno, tampoco quiero que pienses que no me preocupo por él. Quiero mucho a Magnus, sobre todo porque es el único que saca de quicio a Logan, aunque no se lo digas.

La joven rio.

—Pero también conozco a Clyde. Es un buen hombre que nos ha demostrado su lealtad desde que hicimos amistad. Además, Logan ya ha enviado a uno de los guerreros para que cabalgue hasta tierras Campbell mientras nosotros nos preparamos. Seguramente nos encontraremos con él a mitad de camino y nos traerá noticias de Magnus.

Kenna asintió y se llevó una cucharada a la boca.

—Cuéntame cosas de él —le pidió después de tragar.

Bonnie arqueó una ceja.

—¿De Mag?

Kenna asintió.

—En estas semanas he podido conocerlo, pero vosotros lo conocéis más que yo. ¿Por qué le gusta sacar de quicio a tu esposo?

Bonnie lanzó una carcajada.

—Buena pregunta, amiga. Por lo que sé, son como el perro y el gato desde que se conocen. Magnus tiene un carácter muy extrovertido y bromista y, como habrás podido comprobar, Logan es completamente diferente. Es tan contrario a él que no lo soporta, pero luego tampoco puede vivir sin él, aunque no lo quiera reconocer. Si está en peligro, se preocupa. De hecho, no sé si te has dado cuenta, pero se ha puesto blanco cuando ha escuchado que lo van a ejecutar. Estoy segura de que habría querido ser él quien fuera hasta tierras Campbell a comprobar qué se dice de él.

Bonnie alargó una mano y tomó la de Kenna entre las suyas.

—Mira, entiendo que ha debido de ser difícil verte casada con un hombre al que no conoces, pero Magnus es un hombre increíble. Debajo de toda esa capa de diversión y bromas hay un hombre realmente extraordinario que es capaz de hacer lo que sea por las personas a las que ama.

Kenna frunció el ceño.

—Como sacrificarse…

—Exacto. Muche le debes de importar para que haga eso por ti, Kenna. No quiso venir aquí porque ama a su hermana y no quería preocuparla. Prefirió desviarse y pedir ayuda a otro. Os ha protegido a las dos, aunque siempre lo ocultará con una sonrisa y alguna broma, porque él es así.

Kenna asintió terminó el contenido del plato.

—Y no eres una cobarde —le espetó Bonnie con una sonrisa—. Lo dicen tus ojos…

—Estaban a solo unos metros de mí y no salí. Podría haber desenvainado la espada.

—¿Y enfrentarte tú sola a todo un contingente de ingleses? Magnus ya estaría muerto y tú rumbo a Inglaterra de la mano de ese Hamilton. De esta forma, él sigue vivo y tú has podido venir aquí a pedir ayuda. Si no lo han matado es porque ese inglés quiere jugar con él hasta que tú acudas en su ayuda. No eres una cobarde, solo seguías la orden de Magnus para tener una oportunidad y sobrevivir ambos.

Kenna sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas, pero se las tragó y asintió.

—Creo que es hora de que te des un baño y descanses. Mañana a primera hora saldremos hacia tierras Campbell y, si no duermes un poco, vas a caerte del caballo.

Kenna asintió y se dejó acompañar por la joven.

—Por cierto, enhorabuena por el embarazo.

Bonnie sonrió.

—Gracias. Aún no se me nota, pero estoy deseando verle la carita y cómo saca de quicio a Logan. Es un placer ver sus caras de malhumor cuando la hija de Ruby corre en su busca y él intenta escapar.

Ambas se carcajearon hasta llegar al dormitorio.

—Descansa. Los demás haremos lo mismo.

Kenna asintió y entró en el dormitorio. Dirigió una mirada rápida a la decoración del mismo. Se sorprendió al ver los tres telares que decoraban

las paredes alrededor de la estancia. En la pared donde no había telar, una amplia y poderosa chimenea llameaba calentando el dormitorio y manteniendo caliente la enorme bañera que había junto a ella. Una amplia cama la llamaba para dejarse caer sobre ella y por fin cerrar los ojos y dormir con tranquilidad y sin miedo.

A través de la ventana no se veía nada, tan solo la oscuridad de la noche. Inconscientemente, caminó hacia ella y miró al cielo, preguntándose cómo estaría Magnus en ese momento. Rezó para que tuviera la misma tranquilidad que ella y reposara en una de las habitaciones del castillo Campbell mientras Hamilton ya regresaba a Inglaterra o tal vez estaba muerto. Pero, aun así, no pudo quitarse la preocupación de encima.

Se desnudó lentamente y se metió en la bañera. Hacía tantos días que no hacía eso que se había olvidado de lo bien que se sentía metida en el agua caliente mientras el cuerpo se desentumecía y relajaba. Y cuando cerró los ojos, sintió cómo estos comenzaron a picarle, al tiempo que un nudo se instalaba en su garganta. Su vida se había hecho añicos por el ansia de poder de otras personas. Incluso se lo habría dado todo si lo hubieran pedido con amabilidad, pero no de esa forma. Y haber descubierto que Hamilton fue el culpable del ataque a su palacio no ayudaba en absoluto.

No pudo evitar que una lágrima rodara por su mejilla ante el cambio en su vida. Y a esa la siguió una más. Y otra, hasta que finalmente se dejó llevar por el llanto y la necesidad de sacar toda esa congoja del corazón.

CAPÍTULO 20

Kieran MacGregor abrazó a su esposa por la espalda mientras esta observaba la oscuridad de la noche en completo silencio. Desde que aquella joven había llegado al castillo, su esposa se había sumido en un silencio que resultaba abrumador. Y estaba muy preocupado. Le había dado su espacio mientras cenaban en el gran salón junto a los demás, excepto Kenna, que lo había hecho antes para después descansar. Y ahora que estaban solos en su dormitorio, no podía dejarlo pasar.

Depositó un beso en la base de su cuello y suspiró contra él. Las manos de Ruby se posaron sobre las suyas, pero las sintió frías, casi sin vida.

—Puedes gritar, maldecir, patalear e incluso pegarme, Ruby, pero no puedo soportar tu silencio.

La pelirroja tragó saliva, pero no respondió de forma inmediata. Tembló entre sus brazos y se apretó más contra él.

—¿Recuerdas cuando tu tío nos retuvo a tu hermano y a mí y nos abandonó toda la noche fuera para dejarnos morir?

Kieran asintió.

—¿Qué sentiste cuando te enteraste de que estábamos en manos del culpable de todo?

—Rabia, frustración, ira…

—Pues todo eso mismo siento yo en este instante, Kieran, pero no puedo ensillar mi caballo y cabalgar hasta tierras Campbell a comprobar si mi hermano está bien o lo han matado ya porque tengo una familia y un clan ante el que mostrar calma. Siento que ardo por dentro, que me muero y me quemo sin poder hacer nada, sin poder moverme y teniendo que callar todo lo que siento.

Kieran la giró hacia él para mirarla a los ojos. Sus esmeraldas tenían lágrimas en los ojos.

—Ahora estamos solos. No hay nadie y puedes expresar lo que sientes.

—Durante un momento, he odiado a esa joven, Kieran. Y me siento mal por eso. La he odiado por haber jugado con la vida de mi hermano. Pero después he comprendido que Magnus jamás dejaría que alguien jugara con

su vida, a no ser que esa persona sea importante para él. Cuando nos atacasteis y nos metisteis en una mazmorra, Mag se habría sacrificado por mí tan solo para que me dejarais en paz. Lo habría hecho porque le importo. Y si se ha querido sacrificar por esa muchacha es porque la ama.

Kieran asintió y besó su frente con suavidad.

—Tu hermano es así, siempre dispuesto a sacrificarse por los demás.

—Pero no quiero que muera, Kieran. Lo necesito. Quiero que viva, que vea crecer a sus sobrinos, que tenga sus propios hijos y una vida plena y feliz. Merece que alguien que no sea yo lo vea cuando lo tenga de frente, que no sea invisible como lo fue para nuestro padre. Él siempre ha llevado ese peso sobre su espalda, y no merece morir sin sentir que es importante para alguien.

—Esa muchacha ha cabalgado hasta la extenuación para pedir nuestra ayuda. Lo ha hecho sola, sin conocer nuestras tierras y sin saber si Magnus está bien. Lo ama.

Ruby asintió y dejó que las lágrimas salieran de sus ojos.

—Ese maldito inglés… Si se le ocurre hacer algo…

—Está con Campbell. Él lo habrá expulsado. Hay que tener fe, pero también sacar todo el odio que tienes antes de partir.

Ruby lo miró a los ojos y vio la determinación en ellos.

—No voy a sacar nada.

—Entonces ¿vas a tragarte las lágrimas como una cobarde más, MacLaren?

Ruby frunció el ceño.

—No soy una maldita cobarde.

Kieran le dio un suave empujón en el hombro para provocarla, algo a lo que Ruby no quiso responder. Sin embargo, el guerrero de ojos negros volvió a empujarla.

—Lo eres si prefieres guardarte todo en lugar de expresarlo. Vamos, Ruby, pégame.

La joven negó con la cabeza, cada vez más alterada.

—No voy a hacerlo.

—Cobarde… ¡Pégame!

La respiración de la pelirroja se hizo aún más fuerte, pero siguió parada en el sitio.

—Los MacLaren sois unos malditos cobardes. Por eso tu hermano está donde está —siguió de forma más incisiva para sacar todo lo que sentía Ruby.

Y con esas palabras, dio en el clavo. La joven se lanzó contra él para golpearlo. Kieran intentó protegerse, aunque no mucho, pues Ruby seguía recuperándose de su segundo parto, y dejó que lo golpeara en la cara, pero, especialmente, en el pecho. Con lágrimas en los ojos, Ruby gritó y lo golpeó, maldiciendo el peso que llevaba sobre sus hombros y la preocupación añadida por el problema de su hermano. Incluso a él llegó a insultarlo por no haber tenido la suficiente confianza como para acudir a ella a pedir su ayuda.

Kieran se quedó quieto, con los brazos abiertos, recibiendo cada golpe como un alivio, pues no podía soportar la frialdad que había envuelto a Ruby desde hacía unas horas. Y cuando esta se cansó y dejó de golpearlo, lo aferró de la camisa y escondió su rostro en su pecho llorando desconsoladamente. Solo en ese instante, Kieran cerró los brazos en torno a la joven y la estrechó contra él.

Respiró hondo y acarició su espalda lentamente.

—Estoy contigo, Ruby. No te voy a soltar. Y Magnus estará de vuelta.

La joven asintió, sin decir palabra alguna, pues no podía. Sentía tal nudo en su garganta que creía que iba a ahogarse. Dejó que su esposo la tomara en brazos y la llevara a la cama. Kieran siempre sabía qué hacer y si mantenía la calma parecía que todo estaba bien y en orden. Así que se dejó llevar por esa sensación y rezó para que su hermano estuviera bien.

En el dormitorio de Logan y Bonnie las cosas no eran muy diferentes. El primero se había sumido en un completo silencio en el que no dejaba entrar a nadie, tan solo para morderlo. Por eso, Bonnie lo miraba desde la distancia y sin hablar. Pero sabía que lo estaba pasando realmente mal.

Lo vio ir de un lado a otro del dormitorio con gesto más serio y pensativo de lo normal. Tenía los hombros tan tensos que podría subirse sobre ellos

sin que el guerrero se diera cuenta. Y acabó suspirando.

—Si sigues así, vas a hacer un camino en la piedra del suelo…

Logan paró de golpe y miró a su esposa. Esta enarcó una ceja y se levantó de su asiento para aproximarse a él.

—Si MacLaren estuviera delante de ti ahora mismo, ¿qué le dirías?

Logan resopló.

—¿Decirle? Nada. Lo golpearía por haberse dejado atrapar por un maldito inglés.

Bonnie puso los ojos en blanco y sonrió ligeramente.

—No esperaba otra respuesta, la verdad.

Bonnie puso las manos sobre su pecho y pudo sentir los rápidos latidos de su corazón.

—Sin embargo, tú estás muy tranquila.

La joven arqueó una ceja.

—¿Acaso crees que no me preocupa?

—No he dicho eso.

La joven frunció el ceño y se apartó.

—Tus palabras tienen ese doble significado, Logan. Que tenga fe en nuestra alianza con Clyde Campbell no quiere decir que no me preocupe por Magnus. Es un buen amigo y es el hermano de Ruby, ¡por Dios! Claro que me preocupo. Es solo que alguien en este mundo de locos tiene que tener la frialdad suficiente en la sangre para no perder el juicio, Logan. ¿Has visto a Ruby? ¿De verdad preferías haberme visto poner el grito en el cielo por lo que ha pasado? Todos necesitáis un ancla. Kieran es el de Ruby y yo intentaba ser el tuyo, pero si me vas a atacar, prefiero dejarte solo…

Bonnie se giró para marcharse, pero la mano de Logan la detuvo y la empujó con suavidad hacia él para abrazarla.

—Lo siento, Bonnie, no pretendía culparte de nada. Es solo que…

—Que quieres a Magnus más de lo que nunca te has atrevido a mostrar. Por alguna extraña razón lo aprecias.

Logan suspiró.

—Es como si fuera un hermano pequeño al que debo cuidar, pero al mismo tiempo no soporto su carácter. Lo he sentido así desde el principio y no puedo rasgármelo de la piel.

Bonnie sonrió brevemente.

—¿Sabes por qué creo que eres así con Magnus? —Logan se encogió de hombros—. Porque te recuerda todo lo que tú no quieres ser, pero lo deseas en lo más profundo de tu corazón. Magnus es bromista, alegre, amable con todo el mundo, sonríe y parece feliz ante todos. Tú, sin embargo, eres todo lo contrario, e inconscientemente te recuerda que quieres cambiar, pero algo dentro de ti no te deja. Tú puedes ser como él, pero tu orgullo no te deja. Prefieres ser el gruñón a pesar de tener un corazón lleno de luz. Magnus también lo tiene y no le importa mostrarlo. No tiene miedo a hacerlo. Tú, en cambio, sí lo tienes.

Logan rechinó los dientes y gruñó.

—Yo no tengo miedo…

Bonnie arqueó una ceja.

—¿Hace falta recordarte que casi me pierdes por negarte a aceptar que se iban a reír de ti por enamorarte?

—No… —dijo entre dientes.

—Entonces, reconoce que también quieres a Magnus como si fuera tu hermano. Díselo. Solo muestras preocupación cuando no está, pero cuando lo tienes a tu lado, intentas alejarlo.

—Está bien, maldita sea. Se lo diré.

Bonnie sonrió.

—Intenta que yo esté presente. Tiene que haber un testigo de ese hecho insólito.

Logan sonrió y negó con la cabeza mientras la atraía hacia sí.

—Vas a conseguir que te odie algún día.

Bonnie se encogió de hombros.

—Mientras tanto, puedes amarme…

Logan agachó la cabeza para besarla, y después le acarició el vientre.

—No sé si cabalgar en tu estado…

—No pasa nada. Pienso ir a tierras Campbell a ver a Clyde. Y vendremos con Magnus. ¿De acuerdo?

Logan suspiró y acabó asintiendo.

—Es una locura discutir contigo…

Bonnie se carcajeó.

—Pero me amas.

—Tanto que me duele, maldita sea…

Kenna despertó cuando el sonido de una puerta al cerrarse se escuchó demasiado cerca.

—Lo siento, no quería despertarte así —se disculpó Ruby acercándose a la cama.

La joven se incorporó y se sentó en la cama. A pesar de que había dormido desde que se había tumbado en el colchón, Kenna sentía que no había sido suficiente, que estaba tan cansada de las últimas semanas que necesitaba de varios días para volver a tener la energía suficiente para volver a ser ella.

Ruby se sentó a los pies de la cama y la miró con una sonrisa tímida.

—Quería pedirte disculpas nuevamente por el frío recibimiento de ayer. La noticia de que Magnus iba a ser ejecutado me chocó demasiado y no supe reaccionar como debía. No soy alguien que muestre sus sentimientos con facilidad.

Kenna sonrió ligeramente y apartó las sábanas para sentarse junto a ella.

—No pasa nada. Es normal sentirse así cuando la persona a la que amas está en peligro. Yo misma me sentí muy mal cuando me vi obligada a acatar el juramento que le hice a Magnus. Dije que intentaría buscar ayuda, pero cuando vi que lo golpeaban… estuve a punto de romperlo y enfrentarme a ellos.

Kenna le tomó la mano.

—No pidas disculpas. Supongo que en las situaciones difíciles afloran nuestros peores sentimientos. Tan solo hay que ser conscientes de ello para

cambiarlo antes de que sea demasiado tarde.

—¿Sabes? Anoche saqué lo peor de mí y golpeé a Kieran.

Kenna abrió desmesuradamente los ojos.

—Pero que conste que él mismo me lo pidió y me provocó para que lo hiciera. No quería que me dejara todo eso dentro.

—Sois una familia muy extraña, pero me gusta. Mi padre siempre ha sido muy estricto y con convicciones muy inglesas. Supongo que tengo más sangre de mi madre, que era más guerrera.

Ruby sonrió.

—Magnus debe de haber visto algo muy especial en ti para enamorarse. Me alegro de que haya encontrado a su otra mitad. Pero ahora debemos ir a buscarlo.

Kenna asintió y respiró hondo, nerviosa.

—¿Cómo crees que lo encontraremos?

Ruby se encogió de hombros.

—Se hizo muy amigo de Campbell, así que me lo imagino bebiendo junto a él mientras nosotros estamos preocupados al creer que van a ejecutarlo.

Kenna frunció ligeramente el ceño.

—¿Y si no es así?

Ruby apretó los puños.

—Lucharemos. Ya tengo el arco y la espada preparadas.

La jefa de los MacLaren se levantó de la cama.

—Vístete pronto. Nos marcharemos en cuanto desayunemos.

Kenna asintió.

—Gracias, Ruby.

La joven asintió con una sonrisa y se marchó, dejándola sola. Kenna se levantó de la cama y caminó hacia la ventana. El día acababa de dar comienzo y, aunque aún no había salido de allí, sentía frío en el alma. Estaba ligeramente nublado, aunque no llovía. Sin perder tiempo, se vistió cómodamente y se hizo una trenza atrás. Se colgó la espada en la cadera y salió con decisión del dormitorio. Iba a salvar al hombre al que amaba. Y si

debía sacrificarse ella en su lugar, lo haría, aunque perdiera la vida.

Una hora después, todos se encontraban en el patio, dispuestos a marcharse cuanto antes. Kieran había ordenado que treinta de sus hombres los acompañaran, temeroso de enfrentarse a un grupo amplio de ingleses.

—Es una pena que Tavish no esté aquí —murmuró Ruby—. Los ingleses habrían huido en cuanto lo vieran.

Kenna sonrió.

—¿Tavish es el que se encontraba en vuestro castillo?

Ruby asintió, provocando la carcajada de Kenna.

—¿Lo conoces?

—No tuvimos un buen comienzo…

Ruby sonrió.

—No destaca precisamente por su simpatía…

Kieran dio una palmada y Logan, Bonnie, Ruby y Kenna se acercaron a él. Este ya había hablado con sus hombres, por lo que ahora se dirigiría a ellos.

—No he trazado un plan de ataque porque supongo que Campbell ha expulsado a los ingleses de sus tierras y ha salvado a Magnus, pero si la cosa se pone fea, nos enfrentaremos a ellos. Sam se fue anoche para intentar recabar información en los alrededores del castillo Campbell, así que nos uniremos a él a mitad de camino, y espero que nos traiga buenas noticias.

—¿Pararemos durante la noche? —preguntó Kenna.

Kieran torció el gesto.

—Preferiría cabalgar sin descanso, pero Bonnie está embarazada y Ruby se está recuperando del parto, así que lo mejor es parar.

Ruby lo miró con una ceja arqueada.

—Te equivocas si crees que somos tan débiles.

Kieran puso los ojos en blanco.

—No sois débiles —le aseguró—. Sois mujeres que debéis cuidaros más que otras. Nada más.

—Y espero que sigáis las órdenes… —advirtió Logan mirando de reojo a Bonnie.

La joven le devolvió una mirada iracunda.

—No voy a hacer nada que os ponga en peligro.

—Lo he dicho como advertencia porque te conozco. Y a Ruby también.

La aludida arqueó una ceja.

—¿Solo nos adviertes a nosotras?

Logan miró a Kenna de forma circunspecta.

—A ella no le he dicho nada porque no la conozco, pero si no sigues las órdenes, te trataré igual que a MacLaren… Y no me importará que tengas ojos de otro mundo.

Kenna sonrió y le guiñó uno.

—A mí tampoco me importará patearte el culo si me tratas mal.

El guerrero resopló y puso los ojos en blanco mientras se alejaba hacia su caballo al tiempo que murmuraba:

—Son totalmente iguales, por Dios. No hay quien los aguante…

Kenna sonrió y también se dirigió a su caballo mientras Bonnie intentaba taparse la boca para que nadie descubriera su sonrisa.

—Cabalgaremos todo lo que podamos antes de que llegue la noche —vociferó Kieran a todos—. Si todo va bien, llegaremos pronto a nuestro destino. El hermano de nuestra señora necesita nuestra ayuda. Si esos malditos ingleses piensan que van a poder con nosotros es porque no conocen el carácter escocés. Somos más fuertes, más salvajes y estamos mejor entrenados. Ningún extranjero podrá con nosotros. Si hay que luchar, hacedlo hasta exhalar el último aliento. Luchad por nuestro amigo, por nuestro clan y por nuestra señora.

Kieran miró a Ruby, que le sonrió brevemente al tiempo que colocaba su arco colgado en un hombro.

—Y no os olvidéis de que nos espera la familia a nuestro regreso. Protegeos y haced lo mismo con el que tengáis al lado. Somos MacGregor, pero, ante todo, somos hermanos. Adelante.

Kenna sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Jamás había visto a

un grupo de personas apoyarse tanto como en ese momento. Su padre jamás había tratado a sus hombres de esa manera, sino que lo había hecho con frialdad, no como un hermano, tal y como había dicho Kieran, sino casi como esclavos que estaban a su servicio. Nunca había sido testigo de semejante hermandad. Los guerreros MacGregor se miraron los unos a los otros y asintieron, y, por primera vez en su vida, Kenna sintió que pertenecía a algo. Y eso le gustó.

Siempre había estado sola y, a pesar de haber encontrado a Rick y haber aprendido a luchar de su mano, nunca había visto esa confianza que tenían los unos en los otros. Y le pareció algo tan hermoso que deseó tenerlo el resto de su vida. Siempre había admirado la cercanía y la hermandad entre escoceses, pero jamás pensó que podría vivirla tan de cerca, ya que en el sur las cosas eran diferentes.

Y con un nudo en la garganta al ver que todos marchaban para salvar a Magnus, Kenna también puso rumbo a tierras Campbell con la esperanza de que el laird de dicho clan hubiera sacado a los ingleses de sus tierras y hubiera salvado a Magnus.

CAPÍTULO 21

Magnus había perdido la noción del tiempo desde que estaba encerrado en esa maldita mazmorra. Para él parecía haber pasado una eternidad, pero, tras haber contado las noches, que podía ver claramente desde el ventanuco de la celda de enfrente, se dijo que habían pasado cuatro días desde que estaba allí.

El guerrero dobló ligeramente las rodillas. En ningún momento lo habían desatado de la cadena que colgaba del techo y estaba tan cansado que a veces solo deseaba dejarse morir. Ni siquiera le calmaba el dolor de piernas el hecho de cambiar el peso de una a otra. Solo quería tumbarse un minuto en el suelo, sin importarle la suciedad que había alrededor.

Desde que estaba en ese lugar, no había vuelto a ver a Clyde, pero el dolor por su traición seguía latente en su corazón. ¿Cómo era posible que hubiera cambiado de bando de la noche a la mañana? ¿Ya no recordaba las cartas que se habían enviado desde que se habían hecho amigos? ¿De verdad prefería ayudar a un inglés antes que a un escocés aliado? Magnus sacudió la cabeza. No quería pensar en él, por lo que, si no bajaba a las mazmorras, mejor.

Quienes sí lo habían hecho, y de forma muy asidua, eran Hamilton y Oliver. Tanto uno como otro se turnaban entre ellos para golpearlo y animarlo a confesar dónde estaba Kenna, pero él siempre acababa gritando lo mismo: que prefería morir antes que revelarle la situación de la joven. Rezó para que ya hubiera llegado al castillo MacGregor, y lo hubiera hecho sin problemas en el camino, ya que no se podría perdonar que le ocurriera algo.

El guerrero sintió que se le hacía un nudo en la garganta al pensar en ella. Se había acostumbrado a estar con ella todo el tiempo desde que habían salido de Edimburgo, y ahora que no estaba, tenía la imperiosa necesidad de saber dónde estaba, de tocarla, de ver su sonrisa, de tocar su pelo casi blanco, de ver sus ojos violetas… La necesitaba con él, aunque solo fuera para un simple abrazo. Había sabido llenar el vacío que él tenía en su corazón desde que era tan solo un niño, y ahora que ese vacío volvía a estar en su vida, tenía miedo.

Magnus suspiró cuando sintió un ligero mareo. Eran tantos los golpes que había recibido que era extraño que no hubiera perdido el conocimiento. Los brazos le dolían al tenerlos siempre hacia arriba. Su costado gritaba que le diera tregua y se tumbara en algún lugar y su rostro latía con tanta fuerza que tenía la impresión de que su corazón se había instalado allí para martirizarlo. Sonrió ligeramente, agradeciendo no tener un espejo cerca de él, pues estaba seguro de que, si veía su reflejo, lanzaría un grito, temeroso de quedar así para siempre.

Se preguntó cuándo aparecerían de nuevo Hamilton y Oliver para volver a golpearlo, pues el día había dado comienzo hacía ya un buen rato. Se preparó mentalmente para recibir no solo ese dolor físico, sino también los insultos y las amenazas que proferían mirándolo a los ojos. Le habían dicho de todo. Aún podía escuchar sus asquerosas palabras cada vez que decían que iban a acabar con el clan MacLaren, con su familia, con sus amigos y con Kenna. Sabía que con su clan lo tendrían muy complicado, pero con Kenna… No lo tenía claro. Aún tenía miedo de pensar en morir y que el rey la obligara a casarse entonces con Hamilton. No obstante, a pesar de todo aquello, Magnus se recordaba una y otra vez que no debía perder la esperanza y no tenía que dejarse llevar por la frustración y el desaliento. Se obligó a pensar en que esa prueba no era otra más que para hacerlo fuerte y que iba a acabar pronto. Lo que temía era que acabara con él muerto antes de que Kenna pudiera llegar a rescatarlo.

Un ruido en la puerta que llevaba a las mazmorras le indicó que iba a recibir una nueva visita. Se preguntó si sería Oliver o Hamilton, y respiró hondo para prepararse. Torció ligeramente la cabeza al darse cuenta de que su carácter menguaba cada vez que escuchaba pasos acercarse a la mazmorra. Frunció el ceño y apretó los puños. No lo conocían en absoluto si creían que iba a mostrarse temeroso ante ellos. Por eso, arqueó una ceja y mudó su rostro para cambiar de una expresión dolorida a una burlona.

Sin embargo, cuando la persona que había bajado a las mazmorras apareció frente a los barrotes de la celda, estuvo a punto de quedarse petrificado, ya que no lo esperaba precisamente a él. Su corazón se sobresaltó y reprimió el impulso de gruñir ante su presencia. Por ello, necesitó de toda su fuerza de voluntad para mantenerse sereno y con su habitual expresión burlona en el rostro.

El que alguna vez llamó amigo entró en la celda sin apartar su mirada

seria de él. Lo observó en silencio, caminando despacio, como si midiera fuerzas con él. Clyde lo observó de arriba abajo con frialdad, y a pesar de la amistad que un día pudo haber, el laird Campbell no hizo gesto alguno ante la cantidad de golpes de su rostro. Magnus estuvo a punto de sonreír al ver que posaba su mirada azul sobre su ojo izquierdo, ligeramente cerrado por la inflamación.

En silencio, Clyde lo rodeó mirando cada golpe, cada rastro de sangre y cada herida aún abierta de su cuerpo. Magnus sentía su mirada sobre él y aguantó estoicamente la furia que recorrió su cuerpo en ese instante de debilidad ante el laird Campbell. Y cuando este volvió a pararse frente a él y posó su mirada nuevamente en su cuerpo malherido, Magnus esbozó una sonrisa.

—Vaya, Campbell, no esperaba tu visita y tengo todo hecho un asco… —comenzó diciendo el guerrero señalando con la cabeza a su alrededor—. Has de reconocer que no me has dado tu mejor habitación.

Clyde rechinó los dientes y dio un paso más hacia él.

—MacLaren… —renegó.

—Campbell —fue la respuesta de Magnus con el mismo tono que su interlocutor—. Pensaba que eras mejor anfitrión. ¿Te parece bonito darle esta mierda de habitación al que un día creyó ser tu amigo?

Clyde resopló y llevó las manos a la espalda. Después, miró de reojo hacia la puerta, como si esperara que hubiera alguien detrás de él, aunque estaban los dos solos.

—Yo tampoco te esperaba —habló por fin, provocando la risa de Magnus.

—Claro, y al poner en una balanza nuestra amistad y la de un inglés, has preferido la segunda.

Clyde dio otro paso hacia él, quedándose a escasos centímetros de Magnus, que lo miró de arriba abajo con auténtico odio.

—Lo único que me importa es el bienestar de mi gente.

—Pues no te has preocupado mucho por ellos cuando has decidido llevar a tu clan a una guerra contra los MacLaren. Porque supongo que sabrás que cuando muera, ellos vendrán a rendir cuentas.

—Prefiero eso antes que una guerra contra Inglaterra.

Magnus miró hacia otro lado, sonriendo.

—Jamás pensé que vería a un Campbell con los pantalones bajados ante un inglés. Dime, ¿quién se la chupa a quién?

La mano de Clyde se movió rápidamente hacia el rostro magullado de Magnus, que gruñó ante el dolor que supuso que lo tocara.

—No te voy a consentir que insinúes semejante falacia.

Magnus clavó su mirada en él y frunció el ceño.

—Claro, perdona, Campbell. Había olvidado que te has casado…

Magnus chasqueó la lengua cuando Clyde lo soltó de malas maneras.

—He de reconocer que me sorprendí bastante al verte al lado de tu mujer. Parecías… feliz. Incluso ella también. Seguramente, aún no te conoce lo suficiente…

Clyde respiró hondo para calmar la ira que estaba comenzando a brotar en su corazón.

—Mi boda no es asunto tuyo, MacLaren.

—Tienes razón —respondió Magnus—. Pero al menos podrías haber enviado una carta para invitarnos…

Clyde no respondió.

—Aunque, claro, estarías muy ocupado haciendo amistades nuevas con tus amigos ingleses…

—¿Por qué no te callas, maldita sea? —exclamó el laird Campbell.

Magnus le sostuvo la mirada.

—Porque no me da la gana, amigo —dijo de forma irónica—. Por cierto, ¿Bonnie MacDonald sabe que eres un traidor? Al final, ella tenía razón… Y pensar que habla de ti como si fueras el mejor amigo del mundo.

—¡Cállate! —vociferó Clyde.

—¡No! —gritó Magnus a su vez—. No vas a callarme, Campbell. Vale que me tengáis prisionero y que apenas pueda aguantar el dolor que siento en todo mi maldito cuerpo, pero no vas a callarme jamás. Primero tendrás que matarme, pero te tienes que poner a la cola porque me temo que lo hará

Hamilton.

Magnus vio cómo Clyde apretaba los puños con tanta fuerza que se pusieron blancos inmediatamente, provocando una sonrisa en el primero.

—Venga, golpéame tú también. Lo estás deseando, Campbell. ¿Qué te lo impide? Estamos solos. Hamilton no se dará cuenta de que tú también has bajado a golpearme para enviarme pronto al infierno. Tan solo déjame decirte primero una cosa, este castillo arderá cuando los MacLaren y los MacGregor venguen mi muerte. Te crees invencible y piensas que nadie atravesará tus tierras para atacarte, pero me temo que no conociste bien a MacGregor en los Juegos. Van a arrasar con todas tus malditas tierras, te matarán y, después, reducirán este maldito castillo a cenizas. Y tranquilo, seguramente tu mujer también morirá porque Bonnie MacDonald no perdonará tu traición. Arrasará con todo a su paso, incluida tu esposa.

Clyde lanzó un gruñido de rabia y lo aferró de la camisa.

—Vamos, Campbell, golpéame. ¿O no tienes lo que hay que tener para hacerlo?

Clyde acercó su rostro a Magnus y le enseñó los dientes, mostrando su rabia.

—Te puedo asegurar, MacLaren, que golpearte y acabar con tu miserable vida es lo que más me apetece en este maldito instante.

—¿Qué es lo que te lo impide?

Clyde respiró con fuerza.

—Que no te callas la puta boca para dejarme hablar.

Magnus dejó escapar una risa irónica.

—Golpéame. Hazlo ahora o guarda tus fuerzas para cuando los MacLaren estén en tus puertas.

Clyde levantó el puño y lo detuvo cerca del rostro de Magnus, que esperó el golpe en cualquier momento. Sin embargo, el laird Campbell rugió con furia y lo soltó. Le dio la espalda y caminó de un lado a otro de la celda con las manos en la cadera. Su rostro se veía pensativo y Magnus entornó los ojos para intentar adivinar sus pensamientos. No obstante, Clyde siempre había sido tan hermético que le era imposible descifrar nada.

Al cabo de unos minutos, Clyde levantó la mirada hacia la puerta de las

mazmorras. Estaban solos y sabía que Hamilton estaba desayunando junto a los demás ingleses mientras reían e ideaban un plan para matar a Magnus. Por ello, desenvainó su espada y se giró lentamente hacia el segundo al mando de los MacLaren.

Magnus tragó saliva al ver que se acercaba con la espada en la mano, y elevó el mentón con orgullo, preparado para morir en ese momento. Llevó su mirada esmeralda hacia la azul de Clyde y ambos midieron fuerzas con los ojos.

—Ahora mismo, tengo dos malditas opciones en mi camino, MacLaren —comenzó diciendo Clyde al tiempo que elevaba la espada y colocaba la afilada hoja sobre la garganta de Magnus—. Matarte y ahorrarte el sufrimiento que claramente va a infringirte Hamilton o…

La voz de Clyde se perdió en su garganta mientras oprimía con fuerza la espada contra el cuello de Magnus, que apretó la mandíbula, esperando su estocada final.

—¿O qué? —acabó preguntando con voz enronquecida.

Clyde lo miró de arriba abajo.

—O que te calles tu maldita boca y me escuches.

Kenna y los demás estaban a punto de entrar en tierras Campbell cuando Sam, el hombre al que habían enviado a buscar información, apareció cabalgando en el horizonte. En ese momento, se encontraban parados, cenando algo antes de que la noche se echara sobre ellos. Apenas quedaban unos minutos de luz en el cielo y a pesar de eso, Sam logró ver su campamento y cabalgó hasta ellos como alma que lleva al diablo.

En ese instante, Kenna sintió que la comida se le quedaba atascada en la garganta. Tragó con cierta dificultad y se puso en pie enseguida, como los demás. En el rostro de Ruby se dibujó una expresión de auténtico terror, como en el de Kenna, pues esas prisas con las que cabalgaba el guerrero no parecían traer nada bueno.

Kieran se adelantó a los demás y recibió a Sam.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Kenna también dio un paso al frente, quedándose al lado de Ruby, que

intentaba aparentar calma a pesar de su rictus de terror.

—Traigo malas noticias, laird —dijo el guerrero antes de bajarse del caballo.

Sam miró de reojo a Kenna, que se puso aún más nerviosa.

—¿Y nos las vas a decir hoy o esperamos a mañana? —le espetó Logan, que era incapaz de tener paciencia en ese instante.

Sam lo miró con mala cara y resopló antes girar sus ojos hacia Ruby.

—No me ha hecho falta llegar al castillo Campbell para enterarme de las noticias. Al parecer… su laird les ha abierto las puertas a los ingleses para que ejecuten allí a Magnus.

—¿Qué? —preguntó Ruby, incapaz de creerlo.

Kenna dio un paso atrás, segura de que sus piernas iban a dejar de sostenerla. ¿Aquello era cierto? La joven miró a los allí presentes, que se habían quedado petrificados ante esas palabras. Ella desconocía la verdadera relación de todos ellos con Campbell, pero Magnus siempre le había hablado bien de él y estaba seguro de que los protegería de Hamilton. Entonces, ¿por qué ahora Sam decía que les había abierto las puertas? ¿De verdad iba a dejar que lo ejecutaran? ¿No eran amigos? Su corazón se sobresaltó hasta tal punto que comenzó a dolerle. Kenna sintió que se quedaba sin respiración y le costaba trabajo volver a llenar de aire su pecho. Tuvo que apoyarse en uno de los árboles más cercanos para evitar caerse, pues sintió que todo su mundo estaba a punto de derrumbarse.

Sus ojos se llenaron de lágrimas que no se preocupó en ocultar ni en impedir que salieran y rodaran libres por sus mejillas. Lo iban a matar, y Campbell ayudaría en esa misión.

Cerca de ella, Kieran frunció el ceño después de mirar a Logan, cuyo rostro se oscureció tanto que la noche parecía haberse cernido exclusivamente sobre él.

—¿Clyde Campbell los ha dejado entrar? —preguntó el laird MacGregor.

Sam asintió.

—Sí, y al parecer les ha ofrecido su castillo para los días que necesiten.

Bonnie estaba anonadada. Sus manos temblaban terriblemente y dio un paso al frente con la mano en el corazón, pues le dolía aquella traición en lo

más profundo de su alma.

—¿Estás seguro de lo que has escuchado? ¿Clyde Campbell ha traicionado a Magnus? ¿A todos nosotros?

Sam se mostró incómodo, pero acabó asintiendo.

—Sí, eso es lo que me han comentado. Al parecer… —El guerrero miró entonces a Kenna, que no podía dejar de llorar en silencio—. Al parecer, han llevado a Magnus a las mazmorras para torturarlo con la intención de que confiese dónde está… dónde estás tú, muchacha.

Kenna se alejó unos pasos de allí cuando las miradas de todos se posaron sobre ella. Incómoda, apretó los puños y les dio la espalda. No podía aguantar ser la protagonista de ese momento. Sentía tanta rabia que habría sido capaz de golpear lo primero que se cruzara en su camino, pero no podía dejarse llevar por la ira, ya que no podría pensar con claridad. Tenía que hacer algo para sacar a Magnus de allí, y estaba decidida a sacrificar su vida para salvarlo.

—No puedo creerlo —escuchó murmurar a Bonnie cerca de ella—. No puedo creer que Clyde nos haya traicionado. Hizo amistad con todos nosotros y parecía llevarse bien con Magnus.

La voz de la joven sonó ligeramente tomada por el llanto. Logan gruñó y la atrajo hacia él por la cintura.

—Los Campbell son tan traicioneros como sus nuevos amigos ingleses —musitó—. Siempre tan hermético, tan serio, tan callado y tan celoso de la intimidad de su clan…

Ruby se acercó a Sam y puso una mano sobre su hombro.

—¿Has escuchado algo acerca de cómo… está mi hermano?

Kenna giró la cabeza y lo vio negar.

—No han dicho nada, pero parece ser que Campbell los deja a sus anchas en su castillo. Salen y entran como si fuera suyo y sin dar explicaciones. Al parecer, se han hecho muy amigos.

Bonnie resopló.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó—. Perro traidor…

La ira la consumió hasta el punto de darle una patada a la piedra más cercana. Se deshizo del brazo de Logan cuando este intentó acercarse a ella,

pero la joven miró directamente a Ruby.

—Vayamos ya a matarlo. Clyde Campbell merece morir por su traición.

Logan también se adelantó y clavó los ojos en Kieran.

—Hermano, tenemos que salir ya. Ese desgraciado traidor tiene que pagar.

El laird MacGregor suspiró y abrió la boca para responder, pero fue la voz de Kenna la que lo hizo.

—Iré yo…

Los allí presentes dirigieron sus miradas hacia ella, pero esta vez no se achantó ni se sintió culpable ante ellas. Ya tenía suficiente en su corazón como para sentirse aún peor que por la mirada de más de una treintena de personas.

—¿Qué dices, muchacha? —preguntó Kieran con cierta calma.

—Que soy yo a quien quiere Hamilton. Iré al castillo Campbell y me entregaré para que suelten a Magnus. No voy a dejar que le hagan más daño por mi culpa, ni voy a esconderme por más tiempo. Todo esto ha sido una locura desde el principio. No debí casarme con él ni intentar escapar de Hamilton. Todo esto no habría pasado jamás. Vosotros estaríais en vuestro castillo y Magnus se habría casado con una mujer de buena familia que no le causara problemas.

Kieran suspiró y se acercó a ella. Puso una mano en su hombro y la sintió temblar. No supo si por miedo o frío.

—Muchacha, no tenemos miedo a luchar, y menos si es por uno de los nuestros. Pero lo que no puedo dejar es que te sacrifiques de esta manera porque Magnus me cortará la cabeza en cuanto se entere de que he dejado que vayas a entregarte.

—Pero si no voy, ¡lo matarán antes de que lleguemos! Aún tenemos un día y medio más de camino. Puede que, durante ese tiempo, lo maten.

Kieran negó de nuevo con la cabeza.

—Lo que Hamilton está esperando es a que llegues tú para matarlo —dijo Ruby, pensativa—. Si han extendido la información de lo que están haciendo es para que, de alguna manera, llegue a ti. Saben que, si sigues por la zona, lo escucharás y tal vez vayas al castillo para intentar salvarlo.

—Pienso lo mismo —terció Kieran—. Por ese motivo, no puedo dejar que vayas, Kenna. Ya has comprobado cómo son los ingleses. Aunque tú estuvieras ahora mismo frente a la puerta del castillo Campbell, no soltarían jamás a Magnus porque seguiría siendo un obstáculo para poder llevarte a Inglaterra. Solo en el momento en el que muera, podrán disponer de ti.

Kenna dejó escapar un largo suspiro.

—Pero no puedo esperar…

Bonnie se giró con rabia hacia ella y clavó su mirada en Kenna. Esta vio determinación y ansias de venganza.

—Y no vamos a esperar —espetó la joven girándose de repente hacia el lugar donde habían dejado los caballos, justo en el otro extremo del lugar donde se encontraban ellos.

Bonnie oyó la voz de Logan a su espalda, pero estaba tan iracunda que no se detuvo a escuchar lo que quisiera decirle. Oyó los murmullos de los demás, pero ya no le interesaban. Estaba ciega de odio. ¿Cómo se atrevía Clyde a traicionarla después de todo lo que habían pasado? Él mismo se había puesto de rodillas ante ella y le había asegurado que no tenía nada que ver con el asesinato de su madre. Pero no solo eso, sino que la había ayudado cuando el verdadero culpable la secuestró. Desde entonces, la amistad había surgido entre ellos, y pensaba que la lealtad estaba asegurada. Por ello, desde el principio se había mostrado más tranquila que los demás ante la idea de que los ingleses fueran a tierras de Clyde. Pero descubrir que los había traicionado era algo que no podía digerir.

Las manos le temblaban a la joven, y las llevó a las riendas del caballo para desatarlo e ir directamente al castillo Campbell para pedir explicaciones y, después, matar al que había considerado un amigo. Pero en el momento en el que estaba a punto de desatar las riendas de su caballo, las manos de Logan la detuvieron.

Bonnie levantó entonces la mirada hacia él y vio la preocupación en sus ojos negros. Este la observaba con una mezcla de rabia, desesperación e inquietud. La última vez que había visto aquella mirada era cuando le pidió que fuera con él a su castillo y no lo abandonara. Tenía miedo, y que Logan MacGregor tuviera miedo era bastante serio.

—Bonnie, por favor… —comenzó diciendo con voz suave.

La joven sintió que las lágrimas acudían a sus ojos y, aunque su corazón deseaba soltarse de Logan, se mantuvo quieta, pues ese calor que el guerrero le infundía lograba calmarla ligeramente.

—¡Nos ha traicionado, Logan! —exclamó dejando que las lágrimas salieran despedidas de sus ojos—. Esto no va a quedar impune. Pienso desgarrarle el vientre y sacarle las entrañas a ese maldito traidor.

Logan se acercó a ella y la tomó del rostro.

—Y lo harás, pero hay que actuar con cabeza, no puedes hacer una locura.

—Tengo que ir ya o Magnus morirá por su culpa. En lugar de protegerlo, lo va a enviar al cadalso, Logan.

—Lo sé, pero estás embarazada y no puedo dejar que vayas, Bonnie.

La joven resopló e intentó soltarse, pero Logan la aferró con más fuerza.

—No creo que seas débil, así que no me mires así. Ya sé que eres una mujer fuerte, por eso me enamoré de ti, maldita sea. Pero llevas dentro de ti a nuestro hijo y no puedo enviarte a una misión suicida. Campbell podría hacerte prisionera a ti también y podrías perder al bebé.

—Alguien tiene que ir ya, y yo soy una persona que conoce a Clyde.

Logan tragó saliva y asintió con determinación.

—Sí, pero no me vas a dejar atrás para ir tú sola. Es una locura.

Bonnie observó su rostro.

—Júrame que no saldrás en mitad de la noche rumbo al castillo Campbell —siguió Logan mirándola a los ojos.

Bonnie frunció el ceño. Aquellas palabras le habían sonado de forma extraña, como si Logan estuviera intentando decirle algo más, como si fuera una maldita despedida… Y negó con la cabeza.

—Logan…

—Júramelo, Bonnie —la cortó—. Por nuestro hijo.

La joven boqueó varias veces sin pronunciar ni una sola palabra.

—¿Por qué quieres que lo haga?

—Porque soy yo quien va a ir a sacar de allí al gilipollas de MacLaren. Y

si muero en el intento, necesito saber que mi mujer y mi hijo estarán bien.

Bonnie negó con la cabeza, asustada.

—No… Clyde te matará enseguida.

—¿Y a ti no?

—Soy una mujer embarazada… No creo que el traidor de Campbell tenga la sangre fría de dar fin a mi vida.

Logan negó con la cabeza.

—Bonnie, si MacLaren está herido, no podrás sacarlo de allí. Y si las cosas se ponen feas, no me importa morir si con ello os salvo al bebé y a ti.

—Logan… —comenzó diciendo Bonnie con lágrimas en los ojos—. No me hagas esto. No puedes morir.

El guerrero sonrió bajo la barba.

—No voy a dejar que me maten —le aseguró—. Simplemente, quiero daros tiempo para que lleguéis.

—Eso es sacrificarse, Logan.

El guerrero rio ligeramente.

—Sacrificarme por mi familia… ¿No crees que es una muerte digna para mí? Lo que más me jode es tener que sacrificarme también por MacLaren. Eso sí es duro.

Bonnie le dio un suave manotazo en el brazo que le hizo sonreír. Logan la atrajo hacia él y respiró hondo, llenando su nariz con el olor de su esposa.

—Además, has considerado a Campbell como un amigo. Si vas tú, no vas a pensar con claridad.

—No quiero que vayas —insistió Bonnie.

Logan la separó de él y la miró a los ojos antes de besarla.

—Y también quiero ir porque necesito saber de una maldita vez cómo está MacLaren —dijo—. ¿Contenta? Es la primera vez que lo admito en voz alta. Qué raro suena.

Bonnie sonrió.

—Has perdido el juicio, MacGregor.

Logan se encogió de hombros.

—Prefiero no tenerlo. Se vive más feliz.

La joven lo miró largamente en silencio.

—Si se te ocurre volver con una sola herida…

—Tú la harás más grande para matarme —la cortó.

—Por supuesto.

Logan la besó largamente. Fue suave, pero al mismo tiempo, desesperado, con la promesa de que no sería el último, aunque con la ligera certeza de que así era. Logan la miró una vez más para grabar su rostro en su memoria y acarició con amor su vientre aún plano.

—Solo tienes una opción, MacGregor —le dijo la joven—. Y es la de regresar junto a nosotros.

Logan asintió y se giró hacia los demás. Desanduvo el camino hacia donde discutían Kieran y Kenna sobre la marcha de la joven al castillo Campbell. Y cuando Logan llegó a ellos, espetó:

—Iré yo.

Tanto Kieran como Kenna giraron la cabeza en su dirección.

—¿Cómo dices? —preguntó su hermano.

—Que no hace falta que sigáis discutiendo. Seré yo quien vaya a intentar hacer algo por MacLaren y para ganar tiempo, así que espero que no os detengáis mucho por el camino.

—Logan… —comenzó diciendo Kieran.

—No, hermano. Está decidido. Necesitamos a alguien que vaya ante Campbell y gane algo de tiempo. Si Kenna va, matarán a MacLaren un minuto después porque ya tendrán a la persona que desean. Pero si voy yo, alargaré su ejecución todo lo que pueda.

—Es una misión suicida, Logan —intervino Ruby con lágrimas en los ojos—. Te van a matar a ti también si no llegamos a tiempo.

—¿Y si no consigues lo que buscas, Logan? —preguntó Kieran—. Vas directo al castillo Campbell para que te metan en una celda junto a Magnus.

Logan se encogió de hombros.

—No me importa. Sabes que aguanto bien el dolor. Además, los ingleses no tienen nuestra fuerza. Sus puños serán como una caricia.

—No puedo cargar con más culpabilidad —dijo Kenna mirándolo a los ojos—. No puedo dejar que vayas.

Logan frunció el ceño y clavó su oscura mirada en ella.

—Mira, muchacha, voy a hacer oídos sordos a tu insulto y a tu poca confianza en mí porque aún no me conoces lo suficiente, pero tu esposo es una de las pocas personas que ha tenido el valor de quedarse junto a mí a pesar del carácter de mierda que tengo. No voy a dejar que maten a MacLaren y que te lleven a ti porque el muy cabrón regresará de entre los muertos para seguir torturándome con sus burlas. Así que déjame ir de una maldita vez porque, si sigo aquí, estaré perdiendo un tiempo crucial para él.

Kenna lo miró, asombrada.

—Tienes razón, Logan MacGregor. Tienes un carácter de mierda.

Logan le guiñó un ojo y miró entonces a su hermano.

—No quiero marcharme sin tener tu aprobación, Kieran.

El guerrero suspiró y miró a todos, deteniendo su mirada primero en Ruby y después en Kenna, en cuyos ojos parecía verse una pequeña brizna de esperanza. Por ello, acabó asintiendo.

—Como no se te ocurra volver con vida…

Logan resopló.

—No busques un nuevo segundo al mando, hermano, porque pienso regresar. Y vosotros no perdáis tiempo.

Kieran asintió y abrazó una última vez a Logan. Ambos hermanos se miraron y Bonnie le tendió las riendas a su esposo, quien la miró una última vez antes de montar y alejarse de allí sin mirar atrás.

Kenna lo observó hasta que la oscuridad ya casi reinante le impidió ver. Deseó ser ella quien cabalgara sobre ese caballo porque, si Logan no sobrevivía, no podría volver a mirar a la cara a Bonnie, ni tampoco podría soportar el peso de su muerte sobre sus hombros.

CAPÍTULO 22

Habían terminado de comer hacía tan solo una hora cuando Fiona invitó a Hamilton a un whisky en unos de los salones mientras Clyde hablaba con sus hombres sobre algunos problemas del clan. La joven le sirvió una copa y se sentó a su lado con una sonrisa amable.

—Y dígame, señor Hamilton, ¿cómo es la vida en Inglaterra? Siempre he tenido curiosidad por saber cómo viven fuera de nuestras fronteras.

Hamilton sonrió y le dio un sorbo a su copa.

—Si he de reconocerlo, y espero que no le siente mal, señora Campbell, la vida en Inglaterra es mucho más elegante que aquí.

Fiona rio y negó con la cabeza.

—Vuestros gestos son más suaves, aquí es cierto que somos más rudos.

—Exacto. Desde que apenas levantamos un palmo del suelo, nuestras institutrices nos enseñan modales y cuando somos mayores, somos capaces de relacionarnos sin necesidad de llevar una espada en la cadera.

Fiona fingió no molestarse con el insulto y siguió sonriendo, pues no quería causarle más problemas a Clyde.

—¿Y no se aburren? Aquí, el hecho de llevar una espada nos lleva a aventuras…

—¿Aventuras? Por lo que me dijo su esposo, ejecutar a MacLaren aquí los llevará a la guerra. Menuda aventura…

Fiona sonrió aún más.

—Sí, podemos morir con esa guerra, pero al menos nuestra vida resulta interesante. Así tendremos algo que contar cuando lleguemos al infierno…

Hamilton se carcajeó y se dio a sí mismo un manotazo en la pierna.

—Vaya, señora Campbell, es una mujer interesante y curiosa. Las mujeres inglesas se echan a temblar solo con el hecho de pensar en una guerra.

Fiona se encogió de hombros.

—Supongo que aquí estamos acostumbrados.

—Los escoceses sois muy salvajes. No tenéis el temple inglés.

Fiona miró hacia su falda. Otro insulto más. Tragó saliva y se obligó a sonreír. ¿Cómo era posible que Clyde hubiera preferido abrir la puerta a semejante imbécil antes que arreglar las cosas como se hacía en Escocia? Luchando… Pero no podía meterlo en más problemas, así que levantó la mirada hacia él y bebió de su copa.

—Cada uno con su carácter, ¿verdad? Es curioso que, siendo vecinos, un país y otro sean tan diferentes.

—Llegará el día en el que Escocia e Inglaterra estén bajo un mismo rey —le aseguró Hamilton.

Fiona se carcajeó y le puso una mano en el brazo con amabilidad.

—Entonces, seguramente nos veremos en un campo de batalla, señor Hamilton.

El inglés le devolvió la sonrisa y asintió.

—Quién sabe…

Ambos se sostuvieron la mirada, pero cuando Fiona pudo ver el alma del hombre a través de sus ojos, apartó los suyos para evitar seguir viendo aquella oscuridad.

—Dígame, señor Hamilton, ¿qué piensa hacer cuando… ejecute a Magnus MacLaren?

—Pienso buscar sin descanso a la que fue mi prometida. Volverá a mí y la haré mi esposa.

—¿Dónde cree que puede estar? Sus hombres han salido estos días en su busca y no han encontrado nada.

Hamilton asintió.

—Cierto, pero la encontraremos. Me imagino que habrá pedido asilo en algún lugar.

—Tal vez a los MacGregor… La hermana de Magnus es la esposa del laird.

El inglés borró la sonrisa de su rostro.

—Que se atrevan a venir… Acabaré con todos ellos. Su esposo me ayudará, ¿verdad?

Fiona sonrió, incómoda.

—Clyde ya lo ha ayudado. Creo que no hace falta preguntar eso.

Hamilton asintió.

—Así me gusta. Gente que sabe dónde debe estar su lealtad.

—Con los más poderosos, señor Hamilton.

El hombre asintió y terminó de beber su copa para después levantarse.

—Si me disculpa, señora Campbell, iré ahora a ver al prisionero. Quiero sacarle toda la información posible para averiguar dónde está Kenna.

Fiona asintió y se levantó.

—¿Sigue vivo? Estará muy malherido.

—¿Ese desgraciado? Claro que sigue vivo. Es más fuerte de lo que pensaba. Pero acabará confesando algo o lo mataremos en unos días. Ya quiero regresar a mi hogar.

—Por supuesto… —dijo Fiona antes de llevarse las manos a la cabeza—. Me va a disculpar, señor Hamilton, pero estoy un poco mareada.

Al instante, las manos del inglés fueron a sus brazos para aferrarla cuando la joven se inclinó hacia un lado, totalmente mareada.

—¿Necesita que llame a alguien, señora Campbell? ¿Tal vez a su esposo?

Fiona se aferró a su chaqueta y dejó que la sostuviera mientras se recuperaba.

—No, no hace falta —dijo con voz débil—. Dice una de mis sirvientas que tengo cara de embarazada, pero no me lo creo. No es el primer mareo que tengo. Supongo que serán los nervios.

—Entonces, debe cuidarse, señora Campbell.

Fiona se encogió de hombros, sonriendo, ya más recuperada.

—No pasa nada. Estoy bien. Lo siento, señor Hamilton, le he arrugado la chaqueta.

El inglés le restó importancia con la mano.

—No importa. ¿Se encuentra mejor? Puedo ir a llamar a su sirvienta.

La joven negó con la cabeza.

—Estoy mejor. Ya se me ha pasado. Tal vez me he levantado muy deprisa del sofá. Soy bastante torpe.

Hamilton sonrió.

—Entonces, si ya se encuentra mejor, me marcho.

Fiona asintió.

—Tranquilo. Y gracias por no dejar que me cayera, señor Hamilton. Es muy amable.

El inglés inclinó la cabeza con respeto y salió del salón, dejándola sola. Fiona respiró hondo y después dejó salir el aire lentamente. Se llevó las manos a la cara y contuvo las lágrimas. Todo parecía haberse puesto del revés en el castillo. Odiaba la tensión que rezumaba cada esquina del mismo, como si en cualquier momento fueran a ser atacados, y eso no era lo que deseaba para su vida. Tras lo sucedido con los MacAllister, creyó que todo iba a ser más fácil, pero estaba claro que no. La llegada de los ingleses había provocado que sobre la cabeza de Clyde pendiera una palabra: traidor.

Fiona se paseó de un lado a otro del salón. Habían pasado ya varios días desde que los ingleses habían llegado al castillo, así que supuso que la joven a la que Hamilton tanto deseaba había llegado a pedir ayuda a los MacGregor, por lo que tal vez era cuestión de días u horas que estos llegaran frente a sus puertas a declararles la guerra.

Sus manos temblaron ante la idea de que todo saliera mal y el ejecutado fuera Clyde, pero no podía pensar en eso ahora. Fiona salió del salón en busca de su esposo o de su segundo al mando. Tenía que enseñarles algo, y no podía demorarse más.

Clyde y Rob se encontraban hablando en el patio mientras caminaban de forma lenta hacia el interior de la fortaleza. Habían hablado con los demás sobre cómo defender el castillo ante un posible ataque y lo que debían hacer todos y cada uno de los guerreros. Clyde sabía que se habían metido en un problema con dos clanes fuertes y no podía quedar ningún hilo suelto para que todo saliera como él había pensado.

Y cuando Rob y él entraron en el castillo, se cruzaron con Hamilton. Al instante, Rob se puso tenso a su lado, pues no llevaba muy bien la presencia inglesa en la fortaleza. Sin embargo, se mantuvo callado y con las manos

atrás al tiempo que lo miraba con orgullo.

Clyde, por su parte, también se mantuvo serio y carraspeó antes de hablar.

—Me sorprende que no esté en las mazmorras.

El aludido sonrió.

—Allá me gustaría ir, pero no encuentro a Oliver.

Clyde y Rob se miraron entre ellos.

—No me extrañaría que estuviera en las cocinas molestando a nuestras sirvientas. Ayer tuve que quitarlo de encima de una de ellas antes de que terminara violándola.

Hamilton torció la cabeza con una sonrisa.

—Oliver es muy impulsivo.

—Eso no le da derecho a violar a nuestras mujeres… —le espetó Rob.

—Hablaré con él para que se controle mientras estamos aquí —le aseguró.

Clyde asintió.

—Me alegro de que lo hagas, Hamilton —intervino Clyde—. La cosa está demasiado tensa.

El aludido le sonrió.

—Tranquilo, Campbell. No queremos buscarte problemas.

El laird apretó los puños y rechinó los dientes. Le habría gustado decirle que, si no quería buscarle problemas, mejor habría sido marcharse a Inglaterra con las manos vacías.

—Y hablando de problemas… ¿Cómo llevas el tuyo con MacLaren?

—Igual que el primer día. No quiere decirme dónde está Kenna y mis hombres no la han encontrado.

—Ya, pero no puedes seguir así para siempre. Tendrás que hacer algo con él.

—He pensado en ahorcarlo en la puerta de la muralla para que lo vean mi querida Kenna si se acerca demasiado a este castillo.

Clyde asintió.

—Me parece bien, pero ¿cuándo piensas hacerlo?

—¿Ya me quieres echar, Campbell?

Clyde arqueó una ceja.

—Yo no he dicho eso.

—Lo parece con tanta pregunta…

El laird dejó escapar un resoplo.

—Si te estoy preguntando es porque soy el dueño de este castillo y tengo la costumbre de saber al detalle todo lo que pasa dentro de estos muros…

Hamilton rio y le dio una palmada en la espalda.

—Venga, Campbell, relájate un poco. Estás demasiado tenso. No pasa nada. De todas formas, si te hace feliz saberlo, me gustaría ejecutarlo mañana mismo. La verdad es que no tengo mucha esperanza de que me cuente dónde se esconde mi prometida, así que la buscaré yo mismo.

Clyde y Rob se miraron entre ellos.

—¿De verdad crees que en un día se puede montar una horca? —preguntó Rob.

Hamilton se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que vosotros podréis conseguirlo.

Clyde torció la cabeza.

—Dame dos días y la tendrás.

El inglés frunció el ceño.

—¿Dos días? ¿Por qué tanto tiempo?

—Porque no tenemos esa clase de maderas en el castillo y habría que pedirlas al carpintero del pueblo. Seguramente, él tendrá trabajo que le impedirá prepararlas rápidamente y después hay que montarlas aquí. Incluso dos días se me hace poco tiempo…

Hamilton resopló.

—Eres el laird, por Dios, tienes preferencia. Tal vez debería ir yo a pedirlas.

—Yo no soy más que mis vecinos —renegó Clyde entre dientes—. Y si se enteran de que esas maderas son precisamente para un inglés, me darán dos

semanas de plazo.

Hamilton lo miró con odio.

—Está bien, Campbell. Dos días.

Clyde asintió y le dio una palmada en la espalda.

—Si me disculpas, tengo cosas que hacer.

—Yo iré a hacerle una nueva visita a MacLaren. Necesito desquitarme con él.

Clyde no le respondió, sino que siguió adelante mientras apretaba los puños con fuerza. Él sí que necesitaba desquitarse con alguien, pero no podía. Así que siguió su camino por el pasillo rumbo a su despacho, seguido por Rob, en completo silencio. Ambos guerreros mostraban un gesto tenso y enfadado, así que necesitaban resguardarse en un lugar donde pudieran sentir algo de paz.

Cuando llegaron a la puerta del despacho, descubrieron que Fiona se encontraba allí, ligeramente preocupada. La joven se retorcía las manos y miraba a un lado y a otro, nerviosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Clyde poniendo las manos en sus brazos.

La joven clavó su mirada en él y se mordió el labio inferior.

—Tenemos que hablar, pero dentro del despacho.

—Os dejo… —dijo Rob.

—¡No! —exclamó Fiona—. También quiero hablar contigo. Esto te compete.

Ambos hombres asintieron y entraron en la estancia. En el momento en el que la puerta se cerró a su espalda, Fiona dejó escapar el aire contenido y sacó algo de entre su ropa. Después, se lo mostró a los guerreros con una sonrisa dibujada en sus labios.

Al instante, tanto Clyde como Rob abrieron los ojos desmesuradamente. El primero, horrorizado. El segundo, maravillado.

—Pero ¿qué demonios has hecho, Fiona? —preguntó Clyde.

La joven sonrió aún más.

—Lo que querías que hiciera, pero no tenías arrestos para pedírmelo.

Y un segundo después, la carcajada de Rob llenó el despacho.

Logan comenzó a ponerse nervioso en el momento en el que vio el castillo Campbell a lo lejos. El día estaba ligeramente lluvioso y aún quedaban un par de horas para que llegara a su fin. Había tardado menos de lo que había calculado, ya que no había parado durante la noche. Tan solo se había detenido en el viaje para comer algo y estirar las piernas unos instantes y después continuar sin descanso. Se había prometido a sí mismo que iba a hacer todo lo posible por salvar a Magnus y conseguir tiempo hasta que llegara el resto del grupo, y no pensaba fallar. Además, le había prometido a Bonnie que volvería sano y salvo, aunque eso no lo tenía demasiado claro.

Una de las cosas que más lo habían impulsado durante su viaje fue la rabia que sintió al saber que habían sido traicionados por Clyde Campbell. Lo había llegado a considerar un buen aliado desde que se conocieron y solucionaron los problemas con Bonnie, pero su traición lo había herido notablemente. Y no solo por él, sino por Bonnie. Su esposa había cambiado su visión sobre él desde que este los ayudó a descubrir al verdadero culpable del ataque a los MacDonald y lo había ayudado a él a llegar hasta Bonnie cuando fue secuestrada. Por eso, su esposa le escribía casi todos los meses, e incluso habían llegado a visitarse. Pero de ahí a traicionarlos de esa manera, y más con un inglés, le parecía casi perverso.

Y eso, sumado a la rabia que sentía por el peligro que corría Magnus en manos de ese inglés, hacía de él una fuerte tormenta que estaba a punto de descargar todos sus rayos y truenos contra Hamilton y Campbell. Quería llegar a ellos y lanzarse con la espada en alto, aunque sabía que no podía. Pero por Dios que lo habría hecho de no ser porque Bonnie y su hijo lo esperaban de regreso.

Por ello, a medida que se acercaba al castillo Campbell, hizo todo lo posible por menguar su frustración y rabia, ya que le haría un flaco favor a Magnus y a él mismo si llegaba lanzando maldiciones, gritos y amenazas. Sabía que tenía que mostrarse de una manera diferente a como era realmente o acabarían bastante mal.

El corazón de Logan comenzó a latir con más fuerza a medida que la distancia con la muralla de los Campbell se acortaba. Elevó un pensamiento

a Bonnie antes de centrarse en lo que tenía que hacer. Se preguntó dónde estarían, pero estaba seguro de que tan solo les llevaba unas diez horas de adelanto. Por ese motivo, se sintió más tranquilo, ya que, si todo salía bien, solo tendrían que aguantar doce horas como mucho hasta la llegada de los demás.

Logan carraspeó y respiró hondo. Las miradas de los Campbell apostados en la muralla se dirigieron directamente a él, pero la suya cambió rápidamente de rumbo al ver lo que estaban montando frente al portón del castillo. Un poderoso escalofrío recorrió su espalda y, por primera vez en mucho tiempo, sintió que le temblaban las manos.

—Gracias a Dios que soy yo y no Bonnie quien está aquí… —susurró.

Pues si a Bonnie le hacían lo que estaban preparando los Campbell para Magnus, no habría escondite en el mundo en el que estos pudieran esconderse para escapar de su ira. A él no le importaba morir, pero si tuviera que ver a su esposa hacerlo, desataría una furia mucho peor que la que pudieran encontrarse en el infierno.

Logan entrecerró los ojos para ver con más claridad y, efectivamente, estaban preparando una horca. Tan solo quedaban unas tablas más por colocar y la cuerda de la que pendería el cuello de Magnus. El guerrero tragó saliva. Si no lograba conseguir tiempo para Magnus y para él, ambos acabarían colgando de una cuerda en pocas horas.

Y, por primera vez en su vida, sintió verdadero miedo. No por él, sino por la vida de Bonnie después de su muerte. Miedo por no ver la carita de su hijo al nacer. Miedo por no poder acariciarlos y besarlos más. Miedo por no haber conseguido cambiar ni una sola pizca de su carácter a pesar de habérselo propuesto tiempo atrás… Pero, en ningún momento, miedo por él mismo, tan solo por los demás.

Y, entonces, su caballo se detuvo. El animal pudo sentir ese temblor en su cuerpo y se quedó completamente quieto a tan solo diez metros de distancia de la muralla del castillo. Logan respiró hondo y siguió adelante, acortando la distancia con la fortaleza. Vio cómo uno de los guerreros de la muralla se giraba deprisa para bajar de la misma. Supuso que correría a avisar a Clyde de que había llegado un MacGregor para rendir cuentas por lo sucedido con Magnus MacLaren.

Los guerreros que se encontraban montando la horca se giraron para verlo

llegar, por lo que el guerrero se detuvo y clavó su mirada negra en ellos.

—Vengo en busca de vuestro laird si es que tiene los arrestos necesarios para salir a dar la cara… —dijo a modo de saludo.

Vio que uno de ellos arqueaba una ceja y se incorporaba. Hasta ese momento, no lo había reconocido, pero se trataba de Rob, el segundo al mando, que le sonrió de forma ladina.

—Vaya, vaya… El gran Logan MacGregor llamando a nuestra puerta. ¿Se te ha perdido algo aquí?

El aludido lo miró desde lo alto del caballo y resopló.

—Creo que sabes qué es lo que se me ha perdido, Campbell.

—No me digas que has querido venir para presenciar el espectáculo.

Logan frunció el ceño y fingió no entender.

—¿Qué espectáculo?

Rob señaló la horca.

—Esto… Vamos a ahorcarlo mañana al amanecer.

—Lo siento. Hay tal bruma traicionera alrededor de este castillo que no lo había visto… —fue su seca respuesta.

Rob le dedicó una nueva sonrisa al tiempo que el portón se abría más y aparecía otro de sus compañeros.

—Si vienes a visitar a nuestro laird, puedes entrar —le indicó.

Logan azuzó al caballo para que iniciara la marcha nuevamente. Y, sorteando la presencia de Rob, cruzó la muralla, aunque el segundo al mando de los Campbell dejó lo que estaba haciendo para caminar tras él.

Cuando Logan recorrió la distancia hacia el centro del patio, descubrió al contingente de hombres ingleses que había allí que, unidos a los Campbell, formaban un gran grupo de guerreros. Al instante, tembló ante la idea de que se enfrentaran a los MacGregor, pues el número de guerreros que había llevado Kieran era inferior a ese.

Sin embargo, no mudó el rostro. Sino que desmontó del caballo con normalidad y soltó las riendas para caminar unos pasos hacia adelante bajo la atenta mirada del resto de personas que había en el patio. Sin lugar a dudas, si pretendía escapar por algún lugar, lo tendría imposible, pues en

cada rincón había un guerrero que lo observaba con la mano puesta sobre la empuñadura de la espada.

La tensión casi podía olerse en el ambiente, pero Logan se mantuvo hierático y frío ante lo que había a su alrededor. Sus pies se detuvieron en medio del patio y respiró hondo al ver aparecer a un hombre que desconocía, y al que supuso que era Arthur Hamilton, y a Clyde Campbell. El guerrero apretó los puños con tanta fuerza que sintió cómo se le clavaban las uñas al fijar su mirada en el traidor. Logan tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no llevar la mano a la empuñadura de la espada, pues estaba rodeado de guerreros que se lanzarían contra él antes de que sus dedos pudieran llegar a tocarla.

En el momento en el que Clyde fijó su mirada azul en la negrura de Logan, este gruñó ligeramente y entornó los ojos. Ambos midieron fuerzas entre ellos hasta que los dos hombres llegaron frente a él y Hamilton reclamó su atención con un carraspeó. Lentamente, y con cara asqueada, Logan llevó sus ojos hacia el inglés, al que miró de arriba abajo, provocándole un ligero nerviosismo.

—Me sorprende que un MacGregor se presente en el castillo para reclamar algo que no le pertenece…

Logan arqueó una ceja.

—Es a ti a quien no te pertenece la vida de MacLaren, inglés…

Hamilton lanzó una carcajada.

—No sé si considerar tu llegada como un contratiempo o como todo lo contrario.

—Me parece que eso a ti te tiene que dar igual, mequetrefe inglés, puesto que el castillo no es tuyo y no es a ti a quien busco.

Hamilton arqueó una ceja.

—¿Y a quién buscas?

—A mí —respondió Clyde en su lugar con la mirada fija en las obsidianas de Logan—. MacGregor y yo éramos aliados.

—Me alegra escuchar que lo dices en pasado. Eres un puto perro traidor, Campbell.

A su lado, Hamilton se rio, divirtiéndose ante la pelea de ambos

guerreros, pero ninguno volvió a mirarlo.

—Lo que yo soy o dejo de ser te tiene que dar igual… —dijo Clyde lentamente.

Logan dio un paso adelante, aunque paró al ver que todo el mundo desenvainaba su espada.

—¿Me tiene que dar igual? ¿Lo dices en serio, Campbell? Bonnie te manda recuerdos. ¿La recuerdas a ella? Ni te imaginas la rabia que me dio ver en sus ojos la decepción y el dolor por tu traición. Te habría apretado el cuello hasta arrancarte el aire, y si a pesar de eso no morías, te habría arrancado las entrañas.

Clyde apretó los puños y dio un paso al frente, dejando atrás a Hamilton.

—¿Has venido solo a insultarme o a algo más?

—¿De verdad me lo preguntas? Vengo a por MacLaren.

Clyde arqueó una ceja.

—Creo recordar que no erais tan amigos.

—Me temo que MacLaren se parece más a un grano en el culo que a un amigo, pero, puesto que yo no soy un traidor como tú, estoy aquí para ayudarlo.

—MacLaren está sentenciado a muerte y será ejecutado mañana en la puerta de la muralla. Supongo que lo has visto.

Logan apretó aún más los puños.

—Lo he visto, pero te juro por la vida del hijo que espero que no voy a permitir que su cuello penda de esa cuerda. Y me tomo muy en serio mis promesas, no como la que tú le hiciste a mi esposa. Ni siquiera arrodillándote frente a ella has podido cumplirla…

Clyde dio otro paso más hacia él con el rostro tenso tras escuchar sus palabras.

—Tú qué sabrás de mí, MacGregor. No eres nadie y no vas a llevarte a MacLaren de aquí porque le prometí a Hamilton que lo ayudaría en esto.

Logan arqueó una ceja y miró al inglés por encima del hombro de Clyde.

—¿Has visto, MacGregor? Su lealtad está más cerca de Inglaterra que de Escocia.

—Ten cuidado con eso, Hamilton. La lealtad de Campbell es tan inestable que bien podría cambiar de opinión en cuestión de minutos.

Clyde sonrió de lado y apretó los puños.

—Esta vez te equivocas en eso, MacGregor —El guerrero dio un paso atrás y miró de reojo a sus hombres—. Y también te equivocaste en el momento en el que decidiste venir aquí a llamarme traidor e intentar sacar a MacLaren de estos muros. Siempre te has creído por encima de todo el mundo, pero esta vez no vas a ganar.

—Eso está por ver.

—Apresadlo —ordenó Clyde enseguida sin apartar la mirada de Logan.

El guerrero MacGregor miró a su alrededor cuando los demás se acercaron a él para seguir la orden de su laird. El primero en llegar fue Rob, que llevó sus brazos hacia atrás. Logan no se inmutó y no intentó resistirse, pero sí fijó su mirada en los ojos de Clyde. Lo miró con todo el odio que sentía en su interior, y le espetó:

—Regodéate ahora que puedes, Campbell, porque cuando tu castillo se reduzca a cenizas, no te quedará tiempo ni para una traición más.

CAPÍTULO 23

Logan miró por encima del hombro a Rob cuando este lo empujó una vez más por el pasillo rumbo a las mazmorras. Le sorprendió que únicamente lo acompañara un guerrero en lugar de alguno más, ya que, si conseguía soltarse, podrían medir sus fuerzas en medio del corredor. Pero el guerrero MacGregor no intentó apartar sus manos en ningún momento. Quería saber cómo se encontraba Magnus, así que estaba deseando recorrer el poco trecho que les quedaba para llegar a las mazmorras.

Rob le dedicó una sonrisa ladina, a lo que él respondió con un gruñido de rabia. El silencio en ese corredor era casi abrumador. No se escuchaba ni un solo ruido, como si todo estuviera vacío. Sin embargo, cuando quedaba una decena de metros para llegar a las mazmorras, de esta puerta apareció una mujer pelirroja y, por sus vestiduras, no parecía ser una sirvienta, sino algo más. Por lo que recordaba, Clyde no tenía una hermana, así que tal vez era un familiar lejano. No obstante, las palabras de Rob lo dejaron helado.

—¿Todo bien, mi señora?

—Por supuesto… —respondió ella con una sonrisa.

Logan se quedó mirando fijamente a la joven, que le devolvió a su vez la mirada con sorpresa e interés. El guerrero estaba estupefacto. ¿Campbell se había casado y no había avisado a Bonnie? Al instante, siguieron adelante y Logan sacudió la cabeza. Teniendo en cuenta su traición, no le extrañaba que no los hubieran avisado para la boda, gesto que enfureció aún más al guerrero.

—Vamos, MacGregor, pareces una niña asustada —se burló Rob.

El aludido volvió a mirarlo por encima del hombro y le enseñó los dientes.

—Eres tú quien va a asustarse cuando vea la muerte de cerca…

—Puede ser… Pero me temo que tú la tienes más cerca que yo ahora mismo.

Logan resopló y se vio impulsado de nuevo hacia adelante con tanta fuerza que estuvo a punto de darse de bruces contra la puerta.

Rob la abrió y lo empujó de nuevo hacia adelante. El hedor que subía por

la escalinata provocó que Logan torciera el rostro, pues no solo era la suciedad y la mugre lo que flotaba en el ambiente, sino también un poderoso y fuerte olor a sangre. Y eso lo preocupó bastante.

El corazón de Logan se sobresaltó al escuchar un leve gemido proveniente de una de las celdas, así que su cabeza se dirigió hacia allí, pero no vio nada. Tan solo logró ver algo cuando estuvo frente a la celda, y no pudo evitar lanzar una exclamación de sorpresa.

Tras él, podía notar la tensión e incomodidad de Rob al estar presente en ese instante, pero rápidamente lo ignoró. No obstante, no podía hacer lo mismo con la escena que había frente a él y hacia la que el segundo de los Campbell lo empujó.

Con horror, comprobó que Magnus se encontraba de pie, con las manos atadas por encima de su cabeza y con las piernas tan débiles que apenas podía sostener su propio peso.

—Te traigo compañía, MacLaren —casi susurró Rob detrás de él.

Logan sabía que no podría olvidar jamás aquella mirada cuando Magnus levantó sus ojos esmeraldas hacia él. Mientras Rob lo ataba justo al lado de él y con las manos también por encima de su cabeza, Logan observaba a Magnus. Este, con el rostro ensangrentado y heridas abiertas por todo el cuerpo, esbozó una ligera sonrisa que estuvo a punto de provocar un reniego en el guerrero MacGregor. ¿Cómo era posible que incluso en esa situación Magnus pudiera sonreír? No obstante, aunque sus labios mostraran ese gesto divertido, no se reflejaba en sus ojos. Sus esmeraldas parecían estar sin vida, con una tristeza tan inmensa que Logan apretó los puños con fuerza.

Ambos se sostuvieron la mirada en silencio, pues no querían hablar con Rob delante, que estaba a punto de terminar de atarlo a la cadena que pendía del techo. Logan fue el primero que rompió aquella conexión tan solo cuando Rob acabó y le dio una fuerte palmada en la espalda.

—Bienvenido a tu nuevo hogar, MacGregor, aunque me temo que será por poco tiempo.

—Viniendo de traidores como los Campbell, no me extraña —le espetó.

Rob tan solo se limitó a esbozar una sonrisa.

—Recibiréis una visita de mi laird muy pronto.

—Por mí como si no viene nunca.

Rob torció la cabeza.

—Mejor su compañía que la de Hamilton.

Logan resopló y lo vio marcharse deprisa. Segundos después, escucharon el sonido de la puerta de la mazmorra al cerrarse, quedándose completamente solos.

Fue entonces cuando Logan volvió a llevar su mirada hasta Magnus.

—Estás hecho un asco, MacLaren.

Magnus intentó reír, pero le sobrevino un ataque de tos que se lo impidió, provocando que Logan girara el cuerpo por completo hacia él, preocupado. Lo miró de arriba abajo y descubrió que estaba realmente débil. Vio cómo Magnus intentaba, por todos los medios, mantenerse en pie, pues si se dejaba caer un poco, la cadena que lo sujetaba tiraría de sus magullados brazos. ¿Quién demonios le había hecho todo eso? Imaginó que el culpable era Hamilton, pero ¿acaso Campbell también habría participado de esa macabra paliza?

—¿Qué haces aquí, MacGregor? —preguntó Magnus cuando se recuperó —. Esto es un nido de traidores.

—Ya me he dado cuenta… He venido a salvarte, MacLaren.

Magnus arqueó una ceja y sonrió ligeramente.

—Pues no se te ha dado muy bien… —dijo con voz ronca antes de toser —, porque has acabado en el mismo lugar que yo…

Logan resopló y negó con la cabeza.

—No tienes remedio, MacLaren. Sonriendo hasta el final…

Magnus dejó escapar una risa contenida por el dolor.

—Mejor morir sonriendo que vivir una vida de seriedad y amargura.

Aquella respuesta hizo reflexionar a Logan, que lo miró largamente en silencio.

—Si estás aquí es porque ella ha logrado llegar a vosotros —siguió Magnus.

—Así es. Y no me extraña que esa muchacha sea tu esposa. Es igual de

obstinada que tú.

Magnus sonrió más, aunque se sentía tan mareado, cansado y débil que solo deseaba cerrar los ojos y dejarse caer, aunque se dislocara los hombros con su peso. Todo su cuerpo le dolía terriblemente. Durante todos esos días que llevaba en las mazmorras, no lo habían soltado, no habían dejado que descansara y apenas había comido. Se sentía peor que en toda su vida, pero ahora que Logan estaba allí, un mínimo rayo de esperanza surgió en su corazón. Desde que el día anterior le habían confirmado que iba a morir ahorcado, todo se derrumbó bajo sus pies. Había llegado a tener la esperanza de que Kenna lo lograra, pero la noche anterior supo que no llegaría a tiempo. Así que la venida de Logan le confirmó que estaban cerca y podrían salvarse.

—Has de reconocer que tengo buen gusto —le dijo.

Logan puso los ojos en blanco.

—Has sabido encontrar a una mujer igual que tú y que aguante tus bromas. Es, sin duda, una tarea única.

—¿Cómo está?

—Cuando llegó al castillo estaba a punto de desfallecer porque no había descansado en todo el viaje. Pero ahora está bien. Anoche tuvimos que convencerla para que no viniera sola a entregarse.

Magnus frunció el ceño.

—¿Qué?

—Enviamos a Sam a que intentara escuchar alguna información sobre ti y cuando llegó con la noticia de que eras prisionero y que Campbell nos había traicionado, puso el grito en el cielo. Incluso tuve que contener a Bonnie para que no viniera ella sola a matar a Campbell.

Magnus sonrió.

—Ya me la imagino…

Después de eso, ambos se mantuvieron en silencio, mirándose a los ojos, hasta que Magnus volvió a romperlo.

—No has debido venir, MacGregor.

Logan arqueó una ceja, sorprendido.

—Vaya… de nada.

—No es eso… Te lo agradezco de corazón, pero te has arriesgado demasiado. Hamilton podría haberte matado al llegar.

Logan se encogió de hombros.

—Alguien tenía que venir a ganar tiempo para ti, MacLaren. La duda estaba sobre tu esposa, la mía o yo. Sinceramente, no quería que me cortaras las pelotas por dejar que viniera Kenna. No quería quedar como un puto cobarde por dejar que la elegida fuera Bonnie. Así que he tenido que ser yo.

Logan intentó sonreír.

—No era la ilusión de mi vida venir a salvarte, pero era la mejor opción.

Magnus le devolvió la sonrisa, aunque gimió de dolor.

—¿Qué demonios te han hecho esos malditos traidores?

El guerrero MacLaren levantó de nuevo la mirada hacia él y negó con la cabeza.

—No ha sido Campbell, sino Hamilton.

—No me importa. Igualmente, son unos traidores.

Magnus sonrió de lado, pero no dijo nada más.

—Antes de que empezara todo esto, tenía planeado ir a vuestro castillo a conocer a mi sobrino y a darte un poco tormento para ver cómo te iba en tu matrimonio —confesó Magnus mirándolo a la cara—. Necesito confesártelo.

Logan resopló y puso los ojos en blanco al tiempo que negaba con la cabeza.

—Estás loco, MacLaren. No hay duda. Pero, aparte de eso, habrías visto que mi matrimonio es perfecto y estoy feliz.

—Es curioso que tú digas eso.

Logan sonrió ligeramente.

—Pues lo soy. De hecho, vamos a ser padres…

Magnus arqueó una ceja y lo miró sorprendido.

—¿Lo dices en serio?

—Nunca bromeo.

El segundo de los MacLaren sonrió.

—Me alegro por ti.

—Lo sé —respondió Logan devolviéndole la sonrisa.

No obstante, la de Magnus se borró poco a poco.

—Es una lástima que no tenga tiempo para conocerlo.

Logan resopló con fuerza y se giró de nuevo hacia él.

—Ni se te ocurra decir eso. Vas a conocer a mi hijo. Y yo también.

Magnus lo miró ligeramente apenado.

—Supongo que eres consciente de que has venido a morir…

—Sabía desde el principio que era una misión suicida venir yo solo, pero supongo que los demás llegarán a tiempo.

—¿Y si no lo hacen?

Logan lo miró de reojo e intentó mantener un gesto neutro.

—¿Sabes qué es lo que más me enfurece de todo esto? Que las últimas horas de mi vida tenga que pasarlas junto a ti, MacLaren, en lugar de hacerlo con mi esposa y mi futuro hijo.

Magnus sonrió, aunque enseguida comenzó a toser con fuerza, cada vez más débil.

—Para mí también es muy duro tener que aguantar tu amargura horas antes de morir. Creo que prefiero la compañía de Hamilton. Al menos, él sonríe.

Logan rodó los ojos y acabó sonriendo.

—Estás muy mal de la cabeza, MacLaren. Completamente loco.

Magnus no respondió, sino que apoyó todo su peso en la otra pierna. Necesitaba tumbarse cuanto antes. Todos los músculos de su cuerpo gritaban de dolor y lloraban pidiendo piedad, algo que él no podía darles. Y en ese momento, llevó su mente al rostro de Kenna. Quería volver a verla una última vez. Besarla, amarla de nuevo… Lo que fuera para morir en paz. Tan solo deseaba que ese dolor acabara pronto, pues estaba a punto de desfallecer.

La visión se le nubló ligeramente por el mareo y elevó la cabeza con la intención de comprobar, por enésima vez, si podía soltarse.

—Los muy cabrones lo han atado bien… —dijo Logan, adivinando sus pensamientos.

Magnus resopló y bajó la cabeza.

—¿Sabes? No dejo de estar sorprendido por todo esto.

El guerrero MacLaren arqueó una ceja.

—No te entiendo.

—Siempre he pensado que preferías morir antes que casarte. Y que hayas montado todo esto por una mujer, me sorprende.

Magnus rio.

—¿Qué pasa, MacGregor, no te parece divertida esta fiesta?

—¿Sinceramente? Podrías haberte metido la lengua en el culo en lugar de hacerlo en la boca de esa muchacha. Al menos, nos habríamos ahorrado todo esto.

—No habría sido tan divertido… Lo malo es que la sangre es real…

Logan resopló y Magnus abrió la boca para decir algo más, pero se encontraba tan débil que un intenso mareo lo asoló, perdiendo por completo la fortaleza de sus piernas. Se dejó caer, tensando sus brazos. Todo se volvió negro a su alrededor cuando su cabeza cayó hacia adelante, cerrando los ojos e incapaz de seguir la conversación.

Al instante, Logan se tensó, pues la palidez del rostro de Magnus no le pareció normal.

—¡Eh, MacLaren! —vociferó, desesperado—. No me jodas, MacLaren, mírame.

Poco a poco, Magnus se movió y volvió a ponerse en pie. Tardó algo más en levantar la cabeza de nuevo y mirarlo. Solo entonces, cuando vio la preocupación en el rostro de Logan, intentó sonreír.

—Aguanta, maldita sea —murmuró el guerrero MacGregor.

—Sí que debe de ser espantoso mi aspecto para que tengas esa cara…

Logan gruñó.

—Mejor no te mires en un espejo durante un tiempo… Pero aguanta, por favor. No me he jugado el cuello viniendo aquí y dejando a mi esposa para que ahora te apetezca morirte sin haber luchado primero.

—Me lo vas a echar en cara toda la vida, ¿verdad?

—¿Qué, que te he salvado el culo? Por supuesto.

Magnus rio con suavidad y, en ese momento, un ruido procedente de la puerta de la mazmorra llamó la atención de ambos. Se mantuvieron en silencio, escuchando los pasos rápidos que se aproximaban a ellos. Y cuando el rostro de Clyde Campbell apareció frente a la celda, hierático y serio, Logan no pudo evitar resoplar, contrariado e iracundo.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Vienes a regodearte de lo que habéis hecho tu amigo inglés y tú?

A su lado, Magnus se mantuvo en silencio, tan solo le dirigió una mirada de reojo a Logan antes de volver a fijar sus ojos sobre Clyde, que entró lentamente a la celda.

—No vengo a eso, MacGregor —respondió lentamente—, así que mejor cállate.

—Ya has hecho bastante, déjanos en paz.

Clyde rechinó los dientes después de chasquear la lengua.

—Sois los dos iguales, maldita sea. Hamilton ha decidido daros muerte mañana a ambos.

—¿Y has venido a ver si te suplicamos clemencia? —le espetó Logan—. Espero que grabes en tu memoria la expresión del rostro de Bonnie cuando vea mi cadáver porque será lo último que veas antes de que ella te siegue la vida.

Con un movimiento rápido, Clyde lo golpeó en el vientre, arrebatándole la respiración. Logan comenzó a toser con fuerza. Tan solo escuchó un gruñido por parte de Magnus cuando Clyde se alejó de él.

—Ni se te ocurra tocar a MacLaren —le dijo con voz enronquecida.

Clyde arqueó una ceja.

—¿Tanto te preocupas por él?

—No es asunto tuyo.

Clyde volvió a acercarse a Logan y lo miró a los ojos.

—Entonces, mantén tu maldita boca cerrada.

Kenna lanzó un rugido de rabia mientras veía desmontar al resto del grupo. Era alrededor de la medianoche cuando Kieran decidió parar para comer algo y descansar el resto de la noche.

—¡Debemos seguir adelante! Si lo hacemos ahora, llegaremos mañana a primera hora al castillo. Si nos quedamos aquí el resto de la noche, será al mediodía cuando alcancemos nuestro destino.

Kieran frunció el ceño.

—¿Cómo demonios sabes cuánto queda para llegar si no has ido nunca?

Kenna miró de reojo a Bonnie.

—Me lo ha dicho ella.

La aludida se cruzó de brazos y se colocó junto a Kenna.

—Estoy con la esposa de Magnus, Kieran. Debemos continuar.

El laird MacGregor se acercó a ellas lentamente, intentando mostrar una apariencia oscura y peligrosa, pero ninguna de ellas pareció amedrentarse bajo esa mirada, ya que siguieron mostrando una actitud orgullosa.

—Ruby tuvo un bebé hace poco y tú estás embarazada.

Bonnie resopló.

—Estoy bien, y tu esposa también. Tenemos que seguir el camino después de cenar. Algo me dice que están en peligro. No podemos demorarnos más, Kieran.

—No quiero arriesgarme a que pierdas el bebé. Si no, Logan me matará.

—Lo hará igualmente desde el inframundo si no llegas a tiempo a salvarlo. Yo no estoy cansada.

—Y yo tampoco, Kieran —le aseguró Ruby acercándose a ellos—. Nuestros hermanos están ahí y en peligro. Si llegamos al mediodía, tal vez sea tarde para ellos.

Kieran se alejó de ellas para pensar. Se llevó las manos al rostro y meditó unos instantes.

—Sinceramente, lo que más deseo es no cenar y seguir adelante, pero tengo bajo mi protección a todos vosotros y no quiero perder a ninguno. Ni siquiera a ti, muchacha.

Kenna sonrió cuando se dirigió a ella.

—Lo sé, pero nadie tiene por qué morir, tan solo queremos que entiendas cómo nos sentimos. No podremos dormir sabiendo que ellos pueden estar sufriendo. Incluso tú mismo lo haces. Me he fijado.

Kieran arqueó una ceja.

—Soy bastante observadora, laird MacGregor. Sé que sufres desde el momento en el que tu hermano se fue y también desde que sabes que tu cuñado va a ser ejecutado. Sufres por partida doble. Entonces, imagina cómo me siento yo que tengo sobre mis hombros el peso de un daño que pude haber evitado y no lo hice por temor a una vida que no deseaba. No puedo con este dolor en el pecho por más tiempo. Necesito que todo esto acabe de una maldita vez. Necesito que Hamilton muera y que Magnus y Logan regresen con nosotros. Pero también necesito escuchar de sus labios que no me odia por todo esto.

Los ojos de Kenna se llenaron de lágrimas.

—No quiero aparentar ser una víctima o que me consideréis débil, pero… es que no puedo más con la culpa. No me importa ser yo quien muera. Incluso no me importaría regresar a Inglaterra con Hamilton si con ello dos clanes se libran de la guerra y siguen viviendo. Pero acabe como acabe todo esto, que sea ya, por favor. Retomemos el camino en cuanto terminemos de cenar. Si no, cuando el día despunte, descubrirás que yo ya no estoy aquí porque estaré frente a las puertas del castillo Campbell para entregarme. Pero todos nosotros sabemos que eso significará la muerte de Magnus y Logan sin luchar.

—Y no creo que tu hermano desee una muerte tan indigna para él —la secundó Bonnie con una sonrisa—. Estoy segura de que su espíritu te atormentaría desde el más allá si lo dejas morir sin luchar y con las manos atadas.

—Yo también te atormentaría por ello, esposo —intervino Ruby de nuevo —, aunque siga viva… Y regresaría al castillo MacLaren con nuestros hijos.

Kieran frunció el ceño.

—No te atreverás —dijo con voz peligrosa.

Ruby arqueó una ceja y sonrió.

—Si quieres, podemos comprobarlo…

El guerrero la miró con rabia y después dirigió una mirada al resto de sus hombres. Todos estaban cansados, pero asintieron, dándole la razón a las tres mujeres. Por ello, chasqueó la lengua y acabó cediendo.

—Está bien, pero en el momento en el que os encontréis mal, pararemos…

Ruby y Bonnie se miraron con una sonrisa.

—Estaremos bien.

Kenna sonrió y puso una mano en el brazo del guerrero.

—Gracias.

Kieran gruñó de mala gana.

—No me las des. Si pudiera, ahora mismo te retorcería el cuello por poner en mi contra a todo el mundo.

La joven rio suavemente.

—Reconoce que tú también estás preocupado.

—Jamás —murmuró antes de caminar hacia sus hombres con movimientos tensos.

Bonnie cogió un trozo de pan y lo mordió con auténtica hambre. En lugar de sentarse junto a los demás, se alejó ligeramente, masticando lento. Dirigió su mirada hacia el cielo, que estaba sorprendentemente despejado. Parecía que las lluvias habían quedado atrás, aunque el viento del norte seguía soplando con fuerza. Pero no le importó. Estaban cerca de su objetivo y muy pronto todo acabaría. No pudo evitar sentirse ligeramente nerviosa. Volvía a estar cerca de Hamilton, el hombre con el que casi se casó y del que habían huido durante días, pero también era el hombre que había provocado que su vida fuera una miseria desde el momento de su nacimiento. Necesitaba escuchar de sus labios la verdad y, después, lo mataría. Por Dios que no pensaba dejarlo volver a Inglaterra. Arthur Hamilton debía pagar por sus pecados. Esta vez no podía salir impune y, tras eso, le enviaría una carta a su padre para renunciar a lo que quedara de su herencia. No quería vivir con miedo. Si Eleanor lo quería todo, podía

quedárselo. Había descubierto que lo más importante en la vida era sentirse protegida y amada, algo que no había sentido jamás en toda su vida. Y su padre nunca le había dado nada de eso, así que ella no podía seguir intentando protegerlo del ansia de poder y dinero de su madrastra.

Kenna suspiró y terminó de comerse el pan. Llevó una mano a la empuñadura de su espada, dispuesta a clavarla en el vientre de Hamilton al día siguiente. Si todo salía bien, podría vivir en paz. Si no… no quería pensarlo.

CAPÍTULO 24

Logan lanzó un gruñido de dolor cuando recibió un nuevo golpe por parte de Oliver. Al hermanastro de Kenna no lo había conocido hasta pasada la medianoche, cuando se decidió a bajar a las mazmorras para golpearlos una vez más antes de matarlos a la mañana siguiente. Y lo que pensaba que iba a ser cuestión de minutos, hasta que se cansara, descubrió que había durado toda la noche.

Por el ventanuco de la celda de enfrente descubrió que había comenzado a amanecer, por lo que su vida y la de Magnus estaba a punto de llegar a su fin. No había querido decírselo a este desde que estaba allí, pero las posibilidades que tenían para sobrevivir eran pocas. De hecho, estaba realmente preocupado por Bonnie, pues podrían herirla de gravedad o matarla entre todos. Desde el momento en el que entró en el castillo, descubrió que los guerreros ingleses, unidos a los Campbell, sumaban más hombres de los que su hermano había decidido llevar consigo.

Sabía que Kieran lo había hecho así porque en un principio desconocían la traición de Campbell, así que tenían la esperanza de que los ayudara contra Hamilton, pero ahora era imposible vencerlos. No obstante, después de lo que descubrió la noche anterior… Tal vez había una esperanza. Sin embargo, era tan negativo siempre que no podía creerlo, a pesar de que el propio Magnus se lo aseguró.

La cabeza de Logan acabó lanzada hacia atrás cuando recibió un puñetazo que lo sacó de sus pensamientos. El guerrero escupió sangre a los pies de Oliver, que miró hacia abajo.

—Vaya… te he manchado de sangre los escarpines —le dijo con rabia—. Es una pena que no te haya salpicado también a la cara para que lleves algo mío en tu cuerpo cuando llegues al infierno.

Oliver se carcajeó y dio un paso atrás.

—Qué graciosos sois los escoceses. Siempre tan dispuestos a recibir golpes de un inglés…

Logan rechinó los dientes. No solo por la rabia, sino también por el dolor. A su lado, Magnus respiraba con cierta dificultad. Lo habían golpeado tanto como a él, pero con todo lo que ya había aguantado los días anteriores,

estaba realmente débil.

El guerrero MacLaren levantó la cabeza ligeramente. A pesar de todo, se repitió una y otra vez que no iba a mostrarse débil ante ellos, por lo que provocó la risa de Oliver, que, sin apartar la mirada de él, golpeó nuevamente a Logan.

—Es una pena que necesites golpear a alguien para que se te ponga dura, ¿verdad, Oliver? —preguntó Magnus con voz ligeramente débil—. Supongo que una mujer nunca lo ha logrado…

El aludido rugió y se lanzó contra él, sin llegar a tocarlo. Logan se movió, intentando desasirse de las cuerdas, pero la atención de Oliver estaba puesta sobre Magnus, que sonrió ligeramente. Lo miró de arriba abajo con asco y le escupió a la cara. El inglés se limpió lentamente.

—En eso te equivocas, MacLaren… —dijo lentamente—. Hay una mujer que sí ha logrado ponérmela dura cada vez que la veía frente a mí, sobre todo, cuando la espiaba mientras se bañaba o vestía. Incluso he llegado a mirarla mientras dormía…

Esa mirada solo podía indicar una cosa para Magnus, que se puso furioso al tiempo que sintió verdadero asco ante esas palabras.

—Eres un ser despreciable…

—Puede ser, pero la he visto desnuda antes que tú, MacLaren. No te imaginas la de veces que me he tocado mirándola o recordando su cuerpo desnudo. ¿No te ha contado que a veces entraba para ver cómo secaba su cuerpo y se vestía? Es una lástima que ella no quisiera acostarse conmigo. Lo habría disfrutado más que con un simple escocés.

Magnus rugió de rabia con fuerzas renovadas.

—Un simple escocés ha logrado arrancarle gemidos de placer que tú no lo habrías conseguido jamás. Un simple escocés ha conseguido enamorarla. Un simple escocés le ha demostrado más respeto que un mísero inglés. Y lo más importante, un simple escocés le ha dado la seguridad suficiente en sí misma para que recorra parte de Escocia en busca de ayuda con la intención de acabar con unos miserables ingleses.

A pesar de sus palabras, Oliver comenzó a reír, provocando que la rabia de Magnus fuera en aumento. Se sentía débil, hambriento y cansado, pero estaba dispuesto a presentar batalla hasta el último aliento que le quedara de

vida.

Vio cómo el inglés señalaba a Logan con desprecio al tiempo que se acercaba más a él.

—¿Esta es la ayuda que ha buscado mi hermanastra? Yo creo que no ha servido de mucho, ¿no?

—Ya veremos si sigues riéndote después…

—¿Después de tu muerte? Seguramente, sí, seguiré riendo. Por cierto, ¿dónde está la cobarde de Kenna?

Llevó su mirada hacia Logan.

—Vais a morir igualmente. Yo creo que no pasa nada por confesar dónde está ella, así nos ahorráis trabajo y muertes innecesarias porque os aseguro que dejaremos un rastro de sangre en vuestros clanes.

Magnus levantó la pierna y logró patearlo ahora que tenía toda su atención sobre Logan, que sonrió al escuchar su gruñido de dolor. Oliver se giró rápidamente hacia Magnus y lo golpeó en el costado, arrancándole el aliento, pues justo había clavado su puño en una herida abierta.

—No te puedes imaginar las ansias que tengo por verte colgando de una cuerda…

Magnus lo miró de nuevo. Su rostro estaba perlado en sudor y respiraba de forma costosa, pero la determinación estaba reflejada en sus ojos.

—Ten cuidado, Oliver, podrías unirte a mí en el infierno y te aseguro que allí haré tantos amigos que te perseguiremos allá donde vayas para toda la eternidad.

Oliver acercó su rostro más a él.

—No lo creo. ¿Sabes algo? Después de matarte y encontrar a Kenna, haremos con ella lo que deseemos. Hamilton no la quiere. Tan solo forma parte de nuestro plan para quedarnos con todo el dinero de su padre.

—Por eso, Hamilton atacó a Conrad Ferguson hace veinte años, ¿no? Es un plan que está en su mente desde entonces…

La expresión en el rostro de Oliver mudó al instante.

—Kenna también lo sabe —le aseguró—. Sabe que fue él quien mató a su madre y sabe desde el principio lo que pretendíais porque descubrió a la

zorra de tu madre besándose con él.

Oliver volvió a golpearlo, pero la sorpresa que sentía hizo que no empleara la misma fuerza.

—Nunca la habéis engañado, así que no te jactes de lo que vais a hacer con ella porque siente tanta rabia dentro que tiene los cojones suficientes para acabar con todos vosotros de una sola estocada. Os sacará las entrañas y dejará que los cuervos se las coman. Jamás disfrutaréis de su dinero. Ni Hamilton, ni tú, ni la zorra de tu madre.

Oliver dejó escapar un grito de rabia e intentó golpearlo de nuevo, pero Logan se aferró a la cadena con ambas manos y levantó las piernas, rodeando con ellas el cuello de Oliver, que abrió los ojos desmesuradamente. Intentó soltarse, pero era tanta la fuerza que empleaba Logan que no podía. Se asfixiaba mientras Magnus reía. Enseguida, este levantó una pierna y lo pateó con todas las fuerzas que le quedaban.

—Esto no lo esperabas de unos sucios escoceses, ¿verdad? —vociferó Logan apretando las piernas alrededor del cuello del inglés.

Sin embargo, la suerte estuvo del lado de Oliver, ya que un instante después unos pasos rápidos se acercaron a la celda. Hamilton apareció y lanzó un grito al ver lo que estaban haciendo, por lo que corrió hacia Logan y lo golpeó hasta que pudo hacer que lo soltara. Al instante, se enzarzaron con él, provocando que Magnus gritara e intentara patearlos para que dejaran en paz a Logan.

Segundos después, ambos ingleses pararon y miraron al segundo al mando de los MacGregor, de cuya boca colgaba un hilo de sangre, al igual que de su ceja.

Para sorpresa de todos, la voz de Clyde irrumpió en ese momento en la celda.

—Si habéis parado ya, me gustaría hablar con vosotros antes de llevarlos a la muralla.

Hamilton y Oliver asintieron y se limpiaron el sudor de la frente al tiempo que los miraban con una sonrisa.

—Disfrutad de vuestros últimos minutos de vida, desgraciados —dijo el primero.

Ni Magnus ni Logan respondieron, sino que les sostuvieron la mirada hasta que desaparecieron entre los barrotes y los dejaron solos de nuevo. En ese momento, el guerrero MacLaren miró a Logan.

—Gracias por todo.

El aludido se encogió de hombros.

—De nada, amigo.

Magnus arqueó una ceja.

—¿Amigo? Sí que te deben de haber golpeado fuerte para que me llames así.

Logan lo miró con una sonrisa.

—Estoy intentando cambiar, ¿vale?

—¿Ahora? Un poco tarde, ¿no?

—Mejor tarde que nunca…

Magnus asintió y dejó escapar una risa.

—Puedes decir lo que quieras, pero tú y yo hacemos un buen equipo…

Logan lo miró de reojo.

—Tienes razón, MacLaren. Somos el mejor equipo.

Ambos sonrieron.

—Pero nos queda lo más complicado —dijo el guerrero MacGregor.

Magnus asintió y chasqueó la lengua.

—Lo sé.

—Y, si sale mal, podemos morir.

Magnus volvió a repetir el gesto.

—Solo hay que aguantar un poco más —siguió Logan.

—¿Y si no llegan a tiempo?

Logan sonrió ampliamente.

—Entonces, reconozco que será todo un honor morir a tu lado, MacLaren.

—¿Hacemos que sea inolvidable?

—Nos recibirán con una fiesta en el infierno. Eso seguro…

Una hora después, los pasos de varios guerreros bajaron por las escaleras de la mazmorra en dirección a la celda. El corazón de Magnus se aceleró. El momento que tanto temía había llegado y no había vuelta atrás. El joven miró a Logan y, para su sorpresa, este le dedicó una amplia sonrisa.

—Esto va a ser épico, amigo —le susurró el guerrero MacGregor.

Magnus sonrió y asintió. Durante esa hora había renovado fuerzas, así que se mantenía de pie y con la cabeza alta, mirando con orgullo hacia el frente.

—¿Te imaginas que escriben un libro de nuestra historia? —bromeó Magnus.

Logan rio suavemente.

—Yo sería el villano, claramente.

—¿Y yo? —preguntó el guerrero MacLaren con una sonrisa.

Logan intentó no reír.

—El bufón…

Ambos amigos se carcajearon tan fuertemente que cuando los guerreros de Hamilton llegaron junto a la celda, se quedaron sorprendidos por su actitud. Los acompañaba Rob, el segundo al mando de los Campbell, que enarcó una ceja.

—¿Os hace gracia morir, escoria?

Magnus le guiñó un ojo como pudo, pues seguía doliéndole y lo tenía ligeramente hinchado.

—Lo que me hace gracia es tu horripilante cara, Campbell. ¿No has pensado en morir para librar al mundo de tu fealdad?

Rob frunció el ceño y gruñó, enseñándole los dientes.

—Espero que cuando tu cuello cuelgue de la cuerda, sigas riéndote.

Magnus le dedicó una sonrisa, pero no le respondió.

A una señal de Rob, los guerreros de Hamilton entraron en la celda y los desataron. Cuando los brazos de Magnus cayeron hacia abajo por primera

vez en varios días, dejó escapar un gemido de dolor, pues todos sus músculos protestaron. Mirando fijamente a Rob, que sonreía enigmáticamente, se dejó llevar hacia adelante. Se sorprendió al ver que sus pies apenas obedecían sus órdenes para caminar, pues había recibido tantos golpes y había estado en la misma posición durante tantos días que apenas podía moverse con facilidad.

Magnus miró a Logan por encima de su hombro y vio que lo seguía, también sujetado por varios guerreros de Hamilton. El último en cerrar la marcha era Rob, que llevaba la mano sobre la empuñadura de su espada.

Ascendieron por la escalinata y los empujaron por el pasillo hacia la salida del castillo. El corredor estaba completamente vacío. No se escuchaba ni tan siquiera un leve murmullo de los sirvientes, como si todo el mundo hubiera desaparecido.

Cuando llegaron a la puerta de salida, Fiona los recibió y los miró de arriba abajo, pero no dijo nada. Tan solo se detuvo a observar cómo los sacaban de allí y los llevaban rumbo al patio. Al instante, la joven se unió a Rob y caminaron detrás de ellos hacia donde los esperaban Clyde, Oliver y Hamilton.

En el momento en el que llegaron junto a ellos, tanto Rob como Fiona se pusieron al lado de Clyde. Magnus se dio cuenta de que la joven apretaba contra sí un pequeño bolso. Estaba seguro de que nadie se daba cuenta, pues lo hacía con disimulo, y en el momento en el que levantó su mirada hacia ella, Fiona clavó sus ojos en él, aunque enseguida los apartó con incomodidad.

Hamilton dio un paso al frente y la atención de Magnus fue directamente a él, el culpable de todo, la persona a la que más odiaba y más daño le había hecho tan solo por un capricho, por orgullo y por no aceptar que había perdido aquella guerra antes de empezarla.

—El día ha llegado, MacLaren. Todo esto no habría pasado si no te hubieras metido en medio de nosotros.

Magnus negó con la cabeza y sonrió ligeramente.

—Yo no me metí en medio de vosotros. Kenna no quería casarse contigo desde el principio, pero me temo que no tienes inteligencia suficiente como para darte cuenta de ello.

Hamilton levantó una mano para golpearlo, pero al ver que Magnus elevaba el mentón con orgullo, bajó la mano de nuevo.

—No mereces que manche mi ropa con tu maldita y sucia sangre escocesa.

—Lo que no mereces es el poco tiempo que has pasado con Kenna y el sufrimiento que le has dado.

Hamilton sonrió.

—Eso no es nada para que le tengo preparado cuando mueras y la encuentre.

—¿La vas matar de la misma manera que a su madre en aquel ataque?

Hamilton frunció el ceño.

—¿Cómo te has enterado si ni siquiera el imbécil de Conrad se ha dado cuenta? Es algo que me pregunto.

Magnus sonrió de lado.

—Entre el cielo y la tierra no hay nada oculto, inglés. Al final, todo sale a la luz…

Hamilton lo observó unos segundos en silencio. Tan solo podía escucharse el viento soplando con fuerza mientras el cielo amenazaba lluvia en cuestión de tiempo.

—Bueno, no importa, MacLaren. A Kenna únicamente la quiero para mantenerla prisionera hasta que su padre se muera y, después, cuando mi prima consiga todo su dinero, matar a tu querida esposa. Porque no sé si también sabes que Eleanor está envenenando a Conrad…

—¿Por qué no la dejáis en paz? ¿De verdad pensáis que ella ansía tanto el dinero? Solo quiere perderos de vista y vivir en paz.

Oliver chasqueó la lengua.

—Lo siento, pero mientras ella siga viva, es la legítima heredera de todo ese capital.

Magnus resopló.

—¿De verdad os importa tanto el dinero como para destruir una familia?

Hamilton se encogió de hombros.

—Conrad lleva años haciendo negocios en el norte de Inglaterra. Si ese sucio escocés no se hubiera metido en nuestro país, no habría descubierto todo el poder que posee y entonces no habría tenido que atacarlo hace veinte años. Desde entonces, he estado esperando y tejiendo todo este plan para que acabara casado con mi prima y así quedarnos su dinero. La única que hay en medio de todo es Kenna.

Magnus frunció el ceño.

—¿Y por qué no la mataste cuando nació?

Hamilton lanzó una carcajada.

—Pensaba que no iba a sobrevivir sin una madre a su lado. Lógicamente, me equivoqué. Pero esta vez no dejaremos ningún cabo suelto. Y tú eres uno de esos cabos.

Hamilton dirigió la mirada hacia Logan en ese momento.

—Tú no tendrías por qué haber muerto si no te hubieras metido en esto. ¿Acaso todos los escoceses os metéis donde no os llaman?

Logan renegó entre dientes. Necesitaba ganar todo el tiempo posible para que Magnus y él no acabaran muertos. Dirigió una mirada rápida a los guerreros apostados en la muralla y los vio tranquilos, por lo que aún no habían avistado al contingente de hombres de su hermano Kieran. ¿Y si no llegaban a tiempo?

—¿Sabes una cosa, Hamilton? Tengo los cojones tan grandes que no me caben entre las piernas. Y por eso tengo que meterlos donde me da la gana. Y lamento decirte algo, pero MacLaren es y siempre ha sido un grano en el culo por el que no me importa arriesgarme, pues los tiene tan grandes como yo.

A su lado, Magnus rio, pero Hamilton y Oliver se miraron con asco. No obstante, a su lado, Clyde tuvo que desviar la mirada y dirigirla a Rob, aunque este necesitó hacer lo mismo para no soltar una carcajada.

—Nos has hecho prisioneros, Hamilton —comenzó diciendo Magnus—, nos habéis golpeado y nos habéis condenado a muerte sin un motivo claro. Pero déjame decirte algo, y espero que no lo olvides nunca: nadie nos hiere impunemente. Puede que ahora nos ahorques, pero nuestra familia y amigos seguirán vivos y no dejarán que regreséis libremente a Escocia. Os perseguirán y jamás lograréis disfrutar de todo ese capital que pretendéis

robar al padre de Kenna.

—El rey conocerá todo esto —le aseguró Logan—. Y entonces…

—¿El rey? —lo cortó Hamilton con una sonrisa—. El rey me dio impunidad para actuar como me diera la gana.

—En Inglaterra —lo corrigió Magnus—. No aquí.

Hamilton se acercó a él lentamente.

—Yo tengo impunidad donde quiero, pues tengo un sello y una carta que así lo acreditan.

—Puedes metértela por donde te quepa, Hamilton —le espetó Magnus—. Esa carta jamás te dará lo que deseas de Kenna.

—Eso ya lo veremos… ¡Sacadlos! Ya estoy harto de escuchar ese maldito acento escocés.

Los hombres del inglés los empujaron hacia la salida. Logan intentó soltarse, pero los aferraban entre dos hombres, por lo que era imposible soltarse. Magnus, por su parte, miró al cielo y recordó el rostro de Kenna una vez más, llamándola. El tiempo se agotaba y todo estaba demasiado quieto. Al pasar junto a Clyde, levantó la mirada hacia él, pero este se mantuvo quieto, tan hierático como siempre. La esposa de este desvió la mirada, incapaz de sostenérsela, y Magnus se obligó a mirar únicamente hacia adelante, hacia ese lugar que habían elevado para ahorcarlos.

Y apretó los puños contra su cuerpo. Todo estaba hecho y lo único que quedaba en su pecho era todo lo vivido en las últimas semanas.

Cuando los hombres de Hamilton lo empujaron hacia los dos escalones para subir a la plataforma donde pendía una cuerda, Magnus trastabilló, pues sus músculos aún estaban débiles después de varios días sin moverse y por los golpes. Fue el primero al que empujaron para morir. El guerrero MacLaren dirigió una mirada hacia atrás para encontrarse con la de Logan. Este asintió y le sonrió.

Jamás pensó que podría encontrarse en una situación así junto al segundo de los MacGregor. Todas sus discusiones pasaron por su mente en ese momento, y que tuviera el valor de sacrificarse por él provocaba que su amistad tomara un tinte diferente. No volvería a ser su amigo, sino su hermano. Y así sería para toda la eternidad.

—¿Preparado para morir, MacLaren? —vociferó Hamilton desde abajo.

Magnus no respondió, ya que apenas le dejaron. Enseguida, colocaron la cuerda alrededor de su cuello y la apretaron con tanta fuerza que el aire se le cortó ligeramente. El guerrero MacLaren respiró hondo y fijó su mirada hacia el frente, justo al inicio del bosque frente al castillo Campbell.

—¡Colgadlo! —gritó Oliver sin piedad.

Y en el momento en el que la tensión en su cuello se hizo más evidente, Magnus esbozó la mejor de sus sonrisas.

CAPÍTULO 25

Kenna creyó que su corazón se le iba a parar en el instante en el que vio que los hombres de Hamilton colocaban una cuerda en el cuello de Magnus. Desde que había amanecido, tenía la impresión de que iba a ocurrir algo que escapaba a su entendimiento. En todo momento, intentaba acelerar la marcha, pues Kieran deseaba ir más despacio de lo que debían para evitar que Bonnie se hiciera daño en el vientre. Sin embargo, Kenna solo deseaba dejarlos atrás y cabalgar ella sola hacia su destino.

Por ello, cuando salieron de entre los árboles y se acercaron ligeramente al castillo, dejó escapar una exclamación de sorpresa y horror. Lo iba a ahorcar y no estaba segura de poder llegar a tiempo de poder salvarlo. Durante un instante, clamó al cielo la ayuda de quien pudiera escucharla para que los ayudaran. Tenía que salvarlo o el resto de su vida iba a odiarse a sí misma por haber provocado la muerte de un buen hombre y el guerrero que había cabalgado hasta allí para intentar ayudarlo.

La joven se adelantó al resto unos pasos, y aunque deseaba cabalgar hacia allí para atacarlos y dejar libre a su esposo, sabía que debían actuar pausadamente.

—Despacio, muchacha —le advirtió Kieran sin apenas mover la boca debido a la tensión que sentía en su mandíbula—. Malnacidos…

Al lado del laird MacGregor, Ruby lanzó una exclamación de sorpresa y preocupación y aferró con fuerza las riendas del caballo, obligándose a mantener una calma que había perdido días atrás. Después, miró de reojo a Kieran y le dijo, ligeramente enfadada:

—Si no hubiéramos hecho caso a Kenna, habrían estado muertos a nuestra llegada…

—No hace falta que me lo eches en cara, esposa, lo estoy viendo con mis propios ojos.

Ambos se sostuvieron la mirada durante unos segundos, hasta que Kieran la apartó y miró al resto de sus hombres.

—Estad atentos. Los Campbell son demasiado traicioneros. Los ingleses… ya sabemos cómo se las gastan.

Sus hombres asintieron y siguieron adelante.

—¡Magnus! —vociferó Kenna cuando se acercaron a ellos, y llamando la atención del resto de personas allí presentes.

Los ingleses habían estado tan pendientes del ahorcamiento del guerrero que aún no se habían dado cuenta de la llegada del pequeño contingente de guerreros MacGregor, encabezados por Kieran y por la propia Kenna, que necesitaba de toda su fuerza de voluntad para mantenerse en el sitio y no lanzarse contra ellos.

Frente al grupo, una enorme cantidad de guerreros apostados en la muralla del castillo sacaron sus arcos y los apuntaron con las flechas. Kenna renegó entre dientes, al igual que Bonnie, que estaba temblorosa sobre su caballo al ver la sangre en el rostro de Logan. Esta apretó los puños cuando fijó sus ojos sobre las manos que aferraban a su esposo y lo subieron con prisa hacia el cadalso preparado para Magnus, al que estaban a punto de ejecutar.

El guerrero MacLaren respondió al llamado de Kenna con una sonrisa.

—¡Me alegro de verla, señora MacLaren! —vociferó desde su posición.

Kenna sonrió entre lágrimas que se negó a derramar, pues no era momento de mostrar debilidad. Todo el cuerpo de la joven temblaba con fuerza, incapaz de contenerse. El viento soplaba en su contra, levantando los mechones de su pelo que habían quedado sueltos, pero también la capa que la protegía del frío. Al instante, Kenna llevó una mano hacia el cordón que la ataba y se la quitó, dejándola sobre el lomo del caballo.

Cuando quedaban apenas una treintena de metros para llegar a sus enemigos, el grupo paró y desmontaron de los caballos, a los cuales enviaron ligeramente lejos. Kenna levantó la mirada hacia la muralla y vio que algunos guerreros de Hamilton tensaban los arcos, por lo que dio un paso atrás, para colocarse al lado de Kieran, Ruby y Bonnie. El resto de guerreros MacGregor se quedó un par de pasos más rezagado.

Adelantándose al resto de guerreros, Clyde, Rob, Fiona, Hamilton y Oliver dieron varios pasos al frente con la mirada sobre los recién llegados.

—¿A qué se debe vuestra visita, MacGregor? —preguntó el laird Campbell.

Kieran frunció el ceño, pero no fue él quien respondió, sino la persona

que estaba deseando romper el hielo. En ese momento, la mirada de Bonnie se dirigió hacia él. Clyde y ella midieron fuerzas y la joven resopló y comenzó a negar con la cabeza, entre iracunda y decepcionada.

—¿Prefieres dirigirte a Kieran en lugar de hablarme a mí? ¿O es que eres tan sumamente cobarde que no tienes los arrestos necesarios para enfrentarte a una MacDonald?

—No tengo por qué hablar contigo, Bonnie —fue la respuesta del guerrero.

Bonnie dio un paso al frente, provocando que los arqueros tensaran aún más las cuerdas.

—Hazlo si tienes valor, Campbell. Confié en ti, me arrodillé ante ti y tú hiciste lo mismo. Pensaba que éramos amigos. ¿Y ahora nos traicionas?

Bonnie apartó las lágrimas de un manotazo mientras Clyde la miraba fríamente, casi sin vida, y Hamilton reía a su lado, disfrutando de lo que veía frente a sus ojos.

—Ya ves que la amistad no es tan importante cuando tienes que pensar en el bienestar de tu clan.

Bonnie resopló.

—¿Qué bienestar? Le has abierto las puertas a unos ingleses para que ejecuten a Magnus. ¿Ya has olvidado todo lo que pasó durante los Juegos?

Clyde apretó los puños con fuerza y rechinó los dientes con tanta fuerza que Bonnie habría jurado que lo escuchó desde la distancia.

—No hay nada reseñable que recordar, Bonnie. Y nuestra amistad tampoco era tan fuerte como para sobreponerla a mi clan. No eres la jefa del tuyo propio, así que si no sabes el peso que llevo sobre mis hombros, mejor no opines.

Aquel golpe fue demasiado bajo para la joven, que frunció el ceño y resopló al tiempo que negaba con la cabeza, incrédula por el cambio de actitud de Clyde.

—Eres un maldito desgraciado, Campbell. Pensaba que de verdad te importábamos algo, pero ya veo que no. Ahora eso da igual, hemos venido a por Magnus.

Clyde sonrió de lado y miró al guerrero, cuyo cuello aún portaba la

cuerda y al que estaban a punto de colgar.

—Me temo que nos habéis interrumpido…

—Entonces, tendréis que soltarlo —intervino Kenna mirándolo con odio —. ¿De verdad no se te remueve la conciencia ni un poco? Magnus confiaba en ti y por eso viajábamos hasta aquí para pedir tu ayuda. Y, en lugar de dárnosla, has decidido traicionarlo.

Clyde puso los ojos en blanco y suspiró, fingiendo cansancio ante sus palabras.

—No voy a repetirte lo que le he dicho a Bonnie, así que, si no lo has escuchado, tenías que haber estado atenta, muchacha.

Kenna lo miró, asombrada. ¿De verdad ese era el hombre al que Magnus pensaba pedir ayuda? Era un ser frío y calculador al que no le importaba nada más que su clan, ni amistades ni alianzas… Solo él.

Lo vio dar un paso atrás y tragar saliva. En ese momento, Hamilton se adelantó con una sonrisa.

—Creo que tendría que venir más veces a Escocia. No os imagináis lo que me divertís…

Desde su posición, Clyde miró la espalda de Hamilton y, al instante, desvió la mirada de él hacia su esposa. Fiona lo miraba con preocupación, pues aún podía sentir sobre ellos la ira que les lanzaba Bonnie MacDonald desde donde se encontraba.

—Fiona —susurró—. Vete.

La joven frunció el ceño y apretó el bolso una vez más contra ella.

—No pienso marcharme y dejarte aquí, Clyde. Estamos juntos en esto.

—Los MacGregor no van a parar hasta ver reducido a cenizas el castillo. No van a querer escucharnos. Lo he visto en sus ojos. Vete, por favor.

La joven lo aferró de la manga de la camisa y negó con la cabeza de nuevo.

—No voy a dejarte solo. Lucharemos juntos. Haré lo que sea por salvarnos, Clyde, menos marcharme.

El guerrero apretó lo labios con fuerza y renegó.

—Esto va a ser una maldita cacería, y mi cabeza será la primera que

quieran…

—La mía será la segunda.

A su lado, Rob carraspeó y los obligó a callar para centrarse en la conversación entre Hamilton y Kenna, que lo miraba con lágrimas contenidas en sus ojos.

—¿Por qué no quieres aceptar que el rey de Escocia me casó con Magnus?

—Porque tú eres mía, Kenna.

La joven gruñó al tiempo que desenvainaba la espada con furia.

—¿Tuya? Pero ¿por quién me tomas? Yo no soy de nadie, pero aún menos de un asesino como tú. ¿Cómo te atreves a acercarte a mi familia después de habernos atacado y haber asesinado a mi madre? ¿De verdad pensabas que jamás íbamos a descubrirlo?

Hamilton rio.

—Tu padre aún no lo sabe.

—Tranquilo. Después de que acabe todo esto, le enviaré una maldita carta para explicárselo. Tengo un testigo de ese día.

La sonrisa de Hamilton se borró de golpe, al igual que la de Oliver, que miró al primo de su madre con cierta inquietud.

—¿Tú qué vas a tener, Kenna? —se burló Oliver—. No eres más que una niña malcriada que ha enfrentado a toda esta gente.

Oliver señaló a su alrededor y Kenna sintió que algo se sobresaltaba en su interior. Aquel desgraciado la conocía desde hacía años y sabía dar en el clavo para hacerla sentir mal. La mirada de Kenna se mantuvo sobre él, incapaz de llevarla hacia otro lado, pues no podía soportar el odio que flotaba en el ambiente entre los clanes allí presentes. Y todo por su culpa…

Cuando ese sentimiento se hizo aún mayor en su pecho, la joven sacudió la cabeza para alejarlo de ella. No era el mejor momento para tenerlo presente, por lo que entrecerró los ojos para clavar su mirada violeta en Oliver, que sonreía de forma tan perversa que sintió un escalofrío.

—Yo no he enfrentado a nadie —se defendió—. Todo esto lo habéis provocado vosotros con vuestro orgullo y vuestra sed de dinero. Podríais

haber regresado a Inglaterra y haber olvidado todo esto. Yo jamás habría descubierto que Hamilton fue el culpable de la muerte de mi madre y esta gente seguiría siendo aliados. Así que no me culpes de algo que escapa de mis manos. Soltad a Magnus. Él no tiene culpa de la decisión del rey.

Hamilton rio con fuerza.

—Me temo que aún no has entendido de qué va todo esto, querida. Él es un estorbo para nuestros planes. En cuanto muera, tú vendrás con nosotros a Inglaterra y acabaremos con tu padre. Después, nos quedaremos con todas sus pertenencias y tú morirás trágicamente en un accidente… Pobrecita.

—Jamás vas a conseguir eso, Hamilton —le aseguró la joven.

El aludido comenzó a reír y miró hacia su izquierda, a sus hombres. En ese instante, los que aferraban a Logan y estaban a ambos lados de Magnus asintieron y comenzaron a golpearlos.

—¡No! —vociferó Bonnie a su espalda.

Kenna dio un paso más hacia Hamilton, pero la paró una flecha, que se clavó justo a su lado.

—¡Ya basta! —gritó—. ¡Déjalos en paz!

Oliver rio a carcajadas, al igual que Hamilton, tras cuya señal dejaron de golpearlos.

—Mira lo que has provocado, muchacha, por no querer ser mía… —dijo lentamente—. Ellos sufren por tu culpa. Y los demás morirán también.

Bonnie intentó acortar la distancia, pero otra flecha se clavó a su lado. Aterrado, Logan abrió los ojos desmesuradamente y comenzó a vociferar, desesperado.

—¡No, Bonnie! Vete.

La joven negó con la cabeza.

—No pienso irme sin ti, Logan MacGregor. Y no pienso permitir que nuestro hijo crezca sin su padre…

Kenna la agarró del brazo y con la mirada le pidió que diera un paso atrás, pues no quería que le hicieran daño.

—Suéltalos… —volvió a pedir Kenna levantando la espada—. Si no lo haces, acabaréis muertos.

Hamilton chasqueó la lengua.

—¿No te cansas, niña? Eres mía, y no voy a dejar que nadie estropee mis planes. No tienes elección. De hecho, ninguno la tenéis.

Y mirando a Magnus una vez más, gritó:

—¡Ahorcadlo!

Los ojos de Kenna se abrieron desmesuradamente, horrorizados. Al igual que los de Ruby, que vio cómo llevaban la mano a la cuerda que pendía del cuello de su hermano. Kieran tuvo que aferrarla del brazo para impedir que acortara la distancia, pues iban a disparar más flechas contra ellos.

Y en ese instante, Kenna gritó de nuevo y tiró la espada a un lado y se adelantó unos pasos, ignorando la nueva flecha que cayó a centímetros de su pie.

—¡No, Kenna! —vociferó Magnus, mirando con desesperación a Clyde, que estaba quieto y con su atención sobre el inglés—. ¡Te van a disparar!

Pero a la joven no le importó. Negando con la cabeza, dio un paso más y se quedó quieta, con la mirada puesta ahora sobre Hamilton.

—Tienes razón, Arthur —dijo llamándolo por su nombre—. Todo esto es culpa mía. Si esta gente ha roto su amistad y Magnus y Logan están ahí es porque yo no quise casarme contigo.

—Me alegro de que lo entiendas…

Kenna miró con lágrimas en los ojos a Magnus.

—Durante estas semanas, me has buscado a mí, no a ellos. Dices que Magnus es un estorbo para tus planes. No tiene por qué. Renuncio a él y a toda mi herencia si los sueltas y dejas que regresen a su hogar.

Hamilton fingió meditarlo, pero acabó negando con la cabeza.

—No, prefiero acabar con todos ellos.

La joven chasqueó la lengua y señaló a su alrededor.

—Míranos. Estamos dispuestos a luchar contra todos vosotros, y no parece que nos superéis en número.

En ese momento, Hamilton y Oliver lanzaron una carcajada que logró helarle el cuerpo.

—¿Estás segura, muchacha? —preguntó Clyde en el lugar de Hamilton.

A una señal de su mano, de entre los árboles salieron una gran cantidad de guerreros. Kenna giró la cabeza hacia su espalda y vio cómo eran rodeados por numerosos hombres del clan Campbell. Su nerviosismo le impidió tener la capacidad de concentración necesaria para ponerse a contar la cantidad de hombres que había en el páramo en ese instante.

Sus manos comenzaron a temblar, al igual que los MacGregor, que desenvainaron todos la espada, dispuestos a lanzarse a luchar en cualquier momento. Pero Kenna no podía dejar de dar vueltas sobre sí misma, mirando a un lado y a otro, pues no había ni un solo recodo libre por el que poder escapar de los Campbell.

Vio, con horror, cómo se miraron Kieran y Ruby entre ellos. A la segunda se le llenaron los ojos de lágrimas e inconscientemente se llevó las manos a su desinflado vientre.

—Kieran… los niños… —la escuchó murmurar.

El laird MacGregor rugió de rabia y la aferró con fuerza de la mano.

—Espero que alguien les cuente lo valientes que fueron sus padres antes de morir…

Kenna sintió las lágrimas recorrer sus mejillas. Y entonces miró a Bonnie, cuya mano protectora en su vientre indicaba el auténtico terror que sentía al darse cuenta de que iban a morir todos.

—Logan… —la escuchó susurrar.

Kenna miró al cielo antes de volverse de nuevo hacia Hamilton, que no podía dejar de reír. Lo odió más que nunca. ¿Cómo era posible que una persona pudiera ser tan perversa como para matar a sangre fría a esa gente que no le había hecho absolutamente nada?

La joven dirigió su mirada iracunda hacia Clyde, que en ese momento miraba hacia Rob y asentía.

—¡Eres un maldito cobarde, Campbell! —vociferó—. ¡Mira lo que este desgraciado va a hacer a los que eran tus aliados! ¡Te vas a quedar solo! Ojalá nunca tengas a nadie que te tienda la mano cuando caigas. ¡Ojalá tu castillo se reduzca a cenizas y nadie acuda ni tan siquiera a buscar los restos de tu cuerpo porque le importes una mierda!

La mirada azul de Clyde se dirigió hacia ella y lo vio fruncir el ceño, pero no respondió, sino que apretó los puños y respiró hondo. En su lugar, fue la voz de Hamilton quien se escuchó.

—Mira lo que has hecho, Kenna… Sobre tu conciencia pesarán muchas muertes.

La joven negó con la cabeza, incapaz de poder creerlo.

—Deja que se vayan, por favor. Me entregaré. Renuncio a mi esposo y me iré contigo. Hay muchos testigos de mi juramento.

—¡No te atrevas a sacrificarte, Kenna! —vociferó Magnus—. ¡Prefiero morir a verte en manos de ese maldito desgraciado!

Hamilton caminó hacia ella, que se alejó de los MacGregor para intentar salvarlos.

—¡No! —gritó Magnus intentando soltarse de sus captores—. ¡No te acerques a él, Kenna!

Pero la joven no quiso escucharlo. Prefería entregarse a tener que ver cómo morían todos.

—¡Déjala en paz! —vociferó Magnus mirando desesperadamente hacia su derecha, concretamente a Clyde, que aferró del brazo a Fiona y, junto con Rob, se apartaron hacia un lado para dejar salir a los hombres del inglés que aún seguían en el castillo—. ¡No la toques, Hamilton!

El aludido sonrió y lo miró por encima de su hombro.

—Querido Magnus MacLaren, aún no lo has entendido, pero tú eras el gran perdedor desde el principio. Kenna es mía. Tan solo voy a tomar lo que me pertenece.

—¡No! —gritó Magnus, desesperado—. ¡Kenna, por favor!

La joven le dedicó una última mirada antes de que Hamilton y ella se encontraran a medio camino entre un grupo y otro. El inglés agarró el brazo de la joven, que no hizo movimiento alguno por alejarse de él a pesar de los continuos gritos de Magnus.

—Espero que estés preparada para lo que viene porque serás mía para siempre.

—Déjalos marchar. Ya he renunciado a él, así que pídele a Campbell que

los deje ir. Bonnie está embarazada y Ruby acaba de tener un bebé. No merecen morir.

Hamilton sonrió de lado.

—¿De verdad crees que me importa tan solo un poco la vida de esos bebés o sus madres? Por mí, pueden morirse todos.

Kenna frunció el ceño e intentó apartarse, pero Hamilton clavó sus dedos en su brazo con tanta fuerza que logró arrancarle un gemido de dolor. El inglés la empujó hacia el portón del castillo.

—¡Déjalos ir!

Hamilton resopló.

—En ningún momento he dicho que lo haría, muchacha —respondió mientras la arrastraba hacia el portón del castillo y, junto con Oliver, se escondía detrás de sus hombres.

La joven intentaba soltarse en todo momento, pero las garras de Hamilton la habían aferrado con tanto ímpetu que estaba segura de que iba a romperle el brazo en cualquier instante.

—¡No! ¡No les hagáis nada! —gritó Kenna con fuerza hasta hacerse daño en la garganta—. ¡Por favor!

A su lado, Oliver sonreía y se cruzaba de brazos para, según él, disfrutar del espectáculo y la muerte de los MacGregor.

—Ahora vas a ver que todos los actos tienen consecuencias, querida hermanastra —dijo desenvainando una daga y llevándola al cuello de la joven.

Kenna sintió la punta de la misma contra su garganta, pero no le importó morir si los demás también iban a hacerlo.

Hamilton lanzó una carcajada y dirigió su mirada hacia Clyde, que se encontraba a casi una decena de metros, junto a Rob y Fiona, que observaba todo con preocupación. La tensión en el ambiente casi podía olerse. Los MacGregor aferraban sus espadas con fuerza y clavaban los talones en el suelo, dispuestos a luchar en cuanto su laird diera la orden. Por otro lado, se encontraban los hombres de Hamilton, que sujetaban a Magnus y Logan con fuerza mientras otros también desenvainaban sus espadas, dispuestos a matar a los MacGregor.

En ese instante, Fiona dirigió su mirada hacia los guerreros Campbell, que rodeaban a los MacGregor y los apuntaban con sus espadas. La joven tragó saliva y miró a Clyde.

—Sabes que desde el primer momento en que te vi te convertiste en la luz de mi vida, ¿verdad? —preguntó el guerrero sin mirarla.

La joven chasqueó la lengua.

—No te atrevas a despedirte, Clyde.

Entonces, su esposo la miró y le dedicó una sonrisa.

—Lo hago por si no me da tiempo a hacerlo después. Bonnie MacDonald me ha sentenciado. No aparta la mirada de mí.

—No llegará a tocarte —le aseguró.

Clyde torció la cabeza.

—No la conoces…

—Pero sí te conozco a ti y a tus hombres. Saldrá bien.

Clyde tragó saliva y dirigió su mirada hacia Hamilton.

—¡Campbell! Da la orden a tus hombres… ¡Que se mueran los MacGregor!

Clyde le dedicó una sonrisa y asintió.

—Me parece bien, Hamilton, pero ¿por qué no haces los honores y das tú esa orden?

El inglés se carcajeó y dio una palmada tras empujar a Kenna contra Oliver.

—Está bien, amigo… ¡Guerreros Campbell, matad a estos perros MacGregor!

CAPÍTULO 26

Kenna abrió desmesuradamente los ojos cuando escuchó la orden de Hamilton e intentó soltarse de las manos de Oliver, que reía de forma siniestra a su lado.

—¡No! —vociferó la joven mirando hacia el pequeño grupo del clan MacGregor.

Fue tan solo un segundo, pero Kieran y Ruby se dirigieron la mirada entre sí para despedirse. Bonnie miró con auténtico terror a Logan, que pareció sonreírle desde la distancia mientras que los demás guerreros del clan se prepararon para luchar.

Todo estaba en completo silencio a su alrededor, con una ligera bruma que flotaba en el ambiente, al igual que la tensión, el miedo y el ansia de venganza y sangre.

—Has sido lo mejor que me ha pasado en la vida, Ruby —se despidió Kieran—. Lo único de lo que me arrepiento es de no haber tenido más tiempo para disfrutarlo contigo y con nuestros hijos.

Ruby lo miró con lágrimas en los ojos y envainó la espada para tomar el arco que llevaba colgado a su espalda. Agarró una flecha y apuntó a su alrededor sin apartar la mirada de él.

—No puedo despedirme de ti, Kieran. Simplemente, no puedo. Quédate a mi lado para morir juntos, por favor.

—A tu lado siempre, mi amor.

Ruby asintió y dirigió entonces la mirada hacia los guerreros Campbell, a los que apuntó con su arco, sin disparar.

Los hombres de Clyde se mantuvieron en el sitio después de la orden de Hamilton, sorprendiendo no solo al propio inglés, sino también a los MacGregor, que no entendían nada.

Hamilton dio un paso adelante y vociferó a los Campbell aún más fuerte:

—¿Acaso estáis sordos? ¡Matad a esos MacGregor!

Estos estaban rodeados por guerreros de Clyde que siguieron manteniéndose en el sitio. Desde su posición, Kenna observaba atónita lo

que estaba sucediendo. No entendía absolutamente nada y al mirar a Clyde y Rob, creyó entender qué era lo que estaba pasando. Tanto el laird como su segundo al mando se miraban entre sí con apenas una sonrisa dibujada en sus labios.

—¡Atacadlos, maldita sea! —vociferó Hamilton señalando con el brazo a los MacGregor.

Pero los guerreros Campbell siguieron quedándose parados en el sitio. Y entonces, el inglés miró a Clyde, sorprendido.

—¿Se puede saber por qué demonios no atacan?

Clyde dio un paso al frente, dejando atrás a Fiona, que miraba todo ligeramente asustada.

—Porque estas son mis tierras y solo obedecen mis órdenes.

Hamilton frunció el ceño y miró de reojo a Oliver antes de volver sus ojos hacia Clyde.

—Hace un segundo, me has pedido que diera yo la orden. Si sabías que no iban a obedecer, ¿por qué lo has hecho?

Clyde sonrió ligeramente. Sabía que sobre él pesaban en ese momento todas las miradas de los allí presentes, aunque la que más pesaba era la de Bonnie, que sabía que no entendía absolutamente nada, pero ya no había vuelta atrás. La parte final de todo había llegado, y solo había dos opciones: que todo saliera bien o morir en el intento. Eligiera cual eligiera, sobre él ya pesaba el fantasma de la traición.

—Precisamente por eso, Hamilton, porque sabía que no iban a obedecer esa orden en concreto.

—¿A qué demonios te refieres?

—Te lo acabo de decir. No van a obedecer.

Hamilton arrugó la frente.

—Pues da tú la orden.

Clyde arqueó una ceja. Sintió la presencia de Rob justo a su espalda, pues se había acercado a él y, aunque no lo veía, sabía que estaba sonriendo. A veces había llegado a pensar que su segundo al mando estaba completamente loco, pues estaba disfrutando de ese momento igual que un niño con un muñeco nuevo.

—¿Estás seguro, Hamilton?

—¡Por supuesto! —respondió con vehemencia.

Clyde giró la cabeza en dirección a sus hombres. Dio unos pasos al frente, apartándose del portón y exponiéndose demasiado frente a los demás. Desenvainó la espada, provocando que los MacGregor comenzaran a ponerse nerviosos.

—¡Hombres de honor! —comenzó diciendo—. Hace días me hicisteis un juramento. Hoy, al fin, ha llegado el momento de cumplirlo. El destino reclama nuestra intervención en esto, señores, y no hay vuelta atrás. Sabéis lo que debe hacerse, así que avanzad. ¡Y atacad con toda vuestra furia! ¡Por el honor y el clan!

—¡Por el honor y el clan! —vociferaron el resto de sus hombres.

Los MacGregor se prepararon para atacar, pero los Campbell no los miraron a ellos, sino que uno de los arqueros modificó la trayectoria de su arco para dirigirlo directamente a los hombres de Hamilton que había apostados en la muralla. Cuando lo tuvo a tiro, disparó y le dio de lleno en la frente, provocando que cayera hacia adelante, justo a un lado de Logan, que dio un respingo al verlo caer.

En ese instante, tanto Logan como Magnus se miraron entre sí y sonrieron.

—Pero ¿qué demonios está pasando? —preguntó uno de los guerreros que sujetaba a Magnus.

Este lo miró de reojo y le respondió:

—Que os habéis metido con la gente equivocada.

El guerrero inglés lo miró desconcertado y, respirando hondo y reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, Magnus le dio un cabezazo en la cara. Al instante, todo se sumió en el caos.

Los guerreros ingleses se dieron cuenta de la traición de los Campbell y los que había apostados en la muralla corrieron para bajar de ella y luchar con la espada junto a los demás, que salieron de entre la muralla del castillo.

Kieran miraba sorprendido a un lado y a otro, sin llegar a comprender lo que veían sus ojos o sin querer creerlo. Pero no era el único, pues todos los

demás se quedaron quietos al ver cómo los Campbell se lanzaban a luchar, pero no contra ellos, sino contra los guerreros ingleses que servían a Hamilton.

Bonnie se acercó a él con los ojos muy abiertos y la mano aún temblorosa.

—Pero ¿contra quién luchamos, contra Hamilton o los Campbell?

El guerrero resopló y la miró de reojo.

—Da igual… contra quien se ponga por delante —fue su respuesta antes de lanzarse a la refriega.

Al instante, todos los MacGregor se lanzaron a luchar contra los demás. Bonnie y Ruby corrieron directamente hacia donde se encontraban Logan y Magnus, pues estaban tan débiles que apenas podían luchar contra los ingleses que había a su lado y los habían sujetado hasta el final.

Desde su posición, Kenna estaba entre asombrada y asustada por lo que pudiera significar esa traición de los Campbell hacia los ingleses. Estaba tan atónita y petrificada como Hamilton y Oliver, que se encontraban completamente quietos mirando al frente y viendo cómo luchaban sus hombres contra los MacGregor y los Campbell.

Kenna tragó saliva. Sabía que debía reaccionar ella también, pues no podía quedarse con ellos dos, pero sus piernas se negaban a moverse. Había pasado del odio hacia los Campbell a una completa y maravillada admiración por el increíble plan que habían urdido, aunque no lograba comprenderlo del todo. Sin embargo, en ese momento no le importaba. Mientras observaba la refriega frente a ellos, Kenna pensó en todo lo que había tenido que pasar y aguantar Campbell para llegar a ese momento. Lo habían insultado y amenazado por su supuesta lealtad a Hamilton, y descubrir que todo había sido mentira, la había dejado sin palabras.

La mirada de Kenna se dirigió entonces a la esposa de Clyde. Desconocía cómo se llamaba, pero la vio con la mirada puesta sobre su esposo mientras era protegida por el segundo al mando del clan. Aún aferraba ese misterioso bolso contra ella, como si en su interior hubiera algo realmente importante. Y, durante unos instantes, sintió verdadera lástima por ella, pues seguramente había sufrido por todo lo que habían tenido que fingir.

Y entonces se dijo que debía reaccionar. Desde allí no podía ver con

claridad cómo se encontraba Magnus, pues se lo impedía el portón. Por ello, Kenna comenzó a removerse entre las manos de Oliver, que rugió de rabia.

—¡Malditos escoceses! ¡Sois todos unos traidores!

Kenna gritó cuando los dedos de su hermanastro se apretaron aún más contra su brazo, y casi estuvo segura de que pudo escuchar el crujido de su hueso.

—¡Los ingleses no sois mejores, Oliver! ¿O se te ha olvidado ya lo que hacías cuando me bañaba?

El inglés sonrió y la atrajo hacia él, quedándose a solo unos centímetros de su rostro.

—Y es una pena que no me atreviera a culminar lo que deseaba… Pero ahora tengo vía libre.

Oliver la atrajo más hacia él para intentar besarla, pero Kenna apartó su rostro.

—Más quisieras —le espetó antes de enzarzarse ella en una pelea contra él.

La joven le propinó una patada en la entrepierna y lo apartó de un empujón, pero cuando intentó alejarse, Oliver la agarró y la arrastró hacia el castillo, alejándola del resto, incluso del propio Hamilton, que estaba petrificado viendo cómo sus hombres comenzaban a caer en la batalla.

—¡Suéltame! —vociferó Kenna.

Esta lo golpeó nuevamente, pero el inglés se recuperó pronto y le devolvió el golpe, girándole la cara y tirándola al suelo debido a la fuerza que empleó para ello. Al instante, Kenna sintió cómo su labio inferior latía al tiempo que un hilo de sangre recorría su barbilla hasta dejar caer una gota sobre la hierba. Iracunda, Kenna giró sobre sí misma en el suelo para evitar las manos de Oliver, que había desenvainado una daga y la acercó a ella para herirla de alguna manera.

Kenna se movió deprisa y echó su cuerpo hacia atrás cuando su hermanastro describió un arco con la daga para rajarle el cuello. La joven aprovechó el desequilibrio que le produjo a Oliver aquel movimiento para propinarle un puñetazo con todas sus fuerzas. Desconocía cómo iba todo fuera de la muralla, pero no podía mirar en ese instante.

Se agachó cuando Oliver volvió a intentar herirla, pero no logró adivinar su siguiente movimiento, ya que aprovechó que la joven estaba agachada para levantar su rodilla y golpearla en el rostro. Kenna lanzó un grito de dolor cuando todo su rostro pareció explotar ante ese rodillazo. Cayó hacia atrás y no logró apartarse a tiempo cuando Oliver se lanzó sobre ella. Este le puso la punta de la daga en el cuello.

—Ahora, serás mía, querida hermanastra. Y todo lo tuyo, también.

Oliver apretó con tanta fuerza la daga contra su garganta que logró abrirle una herida, pero la joven no se quedó quieta, ya que cuando sintió las manos del inglés recorrer su cuerpo, sintió tal pavor que hizo acopio de todas sus fuerzas para alargar una de sus manos, aferrar una piedra y golpearlo con ella en la sien.

En ese instante, una brecha se abrió en la cabeza del inglés, que cayó hacia un lado gritando de dolor. Kenna se obligó a ponerse en pie de un salto al tiempo que soltaba la piedra y tomaba la daga entre sus manos. Con saña, lo pateó en la entrepierna de nuevo, haciéndolo gritar otra vez.

—No vuelvas a tocarme, Oliver Spencer. Jamás me he metido en tu maldita y asquerosa vida. Jamás he intentado hacerte daño. Jamás te he visto como algo más y jamás he dejado de respetarte como persona. Pero tu madre y tú irrumpisteis en mi vida para hacernos daño. Nos habéis engañado, me habéis perseguido y habéis intentado matar al hombre al que amo. Y no contento con eso, me intentas violar…

Kenna limpió la sangre de su rostro con la manga de su camisa. Aferró la empuñadura de la daga con fuerza y levantó el brazo.

—No quería que esto terminara así, pero no me has dejado otra opción. Magnus no se metió en vuestro camino, pero vosotros en el nuestro, sí. Adiós, Oliver Spencer, espero que encuentres lo que buscas en el infierno.

Y a pesar de que el inglés intentó apartarse, Kenna describió un arco con el brazo y clavó la propia daga de su hermanastro en el pecho de este. Cerró los ojos cuando escuchó el sonido que hizo esta al clavarse en su carne, y rápidamente se incorporó para verlo morir.

Se dijo que eso no era nada comparado con lo que ellos le habían hecho a Magnus durante esos días. Y mientras lo observaba morir, Kenna dio unos pasos hacia atrás, incapaz de escuchar los sonidos de la muerte.

Y cuando el cuerpo de Oliver quedó quieto, ahogado en su propia sangre, se dijo que debía volver a la refriega a ayudar. No obstante, antes de darse la vuelta, escuchó una fría voz a su espalda.

—No pienso irme de aquí sin ti.

Y cuando Kenna intentó girarse, un fuerte golpe en la cabeza la tiró al suelo, provocando que su cuerpo gruñera ante el dolor. Todo su mundo se volvió negro y, aunque se obligó a no dejarse llevar por la oscuridad que le prometía la inconsciencia, no pudo moverse a tiempo para deshacerse de las manos que tanto odiaba.

No muy lejos de allí, Magnus seguía luchando contra los ingleses que intentaban matarlos a Logan y a él. Todo su cuerpo protestaba de dolor, por lo que no era capaz de moverse con la suficiente rapidez para esquivar los golpes. Aún llevaba contra su cuello la cuerda con la que habían pretendido ahorcarlo, pues el otro extremo se había quedado suelto y nadie lo aferraba.

No podía ver con claridad quién luchaba contra quién y dónde se encontraban sus seres queridos. Tan solo podía ver a Logan, que luchaba contra dos guerreros ingleses sin armas, tan solo con sus puños, como él.

Aún se encontraban en la plataforma, apartados ligeramente del resto de la batalla, pero lo más importante para él es que aún seguían vivos. Durante unos instantes, cuando vio llegar a su familia, dudó sobre las verdaderas intenciones de Clyde respecto con ellos, pues se mostraba tan hierático y parado que no creía que fuera a cumplir con lo que le había prometido aquella primera vez que se presentó solo en las mazmorras para hablar con él. Pero tampoco entendía por qué demonios había apurado tanto el tiempo para ponerse en marcha y cumplir con lo prometido.

Clyde le había asegurado, y después también a Logan, que él no los había traicionado, sino que formaba parte de un plan para engañar al inglés, pero que debían aguantar y fingir que lo odiaban. No obstante, después de tantas palizas, Magnus llegó a pensar que Clyde realmente los estaba engañando a ellos, no a los ingleses.

Magnus se echó hacia atrás para esquivar un golpe de su oponente, pero estaba tan malherido que no logró apartarse a tiempo, por lo que recibió el impacto en su ya maltrecha cara.

—¡Estoy harto de vuestros golpes, desgraciados! —vociferó—. ¿Es que acaso queréis desfigurar mi bello rostro?

El guerrero no pudo evitar esbozar una sonrisa al ver la expresión del inglés, que no podía creer que bromeara en una situación así. Por ello, Magnus se aprovechó de ese desconcierto y lo pateó en el costado. Sin embargo, tenía el cuerpo tan malherido que, tras ese ataque, cayó de rodillas, incapaz de respirar con normalidad.

Su mirada se elevó hacia Logan, que en ese momento logró deshacerse de uno de los guerreros que lo sujetaban y le robó la daga para atacar al otro inglés, que ya estaba preparado para detener cualquier movimiento por su parte. No obstante, Logan atacaba con tanta fuerza y saña que le resultaba muy difícil frenar sus golpes a tiempo.

Y cuando Magnus logró recuperar parte de su aliento perdido y se intentó incorporar para volver a luchar, sintió cómo el guerrero contra el que luchaba tiraba de la cuerda que aún no se había quitado del cuello y lo tiraba hacia atrás. Magnus perdió el aliento cuando su herida espalda chocó contra las tablas de la plataforma que habían elevado sobre el suelo. Se vio arrastrado por la cuerda de su cuello, que amenazó con romperse cuando el inglés bajó de la plataforma y tiró con fuerza para que él mismo cayera de espaldas contra las piedras del suelo.

Magnus apenas pudo hacer movimiento alguno con el que poder liberarse. Tan solo intentaba aferrar la cuerda para dejar que apretara su cuello.

—Hoy estaba escrita la fecha de tu muerte, escocés, y vas a morir como estaba previsto… —escuchó que gritaba el inglés.

Tan solo podía ver la oscuridad que había en el cielo y amenazaba lluvia, pero pronto comenzó a ver pequeñas luces que le indicaron que su final estaba cerca. No podía respirar ni tampoco apartar la cuerda de su cuello. Ni una sola brizna de aire entraba por su garganta. Tenía la impresión de que su cabeza iba a explotar y que toda su sangre parecía concentrarse en su cabeza, hasta que, de repente, dejó de sentir esa presión y pudo apartar la cuerda rápidamente, tirándola lejos de él.

Magnus comenzó a toser contra el suelo, aferrándose con fuerza el cuello, donde la cuerda había abierto pequeñas heridas que en ese instante le provocaban dolor. Escuchaba el sonido de unos golpes cercanos a él,

seguidos de varios gruñidos del guerrero inglés. Y, segundos después, los últimos estertores antes de morir.

Cuando Magnus pudo recuperar parte del aliento, levantó la mirada cuando una sombra se cernió sobre él y no pudo evitar sonreír al ver el rostro de Logan, que le tendía una mano para ayudarlo a ponerse en pie. El guerrero MacLaren la aceptó con sumo gusto y se levantó, ayudado por él, con una sonrisa.

—Siempre tengo que salvarte el culo, MacLaren… —le dijo con una sonrisa.

Magnus carraspeó, pues sentía que su garganta se había quedado bloqueada por la cuerda que había estado a punto de ahogarlo. Y, tras una rápida mirada, lo abrazó.

—Creo que nunca me había alegrado tanto de verte, MacGregor —dijo con voz enronquecida.

Logan rio y le dio una palmada en la espalda.

—Reconoce que has estado a punto de cagarte encima.

Magnus rio y torció la cabeza al tiempo que se tocaba el cuello.

—Jamás reconoceré semejante cosa, pero sabes que sí.

Ambos rieron y se apoyaron el uno en el otro. Habían recibido tantos golpes que apenas podían mantenerse en pie. De hecho, aún se sorprendían por la fuerza de voluntad que tenían al no tumbarse en el suelo y dejar que pasara el tiempo hasta que la lucha llegara a su fin, pero Magnus necesitaba saber dónde se encontraba Kenna, a la que no veía desde ahí.

—¿Sabes que me he llegado a plantear quitarte el cargo por los problemas que me creas, hermano? —dijo una voz femenina cerca de ellos.

Rápidamente, Magnus llevó su mirada hacia ella y sonrió, acercándose a Ruby con los brazos abiertos.

—Por favor, hermana, regáñame lo que quieras o quítame el cargo cuando pueda recuperarme. Estoy tan cansado que no me apetece escuchar tus reprimendas…

La joven dejó escapar una risa y lo estrechó contra ella con cuidado. Cuando por fin pudo deshacerse del guerrero inglés contra el que luchaba, Ruby corrió hacia su hermano. Hacía tanto tiempo que no lo veía y había

sufrido tanto por él que no podía esperar por más tiempo, así que dejó que los demás siguieran luchando. Con la cabeza, le hizo un gesto a Logan, indicándole dónde se encontraba Bonnie.

Y al cabo de unos segundos, se separó de Magnus para mirarlo a la cara.

—Estás hecho un asco, hermano.

—Gracias, tú también estás muy guapa con el pelo revuelto y sangre en la cara —ironizó el guerrero.

Ruby dejó escapar una risa.

—¿Puedes mantenerte en pie para seguir?

—¿Para seguir? —preguntó poniendo los ojos en blanco—. Primero tendría que empezar y apenas puedo sujetar una daga, Ruby.

La joven lo ayudó a caminar apoyándose en ella. Entonces, el guerrero levantó su mirada y la clavó en la batalla. Esta llegaba a su fin y a pesar de que buscaba desesperadamente a Kenna, esta no se encontraba por ningún lado.

—¿Dónde está?

Ruby se encogió de hombros.

—No lo sé. La perdí de vista cuando entramos en batalla. Pero la tenía Hamilton en su poder.

—Eso es lo que menos me gusta…

Con ayuda de Ruby, Magnus rodeó el resto de la batalla, ignorando la presencia de Clyde a un lado, pero este se interpuso en su camino. El guerrero Campbell tenía el rostro lleno de sangre y respiraba con cierta dificultad.

—Apártate, Campbell, ya has hecho bastante…

Clyde resopló y señaló con la cabeza hacia el interior del patio de su castillo.

—Si la buscas, está ahí —dijo con el aliento aún entrecortado por la batalla.

Con el corazón en un puño, Magnus caminó hacia donde le indicó Clyde con ayuda de su hermana y seguido del dueño del castillo y el resto de hombres, que ya habían terminado de batallar, dejando sin vida a todos los

guerreros de Hamilton.

El corazón de Magnus se paró momentáneamente al fijar su mirada en el centro. La respiración se le hizo más pesada y aún no entendía cómo era posible que estuviera en pie, ya que su cuerpo apenas le respondía. Y, aun así, al ver a Kenna entre los brazos de Hamilton sintió tal furia que se soltó de su hermana para acercarse a él.

—Dame tu espada, Ruby —le pidió.

La joven se la cedió rápidamente y Magnus se adelantó ligeramente. La mano le temblaba por el dolor, pero no iba a ceder. Ahora no. Se dijo que su cuerpo debía aguantar un poco más, al menos hasta saber que Kenna estaba a salvo y ya no había ningún peligro que pudiera hacerle daño. Cojeó ligeramente y caminó con el cuerpo un poco doblado sobre sí mismo, pues le resultaba imposible andar recto por las heridas y los moratones.

Sin embargo, tuvo que parar a cierta distancia de Hamilton, que amenazaba a Kenna con una daga en el cuello. Magnus apretó los puños con fuerza y gruñó por lo bajo. A su lado, se colocó Clyde, al cual miró de reojo.

—Estoy contigo en esto, MacLaren —le susurró—. Déjame redimirme por los golpes que he permitido que te dé esta escoria inglesa.

Magnus asintió sin hablar y volvió a mirar hacia adelante. Sintió que el alma se le hacía pedazos al fijar sus esmeraldas en Kenna, que apenas podía mantener los ojos abiertos. La joven tenía el rostro manchado de sangre, de su propia sangre. Una brecha abierta en la cabeza chorreaba sangre profusamente y se unía a la que también salía de su labio partido.

—Kenna… —murmuró el guerrero MacLaren.

La joven lo escuchó a pesar de la distancia y el mareo intenso que sentía desde que Hamilton la golpeara tras matar a Oliver. Su cuerpo temblaba. Sentía tanto frío que le resultaba casi imposible no castañear los dientes. Apenas podía ver a través de la sangre que chorreaba por su rostro. Era la primera vez en su vida que se sentía tan débil, pero al menos había salvado a Magnus, por lo que sintió que el peso de la culpa se apartaba de sus hombros. Y entonces, recorriendo con la mirada a todos los allí presentes, susurró:

—Magnus… no tengas piedad.

CAPÍTULO 27

Magnus asintió de forma casi imperceptible. Sin piedad alguna… Habían herido a la mujer que amaba. No le importaba cada golpe que él mismo había recibido de sus manos, pero que hubieran hecho daño a Kenna no pensaba perdonarlo.

—Has llegado hasta aquí, Hamilton —comenzó diciendo—. ¿Por qué no la sueltas?

El aludido negó con la cabeza.

—Esta muchacha es mía. No he recorrido estas asquerosas tierras durante días para irme de vacío. Se viene conmigo.

Clyde ladeó la cabeza.

—Estás rodeado, Hamilton. No podrás salir.

—¿No? Si no queréis que le raje el cuello ahora mismo, dejad que me marche.

La mano de Hamilton se movió sobre el cuello de Kenna, que lanzó un siseo de dolor cuando abrió una nueva herida en su garganta.

La joven vio cojear más a Magnus cuando este dio un paso más hacia adelante.

—No tienes escapatoria, Hamilton. Has perdido la batalla. Todos tus hombres han muerto, incluido Oliver. No tienes a nadie más que pueda defenderte.

El inglés lanzó una carcajada siniestra.

—¿Cómo que no, MacLaren? Lo tengo todo. He perdido a mis hombres, pero no son nadie comparados con el rey. Él me protege. Soy uno de sus mejores amigos y tengo impunidad en sus tierras y en cualquier otro lugar. Su carta y el sello me protegen.

Magnus frunció el ceño, pero, para sorpresa de todos, incluidos los MacGregor, tanto Clyde como Rob comenzaron a reír. Ambos guerreros Campbell se miraron entre ellos y después desviaron su atención a Fiona.

La joven se adelantó a los demás con el gesto ligeramente tímido, ya que todas las miradas se dirigieron directamente hacia ella debido a la risa del

laird Campbell y su segundo al mando. Incluso el propio Hamilton arrugó la frente y se mostró nervioso por ese gesto. Miró a la mujer y esperó a que hablara.

Fiona se colocó justo al lado de Magnus y del bolso que con tanta fuerza había apretado contra sí sacó dos cosas. Al instante, los ojos de Hamilton se mostraron horrorizados, pues lo reconoció enseguida.

—Disculpe, señor Hamilton, ¿se refiere a este sello y esta carta?

A pesar de que la voz de la joven se escuchó suave, había cierto tono divertido en él. Magnus la miró, sorprendido, y ella le dedicó una amplia sonrisa.

—¿Pero cómo demonios ha acabado esa carta en tus manos, maldita zorra?

Clyde gruñó al escuchar el insulto a su esposa, pero dejó que fuera ella quien respondiera.

—Agradezco sus buenos deseos, señor Hamilton, pero no estoy embarazada, ni tampoco me mareé frente a usted. Durante días he tenido que escuchar impasible sus insultos hacia los escoceses, pero lo que usted no tuvo en cuenta era que se encontraba ante la hija del mejor ladrón de este país.

Fiona sonrió aún más con la mirada clavada sobre Hamilton, mientras que la de Clyde se posaba sobre ella, orgulloso.

—De él aprendí todo lo que sé y fingí marearme para quitarle la carta y el sello, pues era lo único que le daba, como usted dice, impunidad sobre esta tierra. Sin esto, no es nadie, tan solo un inglés más al que podemos ajusticiar por intentar hacer daño a uno de los nuestros.

Hamilton la miró con odio, sorprendido por su relato.

—¿Cómo te atreves a robarme eso, malnacida?

—Un insulto más hacia mi esposa y no pienso dejar que los MacLaren tengan la oportunidad de vengarse. Lo haré yo mismo en su lugar.

La amenaza de Clyde hizo que Hamilton renegara entre dientes y amenazara de nuevo a Kenna, cuyo dolor de cabeza apenas la dejaba abrir los ojos.

Fiona rajó la carta del rey y, junto al sello, lo tiró al fuego más cercano.

—¡No! —vociferó el inglés—. Sois todos unos traidores. Os veré arrodillados ante la corona inglesa…

—Quién sabe si en un futuro lo haremos —dijo Magnus—, pero hoy eres tú quien va a acabar con las rodillas en el suelo. Suelta a mi esposa ahora mismo.

—¡Jamás! Prefiero acabar con ella antes que entregártela.

Con saña, Hamilton comenzó a abrir un corte en la base de la garganta de Kenna, que gimió de dolor. Y al ver que Magnus acortaba aún más la distancia, llevó la daga al frente.

—Un paso más, MacLaren, y te faltarán manos para recoger del suelo la sangre de tu querida esposa…

El aludido frenó de golpe y lo miró con auténtico odio.

—¿Hasta cuándo vas a seguir así? —le preguntó el guerrero—. No tienes salida, no tienes impunidad y no tienes hombres que te ayuden. Estás en una tierra que no es la tuya, sin aliados, ni amigos, ni rey. Nadie sabe que estás aquí y nadie va a esperarte en tu tierra. Nadie conocía de tus intenciones y nadie reclamará tu cuerpo en este lugar. Todo el mundo creerá que has muerto en alguna emboscada de regreso a tu hogar. Jamás culparán a los MacLaren, MacGregor y Campbell de tu desgracia.

Los ojos de Hamilton se apagaron poco a poco al darse cuenta de la verdad. Desde un principio, le había comunicado al rey de Escocia que quería visitar a unos conocidos, pero nunca le indicó que iría tras Kenna. Y nadie creería a su prima Eleanor de sus intenciones, pues seguramente ella jamás confesaría la verdad, pues el propio Conrad podría expulsarla de su vida. Estaba solo. Se había quedado solo en una tierra que no era suya y donde solo había hostilidad, un peligro que él mismo había buscado, pero en el que no pensaba quedarse parado.

—Puede que tengas razón, MacLaren —comenzó diciendo antes de pasear su mirada por los allí presentes.

Todo el mundo lo observaba expectante por lo siguiente que iba a decir, así que comenzó a sonreír lentamente. Tenía todo perdido, incluso la vida. Ese era el día de su muerte, por lo que no pensaba irse solo de allí.

—Sí, me he quedado solo. Incluso el idiota de Oliver ha dejado que esta zorra lo mate sin esfuerzo alguno. Pero te equivocas en algo, MacLaren. Os

equivocáis todos. Puede que hoy sea el día de mi muerte, pero no me marcharé solo de aquí.

Con un movimiento rápido, apartó la daga del cuello de Kenna y giró a la joven hacia él. El mareo de Kenna era tan fuerte que apenas pudo ver el brillo de la daga dirigiéndose hacia su corazón. Hamilton describió un arco con el brazo para clavársela a la joven y llevársela con él. Esa había sido su intención desde un principio, y así sería al final. Si no era suya, tampoco lo sería de MacLaren. Le dejaría un agujero en el pecho para siempre, pues estaba dispuesto a romper su corazón.

Kenna apenas fue consciente del grito de terror de Magnus, que se lanzó hacia ella para ponerse en medio y recibir él la puñalada. Sin embargo, una flecha pasó silbando cerca de su cabeza y se clavó directamente en la sien de Hamilton antes de que él llegara. Rápidamente, agarró a Kenna y la apartó del inglés, atrayéndola hacia él y estrechándola por fin entre sus brazos, en un gemido, pues todo su cuerpo protestó por ese movimiento.

Todas las miradas de los allí presentes, incluidas las de Magnus y Kenna, giraron para descubrir de quién procedía aquella flecha. Y en ese instante, con una expresión de satisfacción, Ruby bajó lentamente el arco al tiempo que soltaba el aire contenido de su pecho. Después miró a su hermano Magnus y le sonrió fugazmente.

—No iba a permitir que le hiciera daño… —dijo con simpleza.

Su hermano sonrió ampliamente y estrechó aún más a Kenna. Habían pasado varios días y mucho miedo, pero por fin la tenía de nuevo entre sus brazos y los culpables de todo aquello ya habían muerto, así que no había nadie más que pudiera hacerles daño.

—Gracias, hermana —susurró.

Ruby se encogió de hombros y dejó que Kieran la abrazara también. En la última hora habían pasado de no tener ni una sola pizca de esperanza para sobrevivir a vencer la batalla y haber conseguido que Magnus por fin se reuniera con la mujer a la que amaba.

—No te imaginas las veces que le pedí a las estrellas que me ayudaran para conseguir liberarte —susurró Kenna contra su pecho.

La joven no quería apretarlo demasiado, pues estaba claro que su cuerpo se encontraba demasiado maltrecho por los golpes de los últimos días, pero

lo necesitaba tanto que no quería separarse de él.

Magnus sonrió y apoyó la mejilla contra la cabeza de Kenna, cuya espalda acariciaba lentamente.

—Todas las noches veía tus ojos a través de los barrotes. En cada golpe, en cada insulto, en cada miedo… siempre estabas tú, Kenna. Prefería ser yo quien lo recibiera en tu lugar, pues ese era el mismo destino que habían preparado para ti. Has sido muy valiente al recorrer un país que apenas conocías para buscar ayuda.

Magnus la separó ligeramente de él y la miró a los ojos. Su rostro estaba manchado de sangre y herido, pero seguía siendo tan hermosa que jamás se cansaría de mirarla.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Tenía que salvar al hombre al que amo. Reconozco que tuve mucho miedo y temía no encontrar el castillo MacGregor, pero el recuerdo de verte en sus manos me daba ánimo para seguir adelante.

Magnus sonrió y la besó con cuidado. Tanto uno como otro se encontraban realmente mal por los golpes recibidos y no quería hacerse daño. Tenían ahora toda la vida por delante y podrían hablar de esos días con calma, pero primero tenían que recuperarse.

—Hay que curar esa herida —murmuró Magnus contra sus labios—. ¿Estás bien?

Kenna chasqueó la lengua.

—Muy mareada. Me ha atacado por la espalda y no lo vi venir.

—La traición era algo que lo llevaba en la sangre… —gruñó el guerrero mirando de reojo el cuerpo de Hamilton—. Ya no te hará daño.

Kenna asintió y se apretó contra él.

—Tú también debes curarte. Estás…

—Hecho un asco… —gruñó Magnus haciendo un gesto gracioso—. Me lo dice todo el mundo. No sé cómo tengo el rostro, pero dime que sigo siendo igual de atractivo…

Kenna dejó escapar una risa.

—Al menos no has perdido el sentido del humor.

Magnus frunció el ceño.

—No has respondido… Eso es que he perdido mi encanto.

Kenna negó con la cabeza y lo abrazó.

—Sigues igual de atractivo, varonil y atrayente que siempre… Aunque es cierto que, con esa ropa manchada, despeinado y golpeado das una poca grima.

Magnus dejó escapar una exclamación de indignación que provocó la risa de la joven, aunque rápidamente gimió de dolor, llevándose la mano a la cabeza. El guerrero la estrechó contra él, dispuesto a no soltarla jamás.

—Te amo, Kenna, más de lo que podría haber pensado en un principio. Estoy muy orgulloso de ti y de que seas mi esposa.

—Durante estos días, ¿no te has enfadado conmigo por ser la culpable de esto? Hamilton ha dicho…

—Ha dicho locuras y tonterías, Kenna. Tú jamás has sido la culpable de todo esto. Además, déjame decirte algo. Aunque el destino me volviera a poner un campo de batalla en el camino, elegiría luchar una y mil veces más tan solo para volver a encontrarte. No me importa haber sido golpeado, maltratado e insultado si con ello por fin tengo pleno derecho a ser tu esposo. Elegiría mil veces esa batalla si después el premio es vivir una vida a tu lado, Kenna. No puede haber victoria más dulce para un guerrero que conquistar el corazón de una mujer tan impresionante como tú. Me alegro de que el destino pusiera esta guerra en mi camino porque, gracias a ella, estás a mi lado.

Los ojos de Kenna se llenaron de lágrimas.

—Nunca creí que pudiera encontrar a alguien que lograra amarme de esa forma y me aceptara a pesar de todo.

Magnus sonrió y la besó tiernamente.

—Bueno, tienes un carácter de mil demonios, pero lo acepto.

Kenna lo miró, indignada.

—El tuyo tampoco es mejor.

—¿Perdona? Mi humor es excepcional. No lo he perdido durante estos días… Y te aseguro que he tenido momentos en los que quería dejarme morir.

Kenna le acarició el rostro con cuidado. Estaba tan magullado, golpeado y con heridas aún abiertas que no pudo evitar preguntarse si había algún lugar en su cuerpo que no tuviera moratones.

—Me alegro entonces de que no lo hayas perdido.

Magnus sonrió de lado.

—Entonces, reconoces que mi carácter es mejor que el tuyo.

Kenna resopló.

—Ni muerta…

Magnus lanzó una carcajada y la atrajo hacia su pecho a pesar de la negativa de la joven. No iba a soltarla jamás. Ambos habían estado a punto de morir y aún sentía el miedo en la sangre. Sabía que iba a necesitar de mucho tiempo para sanar todas las heridas de esa guerra, no solo las que se veían, sino también las que estaban escondidas bajo la piel, pero estaba seguro de que, a su lado, podría hacerlo.

Cerca de ellos, y mientras todo el mundo se felicitaba por ser vencedor en la batalla, Clyde se acercó a Fiona con una sonrisa.

—He de reconocer que he sentido un orgullo inmenso al ver cómo sacabas esa carta y el sello del bolso.

Fiona llevó sus manos al cuello del guerrero y lo besó lentamente.

—Gracias, Campbell, pero yo he de reconocer también que he pasado más miedo que nunca. Pensé que nadie iba a entender tu plan e iban a matarte por traidor.

Clyde sonrió y se encogió de hombros.

—Lo he intentado hacer lo mejor que he podido. Si me hubieran matado, habría sido por intentar salvar a un amigo de una muerte que no merecía.

Fiona rodó los ojos.

—Pero entonces tu muerte tampoco habría sido merecida. Cuando te han insultado… de verdad que he tenido que contenerme para no gritar que todo formaba parte de un plan.

Clyde suspiró y puso las manos en su cintura, acariciándola.

—Tendré que dar ahora muchas explicaciones, y si aún me quieren

considerar un traidor, lo aceptaré. Es una palabra que siempre ha pendido sobre mi cabeza por culpa de mi padre.

—Pero esta vez nos ha ayudado —reconoció Fiona.

Clyde asintió.

—Sí. Creo que jamás pensé dar gracias a esa etiqueta que le pusieron a mi padre.

—Lo importante ahora es que todo ha salido bien y MacLaren podrá vivir en paz con su esposa.

—Exacto. Vayamos dentro… Tenemos que preparar muchas habitaciones para los MacGregor. No se irán hasta escuchar todo lo que tenemos que contarles…

Fiona asintió y, de la mano, lo siguió, alejándose del resto del grupo.

Bonnie apoyó la cabeza en el hombro de Logan, aunque cuando lo escuchó gruñir de dolor se apartó. No obstante, el guerrero no quiso que lo hiciera y la obligó a mantener la postura.

—Te haré daño.

Logan puso los ojos en blanco.

—No me haces nada. Solo han sido unos pequeños golpes.

—¿Pequeños golpes? —exclamó la joven—. ¿Te has visto en un espejo? Está claro que no, Logan. Tienes el rostro morado. Y no me quiero imaginar el resto del cuerpo.

El guerrero inspiró su aroma con fuerza y cerró los ojos un instante.

—Te aseguro que MacLaren está peor. Lo importante es que todos estamos bien, con más heridas o con menos, pero todos vivos.

Bonnie se apartó entonces de él y lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué me has sonreído antes cuando te miré para despedirme?

Logan rio.

—Porque conocía lo que pretendía hacer Campbell.

Bonnie le dio un pequeño manotazo en el brazo, indignada.

—¿Y por qué demonios no me has dicho nada? Pensaba que nos iban a

matar a todos y jamás podríamos verle la cara a nuestro hijo.

Logan se carcajeó.

—¿Y qué querías que hiciera? Tal vez debería haber levantado el brazo y haberte gritado: "Tranquila, Bonnie, no temas, que todo esto forma parte de un plan de Campbell para engañar a los ingleses y hacerles creer que está de su parte. ¡Espero que ellos estén sordos y no escuchen lo que acabo de decirte!". ¿Preferías eso?

Bonnie dejó escapar un reniego.

—¡Eso no! Pero algo que me indicara que no íbamos a morir.

Logan arqueó una ceja.

—Por eso te he sonreído.

—Pensaba que era para despedirte —renegó la joven levantando los brazos y gesticulando con ellos—. Eres enigmático hasta para morir, por Dios, Logan.

El guerrero dejó escapar una risa.

—Has pasado miedo…

—No —negó la joven intentando apartar las lágrimas de sus ojos.

Las manos de Logan aferraron de nuevo su cintura y la atrajo hacia él con suavidad.

—No era una pregunta —le dijo con amabilidad—. Yo también lo he pasado por ti.

El guerrero depositó un beso en la punta de su nariz.

—Y por nuestro bebé.

Bonnie derramó unas lágrimas antes de limpiar su rostro con rabia, haciendo reír a Logan.

—No me vuelvas a hacer esto, MacGregor. Jamás. No sabía si al llegar aquí te encontraría muerto.

El guerrero suspiró y sonrió, apoyando la barbilla sobre su cabeza.

—Pero ya ha pasado y se ha solucionado todo.

Rápidamente, Bonnie se separó de él y lo miró a los ojos. De repente, estos habían cambiado, mostrando una rabia renaciente que aún no había

desaparecido.

—Hay algo que todavía no se ha solucionado —dijo la joven.

Al saber a qué se refería, Logan abrió mucho los ojos y comenzó a negar con la cabeza.

—No… Bonnie, no te metas en más problemas.

—No es meterse en problemas, es darle a cada uno lo que merece.

Y sin añadir nada más, la joven se apartó de él y caminó hacia el interior del castillo. vio que Clyde y su esposa estaban a punto de llegar a la puerta de entrada a la fortaleza, así que apretó el paso y casi voló hacia ellos. En ese momento, lo odiaba más que nunca, incluso aún más que el año anterior cuando pensaba que su padre fue culpable de la muerte de su madre y casi de la suya propia.

Sus ojos se posaron sobre la espalda de Clyde. Toda la rabia, el terror y el sentimiento de traición que la habían acompañado en las últimas horas lo lanzó al vuelo y le dio de lleno al laird Campbell, pues se giró con la sensación de que algo le había tocado la espalda justo cuando estaba a punto de subir los escalones para entrar al castillo.

Sus ojos azules se posaron sobre Bonnie, que se acercaba a él demasiado deprisa. Y la joven, sin miramientos y sin decir absolutamente nada, le propinó un puñetazo con todas sus fuerzas, tantas que incluso ella misma trastabilló y estuvo a punto de caer de boca contra el suelo. No obstante, logró mantener el equilibro y sonrió al escuchar el gruñido de dolor de Clyde cuando este se vio impulsado hacia atrás.

La propia esposa del guerrero dejó escapar una exclamación de sorpresa, pero se quedó callada mirándola. Bonnie también la miró, enrabietada, pero no le dijo nada. Tampoco a Clyde cuando la miró con la mano aún en la mejilla por la fuerza del golpe, sino que se limitó a darse la vuelta en silencio y regresar junto a Logan, quien la recibió entre sus brazos y una sonrisa irónica dirigida al propio Clyde, que renegó entre dientes.

—Había olvidado lo bien que golpea MacDonald, maldita sea —refunfuñó Clyde antes de retomar su camino hacia el interior del castillo sin dejar de mirar a su espalda y renegando nuevamente al ver la sonrisa que le dedicaba Logan desde la distancia.

Sin embargo, alguien entró en su campo de visión, acercándose también

deprisa hacia él. Enseguida, Clyde se giró y levantó las manos en señal de paz, pues aún le latía la mejilla tras el golpe de Bonnie. Kieran MacGregor acortó la distancia con él con el ceño fruncido y los puños apretados.

—Tu cuñada ya ha estado a punto de partirme la cara, así que no lo intentes tú también, por favor. Ya he tenido suficiente por hoy.

El laird MacGregor paró justo a un metro de él con la mirada negra más penetrante que nunca.

—Creo que nos debes una explicación a todos en lugar de huir como un cobarde. ¿No crees?

Clyde arqueó una ceja, sorprendido.

—No huyo como un maldito cobarde. Si voy dentro es para pedir que os preparen habitaciones para descansar, MacGregor.

—¿Ahora vas de buen anfitrión?

Clyde frunció el ceño, pero fue Fiona quien respondió.

—Siempre lo ha sido, solo que ha preferido fingir que no lo era.

Kieran abrió la boca para espetarle algo, pero se contuvo al ver la expresión enfurecida de Clyde. La tensión en el ambiente tan solo había bajado ligeramente tras la muerte de Hamilton y sus hombres, pero el laird Campbell no deseaba que fuera en aumento.

—Tan solo he pensado que es mejor que descanséis, os deis un baño y comáis algo. Mañana, con la mente más despejada y el castillo libre de cadáveres, os explicaré todo, MacGregor. Pero, por si no te has fijado, la cara de tu hermano está llena de moratones, y mejor no hablar de la de MacLaren. Necesitan descansar. Mañana, si queréis golpearme como Bonnie ha hecho hace un momento, recibiré todo con gusto. Y, tranquilo, MacGregor, no me voy a escapar de mi propio castillo.

—Más te vale que nos cuentes todo.

El laird Campbell gruñó.

—Si quieres, te lo puedo repetir en gaélico, por si no me has entendido.

Ambos lairds se sostuvieron la mirada durante unos segundos en completo silencio, hasta que el propio Kieran asintió seriamente y se alejó de regreso con los demás.

Clyde se mantuvo quieto durante un tiempo más, dirigiendo su mirada hacia el resto de personas allí presentes. Jamás imaginó que la palabra “traidor” pesara tanto como había pensado con anterioridad. Antes de todo aquello, no le habría importado que lo llamaran así, pero después de ver sus miradas... Todo había cambiado, aunque el dolor de su pecho seguía intacto.

Solo cuando Fiona puso una mano en su hombro pudo reaccionar. El guerrero suspiró y vio que su esposa le hacía un gesto con la cabeza para que entrara con ella. Con rostro preocupado y derrotado, Clyde la siguió, pero sabía que aquella guerra aún no había acabado.

CAPÍTULO 28

A pesar de que estaba realmente cansada y deseaba quedarse junto a Logan en la cama, Bonnie no podía dormir. Aún sentía auténtico fuego en la sangre mientras observaba el exterior totalmente oscuro. Hacía más de dos horas que había llegado la noche y se habían refugiado en la habitación que Clyde había ordenado preparar para ellos. Y a pesar de la increíble cena que también habían dispuesto para llenar sus estómagos y poder intentar olvidar momentáneamente lo que había sucedido en ese día, Bonnie tenía la impresión de que, en ese instante, era capaz de correr sin rumbo alguno durante el resto de la noche.

Se tocaba distraídamente el vientre mientras observaba la noche. Durante todo el día, no se había separado de Logan, que necesitaría varios días para recuperarse de los golpes, pero al menos estaba vivo. Todos estaban vivos, y aún no había podido volver a mirar a la cara a Clyde. Durante la cena, este había expresado que quería hablar con ellos a la mañana siguiente para explicarles todo. Y a pesar de las protestas iniciales, el propio Magnus le habían tendido una mano para apoyarlo.

Solo eso hizo que todos los demás aceptaran, pero ella aún estaba iracunda. Bonnie se llevó las manos al rostro y se frotó los ojos lentamente. Sabía que debía volver a la cama, pero ni siquiera se había quitado la ropa limpia que se había puesto tras el baño reparador. Por ello, la joven miró una vez más a Logan y, tras meditarlo, decidió salir del dormitorio para tomar el aire.

Sabía que había unas escaleras que la llevarían a lo alto de la torre. Quería sentir sobre su rostro la ferocidad del viento que soplaba esa noche. No llovía, así que ni siquiera cogió la capa para protegerse. Quería despejar su cabeza e intentar reflexionar sobre lo que había sucedido para así calmar su rabia.

Todo el castillo estaba en completo silencio, por lo que intentó caminar sin hacer ruido, aunque en ese instante poco le importaba si la descubrían vagando por los pasillos. Odiaba tanto a Clyde que habría sido capaz de quemarle el castillo tan solo para hacerle pagar por la pantomima que había inventado para, supuestamente, salvar a Magnus.

Bonnie subió las escaleras de la torre y salió al exterior. Cuando el viento

le dio de lleno en el rostro, inspiró con fuerza y lo soltó de golpe. Tenía una maraña extraña en su estómago y no sabía cómo deshacerse de ella. Caminó hacia el borde de la torre y desde ahí oteó el horizonte, aunque apenas pudo ver nada con la oscuridad.

Se mantuvo quieta y en silencio durante unos minutos, sintiendo el viento contra su rostro y el frío en las capas más profundas de su piel. Poco a poco, sintió que su rabia bajaba y de dijo que no podía seguir así, ya que podría hacer daño a su bebé. Pero a pesar de haber comenzado a sentirse mejor, una voz a su espalda hizo que volviera a exaltarse.

—Espero que no estés pensando en saltar de la torre para que me echen la culpa de ello…

Bonnie giró la cabeza y, a pesar de la oscuridad, vio claramente a Clyde. Sus ojos azules parecían brillar en la noche y la observaba con una mezcla de timidez y amabilidad que jamás había visto en él. Llevaba las manos atrás y evitaba acercarse a ella. De hecho, fue Bonnie la que rompió la distancia y caminó hacia él.

—¿Vas a golpearme otra vez? —le preguntó el guerrero, provocando que los pies de la joven se detuvieran.

—No pensaba hacerlo —dijo entre dientes.

—Me alegra saberlo.

Ambos midieron fuerzas con la mirada, hasta que el propio Clyde suspiró y miró al suelo.

—¿Por qué demonios has hecho todo esto?

—Mañana por la mañana contaré todo.

Bonnie resopló.

—No me jodas, Campbell. Yo no soy como los demás. O al menos eso creía que era para ti, una amiga.

—¿Ahora vuelves a ser mi amiga?

Bonnie tragó saliva y dio un paso atrás.

—No lo sé.

Clyde la miró y respiró hondo.

—Solo quería salvar a MacLaren. Aunque ahora mismo no quieras

creerlo, jamás he pretendido haceros daño.

Bonnie arqueó una ceja.

—Curiosa forma de mostrarlo. A Logan le han tenido que curar heridas y moratones de todo el cuerpo.

Clyde asintió.

—Lo sé. Y no te imaginas lo que me duele.

—Le ha dolido más a él —lo cortó—. Te lo aseguro.

El guerrero dio un paso hacia ella, pero la joven dio uno atrás, por lo que se quedó en parado en el sitio.

—Lo siento, Bonnie —dijo con la voz ligeramente rota—. Nunca he estado de parte de los ingleses. Tan solo pensé que la mejor manera de salvar a MacLaren era tenerlo cerca. Si no les hubiera abierto mis puertas, lo habrían matado en medio del bosque o tal vez en otro clan enemigo. Fingí que éramos aliados durante todos estos días, pero fue muy duro callarme cuando nos insultaban en la cara. Le pedí a Magnus que aguantara, que solo era cuestión de tiempo que llegarais. Incluso le ordené a varios de mis hombres que extendieran el rumor de que teníamos a Magnus en el castillo para que esa información llegara a vuestros oídos. En ese momento, no me importó que me pudierais considerar un traidor, pero…

Clyde tragó saliva.

—Pero al ver la forma en la que me mirabais después de la batalla y cómo me tratasteis antes de que esta empezara me hizo plantearme la cuestión de si había hecho bien en ayudar a MacLaren. Urdí el plan en un par de horas y no sabía si iba a salir bien. Temí por mi gente, por mi esposa y por todos los míos. Mi reputación me importa una mierda, Bonnie. Nunca has dejado de ser una amiga para mí. Lamento haber hecho todo esto y que pensaras que te había traicionado.

Bonnie lo miró a los ojos y, durante un segundo, descubrió que estos tenían lágrimas no derramadas. El sufrimiento en ellos era más que evidente, y eso provocó que algo en su pecho se rompiera de golpe.

—Una maldita pantomima, Clyde. ¿Todo esto por una maldita actuación?

El aludido asintió de forma imperceptible.

—Lo fue desde que recibí su carta.

Los ojos de Bonnie se llenaron también de lágrimas y acortó la distancia con él con los puños tan apretados que el propio guerrero se preparó para recibir otro golpe por su parte. Sin embargo, ese golpe jamás llegó a su rostro, aunque sí a su pecho.

—Un puto teatro, Campbell —Bonnie lo empujó—. Todo un teatro.

Clyde dejó que lo golpeara mientras derramaba lágrimas, hasta que finalmente se derrumbó por completo y lo aferró de la camisa para esconder el rostro en su pecho.

—Pensaba que había perdido a un amigo.

Clyde tragó saliva para esconder las lágrimas. Terminó abrazándola.

—Este amigo sigue siendo el mismo de siempre.

—El mismo no. También te has casado y no has dicho nada.

Clyde dejó escapar una risa.

—Me temo que tengo que explicarte muchas cosas… si me perdonas…

Bonnie se apartó de él y lo miró a los ojos.

—No sé si golpearte de nuevo por lo que nos has hecho creer o darte un abrazo por la genialidad de plan que urdiste para salvar a Magnus.

Clyde le sonrió.

—Sinceramente, prefiero lo segundo.

Bonnie lo miró un instante, hasta que acabó suspirando y abrazándolo.

—Lo siento, Bonnie, de verdad —dijo contra su oído.

—Espero que mañana no te dejes ni un solo detalle de estos días.

—Contaré todo.

La joven se separó de él.

—Y quiero que me presentes a tu esposa. No le he dado muy buena impresión esta mañana…

Clyde dejó escapar una carcajada.

—Os llevaréis bien entre vosotras. Me temo que conspiraréis contra mí en más de una ocasión.

Bonnie sonrió pícaramente.

—No te quepa duda.

Ambos rieron y Clyde señaló las escaleras de bajada.

—Creo que es mejor que nos vayamos a descansar. Si MacGregor se despierta y se entera de que has estado conmigo a solas, es capaz de cortarme… bueno, ya sabes.

Bonnie lo miró de soslayo con media sonrisa dibujada en los labios.

—Ahora que lo dices, tal vez debería dejar que Logan lo haga por todo lo que me has hecho pasar.

Clyde arqueó una ceja.

—Eres una de las pocas amigas que tengo y, teniendo en cuenta que me he jugado el cuello por salvar a MacLaren y tu querido esposo, ¿de verdad harías eso?

Bonnie fingió sopesarlo.

—Tal vez… Aún tengo mucha rabia en mi interior que no he sacado.

—Entonces, guárdala para MacGregor. Cuando se recupere, podrás amargarle la vida, pero no la pagues conmigo.

Bonnie sonrió y acabó negando con la cabeza.

—Al final, has tenido suerte… Habría reducido tu castillo a cenizas.

Clyde asintió brevemente.

—Lo sé.

Kenna se encontraba apoyada en la chimenea, disfrutando del calor del fuego. No podía dormir a pesar del cansancio que sentía. No podía creer que ya había terminado aquel infierno en el que se había convertido su vida desde que se había casado con Magnus. Hamilton y Oliver estaban muertos y nadie podría culparlos de que los habían matado, así que todo había acabado bien. Sin embargo, aún quedaba el hecho de salvar a su padre de las garras de Eleanor, contra quien enviarían a un grupo de guerreros para alejarla de Conrad Ferguson.

Kenna cerró los ojos un instante, disfrutando de ese silencio y el bienestar que podía palparse en ese castillo después de todo. Aún no había podido mirar a la cara a Clyde Campbell, pues, como los demás, deseaba conocer

su versión de toda esa historia, pues no podía creer que hubiera dejado que golpearan a Magnus a pesar de que formaba parte del plan y Campbell le había pedido que aguantara. Simplemente, no podía creer a su esposo y darle la razón. No cabía en su cabeza que un verdadero amigo dejara que lo golpearan. No podía ser…

La joven suspiró y se giró hacia la cama. Al instante, se quedó petrificada al sentir sobre ella la penetrante mirada esmeralda de Magnus. Había pensado que se encontraba descansando cuando se levantó de la cama al no poder dormir. Y ahora que lo veía despierto a medianoche solo pudo sonreír con autenticidad.

—Si esto es un sueño, no quiero despertarme —murmuró Magnus.

Kenna dejó escapar una risa y se acercó lentamente a la cama sin apartar la mirada de él. No podía evitar sentirse culpable por la enorme cantidad de heridas y golpes que había recibido por ella. Después de la batalla, una de las curanderas del castillo se había dedicado en cuerpo y alma a curarlo, logrando hacer que muchos de los golpes aún hinchados, disminuyeran. Y ahora el guerrero volvía a parecer él.

—Bueno, reconoce que el sueño podría ser mejor…

Magnus sonrió y se incorporó en la cama. Intentó hacerlo despacio para evitar dolor, sin embargo, tenía tantos moratones que fue imposible moverse sin dibujar un gesto de dolor en sus facciones.

—Eso es cierto, pero al menos ahora estás conmigo.

Kenna se sentó a su lado y se cubrió con las sábanas. Lo siguió mirando y sonrió ampliamente.

—No me puedo creer que todo esto haya llegado a su fin, Magnus.

—Yo tampoco. Han sido los días más largos de toda mi vida. Jamás pensé que un día pudiera durar tanto cuando lo estás pasando tan mal. Pero ha merecido la pena esperar a que llegarais.

Kenna alargó una mano y lo acarició con suavidad, intentando no hacerle daño.

—Cuando hemos llegado y te he visto a punto de ser ahorcado… Creo que no tengo palabras para expresar lo mal que me he sentido en ese momento. Querría haber corrido hacia ti y haber matado a todo el que se

pusiera por delante, pero temía hacer un movimiento en falso y que Hamilton te matara.

La mano de Magnus se elevó y tomó la de la joven entre sus dedos. Depositó un beso en su palma y le sonrió.

—El momento en el que más miedo he pasado yo ha sido cuando te he visto acercarte a él para cambiarte por mí. Ni aun sabiendo que Campbell atacaría a los ingleses he podido evitar enloquecer. Y después, en sus manos… Pensaba que iba a perderte después de todo.

—Pero no quería que te hiciera daño.

—No me habría importado morir si me quedaba la seguridad de que tú estarías lejos de él.

Kenna negó con la cabeza.

—Me temo que preocupándonos el uno por el otro podemos hacer locuras.

Magnus sonrió.

—Creo que sí, pero no quiero que esta vuelva a suceder. Han sido muchos días lejos de ti.

El guerrero dejó escapar una risa irónica.

—Cuando el rey nos obligó a casarnos, lo único que deseaba era perderte de vista —La joven arqueó una ceja—. Realmente, me había fijado en ti desde aquel día en el bosque, pero esa maniobra tuya me enfureció. Y al final no quería separarme de ti. Has logrado conquistarme con tu carácter extraño. Había momentos en los que eras la furia personificada; después, una persona amable; luego, imprudente y atrevida; insultabas a cualquiera en su cara y después te reías. Me sorprendió ver que una mujer podía ser realmente parecida a mí. Y me conquistó. No quise perderte.

Kenna le devolvió la sonrisa y acarició su mano distraídamente con el pulgar.

—Yo debo reconocer que también exaltaste mi corazón aquel día en el bosque. Cuando me bajaste el pañuelo y me sonreíste antes de besarme, descubrí a un hombre osado al que no le importaban las formas. Llevaba tanto tiempo en Inglaterra y todo era tan cuidado y perfecto a mi alrededor que ver que había alguien salvaje cerca de mí, que no se preocupó por ser

prudente y correcto, hizo que mi corazón saltara por los aires, y la única forma que encontré para que no te dieras cuenta de que me habías causado impresión fue dejar libre mi furia.

Magnus rio suavemente.

—Nunca pensé que enamorarse de alguien fuera tan complicado y tan fácil al mismo tiempo, Kenna. Siempre creí que había que ir poco a poco, conocerse a fondo, tener un tiempo para abrirse. Pero esto… fue tan repentino y tan fuerte que cuando me di cuenta ya estaba enamorado y no podía dar un paso atrás.

La joven sonrió y se acercó para besarlo.

—Tienes razón. ¿Crees que es normal sentir algo así tan fuerte en tan poco tiempo?

—Si mi hermana fue capaz de enamorarse de mi cuñado a pesar del odio que sentían, creo en cualquier cosa… —bromeó Magnus—. Si ellos se enamoraron, cualquiera puede hacerlo.

Kenna bajó la mirada.

—No sé si le caigo bien a tu hermana. Llegué tan de repente al castillo y me sentía tan culpable que creo que no me aceptó al principio. Puede que ahora sí, o al menos finge muy bien.

Magnus lanzó una carcajada.

—Si no le cayeras bien a mi hermana, habría dejado que Hamilton te apuñalara. Pero sabe que eres importante para mí y también habrá descubierto que lo soy para ti. Es muy protectora porque siempre me vio sufrir respecto a lo que pasaba con mi padre. Y no quería que nadie más me hiciera daño. No se lo tengas en cuenta. Además, hace poco tuvo un bebé y con los embarazos se ha puesto insoportable…

La joven rio y dejó caer la cabeza sobre su hombro.

—¿Y ahora qué? Ya ha terminado todo esto… ¿Qué haremos?

—Bueno, creo que todos estáis esperando la explicación de Campbell, así que la escucharemos y después nos marcharemos. Pasaremos primero por el castillo MacGregor, que está de paso. Y después, iremos a nuestro hogar.

Kenna levantó la mirada para mirarlo a los ojos.

—Nuestro hogar… —murmuró.

El guerrero asintió.

—Tuyo y mío. ¿O no deseas venir conmigo?

Kenna fingió golpearlo.

—¿Tú qué crees? Aunque tengo que reconocer algo primero…

Magnus arqueó una ceja.

—Bueno, durante estos días he tenido un pensamiento recurrente.

—No sé si me da miedo…

Kenna apartó la vista y la dirigió hacia sus manos.

—Mientras cabalgaba hacia el castillo MacGregor no dejaba de pensar que lo mejor era salvarte y después regresar a Inglaterra o marcharme yo sola a algún lugar.

—¿Y por qué querrías eso?

—No es que lo quisiera, sino que me daba auténtica vergüenza pensar que te habían hecho prisionero por mi culpa y que yo había huido sin enfrentarme a ellos. Me sentía tan cobarde que pensaba que lo mejor era seguir mi vida después de salvarte.

Magnus puso los ojos en blanco.

—¿Tú crees que yo, en algún momento, he pensado que eras una cobarde?

La joven se encogió de hombros, haciéndolo reír.

—No te has criado en las Highlands; no las conoces y, aun así, recorriste mucha distancia hasta llegar a un castillo donde tampoco te conocían. Pediste ayuda y estoy seguro de que te habrías arrodillado si hubiera hecho falta. Eso no es de ser una cobarde, Kenna. Al contrario, eres la mujer más valiente que he conocido. Cualquier otra se habría sentido abrumada por un camino desconocido y unas personas a las que tampoco conocía. A pesar de todo, cabalgaste sin descanso para venir a rescatarme. Y después de todo eso, ¿piensas abandonarme? Eso sí es cobarde, señora MacLaren.

Kenna sonrió tímidamente.

—Es que pensaba que ni siquiera tú querrías tenerme a tu lado.

—Eres la mujer más especial que he conocido. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Debería ser al contrario, ¿eh? Soy yo quien está convaleciente y quien necesita mimos, así que espero que ahora tú me digas lo maravilloso y espectacular que soy… Vamos, aumenta mi ego, por favor…

Kenna dejó escapar una risa.

—Eres incorregible, orgulloso y… el hombre más maravilloso, divertido e impresionante que he conocido jamás.

Magnus le guiñó un ojo y movió la mano.

—Venga, más… dime más cosas, que ahora me siento mejor…

La joven rio y se dejó caer contra la sábana.

—No, estoy cansada.

—¡Ey, no es justo, esposa!

La joven se arropó, dejando tan solo sus ojos libres y lo miró de forma divertida.

—Esto me lo pienso cobrar en cuanto me recupere, Kenna.

—Pues acuéstate y descansa. Estoy deseando pagarlo…

Magnus sonrió pícaramente y se agachó ligeramente para depositar un beso sobre su cabeza. La joven lo miró mientras se tumbaba a su lado con un gesto de dolor. Lo ayudó a arroparse y ambos se dedicaron una mirada.

—Jamás pensé que el amor pudiera ser tan bonito y hubiera alguien especial para mí —dijo la joven.

Magnus sonrió y se acercó ligeramente a ella con una sonrisa en los labios.

—Si el propio Campbell se ha enamorado, creo que cualquiera puede hacerlo, pero no se lo digas o finalmente nos declarará la guerra.

Kenna rio y lo abrazó bajo las sábanas.

—Gracias, Magnus.

—¿Por qué?

—Porque, a pesar de todo, no has perdido ese carácter tuyo tan bonito. Sigues siendo el mismo. Cualquier otra persona habría cambiado después de todo lo que has vivido estos días.

Magnus se encogió de hombros.

—Bueno, aunque solo lo diré una vez, he llegado a pasar miedo de verdad. Pero cuando Campbell bajó a las mazmorras para hablar conmigo, todo ese miedo desapareció. Sabía que era un buen hombre y que haría lo que fuera para que todo saliera bien. Es un hombre muy perfeccionista. Tal vez demasiado, pero eso le ha valido para engañar por completo a Hamilton.

—No sé si todo el mundo pensará lo mismo que tú, Magnus. Bonnie enloqueció al enterarse de que Campbell os había traicionado. Creo que necesitará mucho tiempo para poder perdonarlo.

—Lo sé. Incluso el propio Kieran estaba petrificado ante todo esto. Creo que lo ha sobrepasado todo este engaño. Y eso que no es un hombre que se sorprenda fácilmente. Pero creo que Clyde lo ha logrado.

—Lo ha conseguido con todos nosotros. Supongo que le debemos una disculpa por todos los insultos, incluidos los míos.

Magnus se carcajeó.

—Creo que está acostumbrado a ellos. No es muy amistoso con nadie, pero mañana lo veremos.

—¿Esa frase es una indirecta para que descansemos?

El guerrero la atrajo hacia sí al tiempo que cerraba los ojos.

—Me alegro de que la hayas entendido…

Kenna rio y se arrebujó contra él. Quería sentir eso el resto de su vida y dejó que el destino decidiera por ellos una vez más, pues, hasta ahora, había acertado de pleno.

CAPÍTULO 29

La mañana siguiente llegó antes de lo que muchos habrían deseado, como el propio Clyde Campbell, que se levantó desganado, pero había llegado el momento de contar toda la verdad a los demás.

Por su parte, Kenna y Magnus hicieron lo mismo. Se vistieron a conciencia y se prepararon para escuchar todo en el gran salón.

En el pasillo, se encontraron con el resto de MacGregor y, juntos, bajaron hacia el lugar donde Campbell ya los esperaba con parte de sus hombres.

—¿Tanto miedo tienes de los MacGregor que necesitas a tus hombres como escudo? —no pudo evitar burlarse Magnus.

Clyde arqueó una ceja al verlo llegar aún cojeando ligeramente. Su aspecto había mejorado mucho en tan solo una noche gracias a las cataplasmas de una de sus curanderas, por lo que se alegró al verlo mucho mejor.

—Si tan solo tuviera un mínimo de miedo hacia vosotros, os habría atacado mientras dormíais…

—Muy valiente por tu parte, Campbell —renegó Kieran entre dientes sentándose cerca de él.

Clyde resopló y esperó a que todos estuvieran en sus asientos.

—¿Podemos dejar el odio a un lado? Al menos por un rato… —les pidió.

Kieran levantó la mirada hacia él y arqueó una ceja.

—¿Lo dices por mí?

—Lo digo por todos —lo cortó rápidamente—. Ya sé que no estáis muy contentos con mi proceder, pero estamos hoy aquí para escuchar mi verdad.

—No muy contentos, la verdad. Mi hermano y mi cuñado han estado a punto de morir —intervino Ruby.

Clyde respiró hondo y miró de reojo a Rob, que estaba a su izquierda. Su segundo al mando sonrió y dio una palmada.

—Está claro que el ánimo no es el mejor esta mañana. ¿Ni siquiera os vale estar vivos hoy?

—En cuestión de dos días nos hemos encontrado con que tu señor nos había traicionado y luego después no… —se quejó Ruby—. Creo que es normal tener los nervios de punta…

—Sí, pero si me dejarais empezar, os contaría todo.

Magnus se levantó de su asiento. Estaba justo al lado de Kenna. A su otro lado se encontraba Logan, que carraspeó, incómodo por la situación.

—Ni siquiera nos hemos dado los buenos días y ya estamos a punto de tirarnos los platos a la cabeza —comenzó diciendo—. Creo que es de recibo que escuchéis a Campbell. Yo soy el que peor ha salido parado y entiendo su postura y su decisión. ¿Tanto os cuesta a los demás? Yo creo que ha sido un plan extraordinario, perfectamente ejecutado y cuyo resultado ha sido favorable para nosotros…

Clyde esbozó una sonrisa, al igual que Fiona, que asintió a modo de agradecimiento. En ese instante, su esposo la miró, ligeramente nervioso.

—Creo que lo primero que debo contaros no tiene nada que ver con Hamilton o los ingleses, sino con mi propia vida. Como ya habéis visto y más de uno me lo ha echado en cara, me he casado y no os he dicho nada.

—Todos sabemos que no querías que nos burláramos de ti, Campbell —lo cortó Magnus.

Fiona sonrió.

—Antes de que os lo preguntéis, no quise casarme con él —siguió la broma.

Clyde rodó los ojos y Rob rio a su lado.

—Nada está saliendo como pensabas, ¿eh? —le preguntó su segundo al mando.

El laird lo miró y negó.

—En mi cabeza lo imaginaba diferente.

Rob rio y asintió.

—Yo tampoco quería casarme. De hecho, ni siquiera me iba a desposar con Fiona, sino con su hermana. Bueno, prima. Es algo muy largo de explicar.

La propia Fiona rio ante el nerviosismo de su esposo.

—Me prometieron a ella con quince años, pero siempre esperé que muriera en algún momento. El caso es que su prima desapareció y su tío decidió casarme con Fiona. Por ese motivo, nunca os dije nada. Cuando me conocisteis el año pasado, ya estaba prometido desde hacía tiempo, pero nunca me gustó pensar en eso.

—Qué feo por tu parte que no nos invitaras a una celebración después de esa boda… —lo cortó Magnus.

—Esa boda pasó hace poco tiempo, y te aseguro que las cosas en el clan no han estado demasiado bien como para celebrar nada… De hecho, la carta de Hamilton me llegó cuando sí celebrábamos que me había recuperado. Estuve a punto de morir, así que no me echéis en cara que no os he contado nada de mi boda, porque vosotros tampoco habéis preguntado por mi estado…

Bonnie sonrió desde su asiento.

—Muy mal debiste de estar para quedarte en cama…

—Mucho —respondió Clyde—. Pero no estamos aquí para hablar de eso. Solo quería presentaros a Fiona como mi esposa y pediros disculpas por la precipitada boda a la que no os invité.

—Estás perdonado por esa cuestión —respondió Bonnie con una sonrisa —. Lo otro… aún sigue en duda.

Clyde resopló y respiró hondo para mantener la calma.

—Como os digo, la carta de Hamilton me llegó en medio de esa celebración. Nos indicaba que al día siguiente estaría en nuestras puertas, así que tuvimos que pensar algo rápidamente. Conocía a MacLaren y quería ayudarlo. En ese momento, solo se me ocurrió una cosa, y era fingir que ayudábamos a Hamilton, pues si les hubiéramos cerrado las puertas, lo habrían matado sin una sola oportunidad y también nos hubieran declarado la guerra.

—Como podéis imaginar —siguió Rob—. Lo más lógico para proteger nuestro clan y al propio MacLaren fue engañarlos y hacerles creer que estábamos de su parte.

—¿Y por qué nos hicisteis creer lo contrario? —preguntó Ruby.

—Porque no sabíamos cómo haceros llegar una carta sin que se dieran

cuenta. Lo que sí hicimos fue correr el rumor de lo que estaba pasando para que llegara a vuestros oídos cuando os acercarais. Solo podíamos fingir. Un día, bajé a las mazmorras y le conté todo a MacLaren. Le pedí que aguantara y fingiera delante del inglés.

—Pero ¿cómo pudisteis fingir con Hamilton? —preguntó Kenna—. Era muy perspicaz…

—Todo el mundo estaba al tanto de nuestro plan. Cada guerrero, cada sirviente y cada persona que habitaba el castillo sabía qué tenía que hacer mientras ellos estuvieran aquí. Gracias a que llegaron al día siguiente del envío de la carta, pudimos trazar el plan y hablar con todo el mundo. Incluso pensamos en la posibilidad de acabar con ellos cuando estuvieran dentro, pero temíamos que alguno escapara y contara la verdad al rey. Solo entonces, nuestro clan estaría perdido.

—Y fue realmente difícil —lo secundó Fiona— porque el inglés no dejaba de insultar a todos los escoceses. Teníamos que sonreír y fingir que no habíamos escuchado nada. Eso sin contar con la rabia que nos generaba esa provocación porque a veces pensábamos que lo hacía a propósito para comprobar si estábamos de su lado o no. Fue demasiado frustrante todo el tiempo.

—Con lo que no contábamos era con la llegada de MacGregor —terció Rob al otro lado de Clyde.

Logan levantó una copa y sonrió.

—Me gusta sorprender… —fue su respuesta.

—Y tanto que nos sorprendiste. Estuviste a punto de echar a perder el plan. Creíamos que iban a mataros enseguida por temor a la llegada del resto de MacGregor, pero reconozco que tu presencia ayudó a que Hamilton nos diera tiempo, aunque también seguridad, pues sabíamos que se acercaba un buen contingente de guerreros para ayudarnos.

—Pues reconozco que hubo un momento que pensé que nos iban a ahorcar de verdad —dijo Magnus con una mano en el cuello.

Clyde chasqueó la lengua.

—No os imagináis lo que sufrí al pensar que los MacGregor se retrasaban. Se nos agotaba el tiempo y no llegaban.

Ruby miró de reojo a Kieran, que dejó escapar una maldición.

—Y así habría sido si hubiéramos hecho caso a mi esposo… Kenna fue la que lo convenció de cabalgar durante la noche.

Clyde llevó su mirada hacia la joven, que se sintió abrumada por la atención de todos.

—Bueno, tenía un presentimiento…

Magnus le apretó la mano con fuerza.

—Entonces, MacGregor, estás vivo gracias al presentimiento de mi esposa… —se burló Magnus de Logan.

El aludido arqueó una ceja.

—¿Me lo vas a echar en cara?

—Eternamente…

Ambos rieron y volvieron a mirar a Clyde, pero fue Bonnie la que habló.

—Si estos dos están riendo juntos, puedo morirme… Es algo tan extraño que ya lo he visto todo en la vida.

—Estar prisionero junto a MacLaren te cambia —terció Logan—. O decides morir por tu cuenta para no aguantarlo o cambias para ser como él.

Magnus rio mientras su hermana negaba con la cabeza.

—Yo tengo una duda… —comenzó diciendo Ruby con la mirada puesta sobre Fiona—. Esa carta y el sello del que presumía Hamilton lo tenías tú. ¿Cómo lo conseguiste? Dijiste algo durante la batalla, pero no te entendí.

Fiona sonrió pícaramente.

—Bueno, mi padre era uno de los mejores ladrones de Escocia y me enseñó todo lo que sabía antes de morir. Puesto que Hamilton desconocía esa información, fingí amabilidad con él para acercarme. Siempre presumía de que tenía libertad de movimientos e impunidad gracias a ese sello y la carta del rey, así que aproveché un momento y fingí desmayarme por un supuesto embarazo. Eso me permitió acercarme demasiado a él y, sin que se diera cuenta, se lo robé.

Fiona sonrió ligeramente ante la estupefacción de los demás al conocer lo que había hecho.

—Sabía que Clyde y Rob querían quitárselo porque era lo único que

podía ponernos en peligro. Sin eso, Hamilton no era nadie en estas tierras. Así que lo protegí hasta que llegó el momento en la batalla. Sabía que, cuando lo cercáramos, iba a aferrarse a ello para salir indemne.

—Pero, eso es maravilloso —murmuró Kenna—. Podría haberte descubierto y, aun así, te pusiste en peligro.

Fiona se encogió de hombros con una sonrisa.

—Bueno, no es por presumir, pero soy bastante buena robando. En ningún momento se dio cuenta de que ya no tenía esa carta y el sello.

A su lado, Clyde la miraba con auténtica devoción, provocando que se sonrojara bajo su atenta mirada. Y entonces, el guerrero suspiró y miró a los demás.

—¿Queréis saber algo más?

Kieran resopló.

—¿Acaso ya has terminado, Campbell?

El aludido lo miró de forma circunspecta.

—¿Qué más quieres que te cuente, MacGregor? Todo se reduce a un plan que ideamos para engañar a Hamilton. Aguantamos nuestras ansias por abofetearlo y atravesarlo con nuestra espada, pedí discreción y aguante a MacLaren, y después fingir que seguíamos al lado del inglés cuando llegasteis vosotros.

—En ese resumen no pides disculpas por hacernos creer que ibais a matarnos… —gruñó Kieran.

Clyde dejó escapar una risa y miró de reojo a Rob, que se encogió de hombros.

—Sabíamos que iba a llegar un momento en el que Hamilton me iba a pedir que ordenara atacar a mis hombres y yo no daría esa orden para atacaros a vosotros.

Kieran dio un manotazo sobre la mesa, sobresaltando a muchos de los allí presentes.

—¿Y si los hombres de Hamilton hubieran decidido dispararnos con sus flechas? ¿Y si alguno de mis hombres, mi esposa o mi cuñada hubiéramos caído por tu estupendo plan?

El laird Campbell suspiró.

—Supongo que, en ese caso, estaríamos ahora en un funeral. Tienes razón, MacGregor. Me fie de mis propios hombres y no pensé en los de Hamilton. Supuse que esperarían a que los míos atacaran primero porque no se les veía demasiado duchos en la batalla.

—Tú lo dices. Son suposiciones…

Clyde acabó acercándose a él. Apoyó sus manos en la mesa y clavó su mirada azul en la negra de Kieran.

—¿Qué quieres que haga, MacGregor? ¿Me arrodillo ante ti para pedirte disculpas o prefieres que me clave mi propia daga en el corazón? Sí, alguno de vosotros podría estar muerto ahora. De hecho, a MacLaren le ha faltado poco para hacerlo por vuestra tardanza. No toda la culpa la tengo yo. ¿Quieres golpearme? Hazlo ahora o cállate la boca y agradece que estás vivo en lugar de quejarte tanto, maldita sea.

Ambos se sostuvieron la mirada largamente en silencio.

—También puedes declararme la guerra —acabó diciendo Clyde—, si eso te hace sentir mejor…

Al cabo de unos segundos, Kieran suspiró.

—No voy a declararte nada, Campbell. Tan solo quería dejarte claro que ese plan tenía una gran brecha.

—Y a pesar de ella tu cuñado y tu hermano siguen vivos.

—No creas que voy a olvidar pronto que han estado a punto de ser ahorcados.

Clyde rodó los ojos y dio un paso atrás.

—Hice todo lo posible para que el carpintero tardara en tener todo listo. Incluso le pagué más para que me lo diera un día más tarde de lo acordado. Solo quería ganar tiempo para vuestra llegada. Tu hermano me dijo por dónde ibais cuando se separó de vosotros, así que calculé la distancia y el tiempo. Y si Hamilton se enfadó y casi los ejecutó fue por la lengua suelta de MacLaren.

Todos los ojos se dirigieron directamente a Magnus, que sonrió restándole importancia.

—Ya sabéis que no destaco precisamente por callarme cuando más

debería hacerlo…

Bonnie lo miró con mala cara.

—Tienes suerte de que en tu cara ya no haya hueco para más golpes. Si no, te aseguro que te dejaría un recuerdo mío en ella.

—Y golpea fuerte… —terció Clyde—. Lo sé por experiencia…

Bonnie le guiñó un ojo desde su asiento y se dejó caer contra el respaldo de la silla, gesto que imitó Magnus con cierto dolor. Y después miró a los demás lentamente.

—Entonces, ahora que Campbell os ha contado toda la verdad, ¿lo vais a perdonar y agradecer lo que ha hecho por mí o me voy preparando para la guerra?

El aludido lo miró con una sonrisa de agradecimiento fugaz y regresó junto a Fiona y Rob, que se cruzó de brazos, mirándolos con ojos retadores.

—Hay que reconocer que el fin de ese plan era salvar a Magnus y, aunque tuviera una brecha, todo ha salido bien y estamos a salvo —dijo Bonnie—. Por mi parte, está todo perdonado, salvo que no nos dijeras nada sobre tu boda. Eso es otro cantar, Clyde…

El aludido dejó escapar una risa.

—Si lo que esperas es una celebración, lamento decepcionarte. No haré nada.

Bonnie negó con la cabeza y miró de reojo a Kieran y Ruby, quienes estaban más serios de lo normal y mirándose entre ellos.

—Mi hermano podría haber muerto en algún momento tan solo por no habernos contado la verdad —comenzó la joven.

—Y el mío también —siguió el guerrero de ojos oscuros—. Sigue pareciéndome un mal plan que tan solo ha salido bien por suerte.

Cerca de él, Logan inspiró con fuerza y levantó levemente una mano.

—¿Puedo decir algo o mejor me callo?

—¿Viniendo de ti? —se burló Magnus—. Depende…

Logan arqueó una ceja y lo miró mal antes de volver sus ojos hacia su hermano.

—Kieran, los dos sabemos que, cuando me separé de vosotros a mitad de

camino, me arriesgaba a morir, pero prefería sacrificarme yo a que lo hiciera otra persona. Sí, podría haber muerto y os tocaría aguantar a mi esposa por mí, pero te aseguro que lo habría hecho con gusto si con ello conseguía unas horas para vosotros. Nos golpearon y humillaron incontables veces, pero no me importó porque sabía que estábamos en manos de un hombre que no era cualquiera. Es Clyde Campbell, por Dios. Él no iba a dejar que nos mataran como si fuéramos simples cucarachas. Nos protegió y, casualmente, aparecía cuando menos lo esperábamos. Siempre estuvo ahí, socorriéndonos de Hamilton y animándonos a aguantar. Si no hubiera sido por él, estaríamos muertos. ¿Era un plan con fisuras? Sí, pero ¿qué plan no las tiene? Todo en la vida puede salir bien o mal, tan solo nos toca a nosotros decidir cuánto nos afecta el resultado. Lo demás está en manos del destino. Y esta vez, estaba de nuestra parte. Nadie ha salido herido y nadie ha muerto, Kieran.

Clyde lo miró con firmeza y asintió con agradecimiento cuando Logan levantó la mirada hacia él.

—Gracias, MacGregor.

El aludido se encogió de hombros.

—No me las des. Si lo hago es porque quiero irme ya a mi casa y descansar, maldita sea. La cama que me has dado era la peor de todas…

Clyde dejó escapar una risa.

—Supongo que echabas de menos la mazmorra.

El hermano de Kieran renegó entre dientes mientras este sopesaba sus palabras. Miró brevemente a Ruby, que asintió de forma imperceptible. Enseguida, suspiró y levantó la mirada hacia Clyde.

—Está bien, Campbell. Supongo que seguir enfadado contigo es tan solo por orgullo. No por otro motivo… Aunque sigo pensando que tu plan era una auténtica mierda, al final hemos vencido y todos estamos bien. Gracias.

Clyde rio y asintió, dándole una palmada en la espalda.

—Gracias a ti, MacGregor. Lamento todo lo que ha pasado, aunque mi intención fuera buena.

Kieran se levantó de la silla y le estrechó la mano, zanjando así el problema que los había llevado a considerar a Clyde como un enemigo.

—Pero, aunque te perdonemos, espero que no vuelvas a hacernos creer que nos has traicionado… —intervino Bonnie levantándose para acudir a abrazarlo.

Clyde asintió.

—Intentaré portarme bien de ahora en adelante y contaros todo lo que sucede entre los muros de mi castillo.

El guerrero la estrechó entre sus brazos, pero enseguida escuchó la voz de Logan, que le advertía:

—Cuidado con las manos, Campbell. Si rozas más espalda de la que debes, sí tendrás problemas…

Bonnie rodó los ojos.

—No le hagas caso, Clyde. Gracias por todo.

—Tranquila, tendría que nacer de nuevo para tener en cuenta cualquier tontería que diga MacGregor.

Logan gruñó por lo bajo y bebió de su copa.

—Creo que esto merece un gran brindis —sugirió Magnus levantándose con cierta dificultad—. Hemos sufrido mucho, pero nuestra amistad y alianza sigue intacta. ¿Brindamos por nosotros o preferís seguir con esa cara tensa que parece oler a mierda?

El brazo de Magnus se levantó y esperó a que el resto lo imitara. La primera en hacerlo fue Kenna. Y poco a poco, los demás hicieron lo mismo, levantando sus brazos para brindar.

—Por nosotros —dijo Clyde con un gesto de agradecimiento.

—Y por la mierda de plan que ideó Campbell que, a pesar de todo, nos salvó el cuello —susurró Bonnie, provocando la risa de los demás.

Todos bebieron de sus copas y después se abrazaron entre sí con una sonrisa. A pesar del dolor de su cuerpo, Magnus hizo todo lo posible por moverse y aproximarse a unos y a otros. Después, se abrazó a Kenna y respiró hondo, aspirando su aroma. Durante días había llegado a dudar sobre si volvería a estar a su lado para vivir una vida plena y feliz. Por fin lo había conseguido, y también conservaba a un gran aliado y amigo, Clyde Campbell.

CAPÍTULO 30

Tres días después, y tras dejar que tanto Magnus como Logan se recuperaran de las heridas más profundas, todos los MacGregor pusieron un pie en el camino para regresar a sus tierras y volver a ver a sus familiares.

La despedida con los Campbell fue algo más calurosa de lo que se había esperado en un momento, aunque la habitual frialdad de Clyde se hizo ligeramente más intensa. El guerrero aún se sentía mal por todo lo que había tenido que fingir ante sus amigos. El peso de la palabra "traidor" aún pendía sobre su cabeza y, a pesar de haber hablado con ellos en grupo y después en solitario, Clyde no podía apartar esa palabra de su mente.

Por ello, cuando se despidieron en el patio de su castillo, estaba más serio de lo habitual.

—Sigo pensando que deberías quedarte un par de días más para recuperarte —le dijo a Magnus.

El guerrero MacLaren se encogió de hombros con una sonrisa.

—¿Tan débil me crees para ofrecerme de nuevo tu hospitalidad?

Clyde rodó los ojos.

—No es eso. Además, me estoy planteando ofrecerte la hospitalidad de una mazmorra…

Magnus abrió los ojos desmesuradamente.

—No, gracias. No era la habitación más cómoda…

Ambos rieron, aunque Clyde lo hizo con cierta tristeza.

—Lamento todo lo que ha pasado, MacLaren. Sé que todos pensáis que debimos matar a Hamilton en cuanto cruzó la muralla.

Magnus chasqueó la lengua y miró a su espalda, hacia los demás.

—Es cierto que podría haberse hecho así, pero entiendo que también pensaste en tu gente. Y es normal. Eres su jefe y solo de esa manera ni el rey podría ponerse en tu contra si llegaba a sus oídos todo esto.

Clyde le dio una palmada en el brazo.

—Gracias por comprenderlo.

—No tienes que dármelas. Me vale con que todos estamos bien. Y mis heridas sanarán con el tiempo. Ahora puedo disfrutar de mi esposa, aunque aún nos queda un pequeño cabo suelto que remendar.

El laird Campbell asintió con más seriedad.

—El padre de Kenna.

—Sí. Tendremos que enviar a alguien para que lo solucione. No quiero que vaya Kenna y sufra algún peligro más.

Magnus se acercó a Clyde lo abrazó brevemente.

—Gracias por todo.

Magnus se acercó al resto del grupo. Ya no cojeaba como antes, sino que caminaba más recto y seguro. Al acercarse a Kenna, la tomó de la cintura y depositó un beso en su cabeza. La joven giró la cabeza en su dirección y sonrió.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien para cabalgar?

Magnus rio.

—Estoy perfectamente, Kenna. No hace falta que me lo preguntes a cada instante…

La joven hizo un gesto gracioso con el rostro.

—De nada por preocuparme por ti…

El guerrero lanzó una carcajada.

—Lo que sí me gustaría es llegar cuanto antes y descansar por fin en nuestro hogar. Lo echo de menos… Además, cuando estuvimos en el castillo no tuve tiempo para enseñártelo. Quiero que conozcas tu nuevo hogar, y espero que te guste.

—Si ahí hay un mínimo de calor por parte de la gente que vive en él, me encantará porque a lo que estoy acostumbrada es a lo contrario.

—Entonces, estoy seguro de que sí te gustará.

—Pues el castillo MacLaren tiene que esperar un poco vuestra llegada —dijo Ruby cerca de ellos—, porque quiero que vengáis al nuestro a conocer a vuestro nuevo sobrino.

Magnus levantó la mirada hacia ella.

—Pues espero que me disculpes por no haberle comprado nada.

Ruby sonrió.

—Me vale únicamente que estés vivo. El regalo se lo puedes hacer en cualquier otro momento.

Magnus asintió y comprobó que ya estaban todos sobre sus respectivos caballos.

—Buen viaje a todos —les dijo Clyde, acompañado de Fiona, que se despidió con un gesto y una sonrisa.

—Gracias, amigo —respondió Logan—. Y la próxima vez que quieras jugar al teatro griego, avísanos…

Clyde sonrió de lado.

—No estoy seguro de ello. Me gustaron demasiado vuestras caras de terror.

La sonrisa del guerrero desapareció al instante, pues una mirada iracunda de Kieran fue la culpable. Carraspeando, incómodo, Clyde dio un paso atrás y los dejó marchar.

—Hasta otra, laird Campbell —se despidió Kenna.

—Eres demasiado correcta en tus despedidas, querida esposa —murmuró Magnus.

La joven arqueó una ceja al tiempo que iniciaban la marcha hacia la salida.

—¿Y cómo te despedirías tú?

—¿Si no estuviera su esposa? —Kenna asintió con cierto temor por conocer la respuesta—. “Hasta otra, pedazo de cabrón”.

El grupo de guerreros MacGregor tardó más días de lo normal en llegar al castillo. No solo por el mal tiempo, sino porque las heridas de Magnus aún eran tiernas y podrían abrirse en cualquier momento si hacía movimientos bruscos. Por ello, habían decidido parar en tabernas a pasar la noche, aunque en algunas no había sitio para todos, por lo que tuvieron que dormir al raso.

Sin embargo, cuando el castillo MacGregor se dibujó en el horizonte, una

amplia sonrisa se dibujó en los rostros de todo el grupo. Días antes se habían despedido entre ellos al pensar que iban a morir a manos de Hamilton y Campbell, por lo que ahora que seguían vivos solo podían sonreír al saber que iban a volver a ver a sus familiares, especialmente Ruby y Kieran, quienes habían estado seguros de que no volverían a ver a sus hijos.

—Por fin en casa… —murmuró Ruby.

Kieran sonrió ligeramente y la miró.

—Hace unos días se me antojaba demasiado lejos —respondió.

Ruby asintió seriamente y miró a Magnus por encima del hombro antes de suspirar y mirarse las manos.

—No les has pedido que vengan a nuestro castillo solo para que vean a los niños, ¿verdad?

Ruby levantó la mirada de golpe.

—¿Cómo lo sabes?

Kieran negó con la cabeza con una sonrisa en la cara.

—Te conozco lo suficiente como para saber que planeas algo.

La joven acabó suspirando.

—Tienes razón, pero no quiero decir nada hasta que estemos en el castillo y tranquilos.

—Estoy contigo en lo que sea que hayas pensado.

Ruby asintió y fijó su mirada al frente cuando sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Había tomado la decisión más difícil de toda su vida, pero estaba segura de que era la más sabia de todas. Tan solo esperaba que Magnus también la aceptara, si es que no intentaba matarla antes…

Se encontraban en el salón principal, cenando, después de todo un día de intensas emociones. Ruby y Kieran se habían reunido con sus hijos y se los habían presentado a Kenna. Magnus abrazó al pequeño bebé entre sus brazos con tanto cariño que su esposa se quedó embobada mirando la ternura que podía desprender el guerrero, mientras que en otras ocasiones era un hombre que parecía carecer de sentimientos si se encontraba en

medio de una lucha.

Y después de descansar, asearse y ponerse ropas de gala, Ruby y Kieran los habían llamado para una cena en su honor y así celebrar su boda como merecían, ya que semanas atrás esa celebración era impensable.

—No hacía falta este despliegue de comida —murmuró Magnus en el oído de su hermana.

Tanto el laird MacGregor, como su familia y sus cuñados se encontraban en la mesa principal. En ese momento, todo el clan se hallaba en las demás mesas, disfrutando del enorme festín que habían preparado para recibirlos y festejar aquello.

Magnus se había puesto ropa que le había prestado Logan, ya que la suya se había echado a perder en los días anteriores. Además, se había peinado a conciencia para la ocasión. Al igual que Kenna, a la que Bonnie le había regalado un par de vestidos de su arcón como motivo de su boda. Y a pesar de la negativa de la joven, pues la tela era realmente hermosa y frágil, finalmente se había visto obligada a aceptarlos. El color violeta del vestido era exactamente el mismo que el de sus ojos, por lo que también resaltaba el color de su pelo, que había dejado suelto por primera vez en mucho tiempo a modo de cascada en su espalda.

Ruby giró la cabeza en dirección a Magnus y sonrió enigmáticamente.

—Me parece que hay algo que no te he contado.

Magnus arqueó una ceja.

—No me digas que estás embarazada otra vez... —dijo casi con miedo.

Ruby resopló.

—¡No, por Dios! ¿Tan tonta me crees?

Magnus ladeó la cabeza.

—Tú no, pero tengo dudas sobre tu esposo…

Kieran asomó la cabeza desde el otro lado de Ruby y frunció el ceño.

—Te he escuchado perfectamente, querido cuñado.

—Yo también te quiero, MacGregor —fue la respuesta de Magnus.

Ruby sonrió.

—Entonces ¿qué más celebramos?

—Te lo diré enseguida…

Magnus frunció el ceño, asombrado por tanto secretismo. Miró de reojo a Kenna y esta se encogió de hombros.

—Yo no sé nada…

El guerrero se dejó caer contra el respaldo de la silla y vio cómo su hermana se ponía en pie y rodeaba la mesa principal bajo la atenta mirada del resto de MacGregor. Magnus no entendía absolutamente nada, pero lo que veía en los ojos de su hermana era un brillo tan especial que no estaba seguro de que acabara gustándole lo que iba a soltar por la boca.

Poco a poco, las conversaciones en el gran salón fueron apagándose, hasta quedar tan solo un ligero murmullo. Con una sonrisa, Ruby miró a los presentes.

—Gente del clan MacGregor, familia, amigos… Quería agradeceros a todos vuestro gran trabajo que hacéis día tras día y que a veces no reconocemos como deberíamos. Por ello, en el día de hoy no solo quiero celebrar la boda de mi hermano, sino también vuestro enorme trabajo.

Los asistentes levantaron sus copas y gritaron, provocando que la joven riera y dirigiera su mirada, de reojo, hacia atrás, a Magnus.

—Pero no solo quiero celebrar con todos vosotros esas dos cosas, sino algo más. Algo que para mí es muy importante y que nunca imaginé que podría llevar a cabo. Como todos sabéis, Kieran y yo tenemos dos hijos maravillosos y los quehaceres en el castillo me limitan otras obligaciones a las que no puedo llegar por falta de tiempo y la tierra que hay de por medio. Soy la jefa del clan MacLaren. Hasta el día de hoy lo he llevado por bandera y con mucho orgullo. Desde que era tan solo una niña, mi padre me instruyó y me enseñó a llevar el clan para engrandecerlo. Siempre acepté todo y jamás puse en duda la elección de mi padre.

Ruby paró un segundo para tomar aire. Iba a poner por primera vez en palabras la idea que tenía en la mente, y, aunque estaba más que preparada, sentía que estaba traicionando la memoria de su progenitor, incluso a sí misma y al resto del clan MacLaren. Pero ya no podía más… Y así había decidido.

—Como digo, las obligaciones como señora de este castillo me tienen demasiado alejada de mis propias obligaciones como jefa de los MacLaren.

Durante los primeros meses de matrimonio con Kieran pensé que podría con ello sin problemas. Y así ha sido hasta ahora, pero con dos hijos me resulta imposible seguir así. Es por ello por lo que, después de pensarlo durante un tiempo, creo que es justo que delegue todo ese poder en alguien que sí puede hacerlo; alguien que sí está capacitado para el cargo; alguien que ha visto, desde la sombra, cómo mi padre me instruía; alguien que sabrá llevar con orgullo y honor el broche de laird en mi lugar.

Ruby se giró hacia Magnus y clavó la mirada en él. Sonrió ampliamente, aunque, al contrario de lo que esperaba, su hermano comenzó a negar con la cabeza seriamente.

El corazón del guerrero se exaltó al sentir sobre él el peso de la mirada esmeralda de su hermana. No podía ser verdad. Aún no había puesto en palabras lo que temía, pero sabía leerle el pensamiento. Y no podía aceptar. Las manos comenzaron a sudarle y un intenso calor subió por todo su cuerpo. Incluso temía que la poca comida que había ingerido saliera de nuevo por la boca ante el nerviosismo que sentía en todo su ser. Laird… No, no iba a aceptarlo. No podía ser. Su padre iba a revolverse en su tumba para toda la eternidad.

—Mi hermano —siguió Ruby—, Magnus MacLaren, es el mejor hombre, el mejor guerrero y el mejor laird que podría ponerse al frente de nuestro clan. Si no confiara en él, no pondría sobre sus hombros el peso de la jefatura, pero con el tiempo me ha demostrado que es capaz de llevar con honor el arduo trabajo como laird. Desde que estoy en este castillo, él solo ha llevado las cuentas, los tributos, los problemas… Todo. Y, aunque me enviaba cartas para preguntar mis resoluciones, era él quien siempre acababa solucionándolo antes de que yo pudiera responder.

Magnus siguió negando con la cabeza, incapaz de creer lo que su hermana estaba diciendo. Tenía la certeza de que la joven había perdido por completo el juicio después de su último embarazo. Y, aunque la mirada de Kieran y Logan estaba puesta sobre él con una sonrisa en sus labios, seguía sin querer aceptar todo eso.

—Magnus, acompáñame… —le pidió Ruby.

El aludido, nervioso, solo pudo seguir negando, mientras a su lado Kenna se sonrojaba y agachaba ligeramente la cabeza.

Logan lo miró con una ceja enarcada y una sonrisa irónica, burlándose

del miedo que de repente sentía en su interior.

—No es necesario esto, Ruby… —murmuró.

—Yo creo que sí, hermano —respondió la joven tendiéndole la mano.

Magnus volvió a dudar, hasta que la voz de Logan rompió el silencio en la mesa principal.

—Te has enfrentado a un contingente inglés que casi te ahorca delante de todos; has soportado palizas que ningún otro hombre habría aguantado, y ahora tienes miedo de algo tan simple como levantarte y ponerte junto a tu hermana…

Magnus lo miró con el ceño fruncido.

—No es eso… Es…

—Magnus… —la voz de su hermana se volvió ligeramente más exigente.

El guerrero resopló y se levantó con la espalda tan tensa que necesitó un segundo para mantener el equilibrio cuando se puso en pie. Después, rodeó la mesa con pasos lentos, con la intención de hacer ese momento aún más largo de lo que debía. Y cuando llegó junto a su hermana, le tomó la mano, ligeramente temblorosa.

—Me has demostrado que eres capaz de llevar el clan sobre tus hombros, aunque no te prepararas desde pequeño, incluso aunque creas que no eres merecedor de ello.

—Es que es tu papel, Ruby, no el mío.

—Eso es lo que tú crees, hermano.

La joven desenvainó la espada y señaló el suelo justo frente a ella.

—Ponte de rodillas, Magnus.

Este dudó una vez más y miró a su hermana de forma suplicante.

—Ruby, por favor… No me hagas esto.

—¿Vas a rechazar una orden de tu jefa?

Magnus frunció el ceño.

—¿De verdad te vas a aprovechar de tu cargo justo ahora?

La joven lo miró con una sonrisa y volvió a señalar el suelo con la espada.

—Ponte de rodillas, Magnus MacLaren.

El guerrero suspiró y, finalmente, obedeció y se puso de rodillas frente a ella, dándole la espalda al resto del gran salón. El silencio en este era abrumador, pues se trataba de algo verdaderamente serio. Al instante, Ruby levantó la espada y la puso en un hombro de su hermano para después pasar al otro.

—Magnus MacLaren, como jefa de tu clan y máxima mandataria del mismo, te nombro nuevo laird de los MacLaren. Lleva la insignia con orgullo y buen hacer ante los problemas. Que tu mandato esté lleno de luz y amor, que sepas dar lo que tus convecinos necesitan, que tus tierras estén llenas de paz y que la luz de los espíritus de nuestros ancestros te guíe en el camino.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas, al igual que los de su propio hermano, que necesitó carraspear ligeramente para evitar llorar de emoción. Hacía demasiado tiempo que no miraba de esa forma a su hermana, al igual que al contrario, por lo que la emoción de ambos casi podía palparse. Desde que Ruby vivía en tierras MacGregor la había echado terriblemente de menos, pues se sentía vacío, y le sorprendió darse cuenta de que tan solo cuando había logado sentir pleno de verdad las cosas cambiaban para él.

—Enhorabuena, laird MacLaren —susurró conteniendo la emoción.

Magnus sonrió y se levantó lentamente mientras los demás aplaudían a su alrededor. Sin embargo, ambos hermanos apenas eran conscientes de lo que estaba sucediendo en el salón, sino que eran ellos dos, como hacía tiempo. Desde que su padre había perdido la cordura en pro de la guerra contra los MacGregor, siempre habían estado unidos, se habían apoyado el uno en el otro y eran solo los dos. Ahora, tanto uno como otro tenían sus respectivas familias y que Ruby cediera la jefatura al guerrero tenía mucho simbolismo para Magnus, pues era lo que confirmaba que su hermana confiaba plenamente en él, algo que su padre jamás hizo.

Magnus la atrajo hacia él para abrazarla con fuerza. Casi podía sentir el nerviosismo de Ruby y la emoción contenida. La misma que él tenía en ese momento, especialmente al ver que su esposa, Kenna, aplaudía tan fuerte como los demás mientras lo observaba con nerviosismo y lágrimas en los ojos. Había tanto orgullo en aquella expresión que Magnus se sintió realmente pleno, más que en toda su vida.

Dirigió su mirada nerviosa hacia Kieran y Logan, que también aplaudían. Le causó realmente emoción ver el orgullo en los ojos del segundo, pues su relación de amistad había sido tan extraña siempre que ver aquello reflejado en esos ojos tan oscuros lo llenaba de verdadera emoción.

Magnus se separó de Ruby con una sonrisa en los labios y se apartó ligeramente hacia un lado cuando su hermana lo tomó de la mano y la levantó ante el resto, que aplaudió con más fuerza si cabe. El guerrero necesitó respirar hondo para calmarse y apartar de él las lágrimas de emoción. Tragó saliva ruidosamente y agachó la cabeza con verdadero agradecimiento.

—Muchas gracias a todos. La verdad es que no sé qué decir ahora mismo porque esto es algo que no esperaba. Estoy dividido entre la emoción del momento y las ansias por matar a mi hermana por delegar en mí algo tan importante como la jefatura del clan para lo que ella siempre se ha preparado. Espero que todo el trabajo que haga a partir de este momento sea tan bueno como el que ha hecho mi hermana desde que tomó las riendas de los MacLaren. Haré todo lo que esté en mi mano para que nuestro clan sea tan fuerte como hasta ahora y nuestra gente pueda vivir en la paz que, durante tantos años, hemos estado deseando.

Magnus respiró hondo para calmarse mientras los demás aplaudían de nuevo. Sin saberlo, su hermana le acababa de dar el lugar que su padre jamás se atrevió a hacer y que él nunca había deseado, pero que Ruby sí sabía que era suyo por méritos propios.

Se había hecho ya de noche y casi todo el mundo se había ido a dormir cuando los pasos de Magnus resonaron entre el vacío pasillo. El guerrero caminaba deprisa por ellos, dirigiéndose hacia el despacho de su cuñado, donde le había pedido a su hermana que lo esperaran cuando todo el mundo se hubiera marchado a dormir. Sin embargo, sus pasos no eran los únicos que podían escucharse en el pasillo, sino que los de Kenna también resonaban en el mismo, aunque más cortos, pues lo seguía a zancadas largas y casi corriendo.

—Para, Magnus. ¿No puedes ir más despacio?

El guerrero miró por encima de su hombro y negó con la cabeza.

—Primero, tengo que matar a mi hermana. Después, iré más despacio.

Kenna resopló.

—¿Por qué no aceptas simplemente lo que ha decidido tu hermana y ya está?

—Porque no es justo, maldita sea.

La joven resopló y se puso a su altura en dos zancadas. En cuestión de segundos, se encontraban en la puerta del despacho, al que entró sin llamar.

—Claro, MacLaren, entra como si estuvieras en tu casa… —oyó la irónica voz de Logan—. Aunque ahora como eres el laird tal vez quieres que te hagamos una reverencia.

Magnus lo miró con mala cara y resopló.

—Ese es uno de los motivos por los que no quiero este cargo, Ruby. Las burlas…

Logan lanzó una carcajada, que quedó sofocada por el propio guerrero cuando su cuñada le lanzó una mirada.

—¿Te has vuelto loca, hermana? —preguntó.

Ruby puso los ojos en blanco.

—En el gran salón parecía que aceptabas el cargo sin rechistar…

Magnus resopló.

—¡Claro! Porque todo el mundo te estaba mirando y no quería dejarte en ridículo delante de tu gente. Pero esto no es justo, Ruby. Tú siempre fuiste entrenada para aceptarlo y cargar con él, no yo.

—A veces los padres nos preparan para situaciones que decidimos no aceptar mientras es la vida quien nos pone a cada uno en nuestro lugar, Magnus. Padre siempre pensó en mí para sucederlo, pero la vida me ha enviado lejos del clan. No puedo seguir así. Eres tú quien está en el castillo, quien intercede en los problemas y el primero en conocerlos. Mientras envías la carta y esta llega, ese problema se soluciona. Por lo tanto, yo no puedo seguir así. Y sabes, tan bien como yo, que esa situación nos traerá problemas en un tiempo. Ahora mismo, nuestra gente acepta todo como está, pero en cuestión de años, podrían surgir problemas y traiciones.

—¿Y por qué no os cambiáis de castillo cada ciertos meses?

Ruby sonrió y se acercó, poniendo las manos sobre sus hombros.

—Magnus, te conozco y sé cómo trabajas. Lo vas a hacer bien.

Él dudó.

—¿Y con qué cara llego al clan y les digo que soy el nuevo laird?

—Pues con la misma que tienes, MacLaren —dijo Logan—. No tienes mi atractivo natural, pero seguro que te aceptan igualmente.

Magnus puso los ojos en blanco.

—¿Tú desde cuándo bromeas tanto?

—Desde que he pasado tanto tiempo contigo en una celda y sin poder huir de ti. Me lo has contagiado, como una mala enfermedad.

Magnus dio un paso atrás.

—No sé, Ruby. Es demasiado para mí. Padre…

—Padre murió y ahora soy yo la que manda. Bueno… mandaba. Tienes a tu esposa y a los guerreros, que siempre han estado de tu parte. Tienes un carisma que yo no tengo y sabes llevarte a todos a tu terreno. Por ello, te he concedido ese cargo. Y no hay más que hablar.

Magnus suspiró y se cruzó de brazos.

—Te has vuelto loca, hermana.

Ruby se encogió de hombros.

—¿Y qué esperabas? Mi esposo no está muy cuerdo y su hermano tampoco…

Ambos hermanos MacGregor se quejaron de sus palabras, pero ellos rieron.

—Está bien. No voy a intentar quejarme nuevamente.

—Es que será en vano, Magnus. No aceptaré tu renuncia. Eres el nuevo laird de los MacLaren. Has nacido para serlo y, por ello, el destino te lo ha puesto fácil.

Magnus miró de nuevo a los allí presentes y respiró hondo. Jamás pensó que su vida cambiaría tanto. Finalmente, asintió y aceptó. El brillo en los ojos de sus amigos le llenó el corazón y solo pudo reír con nerviosismo. No sabía cómo afrontar ese destino, pero sabía que al lado de Kenna podría

hacerlo. La joven se acercó a él y lo tomó de la mano.

—¿Juntos? —le preguntó la joven.

Magnus asintió.

—Juntos.

EPÍLOGO

Un año después…

El verano llegaba de nuevo con más fuerza que nunca. A pesar de las intensas lluvias de las últimas semanas, hacía dos días que el sol resplandecía en lo más alto del firmamento, algo que le pareció realmente curioso a Magnus, pues hacía tiempo que no recordaba un verano en el que habían tenido que quitarse capas de ropa como ese año.

Sobre su cabeza, se extendía un cielo despejado y un sol brillante que le provocó una sonrisa. Magnus no podía creer lo feliz que era desde hacía un año. Jamás creyó que su vida fuera a cambiar tanto en tan poco tiempo y, a pesar de las dudas iniciales, ahora se sentía más seguro que nunca de sí mismo y de su propio trabajo.

Ese día se había levantado antes y se encontraba en lo alto de la muralla, mirando el horizonte mientras sus hombres vigilaban desde el otro lado, dejándole libertad y soledad para pensar y meditar sobre su vida.

El guerrero se cruzó de brazos mientras dejaba que el viento moviera su pelo y su ropa. Ajeno e indiferente a ello, Magnus siguió mirando al horizonte con una sonrisa al tiempo que sus pensamientos se alejaban de allí en el tiempo.

Un año atrás, a su regreso al castillo, lo había hecho con cierto temor a ser rechazado por los suyos a pesar de que lo conocían desde que era tan solo un niño. Temía no ser lo suficientemente bueno y estar por debajo de Ruby en cuanto a su valor como laird. Y, sin embargo, había logrado ganarse el favor de todo el mundo en cuestión de días, algo que aún le sorprendía.

Una de las primeras cosas que había ordenado hacer como laird fue una fiesta en honor a su matrimonio para que conocieran a Kenna. Pero no solo se trataba de una fiesta para ello, sino que fue el momento en el que contó a su gente que era el nuevo laird. Quiso saber si le jurarían lealtad como lo hicieron con su hermana y, cuando vio que todos y cada uno de los guerreros y señores del clan hincaban la rodilla frente a él, estuvo a punto de emocionarse hasta las lágrimas.

Todos le dieron la enhorabuena, lo saludaron, hablaron con él, lo

animaron con el cargo y, desde entonces, los pocos problemas que habían surgido en el clan los había logrado solucionar con presteza y buen hacer para que todo el mundo quedara en armonía. Aquellos meses de paz habían calado muy hondo en su corazón, que necesitó de varios meses para recuperarse no solo de las heridas de su cuerpo, sino también las de su mente, que fueron las más complicadas. A pesar de que siempre mostraba una sonrisa a todos, en su interior aún podía revivir esos días en las mazmorras de Campbell. Pero ya había sanado. Había pasado de soñar cada noche con esos momentos a vivir en paz y en calma junto a su esposa.

Magnus esbozó una amplia sonrisa al pensar en ella. Estaba realmente preciosa. Nunca pudo imaginar que a su lado tendría a una mujer tan valiente, auténtica y extraña a su lado y que lo amaría tanto como él a ella. Se respetaban, se apoyaban, se escuchaban y amaban a partes iguales. Y cuando se encontraban a solas y podían ser ellos mismos, la pasión se desataba como el primer día. Había descubierto que Kenna era una mujer maravillosa, pues nunca pensó que podría aceptar unas obligaciones tan exhaustas en tan poco tiempo. Había asumido su papel como esposa del nuevo laird con entereza y había logrado ganarse a todo el mundo con facilidad. Excepto a una persona: Tavish.

El guerrero MacGregor que habían enviado allí para proteger el castillo había puesto el grito en el cielo cuando regresaron a la fortaleza y le habían comunicado que era el nuevo laird. Su relación con él era igual de burlona que siempre, pero con Kenna… las discusiones entre ellos eran casi diarias y, aunque no llegaba la sangre al río, siempre se tensaba el ambiente cuando estaban en la misma habitación.

Y a pesar de todo eso, fue el propio Tavish quien se ofreció voluntario para acudir a Inglaterra, al palacio de Conrad Ferguson, padre de la joven, para acusar formalmente a Eleanor Spencer de envenenamiento y una de las líderes de un maquiavélico plan para quedarse con su fortuna. Lo que había conseguido era que la mujer acabara repudiada y siendo investigada por el propio rey de Inglaterra para la posible disolución del matrimonio.

Tanto Magnus como Kenna y los demás MacGregor, junto con Campbell, habían salido indemnes y nadie los había acusado de acabar con la vida de Arthur Hamilton y, aunque el rey inglés sí llegó a preguntar dónde se encontraba, todo el mundo coincidió con la misma respuesta: le habían perdido la pista después de salir del castillo de Edimburgo. Por lo tanto, ese

tema llegó felizmente a su fin.

A pesar de que el padre de Kenna había intentado contactar con ella para agradecerle su intervención, la joven había decidido renegar de su herencia y de cualquier contacto con él, no porque no lo quisiera, sino porque se amaba también a ella misma y no quería sufrir de nuevo. La joven lo había perdonado tiempo atrás, pero si quería dejar de sufrir, tenía que dejarlo marchar. Y así había hecho.

Desde entonces, la vida en el castillo era diferente. Cuando Tavish regresó, pensó en volver al clan MacGregor, pero Magnus le pidió que se quedara con ellos a pesar de las diferencias entre Kenna y él. Finalmente, había aceptado.

—Si me quedo, deja que tu esposa y yo tengamos una pelea en el entrenamiento —fue lo único que le pidió.

Magnus lo había mirado con una ceja arqueada, escéptico, pero fue la propia Kenna quien aceptó. Y fue la primera en morder el polvo cuando se enzarzaron en una pelea en medio del patio para medir fuerzas. Y después de varios minutos de lucha, la victoria no logró estar ni de un lado ni de otro, pues ambos acabaron con cortes en la cara y numerosos golpes. Después de ese momento, la relación entre el guerrero y la esposa del laird había mejorado ligeramente, y siempre luchaban cuando se cruzaban en el patio y se lanzaban pullas entre ellos.

Aunque hacía cinco meses que Tavish no había vuelto a levantar la mano contra Kenna, y viceversa. Desde que todo el mundo se enteró de la noticia de su embarazo, la felicidad en el castillo era palpable, especialmente la de Magnus. Jamás había vivido nada comparable a lo que sentía desde que Kenna le había confirmado que estaba embarazada. Y cuando lo contaron a los demás, el primero en darles la enhorabuena fue el propio Tavish.

—Espero que sea niño, porque si es niña, seré el primero en dejar este castillo —susurró Tavish al oído de Kenna cuando la abrazó.

La joven le dedicó la más bonita de sus sonrisas cuando se separó y le dijo:

—Si es niña, la educaré de tal manera que será capaz de perseguirte incluso en el castillo MacGregor…

Magnus esbozó una sonrisa al recordar ese momento y suspiró

largamente. Estaba pletórico. No podía creer que en su pecho pudiera caber tanto amor y felicidad al mismo tiempo. Un año antes pensó que el destino le jugaba una mala pasada al casarlo con Kenna, pero el tiempo le había demostrado que era la mejor opción para él. Y así seguía pensando.

Su sonrisa se hizo aún mayor cuando sintió unas manos pequeñas a su espalda, que lo rodearon y lo abrazaron desde atrás. El vientre abultado de Kenna se interpuso entre ellos, haciéndolo reír, pero estaba realmente feliz.

—¿En qué estás pensando que sonríes tanto?

Magnus ladeó la cabeza para mirarla. Estaba realmente hermosa. Su rostro estaba ligeramente hinchado por el embarazo y sus curvas se habían acentuado visiblemente, pero le parecía tan mágico ese momento que solo podía admirar su belleza.

—Estaba pensando en ti… y en Tavish.

Kenna puso los ojos en blanco.

—Me lo acabo de cruzar en la salida del castillo y me ha dicho que a este paso voy a acabar con las telas de toda Escocia si sigo engordando. ¿Tú crees que si lo golpeo fuertemente mientras duerme me puedo escudar en el embarazo? Puedo decir que estoy tan alterada que necesitaba hacerlo por el bien del bebé…

Magnus dejó escapar una carcajada y la atrajo hacia él para depositar un beso en su frente.

—No lo sé, pero creo que no estaría bien visto que la esposa del laird golpee a los guerreros del clan.

—No a todos, solo a uno…

—Aun así… ¿Por qué seguís con esta guerra?

—Ha sido él… Yo salía tan tranquila y sin meterme con nadie.

—Ayer lo llamaste tonto…

Kenna puso los ojos en blanco.

—Ese insulto siempre te trae problemas, esposa.

La joven dejó escapar una risa.

—¿Ni siquiera embarazada me vas a consentir?

Magnus rio.

—Nada… Me temo que no puedes escudarte en eso.

Kenna elevó la cabeza para besarlo, gesto que Magnus aceptó de buen grado.

—Gracias, esposo.

—¿Por qué?

—Por respetar incluso mis discusiones con Tavish. Nunca te metes en medio.

El joven dejó escapar una carcajada.

—Es que vuestra relación me recuerda a la mía con Logan. Al final, vais a acabar siendo amigos.

Kenna fingió vomitar.

—No lo creo…

Magnus la atrajo hacia él y la abrazó.

—¿Eres feliz desde que estamos aquí, Kenna?

La joven asintió y se dejó mecer por él.

—Más que nunca. Ya no solo por el hecho de que me respetes o que me ames, sino porque me tienes en cuenta. No soy invisible para ti como lo era para mi padre.

Magnus sonrió ampliamente. Esa misma frase le recordaba a las que él había dicho sobre su progenitor. Él también había sido invisible para él y le había hecho daño, por lo que si Kenna no se sentía así con él, al menos había cambiado eso respecto a su padre.

—¿Cómo vas a ser invisible si eres la persona a la que más amo? —le preguntó—. Lo único que puedo hacer es darte las gracias por apoyarme. Tomar las riendas del clan no ha sido fácil y, con tu ayuda, tengo la sensación de que me he preparado para esto durante toda mi vida. No ha sido un camino fácil y no empezamos de la mejor manera, pero creo que hemos sorteado muy bien las piedras de nuestro camino.

Kenna asintió y miró al horizonte sin dejar de abrazarlo.

—Ninguno pensamos que llegaríamos vivos a este momento.

Magnus sonrió y negó con la cabeza.

—Cierto. Si no nos mataba Hamilton, estábamos seguros de que nos mataríamos entre nosotros.

El guerrero acarició el vientre abultado de Kenna y besó su cuello.

—Dices que no te sientes invisible a mi lado, pero gracias a ti he podido curar mi propio sentimiento autodestructivo porque yo también me sentí siempre así.

Kenna asintió.

—Lo sé. Supongo que es muy bonito curar juntos nuestras almas.

Magnus entrelazó los dedos con los de la joven.

—Y ahora que ya hemos sanado, solo nos queda vivir.

Kenna lo miró por encima de su hombro y sonrió antes de que el guerrero la besara.

—Juntos, ¿verdad?

La joven lo estrechó contra ella.

—Siempre.

Magnus sonrió y mordió su labio inferior. La vida por fin le había dado esa oportunidad que tantos años había deseado. Tenía junto a él a la mujer más maravillosa, hermosa, inteligente y guerrera que había imaginado en sus sueños. Y no solo eso. Tanto su familia y amigos eran felices. Por ello, él también lo era. Todos habían encontrado a esa persona perfecta con la que vivir en armonía y paz, y sabía que tan solo era el inicio de algo mejor. Confiaba en el destino, pues había sido él quien le había dado a esa persona perfecta y sabía que, a partir de ahí, solo vendrían cosas buenas.

Índice

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30
EPÍLOGO